

Ángeles sangrientos

DEUS ENCARMINE

James Swallow

Lectulandia

Un grupo de guerreros llamados los Ángeles Sangrientos libran una lucha sin esperanzas en el remoto mundo de Cybele contra sus peores enemigos, las fuerzas del Caos. Cuando uno de ellos encabeza un contraataque glorioso que obliga al enemigo a retroceder, corre el rumor de que se trata de una señal divina. Sin embargo, los acontecimientos no tardan en escapar del control de todos cuando las fuerzas del Caos revelan un plan terrorífico.

Lectulandia

James Swallow

Deus encarmine

Warhammer 40000. Ángeles sangrientos 1

ePUB r1.4
epublector 09.05.13



Título original: *Deus Encarmine*
James Swallow, 2004
Traducción: Juan Pascual Martínez Fernández (2006)

Editor digital: epublector
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com



Estamos en el cuadragésimo primer milenio.

El Emperador ha permanecido sentado e inmóvil en el Trono Dorado de la Tierra durante más de cien siglos. Es el señor de la humanidad por deseo de los dioses, y dueño de un millón de mundos por el poder de sus inagotables e infatigables ejércitos. Es un cuerpo podrido que se estremece de un modo apenas perceptible por él poder invisible de los artefactos de la Era Siniestra de la Tecnología.

Es el Señor Carroñero del Imperio, por el que se sacrifican mil almas al día para que nunca acabe de morir realmente.

En su estado de muerte imperecedera, el Emperador continúa su vigilancia eterna. Sus poderosas flotas de combate cruzan el miasma infestado de demonios del espacio disforme, la única ruta entre las lejanas estrellas. Su camino está señalado por el Astronomicón, la manifestación psíquica de la voluntad del Emperador. Sus enormes ejércitos combaten en innumerables planetas. Sus mejores guerreros son los Adeptus Astartes, los marines espaciales, supersoldados modificados genéticamente.

Sus camaradas de armas son incontables:

las numerosas legiones le la Guardia Imperial y las fuerzas de defensa planetaria de cada mundo, la Inquisición y los tecnosacerdotes del Adeptus Mechanicus por mencionar tan sólo unos pocos. A pesar de su ingente masa de combate, apenas son suficientes para repeler la continua amenaza de los alienígenas, los herejes, los mutantes… y enemigos aún peores.

Ser un hombre en una época semejante es ser simplemente uno más entre billones de personas. Es vivir en la época más cruel y sangrienta imaginable. Éste es un relato de esos tiempos. Olvida el poder de la tecnología y de la ciencia, pues mucho conocimiento se ha perdido y no podrá ser aprendido de nuevo.

Olvida las promesas de progreso y comprensión, ya que el despiadado universo del futuro sólo hay guerra. No hay paz entre las estrellas, tan sólo una eternidad de matanzas y carnicerías, y las carcajadas de los dioses sedientos de sangre.



Uno

A Rafen le resultaba difícil decir con exactitud dónde acababa el cielo y dónde empezaba el suelo en mitad de todas aquellas tumbas. Se quedó inmóvil por un momento, parado bajo la sombra de una gran lápida en forma de cáliz y con el cañón del bólter tranquilo y silencioso a su lado. El viento jamás dejaba de soplar en Cybele. Llegaba por encima de las lomas y las colinas que caracterizaban el planeta. Gemía a través de los dispersos y poco frondosos bosquecillos, y acariciaba la alta hierba de color gris azulado inclinando los tallos. El suave paisaje se extendía hacia un punto en que se desvanecía, un horizonte invisible donde la tierra gris coincidía con el cielo, también gris. Nubes bajas de ceniza cubrían el paisaje como si de un gran manto se tratase. La neblina estaba compuesta por diminutas partículas de roca lanzadas al cielo por el diluvio de disparos de artillería que había azotado al planeta pocas horas antes.

Cybele gemía en voz baja alrededor de Rafen. El viento cantaba a través de las incontables lápidas que se extendían en todas direcciones hasta donde llegaba el alcance de los visores. Rafen se encontraba entre las tumbas de miles de millones de muertos en combate. Oyó el llanto de la brisa por ellos, mientras el familiar y casi insaciable frenesí por el combate se retorcía bajo su férreo autocontrol.

Estaba inmóvil y tranquilo, hasta el punto de que un observador lo podría haber confundido con una de las imágenes de las lápidas. De hecho, en Cybele había lugares donde figuras de piedra similares a marines espaciales remataban grandes columnas de granito. En esos terrenos santificados estaban enterrados individuos de la misma línea sanguínea que él; era una muestra de respeto al planeta y un gran monumento conmemorativo para el Imperio. Cybele era el satélite de un enorme gigante de gas, un mundo cementerio bélico, uno de los cientos de planetas declarados Mausoleum Valorum por todo el Segmentum Ultima. Rafen mantuvo su apariencia de estatua cuando atisbó un movimiento en el borde de los sensores de su auspex.

Un momento después, una figura salió de detrás de un sepulcro oval, tallado en piedra vestan rosa, e hizo un gesto de asentimiento en dirección a Rafen, antes de realizar una serie de señales con una mano protegida por un guantelete. Los dos eran casi idénticos: formas humanas de hombros anchos, envueltas por unas grandes

armaduras de ceramita roja que brillaban bajo la suave lluvia.

Rafen devolvió el gesto de asentimiento y abandonó su escondite para avanzar pegado al terreno y con rapidez. No se detuvo para comprobar si el hermano Alactus lo seguía. No hacía falta. Alactus seguía a Rafen; el hermano Turcio, a Alactus, y el hermano Bennek, a Turcio. La escuadra de marines espaciales había entrenado y había combatido unida durante tantas décadas que actuaban como piezas de la misma maquinaria, con cada engranaje ajustado a la perfección a los demás y funcionando al unísono. Moverse en silencio, sin cruzar ni una palabra entre ellos, era un juego de niños para unos soldados adiestrados para combatir en las condiciones más adversas. Notó la impaciencia que sentían sus compañeros por enfrentarse al enemigo. Era un olor casi palpable en el aire, denso y de un sabor acre en la garganta.

Rafen rodeó un obelisco partido que se alzaba desde la hierba del cementerio como un hueso roto, un dedo acusador que apuntaba hacia arriba en un gesto de ira en dirección a las nubes de ceniza. Bajó hacia un valle poco profundo. Tan sólo un día antes, aquel lugar era un jardín devocional dedicado a los pilotos navales fallecidos en la guerra de Rocene, pero en ese momento no era más que una gran hondonada de tierra removida. Un disparo perdido del bombardeo suborbital preliminar del enemigo había estallado allí y había abierto una semiesfera; la tierra, fundida, se había convertido en grupos de fulguritas relucientes. En los lugares donde los ataúdes adornados habían sido arrancados del suelo se habían formado charcos de color marrón. Los restos estaban esparcidos alrededor de las botas de Rafen, principalmente huesos y medallas desgastadas, que crujían bajo los pies del marine mientras éste caminaba. Serpenteó para esquivar a la mayor parte de los esqueletos y llegó al otro extremo del cráter. Allí se detuvo para comprobar dónde se encontraba.

Alzó la mirada y vio la estatua de un ángel; inclinado, tenía los brazos y las alas extendidos como si fuera a echarse a volar para alejarse de él. El rostro de la figura era perfecto y estaba inmaculado. Mantenía la mirada elevada hacia alguna clase de cielo excelso que se encontraba infinitamente alejado de la terrible realidad de aquel lugar terrenal. En un momento de serenidad, Rafen creyó que aquel serafín se iba a girar para mostrarle el rostro del gran Sanguinius, el bendito fundador y padre del capítulo. Pero el instante pasó, y Rafen se quedó de nuevo a solas con los muertos. Tanto el ángel de piedra como el ángel sangriento se vieron envueltos por la neblina y la lluvia. Apartó la vista de la estatua y permaneció a la escucha del viento.

Rafen notó una sensación de náusea en el fondo del estómago. Junto al incesante gemido del viento le llegó un nuevo sonido al sistema de sensores acústicos del casco: un grito lejano y horrible. Era un sonido arrancado de lo más profundo del corazón de una persona, un grito surgido de los labios de alguien condenado por completo. El marine supuso que los traidores se estaban preparando para presagiar el futuro por medio de las entrañas de los esclavos antes de efectuar un nuevo ataque.

Rafen pensó en aquello por un momento. Si el archienemigo estaba organizando un nuevo ataque, su misión era más urgente todavía. Avanzó al mismo tiempo que fruncía el entrecejo debajo de la máscara del casco. Un grupo de exploradores con menos equipo y más veloces hubiera sido capaz de realizar la tarea en la mitad de tiempo, pero todos los miembros de avanzada de la escuadra de Rafen habían muerto en el primer ataque, cuando una andanada de proyectiles explosivos había barrido al grupo. Estaban de pie al lado de un Rhino cuando el chirrido del aire recalentado los había avisado de la andanada. Rafen recordó el momento en que una motocicleta de exploración, saltando por los aires, había pasado por encima de él como si no fuera más que un juguete despreciado por un niño aburrido y consentido. Lo único que quedó de los jóvenes marines fueron trozos desgarrados de carne y fragmentos de ceramita quemada.

Llevaba el ascua negra de su ira guardada en lo más profundo del alma, y siguió avanzando sin hacer caso de sus propias recriminaciones. Poco importaba ya lo que les hubieran dicho antes de llegar a Cybele: que tan sólo se trataba de un destino de ceremonia, que era más bien un asunto de honor que de combate. Quizá tanto él como sus hermanos de batalla se habían relajado al pensar que los corruptos no tendrían interés por un mundo cementerio. Saldarían la cuenta de ese error con la sangre de los enemigos.

Rafen bajó el ritmo de la carrera y simplemente caminó hacia el bosquecillo que el enemigo había escogido como base. El prado impoluto y cuidado que rodeaba los cementerios del planeta había desaparecido en aquel lugar. El perímetro del campamento de los traidores estaba formado por grandes tentáculos de podredumbre que cruzaban la hierba y que surgían de un círculo cada vez mayor de plantas en descomposición y lodos resecos. El suelo se había abierto en algunos puntos como una herida vieja y había vomitado a los muertos que contenía. Las lápidas, caídas y rotas, se amontonaban junto con huesos negros expulsados por la tierra recién podrida. El índice de Rafen se movió, inquieto, hasta el gatillo del bólter y los nudillos se le pusieron blancos dentro del guantelete. El impulso de la furia justiciera se retorcía bajo su férreo control y el ansia de combate le resonaba en las venas. Indicó por señas a los demás ángeles sangrientos que se quedaran en sus posiciones. Encontró un punto de observación adecuado en la esquina de una cripta en ruinas, y por primera vez en todo ese día, Rafen pudo ver al enemigo. Tuvo que esforzarse para resistir el impulso de acribillarlos a todos.

Portadores de la Palabra. Habían sido la legión de Adeptus Astartes más devota al Emperador, pero aquellos días ya habían pasado hacía mucho tiempo. Los labios de Rafen dejaron al descubierto los afilados dientes en una mueca de disgusto mientras observaba a los marines traidores caminar de un lado a otro con paso arrogante entre las tiendas de pellejo de orko y los todavía relucientes orbes de las cápsulas de

desembarco de la clase Dreadclaw. Hizo caso omiso de los abominables gritos de los demagogos enemigos que recorrían el campamento escupiendo sus viles plegarias y cánticos por encima de los gritos de los servidores esclavizados y del restallido de los látigos neuronales contra las espaldas de los ilotas.

Los Portadores de la Palabra eran un reflejo siniestro de Rafen y de sus hermanos. El equipo de los traidores estaba pintado de un rojo oscuro intenso, parecido al de las entrañas recién desparramadas. El símbolo principal de todas las armaduras era el rostro de un demonio cornudo y aullador recortado sobre una estrella de ocho puntas. Muchos marines del Caos lucían en el casco grandes cuernos adornados con filigranas y tallados con detalle, hechos a partir de huesos de niños. También llevaban textos blasfemos escritos en pellejos resecos, sujetos a las placas de ceramita con tornillos de obsidiana. Otros iban con la cabeza descubierta y mostraban rostros desfigurados, con cicatrices rituales o con colmillos o ganchos de cartílago deformado.

Era uno de esos marines el que estaba torturando poco a poco al esclavo cuyos gritos había arrastrado el viento. Uno de los brazos del marine estaba rematado por un puñado de tentáculos metálicos que serpenteaban y chasqueaban en el aire como si tuvieran vida propia. En la mano que le quedaba empuñaba un cuchillo vibratorio que utilizaba como si fuera un escultor para recortar tiras de piel y carne con un cuidado exquisito. Los gritos de la víctima subían y bajaban por las distintas octavas de la escala, y Rafen se dio cuenta, de repente, de que el soldado enemigo había convertido al prisionero en un instrumento musical y que disfrutaba componiendo aquella sinfonía de dolor. Rafen apartó la mirada y se concentró en la misión que le habían encomendado. El jefe de su escuadra, el hermano sargento Koris, le había dado unas órdenes muy precisas: Rafen y su grupo tan sólo debían localizar el campamento enemigo y calcular el número y la disposición del contendiente. No debían trabar combate con ellos. Apuntó con el auspex a la fuerza enemiga y distinguió las unidades de asalto y la enorme silueta de los exterminadores, pero apenas vio vehículos. Pensó que quizá no se trataba más que de una fuerza de exploración, una brigada de tropas pesadas enviada para comprobar el estado de las defensas del planeta antes de que empezara el verdadero ataque a gran escala. Rafen se preguntó por un momento qué le habría ocurrido a la nave que su compañía había dejado esperando en órbita. Era evidente que si una fuerza tan grande de traidores había conseguido aterrizar en el planeta, el cielo pertenecía al enemigo. No le gustaba nada la perspectiva de lo que eso podía significar para ellos. Con la mitad de los efectivos muertos o heridos después del inesperado bombardeo inicial, los marines espaciales se encontraban a la defensiva y retrocediendo. La iniciativa de la batalla estaba en manos del enemigo.

Pero Rafen se olvidó de todos esos recuerdos amargos un momento después. Una

figura salió por la escotilla lateral de un transporte Razorback deformado. Le sacaba dos cabezas a cualquier otro individuo del campamento traidor. Su armadura lucía rebordes dorados de tono apagado y runas infernales que se retorcían sin cesar mientras el auspex de Rafen se esforzaba por leerlas. De los brazos y de la cintura le colgaban cadenas de acero acabadas en incensarios con forma de cráneo, y de las placas de las hombreras surgían abanicos de espinas necróticas que parecían expulsar leves rastros de toxinas al aire. Rafen ya había visto con anterioridad a los paladines del archienemigo, así que no le cupo ninguna duda de que el individuo que estaba viendo era el señor de toda la fuerza de combate traidora en Cybele.

Rafen recordó algo cuando vio que el portador de la palabra de elevada estatura se acercaba a hablar con el que estaba torturando al esclavo. Le vino a la memoria una descripción aprendida en las clases de adoctrinamiento que había recibido como parte del entrenamiento. A su mente volvieron las palabras del viejo Koris, cuando el veterano sargento era su mentor. Los Portadores de la Palabra, que llevarían para siempre la abominable marca del Caos Absoluto, practicaban sus aberrantes ritos religiosos bajo la dirección de los traidores de mayor rango en sus filas, y Rafen estaba seguro de que aquel individuo era uno de ellos. ¡Un apóstol oscuro, allí mismo, en su punto de mira! La mano que empuñaba el bólter se puso tensa de nuevo y por un momento pensó en matar a aquel adversario bestial, a pesar de la orden que había recibido del sargento. El ansia de sangre le resonaba en los oídos, y notaba la tensión familiar previa a cualquier batalla en la médula de los huesos. Con un solo disparo podría provocar la desorganización inmediata del enemigo, pero si fallaba, aquella misión de reconocimiento quedaría al descubierto de forma instantánea, y los hermanos que le esperaban en Necropolita estarían perdidos. A regañadientes, aflojó la presión sobre la empuñadura del arma.

El instante que tardó en tornar una decisión a punto estuvo de costarle la vida. Una runa brillante parpadeó en el visor del marine espacial. El ángel sangriento se dio media vuelta a una velocidad increíble para una armadura de combate tan grande y giró la empuñadura del bólter mientras se movía. Quedó frente a frente de un portador de la palabra. El odioso rostro del marine del Caos era poco más que un puñado de agujeros y de dientes podridos.

—¡Un ángel sangriento! —exclamó como si el nombre fuera una maldición.

Rafen respondió golpeando con ferocidad la cara del portador de la palabra con la culata del bólter. El guerrero enemigo trastabilló hacia atrás hasta quedar dentro de una cripta. El ángel sangriento no se atrevió a disparar, ya que el ruido atraería sin duda alguna a todos los traidores del campamento, y sabía que ninguno de sus hermanos de batalla podría acudir para ayudarlo, porque quedarían al descubierto. Eso no importaba: Rafen había matado ya a muchas aberraciones del Caos y estaba seguro de que podía acabar con aquel hereje aunque sólo pudiera utilizar las manos.

Lo había cogido por sorpresa, así que únicamente disponía de unos instantes para aprovechar la ventaja y matar a aquella abominación, aquella criatura que llevaba mancillando el universo desde antes de que él naciera.

El portador de la palabra se llevó una mano al arma que tenía en la cintura. Los dedos, con demasiadas articulaciones, bajaron rozando y repiqueteando contra la armadura de color rojo escarlata oscuro. Rafen atacó de nuevo con la empuñadura del bólter y aplastó la mano como si fuera una araña venenosa. El traidor se recuperó del golpe y le lanzó a la cabeza un puñetazo con un guantelete cubierto de pinchos. El golpe impactó con un sonido vibrante, y el casco de ceramita se partió a la vez que el visor se llenó de grietas. Rafen dejó caer el bólter al barro aceitoso del suelo y agarró con las dos manos la garganta del portador de la palabra. Si su oponente también hubiera llevado puesto el casco, Rafen jamás habría conseguido atacarlo de ese modo, pero el estúpido traidor había supuesto que el lugar ya era lo bastante seguro como para ir con la cabeza descubierta. El ángel sangriento apretó los dientes en el duro y correoso pellejo del cuello del portador de la palabra, dispuesto a demostrarle lo grave que había sido su error. De las heridas del traidor comenzó a gotear un fluido espeso y grasiento. La criatura se esforzó por tragar aire en un intento desesperado por gritar para pedir ayuda a sus hermanos impíos.

El guantelete con pinchos apareció de nuevo y golpeó una y otra vez en el casco de Rafen. Al marine espacial se le llenó la boca de sangre mientras los impactos hacían que se le estremecieran los dientes. El traidor le propinó un cabezazo, pero el ángel sangriento se mantuvo firme gracias a que el dolor quedó apagado por la alegría de satisfacer su ansia de matar. Se le enturbió la visión por la emoción de acabar con un enemigo en combate cuerpo a cuerpo. La lengua negra del traidor, parecida a una serpiente, se estremeció con frenesí mientras intentaba aspirar el aire que se le negaba. Rafen apenas se dio cuenta de los golpes que el portador de la palabra le daba en el torso en un vano intento de infligirle alguna herida antes de que acabara con su repugnante vida.

Rafen distinguió con el rabillo del ojo una daga de hueso, y luego un dolor repentino y lacerante en el muslo izquierdo. Hizo caso omiso de la sensación y apretó aún con más fuerza para convertir la garganta del portador de la palabra en una masa ensangrentada de carne rota y cartílagos partidos. Mudo y sin vida, el marine traidor se desplomó, deslizándose entre los dedos manchados de Rafen. El ángel sangriento dio un paso hacia atrás trastabillando, algo aturdido por la tremenda descarga de adrenalina. Cuando posó el pie sintió nuevas oleadas de dolor en la pierna y vio la daga de hueso que le había atravesado la armadura. Los coagulantes de la sangre y el gel curativo burbujeaban alrededor de la armadura; iban oscureciéndose mientras intentaban anular los efectos de la herida. Rafen torció el gesto: los cuchillos demoníacos del enemigo siempre tenían veneno y él no quería morir por el último

ataque de un enemigo moribundo tan despreciable.

El ángel sangriento agarró el arma del Caos por la empuñadura y sintió que se retorcía y estremecía como si fuera una criatura que quisiera escaparse. Notó el movimiento de la cuchilla dentro de la carne y cómo unos órganos palpitaban mientras absorbían sangre como si fueran parásitos. Rafen soltó un gruñido, se arrancó del muslo la cuchilla serrada y luego la estudió con atención. La daga era un ser vivo. Cada diente de sierra del filo era un trozo puntiagudo de porcelana amarilla rematado por un pequeño punto negro que era un ojo. Siseó y bufó contra Rafen en un ataque de odio impotente mientras se retorcía sin cesar. Antes de que el marine espacial pudiera reaccionar, la hoja vació sus sacos de aire y escupió la sangre que había chupado, que se esparció como una leve nube rojiza.

Rafen partió el arma en dos, pero ya era demasiado tarde. En el campamento enemigo, los Portadores de la Palabra habían dejado de hacer lo que estuvieran haciendo y miraban hacia arriba: las lenguas y las narices habían captado el tenue aroma de la sangre.

Rafen soltó un tremendo improperio y tiró a un lado la criatura muerta. Rompió por primera vez el silencio que habían mantenido en las comunicaciones durante las horas anteriores.

—¡Nos retiramos!

Los cuatro ángeles sangrientos abandonaron sus posiciones y se movieron con toda la rapidez que las piernas reforzadas y las servoarmaduras les permitían. Diez veces ese número de Portadores de la Palabra aparecieron por encima de la cresta de la depresión del terreno y se lanzaron en su persecución sin dejar de disparar con los bólters y de lanzar gritos exultantes y vomitivos.



En el campamento, Tancred con el cuchillo en la mano, dudó por un momento antes de girar el cuerpo para unirse a la persecución, pero se dio cuenta de que su señor no se había movido ni un centímetro, así que se relajó de forma cuidadosa e inclinó la cabeza.

Iskavan el Odiado, apóstol oscuro de la novena hueste de Garand, abrió los labios exangües con mayor amplitud de la que permitiría ningún orificio humano. Una de sus lenguas tubulares salió para captar el sabor en el aire.

—Un cachorro gemebundo —dijo al cabo de un momento, después de saborear la sangre de Rafen—. Poco más de cien años, por el gusto. —Miró a Tancred—. Quizá debería ofenderme que esos perros envíen chiquillos para espiarnos.

El torturador miró a los restos humanos producto de su trabajo.

—Para un puñado de exploradores apenas merece la pena el esfuerzo, magnífico señor.

Tancred vio con el rabillo del ojo cómo Iskavan asentía mostrándose de acuerdo y reprimió una sonrisa. El portador de la palabra había conseguido ascender al rango de segundo del apóstol oscuro mediante una combinación de astucia y de implacable crueldad, pero buena parte de su éxito se debía a su capacidad para predecir el estado de ánimo de Iskavan y decir lo que quería oír su comandante. Tancred había disgustado a Iskavan a lo largo de cuatrocientos cincuenta años en tan sólo tres ocasiones, y la más grave de todas le había dejado una marca indeleble: Iskavan le había cortado el brazo de un mordisco con sus afilados dientes. El torturador movió en un acto reflejo el brazo tentacular que lo sustituía.

—Que los ansiosos los persigan hasta la apestosa ratonera donde se esconden —dijo Iskavan tanto a Tancred como al resto del campamento de los Portadores de la Palabra—. Luego nos reuniremos con ellos.

El apóstol oscuro volvió a mirar de lleno al torturador y acarició con gesto ausente un cuerno espinado que le salía de la barbilla.

—Que nadie me interrumpa hasta que haya completado el sacramento.

Tancred se tomó aquello como una señal para que continuara y les indicó por señas a un par de ilotas conectados a máquinas que avanzaran. Cada uno de aquellos seres, antaño hombres, agarró un extremo del potro donde se encontraba la víctima de Tancred. Los homúnculos lo llevaron hasta el centro del campamento; se movían sobre extremidades de pistones de gas y transportaban la carga con unas barras de hierro acabadas en pinzas en vez de con brazos de carne y hueso. El individuo gemía en voz baja, pero seguía con vida gracias a la consumada habilidad de Tancred.

El portador de la palabra se inclinó sobre la cabeza del esclavo moribundo.

—Entrégamelo —le susurró—. Entrégame tu amor.

—Lo entrego —logró contestar el ilota entre gorgoteos de sangre—. Entrego mi corazón, mi cuerpo y mi alma a vos, ¡oh, grandioso! —Sonrió y dejó al descubierto los dientes rotos mientras miraba de forma beatífica las densas nubes del cielo—. Por favor, ansío la agonía de la bendición. ¡Por favor!

El esclavo comenzó a gimotear, y Tancred le pasó una mano por la frente desgarrada. El pobre infeliz temía que le dejarían morir sin concederle el exquisito dolor de la bendición de Iskavan.

—No temas —lo tranquilizó Tancred—. Conocerás un tormento como el que soportó el propio Lorgar.

—¡Gracias! ¡Gracias!

El ilota tosió, y una gruesa gota de sangre salió expulsada de la boca y se deslizó por la mejilla. Tancred resistió el impulso de lamerla y se giró para hacerle una reverencia a su señor.

—¿Tengo vuestro permiso, gran apóstol?

Iskavan se lamió los labios.

—Traedme mi crozius.

Los Ángeles Sangrientos habían reforzado las defensas del edificio llamado Necropolita cuando todavía no se había acabado de posar la tormenta de polvo provocada por el bombardeo. Se dedicaron a derribar columnas y obeliscos para que sirvieran de parapetos improvisados. El edificio había sido una combinación de capilla imperial y de puesto avanzado, pero había quedado en ruinas. Los únicos ocupantes, el sacerdote gobernador principal y su cohorte de sirvientes, fueron de los primeros en perecer cuando el minarete central del edificio sufrió un impacto directo. Para bien o para mal, Cybele se encontraba bajo el mando absoluto del hermano capitán Simeon, el oficial marine espacial de mayor rango. Estaba agazapado en una de las esquinas de Necropolita que todavía quedaban en pie y fue el primero en ver que el enemigo se acercaba entre las lápidas. Desenvainó la espada sierra con un floreo.

—¡Hijos de Sanguinius! —Su voz resonó por el lugar como el tañido de una campana de claustro—. ¡A las armas!

El hermano sargento Koris, que estaba debajo de él, donde acababa la plaza de mármol y empezaban los cementerios, clavó los dedos en una columna de piedra caída y se aupó para poder ver al enemigo. Distinguió a la unidad de Rafen, cuyos integrantes corrían mientras descargaban el fuego de los bólters con ráfagas controladas por encima del hombro, al mismo tiempo que avanzaban hacia el edificio. A la espalda tenían un muro de marines del Caos, una horda ruidosa y aulladora que los perseguía como un enjambre de langostas rojas.

—¡Hermanos! ¡Apuntad con cuidado! —ordenó, y para demostrar lo que decía, el veterano soldado le destrozó la cabeza a un portador de la palabra a un metro escaso de la espalda de Turcio.

Bennek tuvo menos suerte. Koris lanzó un gruñido de rabia cuando el marine perdió la pierna por el disparo fallido de un rifle de plasma. La silueta de Bennek trastabilló y cayó al suelo. Los Portadores de la Palabra pasaron por encima de él sin ni siquiera detenerse.

La figura carmesí de un marine espacial lanzó un grito por el esfuerzo de saltar por encima de la cabeza de Koris. Dio media vuelta en el aire y aterrizó en perfecto equilibrio al otro lado de la barricada de piedra. El sargento se giró al mismo tiempo que Rafen, que estaba jadeando, levantaba el bólter y acribillaba el aire: el traidor que lo había estado persiguiendo de cerca ya había subido la mitad del obelisco cuando los proyectiles de Rafen lo hicieron caer de espaldas aullando. El zumbido de las descargas de energía y el estampido de los proyectiles resonaban por doquier.

—¡Maldita sea! ¡Esos impíos se pegan como pulgas del desierto!

Koris sonrió a Rafen.

—Te has traído algo de compañía, ¿no, muchacho?

Rafen dudó por un momento.

—Es que…

Varias ráfagas acribillaron el suelo cerca de sus pies.

—¡Hermano Rafen! —Simeon atravesó el terreno cubierto de agujeros y cráteres, sorteando las nuevas explosiones y el agudo zumbido de la metralla—. Le dije que nos hacía falta observar al enemigo de cerca, pero no creí que me obedeciera de un modo tan literal. —El capitán disparó una ráfaga con la pistola bólter contra las filas enemigas—. No importa.

Koris se separó de la línea de tiro y permitió que Turcio ocupara su lugar.

—Cuéntanos, chaval. ¿Qué es lo que nos tienen preparado esos engendros del Caos?

Su voz mostraba un tono de urgencia, reconocible incluso por encima del estruendo de los disparos. Rafen señaló hacia el sur.

—Un grupo de asalto, más bien una fuerza de reconocimiento reforzada —contestó con la misma tranquilidad que hubiera mostrado en un ejercicio de entrenamiento—. Una escuadra de exterminadores y algunos blindados, al menos tres Razorbacks.

Simeon sonrió. Tenía pocos marines tácticos a su mando, y casi ninguna clase de arma pesada, así que sería muy difícil defender la posición frente a una fuerza semejante.

—Hay más… —dijo Simeon al cabo de un momento. Era más una afirmación que una pregunta.

Rafen hizo caso omiso de un proyectil que le pasó zumbando cerca de la cabeza.

—Así es. Que Terra me proteja, pero he contemplado una de sus ceremonias execrables, un sacrificio augural. En el campamento había un apóstol oscuro que lo estaba supervisando.

—¿Estás seguro? —le preguntó Koris mientras estallaban las baldosas que los rodeaban.

—Como que el Dios Emperador es mi señor.

Simeon y Koris intercambiaron una mirada: aquello lo complicaba todo mucho más.

—Si uno de esos architraidores ha profanado las tumbas que hay en el planeta, está claro cuáles son los planes que tienen para Cybele. —Simeon colocó un nuevo cargador en la pistola mientras observaba la feroz línea de batalla, donde se enfrentaban armaduras de color rojo sangre y de color rojo entraña—. Intenta erigir uno de esos monumentos blasfemos y contaminar la tierra con sus bendiciones profanas.

—Eso no va a pasar —bufó Rafen, a quien una oleada de furia le recorrió el cuerpo.

—No, por supuesto que no —le contestó Simeon, mostrándose de acuerdo al mismo tiempo que enseñaba los colmillos.

Luego, soltó un rugido y se lanzó al combate. Su espada sierra chirrió cuando partió por la mitad la placa pectoral de un portador de la palabra y lo arrojó al suelo de mármol. Rafen y Koris lo siguieron disparando con las armas.

—¡Escuchadme, Ángeles Sangrientos! —gritó Simeon—. ¡En nombre del Grial Rojo, repeled al enemigo y…!

Una pequeña explosión de supernova rodeó al capitán y lo interrumpió. La descarga de plasma al rojo vivo derritió la piedra que había a sus pies. Rafen quedó cegado de forma momentánea por el tremendo resplandor blanco brillante, antes de que los cartuchos de munición que llevaba Simeon estallaran todos al mismo tiempo y lo lanzaran a un lado por la onda expansiva.



Iskavan recogió su impío símbolo de autoridad y lo acunó como lo haría un padre con su hijo más amado. El crozius despedía un brillo que se filtraba a través de los dedos de la mano que lo empuñaba. El arma suspiró, satisfecha de que su amo estuviera cerca y emocionada ante la perspectiva de lo que se avecinaba. El apóstol oscuro murmuró una letanía de maldición y mojó el disco de cuchillas, que había en el extremo del arma, en el cubo que se había dispuesto debajo del potro de tortura. Removió la sangre fresca y espesa. El líquido se convirtió poco a poco en vapor y humeó alrededor del arma impura.

—De los fuegos de la traición a la sangre de la venganza —entonó Iskavan.

Tancred alzó el cuchillo vibratorio por encima del cuerpo del ilota para que pudiera ver que la muerte ya estaba cerca.

—Por el portador de la palabra, el hijo agraciado del Caos.

El torturador clavó el cuchillo en el estómago del esclavo y lo rajó de un lado a otro mientras disfrutaba de los gritos.

—Alabado sea por siempre —dijeron al unísono todos los miembros de los Portadores de la Palabra que estaban presenciando la ceremonia.

Iskavan alzó el crozius empapado de sangre hacia el cielo gris. El ritual de profanación se había repetido una vez más, lo mismo que se había repetido en incontables mundos antes de incontables victorias. Miró a Tancred, que se encontraba inclinado sobre las entrañas desparramadas del sacrificio.

—¿Qué ves? —le preguntó.

A Tancred le supuso el mayor esfuerzo de toda su vida mentirle a su señor.

—Llega la muerte. Lorgar nos está mirando. —Casi se atragantó al decirlo—.

Saciaremos el hambre de los dioses.

Tancred sintió que su negro corazón se encogía mientras contemplaba, atemorizado y desconcertado, las entrañas que se extendían ante él. Las vueltas de los intestinos caídos, las manchas de sangre, la colocación de los órganos… Todo el conjunto era ominoso y terrible. Vio las señales de que algo increíblemente poderoso cobraba vida, una fuerza tan tremenda que empequeñecía a Tancred y a su señor. El juego de luz y de sombra era confuso, por lo que el torturador no estaba seguro de cuál sería la procedencia de esa fuerza, pero veía con claridad que provocaría ruina y destrucción a su paso. Logró apartar, por fin, la mirada de aquello después de descubrir un último presagio en las entrañas: ni él ni Iskavan verían el final de los acontecimientos que pondrían en marcha ese día.

El apóstol oscuro lo miró a los ojos con suspicacia.

—¿Eso es todo lo que ves, Tancred?

La verdad, que luchaba por hacerse oír, estuvo a punto de salir de los labios podridos de Tancred, pero sabía con toda certeza que un augurio tan fatalista enfurecería por completo a Iskavan y que entonces Tancred sería el primero en probar el poder del crozius recién ensangrentado. Bajó la mirada con la esperanza de que pareciera una reverencia y rezó a los dioses para no sufrir un castigo de su señor.

—Veo muerte, mi señor.

—Bien. —Iskavan se colgó la impaciente arma de la muñeca—. Llevémosle la palabra a nuestro adversario y hagamos que la sigan… o que perezcan.

Los marines del Caos lanzaron aullidos y rezaron himnos y mantras siniestros mientras las fuerzas de combate se ponían en marcha. Tancred, que iba entre ellos, se estremeció por los nuevos temores, que sentía como si fueran una herida infectada.



La violenta muerte de Simeon resonó por todo el perímetro como un repique fúnebre. Los Ángeles Sangrientos que estaban en el borde de Necropolita la sintieron casi como algo físico. El héroe de Virgon VII, vencedor de la Insurrección de Thaxted y guerrero condecorado de la Campaña Alchonis, había muerto, había desaparecido. El hermano capitán era respetado por todos los marines del capítulo, y a lo largo de los siglos que habían combatido a su lado, cada uno había contraído alguna deuda de vida con el valiente oficial. El propio Rafen había estado a punto de morir en Ixion debido a una mina excavadora que Simeon había descubierto un momento antes de que saliera a la superficie. El ángel sangriento comprobó, mientras contemplaba el negro cráter humeante que marcaba el lugar donde había muerto el capitán, que se le escapaba ese recuerdo, como si también lo hubiera perdido en la explosión de plasma.

Koris era el oficial de rango superior en ese momento, y el viejo perro de la guerra parecía decidido a hacerles pagar muy caro la muerte del capitán a todos y

cada uno de los Portadores de la Palabra. Pero Rafen conocía al veterano mejor que la mayoría de los demás marines presentes, y vio en su antiguo mentor las señales de inquietud que los demás no percibían.

A pesar de todos los ánimos y gritos de coraje de Koris, la repentina muerte de Simeon había sido un golpe terrible para la moral, y la voluntad de los supervivientes yacía herida y desangrándose en la hierba.

Rafen vio el impulso que recibía el ataque enemigo cuando el resto de los adversarios se unió al combate de la línea de vanguardia. Desde ese momento, tuvo claro que iban a morir en ese lugar. Un destello maligno resplandeció a lo lejos procedente de alguna clase de arma de energía, y los Portadores de la Palabra lanzaron rugidos de aprobación. Retrocedieron como una marejada de color rubí antes de abalanzarse de nuevo como una oleada asesina que mató y destrozó a los camaradas de Rafen hasta dejarlos convertidos en despojos sanguinolentos. El marine espacial no dejó de disparar el bólter, y el cañón del arma se puso al rojo mientras los proyectiles, grandes como puños, agujereaban los cuerpos de los enemigos. Un momento después, se oyó un ruido, que resonó por todo el campo de batalla: el aullido del aire al ser atravesado a gran velocidad.

Rafen alzó la vista de manera instintiva y sintió miedo en el fondo de los dos estómagos. A través de la capa de nubes aparecieron docenas de naves de desembarco Thunderhawk, erizadas de cohetes y de bocachas de cañones, y repletas de marines preparados para unirse al combate. Las naves, medio ocultas por el humo de los disparos y de las toberas de los motores, sobrevolaron al enemigo y dieron media vuelta.

—Estamos perdidos —dijo Turcio como si éstas fueran sus últimas palabras—. Con semejantes refuerzos, los corruptos nos barrerán como el viento a las hojas.

—Pues entonces, dejaremos el lugar sembrado de muertos enemigos antes de caer nosotros…

La voz de Rafen se apagó cuando las Thunderhawks abrieron fuego todas a la vez y rayos incandescentes de los cañones láser iluminaron el cielo. Sin embargo, los disparos no llegaron a impactarles. Los rayos cayeron lejos de los Ángeles Sangrientos y dieron de lleno en mitad de las filas de los Portadores de la Palabra con un efecto devastador. Toda una unidad de exterminadores del Caos desapareció en un estallido de luz llameante. Las naves dispararon entonces andanadas de cohetes, que explotaron con ferocidad entre los demás marines del Caos.

Rafen abrió los ojos de par en par cuando la nave que marchaba en cabeza le pasó volando por encima y vio por un instante con claridad el símbolo pintado en el costado: una reluciente gota de sangre flanqueada por dos alas de ángel plateadas. Por deseo del Emperador, los hermanos de batalla de aquellos Ángeles Sangrientos los habían salvado de las mismas garras de la muerte.



Dos

Los Portadores de la Palabra de Iskavan habían pecado de arrogancia y no se habían esperado más que una resistencia simbólica en Necropolita. Ni uno solo de los marines traidores había dudado de la victoria gracias a la precisión de las armas del crucero *Elegía Eterna* y a la velocidad relampagueante del asalto planetario. La profanación de Cybele en nombre del Caos Absoluto sucedería sin remedio, o eso habían creído. Tancred sentía entonces que toda aquella certidumbre no era más que ceniza en la garganta mientras observaba cómo sus guerreros se convertían en antorchas vivientes bajo las andanadas devastadoras de las Thunderhawks de los Ángeles Sangrientos.

El torturador se había detenido al ver que toda la unidad de vanguardia, compuesta por los guerreros más valiosos, desaparecía en una nube de llamas. Los marines espaciales de Necropolita, el pequeño grupo al que momentos antes le quedaban escasos instantes de vida, se lanzó a la carga con vigor renovado y avanzaron por encima de los cadáveres de los Portadores de la Palabra para romper la línea del Caos. Los enemigos caían del cielo gris en alas de fuego y los soldados se desplomaban a su alrededor, así que Iskavan se giró hacia Tancred y sus ojos le lanzaron una mirada pétrea antes de dar una orden que asqueó al torturador hasta lo más profundo de su alma: el apóstol oscuro le dijo a las tropas que se retiraran. Los Portadores de la Palabra maldijeron el nombre del dios cadáver con cada paso atrás que daban antes de replegarse hacia los interminables cementerios.

Tancred observó con cuidado la cara del comandante y vio la furia de los hombres reflejada allí, y a pesar de ello, había dado esa orden. Era como si Iskavan —¿cómo se atrevía a pensar algo así?— hubiera recibido órdenes de que permitiera vivir a los Ángeles Sangrientos. La doctrina más sagrada de los Portadores de la Palabra era avanzar siempre, avanzar y avanzar, y no dar cuartel jamás, y sin embargo, Iskavan les había ordenado la retirada y los había dirigido hacia la cobertura de las sombras sin dar ni una sola explicación ni hacer un simple comentario. Tancred pensó en aquello mientras las escuadras se retiraban sin dejar de disparar mientras retrocedían. Sin duda, su señor tenía algún plan del que no le había hablado, alguna clase de maniobra a gran escala que más adelante redimiría aquel acto indigno. El torturador rezó para que aquélla fuese la razón de la retirada, porque si Iskavan se había dado

cuenta de que la predicción de Tancred había sido falsa, Tancred ni siquiera vería llegar la muerte.



Rafen permaneció cerca de Koris mientras el grupo de Portadores de la Palabra quedaba hecho añicos. Las escuadras enemigas se fueron retirando hasta que no quedó ningún enemigo al que perseguir. El hermano sargento detuvo a los hombres en el risco donde Rafen se había escondido bajo la sombra de la estatua del ángel. El joven marine espacial alzó la mirada para ver que la grácil figura de piedra seguía en su sitio, intacta tras el paso del archienemigo.

Koris se acercó a él y en el rostro barbudo del veterano apareció una sonrisa.

—Se han escondido. Sin una fuerza del tamaño necesario para buscarlos no podremos destruirlos a todos.

—Seguimos vivos —comentó Rafen sin apenas creerse el cambio que había experimentado la situación.

Koris asintió con brusquedad.

—Sí, chaval, pero este asunto no se ha acabado. Ni mucho menos.

Una nave de desembarco les pasó por encima de la cabeza y el rugido de los motores interrumpió momentáneamente la conversación.

—Esos cabrones jamás se retiran a no ser que se vean obligados a ello. Estoy seguro de que ya se están preparando para contraatacar antes de que se ponga el sol.

Rafen observó cómo la Thunderhawk se quedaba flotando a escasa distancia del suelo para que bajaran un par de individuos.

—Pero no serán rivales para nosotros con todos los refuerzos que han llegado.

—No estés tan seguro —le replicó Koris—. Ya nos cogieron desprevenidos una vez, Rafen. Por el Trono, seguro que tienen preparadas más sorpresas. —Hizo un gesto cortante con la espada—. Los Portadores de la Palabra son muy tenaces.

Uno de los Ángeles Sangrientos que había bajado de la nave se les acercó a la carrera.

—¡Salud! —les gritó—. Soy Corvus. ¿Quién está al mando?

—El hermano sargento Koris, de la quinta compañía —contestó el veterano marine, que se tocó el corazón y luego la frente en gesto de agradecimiento—. Os damos las gracias.

El recién llegado lanzó una mirada por encima del hombro hacia Necropolita.

—Entonces, ¿el gobernador ha muerto?

—Junto a todo su séquito y a nuestro capitán. Soy la máxima autoridad en este planeta ahora mismo.

—Ya no. Le han liberado de esa carga, hermano sargento —le contestó el ángel sangriento con voz tranquila—. El inquisidor Ramius Stele ha declarado que el

planeta Cybele se encuentra bajo su control a partir de este momento. Le está esperando en el espaciopuerto.

—¿Stele? —repitió Rafen—. ¿El jefe de la expedición de la *Bellus*?

—El mismo. La nave se encuentra en órbita alta en estos momentos. —Corvus se calló un momento—. El inquisidor no es conocido por su paciencia, hermano sargento —añadió.

Koris puso mala cara, pero se dirigió hacia la Thunderhawk. El resto de la escuadra lo acompañó.

—Rafen, tú vendrás conmigo.

El ángel sangriento asintió.

—La verdad es que siento curiosidad por conocer la cara de nuestros salvadores.



La verdadera escala del ataque de los Portadores de la Palabra se hizo evidente desde el aire. El piloto mantuvo la nave justo por debajo de los bancos de nubes y pasó rugiendo por encima de las corrientes termales provocadas por los cráteres humeantes que las bombas habían abierto en la superficie verde azulado. Cientos de filas de lápidas idénticas surcaban el suelo hasta el horizonte en todas las direcciones. De los puntos donde habían caído las cabezas de los proyectiles surgían rastros ennegrecidos de veneno. Las propias cubiertas metálicas de los proyectiles estaban repletas de toxinas y de elementos contaminantes para que corrompieran todo lo que tocaran. Las moles de las criptas gigantescas marcaban el terreno como si fueran fortificaciones en una zona de guerra.

—¿Qué es eso? —preguntó Turcio al mismo tiempo que señalaba una mancha de color púrpura que rodeaba la base de un zigurat conmemorativo.

—Hongos de sometimiento —contestó uno de los otros marines sin ni siquiera mirar—. El enemigo los mezcla con el combustible de los motores para que se esparzan con el humo expulsado por la combustión.

—¿Para qué sirven?

—Los biólogos del Caos —contestó Koris— imprimen ciertas características a las esporas mediante varios rituales. Cuando el hongo empieza a crecer, toma la forma de sus viles símbolos.

Turcio torció la nariz, como si hubiera olido algo asqueroso. Vio lugares donde los hongos ya estaban adoptando la forma de una estrella de ocho puntas.

La miríada de puntos de defensa armada creaba óvalos solapados a lo largo del paisaje, y muchos estaban en el emplazamiento de Necropolita. El único recuerdo que Rafen tenía de la fortaleza de mármol era de cuando habían llegado procedentes del este atravesando el Gran Puente de los Penitentes, que cruzaba el cañón Ghana. El ángel sangriento había mirado por una de las ranuras de disparo de la puerta del

Rhino y había visto el magnífico edificio blanco que se alzaba hacia el cielo; rodeado de estrechas torres, constituía una formación parecida a un órgano. Todo aquello había desaparecido para convertirse en escombros y fragmentos marmóreos. La nave giró al pasar por encima de las ruinas y Rafen vio que el impacto directo que había matado al sacerdote gobernador también había derribado el edificio como una pila de cartas de tarot. Cerca de allí, había posadas un par de aeronaves en las que iban embarcando unas cuantas filas desordenadas de supervivientes. El marine espacial se dio cuenta, gracias a su visión potenciada, de que había pocos hombres en el terreno. Parecía más una retirada que una operación de refuerzo.

—Nos han ordenado que retiremos todas las unidades hacia el espaciopuerto —comentó Corvus como si adivinase lo que estaba pensando Rafen—. Desde la órbita del planeta vimos que Necropolita estaba perdido, y el espaciopuerto es un lugar más adecuado para levantar fortificaciones.

Rafen se mostró de acuerdo. Era una decisión táctica lógica. El capitán Simeon había dicho lo mismo después del bombardeo de los Portadores de la Palabra, pero los disparos enemigos habían apuntado con precisión al puente situado detrás de la fortaleza, y como tan sólo les quedaban dos vehículos de transporte, al destacamento de Rafen le había sido imposible cruzar al otro lado. Sin duda, el puñado de servidores y de hombres del capítulo que habían quedado en el espaciopuerto habían muerto bajo el mismo diluvio de proyectiles que había azotado la fortaleza.

En un instante pasaron por encima del cañón y vieron los extremos doblados del puente colgante que lo cruzaba. Las grandes estatuas de los primeros peregrinos de Cybele que sostenían los pilares habían desaparecido y se habían despedazado en el suelo de la garganta, a kilómetros bajo el puente.

Rafen miró al hermano de batalla.

—La nave de guerra que nos trajo, la *Celaeno*, estaba en órbita. ¿Qué ha sido de ella?

Corvus negó con la cabeza.

—No conozco los detalles, pero detectamos los restos de la fragata cuando salimos del espacio disforme. La nave de los Portadores de la Palabra a la que nos enfrentamos en órbita debió pillarla desprevenida.

—Una desgracia —comentó Rafen.

Koris se mantuvo en silencio cerca de él, con una expresión inescrutable en el rostro. El joven ángel sangriento pensó en los tripulantes de la *Celaeno*, y se los imaginó sorprendidos y solos ante la ferocidad del ataque de la nave del Caos, cuyo tonelaje era el doble. Deseó con todas sus fuerzas que no hubieran sufrido mucho y que el Emperador se hubiese llevado con rapidez sus almas.

La amplia llanura de ferrocemento del espaciopuerto apareció detrás de una franja de bosques. Los grupos de hangares y de depósitos de combustible eran visibles

desde lejos. Las pistas de aterrizaje apenas habían sufrido daños por el bombardeo enemigo, lo que dejó muy claro el plan de los Portadores de la Palabra: mantener intacto el espaciopuerto para que pudiera ser utilizado por ellos. El morro de la Thunderhawk bajó sin más ceremonias y comenzó la maniobra de aterrizaje.

El batallón desplegado en el espaciopuerto era muy distinto de los restos de la compañía del fallecido capitán Simeon. Los últimos salían de las aeronaves con las armaduras chamuscadas y agujereadas por los disparos y la metralla que no habían sido capaces de matarlos. Los apotecarios llevaban a los marines espaciales heridos hacia una zona médica improvisada mientras los demás se arremolinaban en grupos cautelosos, alejados de los ángeles sangrientos de la *Bellus*, que tenían todo el equipo de combate en condiciones de pasar revista, limpio y sin utilizar.

Los supervivientes del ataque de los Portadores de la Palabra mostraban unos rostros ceñudos y no hablaban. Todos habían creído, al igual que Rafen, que en aquel planeta les había llegado la hora. La muerte de Simeon y el repentino cambio de la suerte los había dejado con un estado de ánimo sombrío. El hermano Alactus los estaba dirigiendo en una plegaria de agradecimiento a Terra, pero ninguno lograba quitarse de encima la funesta sensación que los invadía entre aquellas interminables filas de lápidas. Los servidores estaban reuniendo los restos mortales de los guardias imperiales acuartelados en las baterías de defensa orbital del espaciopuerto. Todos habían muerto en medio de terribles dolores a causa de las toxinas nerviosas soltadas por los Portadores de la Palabra. Los cuerpos estaban retorcidos y encogidos debido a los espasmos musculares que los habían matado. El débil aroma del veneno, demasiado disperso ya para causarle a un marine espacial nada más que un leve dolor de cabeza, seguía en el aire.

Koris y Rafen dejaron atrás a Turcio para que reuniera las tropas de un modo que pareciera ordenado, y se adentraron en el espaciopuerto. Pasaron al lado de tanques Predator de la clase Baal y de varios land speeders. Algunos de los vehículos mostraban en los montajes de las armas condecoraciones que Rafen no consiguió reconocer.

—¿Han participado en muchos combates, hermano Corvus? —le preguntó al marine que los acompañaba.

—Quizá los pieles verdes sean unas bestias algo estúpidas, pero sin duda luchan con ferocidad —contestó Corvus—. ¿Conocen la misión de la *Bellus*?

—¿Y quién no la conoce? —respondió Koris con sequedad—. Sin duda, se trata de una tarea de lo más sagrada.

Rafen se limitó a hacer un gesto de asentimiento. La barcaza de combate *Bellus* había partido entre grandes ceremonias y con buenos augurios por parte de los fieles

del capítulo. El propio señor del capítulo de los Ángeles Sangrientos, Dante, había organizado la expedición una década antes. La nave llevaba a bordo un destacamento selecto y tenía la misión de rastrear la localización de un objeto originario de una época anterior a la Herejía de Horus, un artefacto arcanotecnológico llamado *Lanza de Telesto*, perdido en la confusión de aquella era siniestra. El descubrimiento casual de ciertos documentos en un almacén de Evangelion había llevado al establecimiento de la misión. Dante había puesto al mando a Ramius Stele, un inquisidor de carácter rígido, en quien confiaban tanto el capítulo como los jerarcas de la Eclesiarquía, y había enviado la expedición a los mundos infestados de orkos de la frontera del Segmentum Obscurus. Entre los Ángeles Sangrientos había corrido desde hacía varios meses la noticia de que la nave estaba a punto de regresar.

Corvus volvió a hablar.

—Ha sido una campaña dura, pero hemos sido bendecidos. Sanguinius nos ha protegido.

—¿Y la lanza?

El orgullo resonó en la contestación de Corvus.

—Guardada en un compartimento de seguridad de la *Bellus*. —Miró a Rafen—. Hermano, es en verdad un espectáculo maravilloso.

—¿Habéis tenido la oportunidad de verla? —le preguntó Koris en voz baja.

—Todos la hemos visto —le aclaró Corvus—. Stele en persona la sacó del escondrijo de los orkos la mañana en que acabamos con los últimos. La sostuvo en alto para que todos pudiéramos verla. —Los ojos se le pusieron vidriosos por un instante al recordar aquel momento—. Ése día sentí en el rostro el brillo del Gran Primogenitor.

—Es difícil imaginarse que a un servidor de la Ordo Hereticus se le permitiera empuñar algo tan sagrado —comentó Koris con voz deliberadamente neutral—. Algunos ángeles sangrientos criticarían un hecho semejante.

Corvus miró con dureza al veterano.

—Tan sólo los que no conocen bien a Stele harían algo así. Es un auténtico camarada de nuestro capítulo.

—Por supuesto —aceptó Koris—. No pretendo sugerir lo contrario. La deuda de honor entre los Ángeles Sangrientos y el inquisidor Stele está muy bien documentada.

Rafen asistió al intercambio de frases entre los otros dos marines sin decir nada. Koris jamás se había fiado de las apariencias a lo largo de sus años de servicio y a menudo se dedicaba a poner a prueba las ideas de los hombres que los acompañaban. Algunas veces los presionaba casi hasta el punto de la herejía. Decía que era el único modo que había de ver la verdad oculta tras las plegarias y el catecismo que formaba buena parte de su vida diaria. «Para creer, uno debe ser antes el mayor escéptico».

Rafen había visto los tapices de Riga que colgaban de las paredes en el silencioso

claustro del monasterio-fortaleza de Baal. En ellos aparecían antiguas imágenes de Sanguinius empuñando la *Lanza de Telesto* contra el Señor Asesino Morroga. El gran combate estaba tejido con hebras teñidas en mil tonos distintos de rojo; cada hilo había sido coloreado con la sangre de un hermano caído. En el inmenso paisaje de color rubí oscuro aparecía el arcángel dorado que era el fundador del capítulo, cuyo hermoso rostro se veía contraído por la furia mientras derrotaba al Caos. En todos los tapices aparecía también la lanza, que brillaba como un rayo de sol, y Rafen se preguntó cómo sería empuñar el asta de una arma que antaño había pertenecido a su señor eterno.

El trío se detuvo delante de la entrada de un pabellón. Estaba adornado y era de un tejido oscuro, con amuletos de protección e hilos de plata entretejidos por toda la superficie. De la parte superior de la entrada colgaban unos braseros plateados con forma de calavera. En la frente de cada cráneo sonriente había grabada una letra: «I», la marca inconfundible de la Inquisición. La tienda la protegían un par de ángeles sangrientos de la guardia de honor. Los cascos dorados relucían bajo la débil luz del sol.

—Hermano sargento Koris, pase, por favor. Lord Stele espera su informe.

Corvus le indicó al veterano con un gesto que lo siguiera al interior.

Rafen se dispuso a acompañarlo, pero el guardia de honor más cercano dio un paso y se interpuso en su camino.

—Sólo el hermano Koris —le dijo Corvus.

Koris miró un momento a Rafen.

—Espera, muchacho. No tardaré mucho.

Rafen obedeció la orden, aunque a regañadientes. Le molestaba la tendencia de la Inquisición al secretismo y al engaño, como le ocurría a la mayoría de los miembros del Adeptus Astartes. Los marines espaciales creían en el valor de la acción directa, en los hechos decisivos llevados a cabo sin la pérdida de tiempo que suponían las deliberaciones políticas y las discusiones interminables. Aunque jamás lo diría, a Rafen le disgustaba que alguien como Stele se encontrara en mitad del campamento de los Ángeles Sangrientos como si fuera el señor del capítulo. Rafen se dio la vuelta y dejó de pensar en aquello…, y se encontró de frente con un rostro familiar.

Los reflejos blancos de los símbolos alados de la armadura de un ángel sangriento de estatura elevada le llamaron la atención. La figura estaba cruzando con paso firme la pista de aterrizaje después de desembarcar de una Thunderhawk que acababa de llegar. Un par de marines espaciales tácticos lo acompañaban como guardia personal.

—¿Sachiel? —Rafen lo llamó en voz alta—. ¿Hermano Sachiel?

Aunque era una falta de protocolo dirigirse a un sacerdote de un modo tan poco formal, Rafen lo llamó de nuevo mientras se acercaba.

El individuo observó a Rafen con gesto de extrañeza. Luego, de repente, sonrió

un poco al reconocerlo. Después de mirar a uno de los guardias, se giró de nuevo hacia Rafen.

—¿Es posible? —se preguntó en voz alta—. Pero si es Rafen el Preparado.

Rafen frunció el entrecejo al oír el sobrenombre que le habían puesto cuando no era más que un novicio en Baal Secundus.

—¿Se encuentra bien, apotecario? —le preguntó.

Sachiel dio unos cuantos golpes con un dedo en la hombrera de la armadura.

—Ha pasado bastante tiempo, hermano Rafen. Por la gloria de Sanguinius y la gracia de nuestro camarada inquisidor he llegado al rango de gran sacerdote.

Rafen hizo una reverencia.

—Disculpe, señor. Me alegro de verlo con vida después de tantos años.

—Claro —le contestó Sachiel, dejando entrever un poco su orgullo.

Al igual que la de sus hermanos, la servoarmadura de Sachiel era de color rojo sangre, pero al ser también un gran sacerdote sanguinario, todas las piezas del equipo tenían un reborde blanco. Alrededor de la cintura llevaba unos cuantos sellos de pureza bajo el emblema de color hueso que representaba dos alas angelicales desplegadas. Rafen se fijó en que llevaba un saquillo de terciopelo en la cadera. Sin duda, en el interior se encontraba el símbolo tradicional del cargo de Sachiel entre los Ángeles Sangrientos: un cáliz sagrado tallado con la misma forma que el Gran Grial Rojo de Sanguinius.

Rafen ni siquiera se preguntó cómo era posible que Sachiel hubiese ascendido con tanta rapidez en el escalafón durante la misión de la *Bellus*. Estaba seguro de que si la verbosidad del sacerdote no había disminuido a lo largo de aquellos diez años, se lo contaría a todos antes de que pasara mucho tiempo.

La sonrisa de Sachiel se hizo más amplia.

—Sin duda, todo esto es un buen augurio. No sólo hemos detenido nuestro viaje por el empíreo en el momento adecuado para captar la señal de socorro de la *Celaeno*, sino que además descubrimos que llegamos justo a tiempo de salvar a nuestros hermanos de batalla. —Llevó una mano al saquillo de la cintura—. El Dios Emperador nos guía en todo.

—Como es su voluntad —contestó Rafen, mostrándose de acuerdo.

—Sin embargo… —Sachiel no pareció darse cuenta de que Rafen había hablado y lo observó con cuidado—. Noto que tu fe ha sufrido una dura prueba hoy mismo, Rafen. Lo veo en la forma de andar, en la duda de tu voz.

Una tremenda sensación de furia recorrió el cuerpo del ángel sangriento. ¿Cómo podía saber Sachiel lo que él pensaba?

—Me he enfrentado al archienemigo, mi deber para toda la eternidad, ¿y se atreve a decir que he sido puesto a prueba? ¿Lo sabe a poco de encontrarse conmigo, y eso a pesar de que hace una década que no nos vemos?

Rafen notó que renacía la rivalidad que había existido entre Sachiel y él cuando eran unos meros reclutas. Ninguno de los dos había superado su mutua aversión.

Sachiel asintió con lentitud mientras mostraba una expresión de leve superioridad en el rostro. Rafen recordó el motivo por el que nunca había disfrutado con la compañía del sacerdote.

—Pues lo sé. También es lógico que no comprendas todo lo que he visto durante el viaje a bordo de la *Bellus*. Tú has servicio a Sanguinius a tu manera, pero yo he viajado hasta el mismo corazón del territorio xenológico y me he enfrentado a seres que están mucho más allá de lo humano. Algo semejante puede cambiar a una persona, Rafen. Te otorga capacidad de visión.

«No has cambiado en absoluto —pensó Rafen—. En todo caso, eres más vanidoso todavía».

En vez de expresar en voz alta lo que pensaba, asintió.

—Me imagino que debe de ser así —le dijo al sacerdote.

La sonrisa de Sachiel no cambió; pero Rafen estaba seguro de que el sacerdote sanguinario sabía con certeza la pregunta que Rafen tenía en mente desde el principio, la pregunta que deseaba hacer desde que se había enterado de que la *Bellus* estaba allí. Se produjo un largo silencio antes de que Rafen hablara de nuevo.

—Debo hacerle una pregunta, Sachiel. Se han extendido unos cuantos rumores por el capítulo desde que los astrópatas dijeron que la *Bellus* estaba a punto de regresar. Se ha hablado de bajas entre los hermanos que partieron para recuperar la lanza. —Se calló un momento y las palabras le salieron del pecho como pesas de plomo—. ¿Qué ha sido de mi hermano? ¿Sigue vivo?

Sachiel inclinó la cabeza a un lado.

—¿Tu hermano? Pero, Rafen, ¿no somos todos hermanos bajo las alas de Sanguinius?

Rafen se enfureció de nuevo.

—Si prefiere que lo diga así, gran sacerdote, me gustaría saber qué le ha pasado a mi congénere Arkio.

El apotecario le hizo un gesto a uno de los guardias, y el marine guardó el arma que empuñaba y empezó a quitarse el casco.

—Un lazo de sangre es más fuerte que ningún otro —dijo Sachiel, citando una frase del *Libro de Lemartes*—, pero ninguna sangre es más poderosa que la de Sanguinius.

Rafen ni le contestó. Sachiel siempre había intentado convertir cada conversación en una lección, incluso cuando no eran más que novicios y combatían codo con codo. Parecía tener la necesidad de demostrar sus conocimientos del dogma imperial siempre que pudiera, Rafen prefería mantener el tema de la fe como un asunto personal y demostrarla con hechos más que proclamarla con palabras una y otra vez.

En ese preciso instante, el guardia que estaba al lado de Sachiel dejó al descubierto la cara.

El rostro juvenil pero serio de su hermano pequeño lo miró fijamente, y Rafen sonrió de oreja a oreja.

—¡Arkio! ¡Por el Trono, estás vivo! Me había temido lo peor.

Arkio sonrió de un modo algo forzado.

—Me alegro de verte, hermano. He…

Rafen no le dejó acabar la frase y lo aplastó con un abrazo de oso, acompañado de una gran risotada. Las armaduras resonaron al chocar, y Rafen notó que la sensación de pesadumbre le desaparecía por primera vez desde que había llegado a Cybele.



Corvus se hizo a un lado y se puso en posición de firmes mientras Koris se detenía. Se había colocado el casco bajo el brazo, por lo que la visión del veterano ángel sangriento quedó reducida a lo que captaban los implantes ópticos que tenía detrás de las retinas. En condiciones normales hubiese sido capaz de distinguir objetos en la oscuridad, pero las sombras que había en el interior de la tienda del inquisidor eran tan profundas como las del espacio exterior. El sargento se preguntó si estaría utilizando alguna clase de poder psíquico. No conocía lo bastante a Ramius Stele como para ni siquiera intuir cuál era el alcance de sus capacidades. Sólo sabía que tenían una deuda de honor con Stele, y que aquel lazo inquebrantable lo convertía en un camarada fiable de los Ángeles Sangrientos. Sin embargo, al igual que le pasaba con todo lo que fuera cuestión de fe, el carácter de Koris lo obligaba a ponerlo en cuarentena.

Lo que había ocurrido de verdad para que existiera aquella deuda era conocido tan sólo por unos pocos, e incluso un guerrero veterano como el sargento únicamente sabía algunos detalles. Se había producido un incidente a bordo de una nave de la Armada en la que el inquisidor viajaba junto al gran hermano capitán Tycho, de la tercera compañía. Al parecer, había aparecido un demonio en el interior de la nave, y Stele lo había matado en un duelo personal después de que la bestia dejara inconsciente a Tycho. La acción del agente de la Ordo Hereticus había merecido una mención especial del comandante Dante y el respeto de la Legión Astartes.

Parte de la oscuridad que tenía delante se movió. Algo retiró a un lado una tela que daba a otra estancia dentro del amplio pabellón y le llegó el olor a pergamino y a aceite antes de que una figura saliera a la luz. Koris tan sólo había visto al inquisidor una vez, en el cónclave de Ángeles Sangrientos que se había celebrado después de la gran victoria en el ducado de Thaxted. En aquella ocasión, el sargento no había sido más que uno más entre los centenares de personas que lo habían oído hablar desde un púlpito. A pesar de ello, tuvo de inmediato la sensación de que Stele lo reconocía,

aunque su rostro hubiese quedado difuminado entre tantas caras.

—Honorable sargento —le dijo a modo de saludo.

La voz de Stele era resonante y agradable. El cráneo afeitado relucía bajo la débil luz amarillenta de los globos luminosos, lo que hacía que, por comparación, el electrotatuaje que llevaba en la frente pareciera brillante.

—Lamento saber que llegamos tarde para salvarles la vida al capitán Simeon y al gobernador Virolu.

—Yo también lo lamento, honorable inquisidor. El ataque de los Portadores de la Palabra fue imprevisto. Varios hermanos perdieron la vida en el bombardeo, y otros sufren heridas graves.

Stele se acercó a una silla muy adornada, pero no se sentó.

—Me he enterado de que la *Celaeno* fue destruida por completo por un crucero llamado *Elegía Eterna*. Conduje la *Bellus* contra la nave impía, pero se retiró detrás del gigante de gas, y puede que siga oculto allí. —Se tocó con gesto ausente la oreja, donde brillaba un tachón de pureza plateado—. Preferí salvar sus vidas que perseguirlo.

—Mis hombres se lo agradecen.

El inquisidor hizo un gesto quitándole importancia al asunto.

—Que sea la voluntad del Emperador. Enviar Thunderhawks vacías desde el espaciopuerto para atacar a las líneas enemigas desde el aire fue un riesgo calculado. Si los Portadores de la Palabra no se hubiesen desmoralizado, no habría servido de nada.

La expresión del rostro de Koris se endureció.

—No se han desmoralizado. Se reagruparán y atacarán de nuevo.

Stele lo miró directamente por primera vez.

—Tiene razón, sargento. Los hijos de Lorgar no se retiran sin una buena razón, y hace pocos instantes, mis ayudantes en órbita me han informado de que tienen vigiladas a sus formaciones. —Se quedó un momento callado mientras pensaba algo —. Voy a regresar a la *Bellus* para dirigir la búsqueda del Elegía Eterna, pero antes de irme quería mirar a los ojos del hombre que pudo mantener la línea en la defensa de la fortaleza. —Stele le sonrió sin alegría—. Veo que tengo poco de lo que preocuparme.

El veterano miró por un momento a Corvus, que seguía en silencio y en posición de firmes.

—¿Dónde debo desplegar a mis hombres?

Stele se dio la vuelta y regresó a la otra parte de la tienda. Sólo se detuvo un instante para llevarse una placa pictográfica. Miró de reojo a Koris.

—Voy a poner al mando de las fuerzas de superficie al sacerdote sanguinario Sachiel. Obedecerá sus órdenes como si fueran las mías.

—¿Cuáles son esas órdenes?

—Resistir —le dijo Stele antes de darle completamente la espalda al ángel sangriento y marcharse.



La lanzadera cruzó el aire con un rugido y desapareció entre las nubes dejando un chorro blanco llameante. Arkio observó cómo se alejaba con una expresión reverente en el rostro.

—Lord Stele regresa a la nave —comentó—. Creo que el contraataque del archienemigo no tardará en producirse.

Los dos estaban a solas en la pista de ferrocemento. Rafen contempló a su hermano pequeño sin contestar. Recordó la última vez que habían hablado: no había sido un momento agradable. Arkio le había dicho que había aceptado participar en la misión de la *Bellus*. Rafen se había mostrado en desacuerdo con la decisión. Argumentó que una misión de aquella clase era para marines ya experimentados, y Arkio no lo era en absoluto. Aunque Arkio tenía unos cuantos años menos que Rafen, habían convertido en ángeles sangrientos al mismo tiempo. A pesar de ello, Rafen se sentía responsable, por lo que le había jurado a su padre cuando era un niño que mientras estuviera vivo protegería a Arkio. Se separaron con palabras airadas, pero Rafen se había tragado el orgullo la mañana que partía la *Bellus* y había aceptado la decisión de Arkio. Si hubieran servido en la misma compañía, todo el mundo habría considerado a Arkio alguien joven comparado con Rafen, por lo que Arkio sentía que hasta que no se alejara de su hermano jamás podría desarrollar todo su potencial. Así pues, se separaron con un saludo, cada uno sintiéndose orgulloso del otro, pero también con el temor secreto de que fuera la última vez que se vieran.

—Has cambiado —dijo Rafen un momento después—, pero a la vez, no lo has hecho. —Soltó una risa—. Mi hermano ha madurado mientras estaba lejos de mí.

—Muy cierto —contestó Arkio con un leve tono de desafío en la voz—. He derramado sangre en incontables mundos y me he enfrentado a más enemigos de los que creía posibles. Eso, y mucho más, hermano.

Rafen lo aceptó.

—Me siento orgulloso de ti, Arkio; orgulloso de que compartamos un lazo de sangre tanto como de que luchemos en nombre del Trono Dorado. —Dudó por un momento—. Tenía la esperanza de que no…, de que no moriría antes de saber que había sido de ti, hermano. Hoy mismo ha creído que ya no estaba muy lejos de la paz del Emperador, y lo peor era que no sabía lo que le había pasado a mi hermano.

—Ya lo sabes —le contestó Arkio con cuidado—. ¿Significa eso que vas a buscar la muerte?

Rafen lo miró con fijeza. Las palabras de Arkio sonaban curiosamente incisivas.

Su aspecto era tranquilo, pero tenía un brillo frío en la mirada.

«Ha cambiado de verdad —pensó Rafen—. Quizá incluso de un modo que no es perceptible a primera vista».

El ángel sangriento dejó de pensar en aquello. ¿Cómo cabía esperar que el inexperto joven de hacía diez años no hubiese madurado y se hubiese endurecido por una misión semejante? Estaba seguro de que Arkio lo miraba a él del mismo modo, receloso de un individuo que era al mismo tiempo su pariente y un desconocido.

—Mi destino me llegará sin que yo tenga que ir en su búsqueda —contestó Rafen con una falsa despreocupación—. Quizá ya está en camino.

—Quizá… —empezó a decir Arkio, pero se calló de repente. Tanto él como su hermano se quedaron inmóviles cuando el viento les llevó un débil tableteo.

—Disparos de bólter —dijo Rafen, y empuñó el arma.

Arkio hizo lo mismo, y los dos hermanos echaron a correr hacia los edificios del espaciopuerto.



Las hojas de bronce que formaban la compuerta de iris que daba paso al puente de mando chirriaron al abrirse para dejar entrar al inquisidor y a su séquito. Los dos guardias de honor se dirigieron de inmediato a los huecos que había a cada lado de la entrada. El lexmecánico de Stele se le acercó, acompañado por un trío de servocráneos.

—Capitán Ideon —dijo el inquisidor, dirigiéndose al oficial de los Ángeles Sangrientos que estaba conectado al trono de mando de la *Bellus*—. ¿Situación?

—Estamos en camino, señor.

La voz del marine espacial era un gruñido gutural, aunque no le salía de la garganta, sino del abultado codificador verbal que llevaba implantado en el cuello.

—Llegaremos a la órbita del gigante de gas en breves instantes.

Stele contempló la visión que ofrecía la gran holosfera que dominaba el amplio puente de mando. Cybele, situado al lado, aparecía como una diminuta bola sin ninguna característica llamativa empequeñecido aún más por la gigantesca masa del inmenso planeta que lo mantenía unido a él mediante la fuerza de la gravedad.

—Contacto —dijo un servidor que estaba a su derecha—. Nave de combate, curva de deceleración evidente.

La imagen permaneció estática en el interior de la esfera.

—¿Dónde? —preguntó Stele, señalando el espacio que se abría ante ellos—. ¿Dónde está?

—A popa.

La imagen se difuminó un momento antes de pasar a una escala mayor, donde el planeta aparecía muy por detrás de ellos. Un icono parpadeante permanecía cerca de

la órbita.

—Es el *Ogro* —le informó Ideon—, un crucero de batalla de la clase Repulsive. Debía estar oculto al otro lado del polo, esperando a que saliéramos de órbita.

—¿Y dónde está el *Elegía Eterna*? —preguntó Stele, exasperado.

La imagen de la holosfera mostró entonces nuevos contactos. El crucero que perseguían apareció por detrás del gigante de gas, pero con dos naves más en formación.

—Confirmado. Es el *Elegía Eterna* y dos incursores de la clase Idolator en rumbo de interceptación —dijo con voz tranquila el servidor de alerta—. Es recomendable iniciar el zafarrancho de combate.

—¡Maldición! ¡Lo tenían planeado! —soltó Ideon entre chasquidos de estática—. ¿Entramos en combate, señor?

Stele hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—Con todas las armas, capitán. Arderán por su atrevimiento.

Los ilotas de las armas comenzaron a canturrear letanías mientras buscaban las soluciones de disparo para las baterías de cohetes de la barcaza de combate.

Los cables gruesos como dedos que penetraban en el cráneo de Ideon le transmitían las comunicaciones con la superficie de Cybele y las lecturas de los sensores que indicaban la salida de innumerables naves de desembarco desde la parte central del *Ogro*.

—Señor, detecto el inicio de un enorme asalto planetario… Si nuestros efectivos en la superficie se quedan sin apoyo orbital…

—Lucharán y morirán —lo interrumpió Stele—. Por la gloria del Dios Emperador y de Sanguinius.



Los Portadores de la Palabra que estaban en Cybele salieron de detrás de las lápidas de mármol y de los sepulcros bajos como una marea rojiza y aulladora. Las figuras humanoides cubiertas por armaduras antiguas y desgastadas ennegrecían la hierba allí donde pisaban con sus botas acabadas en garras. Las cadenas dentadas de los Rhinos aplastaban las lápidas de hombres valientes y las convertían en polvo a su paso.

Rafen encontró a Koris en la línea del frente. El arma del veterano ya estaba al rojo de tanto disparar y tenía las grebas carmesíes de la armadura salpicadas de sangre corrupta. Rafen vio con el rabillo del ojo cómo Arkio disparaba sin dejar de moverse; tan sólo se detenía para recargar, sin desperdiciar ni un solo movimiento o gesto. Sonrió. Estaba deseando escuchar, en cuanto terminara aquel combate, los relatos que su hermano tenía que contarle.

—¿Cómo han logrado cruzar el puente? —preguntó en voz bien alta al mismo tiempo que disparaba una ráfaga contra un grupo de servidores corales del enemigo.

—Eso no importa —le replicó Koris—. Nos da igual dónde los matemos…

—Siempre que podamos matarlos —comentó Rafen mientras cambiaba el control de fuego del bólter a fuego semiautomático antes de disparar a la cabeza y el pecho de un marine del Caos que salió de un transporte Chimera estropeado.

—¡Escuchad! —les gritó el hermano Alactus—. ¿Lo oís?

Rafen se esforzó por captar el sonido en mitad del estampido de los bólters y de la cacofonía de los cánticos de los Portadores de la Palabra.

—¡Son retrorreactores! —insistió Alactus—. ¡Escuchad! ¡La ayuda nos llega de los cielos por segunda vez hoy!

Arkio se detuvo un momento y aprovechó para cambiar el cargador curvado vacío.

—Me parece que no —contestó con voz sombría.

Algo en el tono de voz de Arkio hizo que Rafen se detuviera también y mirara hacia arriba. De las densas nubes grises del cielo de Cybele caía una lluvia de gotas de hierro. Cada una brillaba con un fulgor rojo provocado por el rozamiento con la atmósfera en la entrada al cielo del planeta. Rafen oyó a Koris soltar una maldición en voz baja cuando el aire se llenó de naves de desembarco enemigas.



Tres

El *Ogro* lanzó una lluvia de muerte y fuego contra la superficie de Cybele, lo que provocó una enorme destrucción por todas las zonas herbosas y las escasas elevaciones montañosas. Al noroeste, donde se alzaban las grandes torres Valkiria, disparó cabezas nucleares y explosivos aéreos repletos de toxinas. Aquellos minaretes eran el orgullo de generaciones de artesanos; habían sido encargados por las Adepta Sonoritas para venerar a los muertos en la salvaje Campaña Faedra. Eran huecos y el interior estaba formado por un laberinto de canales acústicos cortados en mármol sin desbastar. Cuando llegaba la estación adecuada, el viento que soplaba en el interior producía perfectos tonos fúnebres. No había peregrinos delante de las torres cuando los proyectiles nucleares del archienemigo estallaron por encima de ellas y no hubo oído humano que captara los últimos gritos horrendos que surgieron forzados de los canales acústicos en los pocos segundos que tardó la oleada de aire hipercaliente en destrozarlas y borrarlas de la superficie del planeta.

En las zonas más cercanas al espaciopuerto cayeron los proyectiles de munición más convencional y los rayos de energía de gran precisión dirigidos contra las fuerzas imperiales. Rafen quedó cegado por unos momentos debido a una descarga de energía que cayó en la pista de ferrocemento. La roca se convirtió en una nube de vapor tóxico en un instante y las moléculas de aire restallaron cuando el intenso calor las separó en átomos. Una fila de tanques de los Ángeles Sangrientos que quedó bajo el rayo se convirtió en una hilera de montones de metal fundido, sin forma y humeantes. En el cielo se veían discos perfectos que dejaban pasar la luz en los puntos donde las armas de rayos habían atravesado la capa de nubes.

Alrededor de Rafen comenzaron a resonar los cánticos y los aullidos profanos del enemigo mientras la lluvia de ceniza empezaba a asentarse. Oyó letanías blasfemas y exhortaciones a la violencia, a la vez que las prédicas impúdicas competían en volumen con los repelentes discursos lanzados gracias a altoparlantes móviles. Rafen empezó a musitar el Himno Barbarroja, y en cuanto lo cantó en voz alta, oyó que el cántico se extendía entre los hermanos de batalla que estaban en la línea de combate. Sacó fuerzas de la sagrada música y avanzó.

Turcio estaba a su derecha, con un bólter pesado en las manos. Rafen ni siquiera se preguntó dónde había conseguido el arma, sino que se limitó a maravillarse del

excelente uso que su compañero hacía de ella: los proyectiles salían a chorro del cañón del bólter pesado y acribillaban el avance enemigo. Las palabras del himno se convirtieron en un sordo retumbar en los oídos de Rafen cuando la marea caliente de adrenalina le inundó los músculos. Volvió a sentir el ansia imparable de apretar una y otra vez el dedo del gatillo. Se dejó llevar por ella y unió su bólter al coro de muerte lanzada contra los Portadores de la Palabra. Varios espectros de color carmesí aparecieron en los límites de su campo visual: eran los omnipresentes espíritus de la rabia. Rafen controló con firmeza todos sus impulsos. Mantener el control era la clave para sobrevivir a una batalla como aquélla.

Las oleadas de cápsulas de desembarco de la clase Dreadclaw aterrizaban alrededor de ellos. La tierra se estremecía con el retumbar de cada impacto. Luego se abrían como viles vainas malignas y de ellas salían nuevos marines del Caos o las deformes siluetas de los dreadnoughts. Todos ellos se unieron al rugido discordante y sangriento que estaba destrozando por completo el tranquilo paisaje de Cybele. Rafen sacó el cuchillo de combate de la cuenca ocular de un portador de la palabra que se había acercado demasiado y sacudió la hoja de filo aserrado para limpiarla un poco de los restos sanguinolentos. El arma de Turcio rugió de nuevo y la ráfaga partió por la mitad a un traidor como si lo hubiera impactado el golpe de una espada sierra.

—Siguen viniendo —dijo otro marine con los dientes apretados—. ¿Cuántos son?

—Demasiados —replicó Rafen—. ¡La sangre por la sangre! —gritó, y volvió a disparar para resaltar las palabras con proyectiles.

A lo lejos aparecieron más naves de desembarco. Las que cayeron cerca se hundieron en una gran cripta y lanzaron al aire oleadas de aire podrido y apestoso. Rafen se detuvo un momento y preparó un puñado de granadas perforantes para arrojárselas a los pasajeros en cuanto intentaran salir. Esperó hasta que los trozos de la losa superior rota de una tumba empezaron a moverse y las lanzó. Se dejó caer sobre una rodilla un momento antes de que se produjera la explosión, cuyo retumbar se perdió en mitad del clamor del avance de los Portadores de la Palabra. Rafen se quedó vigilando la cripta destrozada, a la espera de que apareciera algún superviviente. Sin embargo, no salió ningún traidor aturdido. En su lugar, entre las piedras asomó una gruesa extremidad, parecida a una pinza. La pesada estructura de hierro se estremeció en el aire antes de posarse con fuerza en el suelo e incrustarse en la tierra. Rafen y Turcio retrocedieron tambaleándose cuando aparecieron nuevas patas entre los escombros. Finalmente, un objeto cuadrado con cuchillas a modo de dientes salió a la superficie.

—¡Un profanador! —gritó Turcio para avisar a los demás antes de empezar a acribillar el casco cubierto de restos.

Rafen apuntó con más cuidado. Disparó proyectiles, uno por uno, contra los montajes de armas que la máquina de guerra llevaba a los costados, con la esperanza

de que alguno cortara la tubería de alimentación de uno de los lanzallamas o de los cables de energía. El metal rojizo del vehículo con patas se estremeció por el esfuerzo del repentino movimiento, como si la superficie de la gran bestia mecánica fuera capaz de mostrar la flexión de unos músculos. La trompa de guerra que llevaba incorporada soltó un bocinazo atronador cuando acabó de alzarse sobre las seis patas que lo sostenían. Hubo un coro de respuestas. Rafen miró a los demás transportes que habían aterrizado y vio que todos llevaban la misma carga. Una docena o más de profanadores salían de las naves y empezaban a apuntar las armas. Rafen agarró el brazo de Turcio para tirar de él y apartarlo en cuanto los primeros chorros de promethium líquido en llamas salieron disparados hacia la fuerza de Ángeles Sangrientos.

Había perdido de vista a Arkio cuando se distrajo a causa de varios disparos chasqueantes de rifles láser y Turcio tuvo que cubrirlo mientras cambiaba de cargador después de responder al fuego enemigo.

—¡Esas monstruosidades van a barrernos de aquí! —gritó Turcio con furia—. ¿Dónde están nuestros blindados?

Rafen recordó los charcos de metal humeante que minutos antes habían sido tanques, y no le contestó. Hizo caso omiso de lo que había dicho Turcio y observó los movimientos de los profanadores: estaban preparándose con el objetivo de romper la línea de los Ángeles Sangrientos. Si hubieran dispuesto de algunos blindados, los marines espaciales habrían tenido alguna oportunidad de impedirlo, pero sólo con armas ligeras… La interminable oleada de tropas de los Portadores de la Palabra estaba inclinando la balanza en contra de los Ángeles Sangrientos, a pesar de haber recibido el refuerzo de los hombres de la *Bellus* que habían quedado en el planeta.

Dondequiera que estuviese, el hermano sargento Koris había llegado a la misma conclusión. La ronca voz del veterano dio una orden que a Rafen le llegó por el microcomunicador del oído.

—¡Retroceded por escuadras hacia la valla interior! —fue la orden—. ¡Qué esos engendros de la disformidad os sigan, pero no dejéis que os atrapen!

—¡Vámonos! —dijo Rafen antes de mirar a Tardo—. Ya les pillaremos las ganas de pelear y se las meteremos por el gaznate.

Turcio miró por encima del hombro mientras corrían e intentó calmar la inquietud que sentía.



Una reacción en cadena de cortocircuitos lanzó una lluvia de chispas desde la consola de control de las armas de babor y frió las sinapsis del servidor de tiro allí conectado. Stele sacudió una mano delante de la cara para apartar la vaharada de olor a carne quemada que le llegó a la nariz. Con la otra estaba agarrado al pasamanos de bronce

que rodeaba la gigantesca portilla de observación de cristalcero de la nave de combate. Estaban lo bastante cerca como para que se pudiera ver a simple vista uno de los incursores de la clase Idolator. La nave en forma de dardo metálico iba a la deriva y la silueta contrastaba con el fondo verde del gigante de gas. La rápida aplicación de una táctica experimentada en los enfrentamientos de Ideon contra los ataques orkos le había proporcionado a la *Bellus* la primera víctima del combate contra la flotilla del Caos. Un giro de gravedad elevada, más parecido a las maniobras de los cazas de la clase Thunderbolt que a las de una nave de batalla, le había permitido a la barcaza de combate bombardear al *Elegía Eterna* con las armas de proa. Sin embargo, el incursor más cercano se había apresurado a avanzar para protegerlo, como si su tripulación fuese a recibir alguna clase de honor por sufrir la tormenta de disparos destinada al crucero del Caos.

El incursor averiado estaba expeliendo gases al vacío y los servocráneos de Stele le transmitieron información relativa a la ruptura del reactor de fusión. Puso un dedo en el cristal y tapó la silueta de la nave. El incursor estaba fuera de combate, por lo que el inquisidor ya había dejado de tenerlo en cuenta en la compleja estrategia de combate.

El capitán Ideon conversaba con uno de sus subordinados.

—En primer lugar, comiencen a reparar los tubos lanzatorpedos —le ordenó—. Los impulsores de disformidad pueden esperar.

Stele dio un rápido paso hacia él.

—Entonces, ¿los daños son más graves de lo que había dicho, capitán?

Ideon no cambió la expresión de la cara, pero la contestación que salió del codificador de voz fue concisa.

—He revisado los informes estimativos.

El segundo incursor los había atacado por el flanco mientras se alejaban del primer combate y se había aprovechado de los escudos debilitados de popa. Varios impactos potentes en esa zona habían provocado el encendido de alarmas en todas las cubiertas, y aunque Ideon no le había dicho nada, Stele sabía que habían quedado fuera de combate…, al menos, de forma temporal.

Restaba poco tiempo. Tenían apenas un momento antes de que el comandante del Elegía Eterna se colocase en formación con el otro incursor y avanzaran contra la *Bellus*. La nave tenía muy pocas posibilidades de sobrevivir en aquellas condiciones. Stele miró con atención al oficial de los Ángeles Sangrientos y se dio cuenta de que el capitán pensaba lo mismo.

—No debemos permitir que el enemigo nos ponga a la defensiva. La *Bellus* debe mantener la iniciativa, o estaremos perdidos.

—Estoy de acuerdo, mi señor, pero si mantenemos el rumbo actual, quedaremos atrapados entre el *Elegía Eterna* y el *Ogro*.

—Es cierto —admitió Stele mientras metía la mano en la holosfera—. En vez de eso, nos retiraremos hacia el gigante de gas. —Señaló el enorme orbe de color verde manchado de nubes blancas—. Llévenos a la atmósfera superior. El vapor nos ocultará el tiempo suficiente para reparar todas las averías.

Ideon se quedó pensando un momento.

—Si hacemos eso, mis hermanos en Cybele no tendrán esperanza alguna de ser rescatados. Los abandonaríamos a un destino incierto.

—Al contrario —le contestó el inquisidor—. Su destino es evidente, pero si nosotros no queremos compartirlo, ése es el rumbo que debemos tomar. —Asintió mirando al capitán y puso cara de tristeza compungida—. Cumpla mis órdenes sin tardanza, y por Terra, que su luz proteja y guíe a los que luchan en Cybele.



Las puertas ornamentales del espaciopuerto habían saltado por los aires bajo una explosión de plasma, y la torreta artillera que las defendía no era ya más que un montón de escombros negros. Sachiel había ordenado que un par de vehículos de reparación de la clase Trojan aparcaran allí para improvisar una barricada. Sin embargo, ninguno de los defensores se engañaba: aquello apenas detendría el avance de los Portadores de la Palabra.

Rafen corrió hacia las almenas de piedra que remataban la valla. El fuego cruzado entre sus hermanos y los traidores pasaba aullando cerca de él. Un momento antes se encontraban en terreno abierto, y al siguiente ya estaban en el interior del espaciopuerto. A menudo, en mitad del combate, se producían fogonazos de tiempo que parecían alargarse o acortarse sin motivo aparente. El marine ya había aprendido a aceptarlos tal como aparecían y a confiar en su entrenamiento.

—¡Atención! —gritó alguien—. ¡Tropas de asalto!

Rafen volvió a recargar por milésima vez, según le pareció, a lo largo de aquel día. Las manos utilizaban el bólter sin que tuviera necesidad de mirarlo mientras el rostro ceñudo del casco observaba las nubes bajas. Al momento, vio las siluetas voluminosas de los marines traidores equipados con retrorreactores. Todos ascendían y descendían gracias a los chorros de color anaranjado sucio que expulsaban las enormes mochilas de salto. Varios rayos de energía tan calientes como el núcleo de una estrella surgieron de las pistolas que empuñaban con los guanteletes de la armadura. Los disparos de las pistolas de plasma dibujaron trazos negros en el suelo, tanto sobre la piedra como sobre la carne. Algunos de los marines cercanos a Rafen ya habían comenzado a devolver el fuego, y las ráfagas de proyectiles trazadores salpicaron el cielo. La escuadra de asalto de los Portadores de la Palabra se movió a un lado y a otro de las líneas de tiro con una agilidad que contradecía sus grandes corpachones. Rafen prefirió contenerse. Era mejor esperar a que los retrorreactores

disminuyesen de potencia cuando fuesen a aterrizar. Era mejor calmarse y escoger el momento en que el enemigo se quedase cernido sobre ellos como un halcón dispuesto a lanzarse en picado.

Rafen vio una oportunidad mientras pensaba en ello y cortó el vuelo de un atacante como un jardinero cortaría las espinas de una planta. Primero le arrancó al portador de la palabra la pierna por debajo de la rodilla, y después el brazo a la altura del hombro. El marine de asalto, que había perdido el equilibrio de repente, cayó dando tumbos y se estrelló contra el fondo embarrado del cráter de una bomba. Varias nubecillas explosivas por encima de ellos marcaron el final de unos cuantos traidores más, pero algunos marines del Caos consiguieron saltar la valla y se agazaparon en posiciones de disparo desde las que se dedicaron a abrir fuego con frenesí.

El campo de visión de Turcio quedó lleno de repente con la apestosa figura de un portador de la palabra cuando el soldado enemigo se le echó encima. Apretó el gatillo del bólter pesado, pero sonó un chasquido en el interior de la recámara y el grueso cañón del arma permaneció en silencio. Turcio soltó un exabrupto que le habría costado cincuenta latigazos si un hermano mayor lo hubiera oído. Blandió el arma como si fuera un garrote un instante antes de que el portador de la palabra lo derribara de un fuerte golpe. El guerrero enemigo tenía una deforme garra de combate en vez de brazo derecho, y la utilizó para partir en dos el bólter encasquillado. Turcio se encontró trabado con el traidor, así que le propinó un puñetazo tras otro, pero el portador de la palabra soportó los golpes sin inmutarse. De la placa facial del marine del Caos comenzó a caer una baba tibia, y unos ojos de color esmeralda miraron a Turcio desde detrás de las lentes oculares llenas de manchas.

El joven marine espacial sintió que la bilis le subía a la garganta. El hedor de la bestia le provocaba arcadas. Echó la cabeza hacia atrás y le dio un cabezazo al portador de la palabra, lo que provocó que le dirigiera una serie de maldiciones insultantes e impías. La garra de combate bajó por el pectoral de la armadura de Turcio, partió la ceramita y cortó conexiones vitales. El ángel sangriento notó el aire fresco sobre la piel.

El portador de la palabra pronunció la primera frase que Turcio pudo entender.

—Entrégame tu carne —barbotó.

—Eso no va a ocurrir.

La voz de Rafen sonó pegada a la oreja de Turcio, y éste se apartó cuando vio aparecer un destello rojo.

El marine del Caos apenas tuvo tiempo de reconocer la silueta del bólter de la clase Godwyn que tenía pegado a la cabeza antes de que Rafen disparara a quemarropa y convirtiera la cabeza en una neblina repugnante de sangre asquerosa y materia cerebral. Alguna clase de conexión nerviosa que todavía funcionaba en el

guante de control del portador de la palabra se activó, y de repente, el cadáver descabezado despegó hacia el cielo y voló en espiral de forma descontrolada: se había convertido en un proyectil sin un objetivo específico. Rafen lo vio girar y girar, hasta que cayó como una granada de mortero… en mitad de las líneas enemigas.

Turcio se esforzó por levantarse. Estaba ennegrecido por los restos expulsados por las toberas del retrorreactor. Los músculos rotos de la armadura gimieron por el esfuerzo.

—Hermano, ¿estás en condiciones de luchar? —le preguntó Rafen mientras lo ayudaba a ponerse en pie.

Turcio tosió.

—¡Qué alguien me dé una arma que funcione y se verá cómo demuestro que estoy en condiciones!

No consiguió evitar que la voz le temblara un poco.

Rafen sonrió con fiereza.

—Bien dicho. Aquí tienes. —Era una pistola láser, una arma estándar de la Guardia Imperial que había encontrado al lado de las puertas—. Haz buen uso de ella.

El incesante tronar de los disparos de las armas no perturbaba el avance de las cortinas de humo que recorrían la zona de aterrizaje; eran producto de las granadas y los restos en llamas de las Thunderhawks destruidas. Todo aquello oscurecía el otro extremo del ancho óvalo de ferrocemento. Rafen distinguía diversas siluetas moviéndose por allí, pero ni siquiera la capacidad sensorial incrementada del auspex era capaz de proporcionarle nada que no fuera la información más básica. Los humos metálicos arrojados a la atmósfera por el combate anulaban el escáner y hacían que a los marines les costara respirar. Habrían destrozado los pulmones de cualquier humano normal, pero ya no quedaba ninguno en Cybele.

De vez en cuando se veían zonas de la pista de aterrizaje iluminadas por el sol. El resplandor se unía a las nubes de humo y creaba imágenes fantasmales de luces y sombras. Rafen empezó a mirar hacia atrás por encima del hombro para asegurarse de que el enemigo no iba a atacarlos por la retaguardia. En aquel sitio se podían esconder con facilidad centenares de ellos, ocultos por el humo del combate, esperando el momento oportuno para atacar.

Los disparos incesantes de la hueste del Caos agujereaban y mellaban las escasas fortificaciones de piedra. Los rayos láser destrozaban grandes tramos de las alambradas de espino cuando fundían varias tiras de alambre. Los elementos de vanguardia de los Portadores de la Palabra habían llegado a la barricada de los Ángeles Sangrientos, donde uno de los profanadores le propinó una patada despectiva a los vehículos Trojan allí colocados. La máquina de guerra roja se agachó, se lanzó de frente contra ellos y los apartó mientras una lluvia de chispas anaranjadas la envolvía.

En respuesta, un marine devastador de casco azul disparó un par de cohetes contra la parte frontal del profanador. Los cohetes cruzaron con rapidez el espacio que los separaba de su objetivo y una decena de marines tácticos se apresuraron a disparar contra el mismo punto, lo que obligó a la máquina a retroceder trastabillando.

—¡Rafen! —El ángel sangriento se giró y vio que era Koris, cuya arma ya humeaba—. ¡Informa!

El veterano se quitó con gesto ausente varios fragmentos de piedra que le habían caído sobre la armadura, al mismo tiempo que un disparo perdido decapitaba una estatua que tenía cerca.

Rafen señaló el cielo con el pulgar para indicar que se refería a la nave de mando del Caos.

—Están lanzándolos como si no fueran a acabarse nunca, hermano sargento. Hay cuatro de ellos por cada uno de nosotros. —Se calló por un momento—. Por la sangre de Tycho, ésta no es la clase de ataque a la que nos solemos enfrentar. No piensan desaparecer luego. ¡Quieren arrasar el planeta y convertirnos en sus trofeos!

—Sí —contestó Koris con gesto sombrío—. Éste mundo no posee ningún valor estratégico, pero lo eligieron porque su mera presencia aquí es una afrenta al Emperador. —Negó con la cabeza—. ¿Un mundo lleno de tumbas y tan sólo un puñado de hombres para defenderlo? ¡Bah! ¡Estamos a punto de meternos en una picadora de carne!

Varias figuras aparecieron entre las sombras. El rojo y el blanco destacaban contra el trasfondo gris.

—Cuidado, Koris. —La voz de Sachiel sonó clara y agresiva—. Con esos comentarios derrotistas nos menosprecias a todos.

El sacerdote sanguinario se acercó con una unidad de marines a la espalda. Rafen se dio cuenta, con cierta preocupación, de que ninguno de ellos era Arkio.

Koris se acercó a Sachiel y bajó la voz.

—Sacerdote, el pragmatismo es la contraseña a la que todos los Ángeles Sangrientos responden. Le enseñé esa lección cuando no era más que un cachorro.

Sachiel entrecerró los ojos.

—He tenido otros maestros desde entonces, anciano. He aprendido otras lecciones. —Señaló con la espada sierra hacia atrás—. He reunido a los hombres que sobrevivieron indemnes al bombardeo. Les he ordenado que vengan y que refuercen la línea.

Sachiel hizo un gesto con la cabeza a los marines que estaban a su lado, y éstos se apresuraron a ocupar posiciones de disparo a lo largo de la barricada.

—¿Para qué? —quiso saber Koris—. Estamos rodeados por todas partes. Ésa escoria está apretando el cerco mientras hablamos. ¿Es que no lo ve?

—Lord Stele dio la orden de resistir —le replicó el sacerdote—. Y eso es lo que haremos.

El sargento gruñó y dejó los dientes al descubierto al oír el tono de voz de Sachiel.

—¿Resistir para qué, sacerdote? Dígamelo. ¿Para defender un trozo de terreno? ¿Un metro? ¿Un kilómetro? —Negó con la cabeza de nuevo—. Resistimos y morimos, y cuando Stele vuelva, si es que vuelve con vida, encontrará a los Portadores de la Palabra royendo los huesos de mis hombres. —Miró un momento a Rafen—. No voy a permitirlo.

—No debemos perder el espaciopuerto…

—¡Ya hemos perdido el espaciopuerto! —Rafen soltó aquello antes de que le diera tiempo a darse cuenta de lo que hacía. Sachiel lo miró con furia—. Los estamos haciendo avanzar con mayor lentitud, pero no los contenemos.

Como si quisiera reforzar las palabras de Rafen, uno de los profanadores soltó un estruendoso sonido mientras aplastaba los restos humeantes de un speeder.

—Tenemos que reagruparnos antes de que sea demasiado tarde.

Sachiel se quedó dubitativo. Los muchos combates que el sacerdote había librado a lo largo de las décadas habían sido enfrentamientos contra escoria alienígena de toda clase, pero aquélla era la primera vez que los guerreros de la *Bellus* se habían encontrado cara a cara con sus hermanos traidores. Por mucho que odiara admitir su inferioridad en algo, no le quedó más remedio que aceptar que Rafen y Koris tenían más experiencia que él frente a ese enemigo. Sachiel se llevó los dedos a las alas de hueso que llevaba grabadas en la placa pectoral y en la gota de sangre rubí que tenía en el centro. No sería nada glorioso morir en un cementerio después de haber recuperado la lanza.

—Da la orden —le dijo a Koris después de un largo silencio—. Pero la próxima vez, ten cuidado con el tono de voz.

El sargento se limitó a dar media vuelta y comenzó a transmitir la orden, dejando atrás a Rafen y a Sachiel.

—No te caigo bien, ¿verdad? —dijo el sacerdote de repente—. Jamás me has mostrado más respeto que el que se espera de ti.

Rafen ocultó la sorpresa que le habían provocado las palabras de Sachiel.

—Mi deber es respetar a los portadores del Grial…

Sachiel hizo que se callara con un gesto de la mano.

—Hermano, respetas el cargo, pero no al hombre. Incluso después de tantos años, me menosprecias. —El sacerdote dio media vuelta cuando el resto de los Ángeles Sangrientos comenzaron a retirarse—. Pero tendré tu respeto, Rafen —le dijo en voz baja—. Tú mismo me lo entregarás.

Rafen intentó dar con una respuesta, pero no se le ocurrió ninguna. Entonces, la

voz de Koris en el microrreceptor del oído captó toda su atención.

—Hay un hueco en la línea de los Portadores de la Palabra, al norte. Ponte en vanguardia y asegura un punto de reagrupamiento en la cúpula del embalse.

—Recibido —contestó—. Necesitaré unos cuantos hombres.

—Sólo puedes llevarte uno. Ve con tu hermano.

El ángel sangriento estaba a punto de marcharse cuando un rugido indicó la llegada de una veloz motocicleta de combate procedente del otro lado de la pista de aterrizaje. El rugido se convirtió en un gruñido continuo cuando la motocicleta se detuvo a su lado. Arkio saludó a su hermano mayor con una inclinación de cabeza. Rafen respondió al saludo, se subió de un salto al alerón trasero y se agarró a la parte posterior del asiento. Arkio aceleró, y la motocicleta salió disparada hacia las ondulantes nubes de humo. A su espalda, una línea carmesí de marines espaciales empezó a destrabarse del feroz combate, y con las armas casi sin munición, los Ángeles Sangrientos les dieron la espalda a sus enemigos.



Arkio atravesó la lisa pista de aterrizaje serpenteando entre los restos de las naves de desembarco y esquivando los lugares donde los grandes rayos habían abierto surcos en el suelo. Rafen empuñó el bólter con la mano libre y fue escogiendo objetivos para acribillarlos a medida que avanzaban. Arkio dirigió el vehículo hacia un grupo de Portadores de la Palabra que marchaban por la parte occidental de la pista de aterrizaje y apretó el gatillo que disparaba los bólters acoplados que llevaba sobre la rueda delantera. Los proyectiles trazadores de color naranja alcanzaron sus cuerpos deformados antes incluso de que les llegara el sonido de la moto que se acercaba.

—¡Allí! —gritó Arkio por encima del rugido del motor—. ¡Ya veo el hueco!

Rafen siguió la dirección que su hermano le indicaba con el brazo extendido. La línea de Portadores de la Palabra que tenían ante ellos se había extendido demasiado en el punto donde los traidores habían permitido que la disciplina de disparos se relajara. Para un ojo entrenado como el de Rafen, aquel punto débil destacaba como el marfil sobre la obsidiana.

—Sargento Koris —dijo por el intercomunicador del casco—, reúnanse con nosotros. Estamos atravesando las líneas.

—¡Fuego! —gritó Arkio al mismo tiempo que disparaba los bólters acoplados de nuevo.

Rafen dudó por un momento cuando algo le llamó la atención entre las volutas de humo.

—¿Qué pasa? —le preguntó su hermano.

—Nada. Me pareció ver… —empezó a contestar Rafen antes de matar a un marine del Caos armado con un lanzamisiles— gente.

Un momento después se habían salido de la lisa superficie de la pista de aterrizaje y estaban en el barro y la hierba de los cementerios. Rafen tuvo que concentrar entonces toda la atención en los soldados enemigos, que aparecían detrás de las lápidas como blancos de la galería de tiro de una feria.

Mientras Sachiel dirigía a Koris y a las tropas de la barricada en una retirada ordenada, otras unidades de los Ángeles Sangrientos cumplían la misma orden. De los hangares salieron los pocos heridos capaces de caminar y que no habían muerto bajo el bombardeo del improvisado hospital, acompañados por las dotaciones de los Predators que habían quedado destruidos con una sola andanada de los cañones del *Ogro*. Heridos y sangrando, siguieron luchando con furia a pesar de todo, desafiando a los Portadores de la Palabra para que se atreviesen a detenerlos.

Esos marines espaciales se toparon con los ocho individuos esqueléticos que se encontraban en mitad de la pista de aterrizaje. Fue un novicio explorador el que los vio en primer lugar. Todos caminaban en círculo, murmurando y canturreando en voz baja para sí mismos. Tenían los párpados y las bocas cosidas, y una especie de cadena afilada los mantenía unidos en grupo.

—¿Quiénes son ésos? —le preguntó el explorador a su oficial superior, un sargento de rostro curtido.

Los monótonos cánticos aumentaron, de pronto, de volumen. El sargento miró por encima del hombro a la oleada de Ángeles Sangrientos que se acercaba y las explosiones que los perseguían. No tenía tiempo de retrasar la retirada a causa de unos cuantos civiles torturados. Se acercó y los observó con atención. Cuando los tuvo al alcance de la mano se dio cuenta de que sus pieles, que él había creído oscuras en un principio, en realidad estaban cubiertas por lo que parecía una escritura diminuta. El sargento vio que eran representaciones de una estrella de múltiples ángulos que había sido dibujada en millones de configuraciones. Escupió con asco.

—¡Herejes! —dijo con un gruñido, y las armas de todos los que los rodeaban apuntaron contra ellos—. ¡Destacamento de ejecución! ¡Matadl…!

Los marines no llegaron a acabar de oír la orden. El canturreo de los ocho individuos ya era tan fuerte que apagó su voz.

El explorador, que no había dejado de mirarlos en ningún momento, vio cómo una chispa alargada de energía psíquica recorrió a todos los hombres antes de convertirse en una esfera de luz repulsiva. Conectados desde la infancia y con la impronta de los hechiceros psíquicos de Iskavan, los ocho canalizaron toda su energía mental en una descarga imparable, que era el único motivo de su existencia. Eran munición psiónica con una carga explosiva de pura violencia. Su poder pasó por cada uno de los marines heridos, y luego los ocho murieron y se convirtieron en ceniza.

Sin embargo, eso ya no les importó a ninguno de los hombres a los que había tocado la descarga.

Las mentes de los marines espaciales que los rodeaban, más de tres cuartas partes de los supervivientes de los dos ataques de los Portadores de la Palabra, quedaron destrozadas en un instante. La inteligencia y la capacidad de razonamiento fueron borradas por completo. Lo único que quedó fue la pura agresión primitiva, y el ansia de sangre más siniestra. Hermanos que se conocían desde hacía centenares de años, aliados y camaradas, se atacaron con ferocidad inaudita. Sachiel y Koris vieron con desesperación desde fuera del radio de acción del arma psíquica cómo los Ángeles Sangrientos se mataban unos a otros entre los vítores y los aplausos de sus enemigos.



Iskavan el Odiado, situado al otro lado de las líneas de los Portadores de la Palabra, aullaba de alegría entre carcajadas y gritaba su entusiasmo al cielo.

—¡Adelante! —le ordenó a su horda—. ¡Tomad el espaciopuerto!

—Algunos han conseguido salir, mi señor. ¿Va a dejar que huyan? —dijo Tancred antes de darse cuenta de que sus palabras podían interpretarse como una falta de respeto.

—No voy a permitirlo —contestó el apóstol oscuro, señalándolos con el crozius —. No hay victoria más completa que la que se tiene sobre un enemigo desmoralizado. Iremos seleccionando y eliminando a esos desgraciados hasta que sólo queden los más fuertes —a Iskavan le salieron lenguas entre los dientes por la emoción—. Y ésos serán los que dejaremos para que supliquen las hermosas torturas que agradan a los dioses.

Tancred se esforzó por no pensar en la siniestra predicción y se mostró servil ante su amo.

—Como ordenéis.

Los traidores avanzaron pasando por encima de los cuerpos de los muertos.



Los últimos marines que habían escapado del ataque psíquico llegaron tambaleándose al punto de reunión. El corazón de Rafen se le quedó frío en el pecho mientras el calor del día se iba desvaneciendo. A medida que la luz se apagaba, parecía que también lo hacía la esperanza. Los hombres heridos y los agotados supervivientes de los combates estaban sentados guardando un silencio sombrío bajo la cúpula. Rafen caminaba entre ellos haciendo un gesto con la cabeza o con la mano en camaradería con aquellos a los que conocía. Su aspecto exterior era neutral, pero en el interior se sentía preso de una enorme pesadumbre. Apenas quedaban un puñado de Ángeles

Sangrientos que pasara de sargento o estuviera armado con otra cosa que no fuera un bólter. Pasó cerca de Koris mientras el veterano discutía en voz baja pero airada con Sachiel. La primera orden que había dado era contabilizar las armas y las municiones que les quedaban a los supervivientes, y Rafen se daba perfecta cuenta por su expresión de que no eran muchas.

Rafen se sentó al lado de Turcio, que estaba intentando reparar la armadura con sellador glutinoso. Cerca, Arkio, vigilante, limpiaba el bólter. El hermano de Rafen había regresado de una patrulla con Alactus y los había informado del terrible espectáculo que eran los festines por la victoria de los traidores tan sólo una hora antes. El viento transportaba aullidos que todos ellos oían. Rafen fue capaz de reconocer algunas voces.

—Una vez más esperamos la muerte.

La voz de Turcio sonó como un eco vacío.

—No es la primera vez —contestó Rafen, que, asintiendo, intentó que la respuesta pareciera firme—, pero venceremos. Somos Ángeles Sangrientos.

Tal argumento quizá habría sido suficiente en otra ocasión, pero en aquel momento no lo era. Turcio miró a Rafen, y éste vio el espectro del miedo en sus ojos.

—Rezo para que eso sea suficiente, hermano, porque si no es así, nos reuniremos con los hombres sobre cuyas tumbas hemos caminado hoy.

—No moriremos aquí —le respondió Rafen sin convicción.

Turcio vio que mentía y apartó la mirada.

—Sabes que sí lo haremos, y me avergüenza que esos animales acaben bailando sobre los huesos bendecidos por el Trono.

Arkio se puso en pie casi de un salto y sobresaltó a Rafen.

—No —dijo Arkio, exasperado, y su voz parecía de acero—. ¡Lo que nos avergüenza es que cualquier ángel sangriento contemple la posibilidad de ser derrotado por los corruptos! —Se acercó a Turcio y le colocó una mano en el pecho —. La sangre de Sanguinius corre por las venas de todos nosotros. Es la esencia misma del honor y de la capacidad de desafío, ¡pero tú hablas como si tu corazón bombeara agua en vez de eso!

El murmullo que recorría el campamento enmudeció de repente. Todos se quedaron expectantes. Se habían visto atrapados por la súbita pasión que emanaban aquellas palabras.

—¡Afronto mi destino sabiendo a lo que me enfrento! —logró contestarle Turcio tras un momento—. ¡Eso no hace que sea menos hermano de batalla que cualquiera!

La expresión del rostro de Arkio era una mezcla de preocupación y de tristeza.

—Amigo mío, has perdido la fe y no eres capaz de verlo. —Le entregó a Turcio su propio cuchillo—. Si tan seguro estás de tu muerte, tómalo y córtate la garganta.

—Arkio… —empezó a decir Rafen, pero su hermano lo acalló con un gesto.

Algo en el modo de comportarse de Arkio hizo que Rafen se quedase quieto y callado.

—Toma —repitió Arkio.

—¡Te burlas de mí! —exclamó Turcio mientras se le enrojecía el rostro. De repente, el ánimo abatido del marine desapareció y lo sustituyó una rabia enfurecida —. ¡Me llevaré por delante a mil portadores de la palabra antes de que el Emperador me llame a su lado! ¡No voy a acabar con mi vida como si fuera un imbécil derrotado y débil!

Las palabras le salieron como un chorro airado.

—¡Eso es! —Arkio sonrió con salvajismo. Por algún motivo inexplicable, Turcio hizo lo mismo y dejó al descubierto los colmillos—. ¿Lo ves, hermano? ¡Ése es el espíritu de nuestro Señor Primogenitor! ¡Mira en tu interior! ¡Búscalo! ¡Todavía te arde en el pecho! Sólo tenía que recordártelo… —El joven marine se giró para encararse con los demás; todavía llevaba el cuchillo reluciente en la mano—. ¡Miradnos, hermanos! ¿Es que hemos escapado de nuestros enemigos sólo para dejarles ganar sin hacer ni un disparo? ¿Es que la muerte de nuestros camaradas sólo servirá para que nos hundamos en la desesperación?

—¡No! —gritaron en respuesta una decena de hombres.

Rafen también gritó. Lo hizo sin pensar. Algo brillante y poderoso relucía en los ojos de su hermano, y se había sentido inspirado por ello. Cada palabra que decía Arkio era clara como el cristal; cada frase resonaba con furia justiciera.

—¡Los traidores piensan que estamos desmoralizados, derrotados, acabados! —gruñó—. ¡Pues por Lemartes que no es así! ¡Todavía podemos dejarlos sin sangre y obligarlos a huir!

Rafen cruzó la mirada por un segundo con su hermano. Arkio miró a su alrededor, fijándose en las caras de todos los ángeles sangrientos reunidos. En la penumbra, los rasgos afilados del rostro del marine y el corte de cabello dorado hacían que tuviera un cierto parecido con algunas de las imágenes de guerreros de antaño representadas en los cuadros de la fortaleza-monasterio. Rafen vio a Arkio, en un momento de extraña desconexión, como si fuera uno de los Ángeles Sangrientos de la época de la Herejía, un rostro antiguo del pasado más glorioso del capítulo. La imagen se desvaneció un momento después, y de nuevo fue Arkio el que habló.

—Los traidores no tienen el honor de enfrentarse a nosotros en combate abierto. Nos atacan poco a poco. Los Portadores de la Palabra no quieren matarnos… Desean acabar con nuestras almas tanto como con nuestros cuerpos. ¡Pero nos enfrentaremos a ellos hasta el último hombre!

Un coro de asentimientos contestó a aquellas palabras, pero una voz se impuso un momento después.

—Tu ardor te honra, muchacho —dijo con cuidado Koris—, pero la retórica

jamás ha sido un sustituto del bólter y el cuchillo.

El rostro de Sachiel se contrajo en un gesto de indignación, pero antes de que pudiera censurar la interrupción de Koris, Arkio asintió con respeto y contestó al veterano.

—El honorable hermano sargento tiene razón, por supuesto…, pero puedo ofrecer algo más que palabras.

—Explícate —le exigió Rafen.

Mantuvo la mirada fija en su hermano, aunque en parte estaba sorprendido por aquella faceta de Arkio, que jamás había visto antes.

El joven marine se agachó y tiró de algo que estaba oculto bajo la hierba. Se oyó un chirrido oxidado y apareció una compuerta de mantenimiento escondida.

—Si mis hermanos quieren escucharme, debo decirles que aunque seamos tan pocos, tengo un plan, un modo de llevar esta lucha hasta el corazón del enemigo. Una vez allí, acabaremos con ellos.



Cuatro

Alactus negó con la cabeza y sonrió con frialdad.

—¿Llevas tanto tiempo sin tener un combate de verdad que se te ha reblandecido el cerebro, chaval? —Se puso en pie y se acercó a Arkio. Algo en la forma de caminar indicaba que era posible que golpeara al otro marine—. Mientras tú jugabas con los pieles verdes, los demás hemos estado combatiendo contra los verdaderos enemigos del Imperio, ¡y te atreves a hablar con ese atrevimiento de un plan improvisado!

Arkio se mantuvo firme y dejó pasar el insulto.

—Estaré encantado de oír lo que piensas, hermano.

Alactus apenas contaba con unas pocas décadas más que Arkio, por lo que tenía pocos motivos para tratar al otro marine como si fuera un novato. Arkio no hizo caso de ello y le dejó hablar.

—¿Te piensas que por soltar unas cuantas palabras piadosas va a cambiar el curso de la batalla? Tienes mucho que aprender.

La tensión en el grupo había llegado a un punto en que casi se podía cortar con un cuchillo. Todas y cada una de las emociones de los supervivientes salían a la superficie.

—Bueno, pues entonces, enséñame, Alactus —le contestó Arkio con voz tranquila—. Dices que dudas de mi habilidad de combate y de la de mis camaradas de la *Bellus*, pero sé que no es así. Creo que existe un motivo diferente para tu estallido de rabia. Tienes miedo, y te vuelves contra mí en vez de contra el enemigo.

El rostro de Alactus enrojeció por la rabia apenas contenida.

—¿Dices que tengo miedo? ¿Te atreves a decir eso? —rugió. Luego señaló con un dedo el espaciopuerto—. ¡Tú no estabas allí para ver el arma que esos demonios impíos utilizaron con nuestros hermanos! ¡Yo estaba en uno de los últimos grupos que se retiraron! ¡Yo estaba al lado de Koris y vi cómo el fuego brujo envolvió a todos los ángeles sangrientos que nos seguían!

—Yo también —dijo Corvus desde las sombras—. Yo lo vi: hombres con la dignidad arrancada por el Caos y convertidos en bestias feroces. Provocaron la sed roja en todos ellos.

El fantasma de la maldición genética del capítulo hizo que todos se callaran. La

furia desapareció del rostro de Alactus, que se quedó blanco.

—Tengo miedo, Arkio. Aunque nos enfrentamos a la Oscuridad sin temor hasta que morimos, no hay ángel sangriento alguno que no sienta miedo por la bestia que lleva dentro. Cualquiera que diga lo contrario miente. Es lo que nos convierte en hijos de Sanguinius. Es nuestra fuerza…, nuestra maldición. —Negó con la cabeza—. Que esos traidores intenten utilizarla en contra de nosotros me hiela la sangre.

Corvus se estremeció, confirmando así lo que había dicho Alactus.

—Unos pocos hemos sobrevivido hoy por la gracia del Emperador, pero ver algo así y seguir con vida… —Tembló de nuevo.

Sachiel habló, y su voz sonó como un gruñido en tono bajo.

—¡Toda esta cháchara derrotista se extiende como un virus! ¡Vuestros hermanos murieron por el Trono! ¡Deberíais sentiros honrados de tener ocasión de reuniros con ellos!

—No, sacerdote —le interrumpió Arkio. Sus palabras, dichas en voz baja, se vieron reforzadas por una tranquila humildad. Bajó la cabeza. Había dolor en su cara —. Disculpe que no esté de acuerdo, pero no hay vergüenza alguna en lo que hemos dicho. ¿Qué clase de hombres seríamos si habiendo visto caer y morir a nuestros camaradas no sintiéramos nada? ¿Es que no somos más que máquinas de matar envueltas por carne y piel? —Cuando levantó la vista, Rafen sintió un impacto físico al mirarlo a los ojos. Arkio tenía la cara cubierta de lágrimas—. Lloro por mis hermanos.

Arkio tomó a Alactus de la mano con firmeza.

—Lloro por ellos y conozco tu temor, hermano…, pero si eso es verdad, también debes conocer mi furia, ¡mi deseo de castigar a quienes nos atacan!

La expresión del rostro de Alactus cambió.

—Lo sé —contestó—. Lo sé en mi corazón y en mi sangre.

Arkio miró al sacerdote sanguinario, y para sorpresa de Rafen, Sachiel también asintió, mostrándose de acuerdo.

—Somos Ángeles Sangrientos —declaró Arkio con una voz repleta de emoción —. Tenemos la imperfección, pero tal como Argastes dice en la *Letanía Carmesí*, ¡no somos débiles por ello!

—Ya que la rabia negra nos hace más fuertes —completó Sachiel, citando el pasaje de memoria—, porque debemos resistir su tentación todos los días de nuestra vida…

—O perdernos para siempre —acabó Koris—. Arkio tiene razón. No tenemos más opción que luchar.

Rafen sintió que aquellas palabras le resonaban en el pecho. Un renovado sentido del propósito resurgió entre los guerreros, y de repente, las heridas y las privaciones del combate parecieron algo superficial. Se dieron cuenta de que todos ellos tenían

esa voluntad de lucha, y que tan sólo había hecho falta la chispa de las palabras del hermano Arkio para hacer que se encendiera de nuevo. Rafen le habló en voz baja a su hermano.

—Estás lleno de sorpresas.

Arkio lo miró con una amplia sonrisa.

—No, Rafen. Soy como tú, un marine espacial y un servidor del Emperador y de lord Sanguinius. Sólo eso.

—¿Y cómo les serviremos ahora? Has dicho algo de un plan…

El joven ángel sangriento volvió a agacharse.

—¡Mirad, hermanos! —Señaló con un gesto la compuerta que había abierto en el suelo—. Quedé separado de mi unidad durante el bombardeo. Una granada de mortero me tiró al suelo y me encontré boca abajo sobre una rejilla en el suelo de la zona de aterrizaje…

—Un canal de desagüe —comento Turcio—. Hay muchos por todo el espaciopuerto.

—Así es. La estación de las lluvias en Cybele es muy abundante, y las aguas son desviadas hasta aquí, hasta los depósitos de almacenaje.

Koris se rió con un leve gruñido.

—Por Sanguinius, este cachorro atrevido ha descubierto un modo de regresar al espaciopuerto. Los canales de desagüe nos llevarán justo hasta debajo de los Portadores de la Palabra.

Sachiel se quedó mirando la compuerta abierta.

—Una táctica muy inteligente, Arkio, pero ¿qué vamos a hacer con ella? Si salimos en mitad de esa escoria traidora, no será mucho mejor que habernos quedado en la barricada. —Miró a Koris con dureza—. Y según me han dicho, eso hubiera sido una muerte segura.

—Lo hubiera sido —dijo Arkio, mostrándose de acuerdo—. Por eso enviaremos tan sólo a unos cuantos hombres. El hermano sargento Koris me corregirá si me equivoco, pero sólo hace falta una persona para manejar las baterías de defensa del espaciopuerto. ¿No es cierto?

—¿Los cañones espaciales? —Koris asintió y miró a un tecnomarine superviviente de su compañía—. Lucion, aquí presente, es capaz de hacerlo.

El tecnomarine palmeó como muestra de asentimiento la insignia del engranaje y el cráneo que llevaba en la placa pectoral de la armadura.

—Puedo hacerlo. Será fácil.

—Pero aun cuando lográramos poner en funcionamiento las armas, ¿de qué serviría? —insistió Sachiel—. No podernos bajar los cañones tanto como para apuntar a los Portadores de la Palabra.

Rafen sintió una oleada de nerviosismo cuando se dio cuenta de cuál era el plan

que su hermano tenía en mente.

—No utilizaremos las armas contra las tropas de tierra. Las apuntaremos contra el *Ogro*.

—¿La nave de mando? —preguntó Lucion—. Pero está en órbita precisamente sobre nosotros… Si cae a tierra, será como una lluvia de meteoritos…

—¡Sí, es casi una locura! —exclamó Koris—. ¡Pero por Sanguinius que lo haremos!

Sachiel metió una mano en el saquillo de terciopelo que llevaba en la cintura.

—De acuerdo. Yo me pondré al frente del grupo de incursión. Arkio, por tu elocuencia vendrás conmigo, con Corvus y con Lucion. —Se giró hacia Koris—. Hermano sargento, escoge una escuadra para que nos acompañe. Tú dirigirás el resto de las tropas en un ataque de distracción contra el perímetro en cuanto estemos en el interior del espaciopuerto.

Koris ocultó su malhumor por aquellas órdenes con un saludo. Era evidente que el veterano había esperado dirigir el grupo de incursión en persona.

—Como ordenéis.

Rafen le puso una mano en el hombro a su jefe de escuadra mientras Sachiel se alejaba.

—Sargento, me gustaría que me incluyese en el grupo de incursión.

Koris alzó una ceja.

—Quieres tener vigilado al chaval, ¿no? ¿Por si acaso se le ocurre una nueva idea táctica brillante o siente deseos de largar otro discurso? —El veterano asintió tras un momento—. De acuerdo. Llévate a Alactus también, y toda la munición que podáis cargar de la poca que nos queda.

—Sargento, eso los dejará casi sin nada…

—¡Bah! —Koris hizo un gesto despreocupado con la mano—. Los derrotaremos con piedras y con palabrotas si hace falta. Rafen, tú ocúpate de que el plan de tu hermano funcione.

Rafen no dijo nada más, y el silencio se extendió entre los supervivientes. Sachiel alzó un cáliz de bronce y murmuró una bendición. Cada miembro de los Ángeles Sangrientos se acercó a la reluciente réplica del Grial Rojo. El sacerdote desenvainó el cuchillo de combate y lo pasó por su antebrazo desnudo. Un leve chorro de sangre cayó en el interior de la copa. Luego, se la dio a Koris, que hizo lo mismo. El cáliz pasó de mano en mano hasta que cada uno había añadido un poco de su propio fluido vital. La copa tenía la misma forma que el objeto más sagrado y antiguo del capítulo, el Grial Rojo que contenía la sangre de todos los grandes sacerdotes sanguinarios. Según decían las escrituras del capítulo, esos individuos, entre los cuales se encontraba Sachiel, compartían una partícula de la sangre del primarca, que se les inyectaba en las venas durante un ritual sagrado. El sacerdote tomó un sorbo de la

sangre.

—Estamos unidos por la sangre —entonó—. Y por la sangre somos siervos.

Pasó el cáliz por la fila de guerreros, y todos tomaron un sorbo del líquido oscuro y de sabor metálico.

—Bebemos por la victoria y recordamos a los caídos. —La copa, ya vacía, volvió a manos de Sachiel—. ¡Por el Emperador y por Sanguinius!

Los últimos guerreros imperiales en Cybele respondieron al grito con una sola voz.

—¡Por el Emperador y por Sanguinius!



El canal de desagüe era un lugar bastante estrecho para los marines espaciales, pero hicieron honor a su disciplina de combate al avanzar en silencio a través del agua, que les llegaba hasta la cintura. En ningún momento rozaron las paredes de ladrillo gastado que los rodeaban. El canal que cruzaban no era producto de una única construcción. Los túneles se habían ido extendiendo a lo largo de los siglos, a medida que Cybele se había convertido en un lugar de reposo para los muertos en combate. Los marines pudieron pasar en grupo por algunos lugares en vez de tener que avanzar en fila, como en los cimientos de piedra de algunas criptas y mausoleos gigantescos. Alactus marchaba en cabeza, con un pequeño lumen en la mano. El apagado brillo verde del artefacto titilaba y bailaba en la espesa agua y en las paredes.

Rafen distinguió las siluetas de pequeñas alimañas y de insectos carroñeros huyendo de la luz. Alactus se detenía de vez en cuando y observaba con detenimiento el camino que tenían ante ellos, poniendo especial atención en la escritura en gótico alto que la luz revelaba en las piedras conmemorativas. El marine estudió minuciosamente uno de aquellos monumentos, muy inclinado y medio enterrado. Tenía inscritos los nombres de cientos de personas en una interminable serie de letras; sin duda, habían sido víctimas de una atrocidad hacía ya largo tiempo olvidada en un mundo que probablemente entonces no existía. Rafen siempre había sentido, desde que era un niño, algo respecto a las lápidas que lo atraía y lo repelía al mismo tiempo. Le parecía sentir que un día descubriría una lápida en la que estaría escrito su propio nombre. El momento de ensoñación pasó cuando Lucion le palmeó la espalda: Alactus había retomado el avance. Rafen lo siguió.

A medida que se acercaban al espaciopuerto, la entrada ocasional de aire nocturno a los túneles se hacía cada vez más frecuente, y con él llegaban sonidos inquietantes, que sobre todo eran fantasmales e incoherentes. Rafen se dio cuenta de que la consistencia del agua había cambiado. Era más viscosa, y tenía un brillo oleoso. Alactus se detuvo de nuevo e hizo una rápida serie de gestos con la mano. Rafen asintió con lentitud para indicarle que le había entendido y le repitió las señales a

Lucion, que estaba a su espalda: el marine que iba en vanguardia había encontrado un punto donde las paredes del túnel se habían derrumbado en parte y tendrían que pasar a rastras. Alactus se metió en el agua y la luz del lumen desapareció con él.

Rafen dejó que el visor del casco se ajustara a la oscuridad, y la visión quedó reducida a un gris monocromo. Notó otra palmadita en la espalda y se arrodilló antes de tumbarse sobre el pecho y dejar que el líquido lo rodeara. El marine avanzó sumergido utilizando el sentido del tacto. Los dedos le guiaron a través de los escombros y de las gruesas capas de tierra removida. Pasó por encima de algo que se parecía mucho a un fémur humano, pero un momento después ya se estaba levantando del fondo viscoso. Alactus lo ayudó a ponerse en pie, y Rafen, en un acto reflejo limpió con la mano el visor para retirar la sustancia oleosa. El guante rojo de ceramita quedó manchado con grumos coagulados de color negro rojizo. Rafen se percató de que había estado conteniendo la respiración a pesar de que la servoarmadura sellada de los Adeptus Astartes tenía su propio suministro de oxígeno. Abrió un conducto del casco y olió el aire que había en el canal de desagüe. Un millón de olores le recorrieron la memoria sensorial.

La sangre que inundaba el canal le llegaba hasta las rodillas. No le hizo falta mirar a los demás marines para ver que ellos también lo sabían. Rafen observó los alrededores mientras los demás salían del agua para saber dónde se encontraban.

Ya estaban dentro del perímetro del espaciopuerto. Según los cálculos de Rafen, habían llegado a las inmediaciones del lugar donde habían aterrizado las primeras Thunderhawks procedentes de la *Bellus*. El estrecho canal daba a una amplia cámara abovedada, en la que convergían otros canales. A unos seis metros por encima de él, en la misma superficie del campo de aterrizaje, había una larga abertura por la que se podía ver un cielo oscuro, del que los separaban los gruesos barrotes de una rejilla de acero.

El agua de la estación lluviosa caía por aquellas rejillas procedente de la pista de ferrocemento, pero en esos momentos lo que se colaba era algo muy diferente: trozos irregulares en montones informes. Eran cuerpos, y había decenas de ellos. Algunos todavía llevaban puestas piezas rotas de armaduras de los Ángeles Sangrientos. Caía una lluvia continua de sangre. El fluido vital de sus hermanos muertos los recibía como si fuera una ceremonia arcana de ungimiento.

Aparte del tamborileo quejumbroso de la sangre de los muertos, había otros sonidos que se unían hasta formar un estruendo rugiente. Los demagogos y los ingenios locutores dirigían las plegarias de agradecimiento de las filas de Portadores de la Palabra. Rafen resistió el impulso de escupir y se dio media vuelta. Arkio estaba cerca de él, con el casco en dirección al cielo. La expresión del rostro permanecía oculta detrás de la temible máscara facial.

—¿Hermano? —La voz de Rafen era apenas un susurro—. ¿Ves algo?

Arkio apartó la mirada con un esfuerzo casi físico.

—Tan sólo los muertos.



Los Portadores de la Palabra habían acampado entre las estructuras destruidas del espaciopuerto. Tancred encontró a su señor comiendo algo de carne de un color blancuzco. Parecía engañosamente inofensivo sentado en su trono automatizado y con una mano debajo de un casco de marine espacial. Iskavan miró al torturador mientras éste se acercaba y se llevó el casco a los labios para tomar un sorbo de sangre ya fría.

—Habla —le ordenó Iskavan con un gruñido.

Tancred supo al instante por el tono de voz que el apóstol oscuro estaba enfadado a pesar de haber logrado la victoria frente a los Ángeles Sangrientos.

—Han llegado noticias desde la órbita, mi señor. El *Elegía Eterna* ha localizado a la nave humana en la atmósfera del gigante de gas y ha comenzado a bombardearla desde una órbita baja. Guiados por los poderes siniestros, los obligaremos a salir de su escondrijo o los destruiremos.

Iskavan escupió con fuerza.

—Sin duda, una gran victoria —dijo con un evidente sarcasmo—. ¡Pero no habrá suficientes muertes sagradas para calmar mi disgusto!

El brazo tentáculo de Tancred se estremeció, como siempre hacía cuando estaba preocupado.

—Mi señor, ¿qué es lo que os molesta? Habéis tomado el planeta en nombre de la perdición, pero aun así, os mantenéis apartados de las celebraciones por la victoria. Me gustaría saber el motivo.

Por toda respuesta, Iskavan vació el contenido del casco y después lo arrojó hacia las filas de sus propios guerreros, que seguían cantando.

—Tú mismo estabas allí, Tancred. Tú los viste al igual que yo. —Sacudió con rabia la cabeza—. Retrocedimos por orden de nuestro señor de la guerra. Nos retiramos. —Decir aquella palabra le provocó al apóstol oscuro un espasmo de rabia —. ¿Qué órdenes son esas que obligan a un portador de la palabra a retirarse? —Se puso en pie al decir aquello y tiró la bandeja de comida—. ¡Siempre avanzar, nunca retroceder! ¡Ése es nuestro credo, por los ojos de Lorgar!

Tancred se quedó quieto.

—Por encima de todo, debemos servir la palabra de lord Garand…

Mencionar el nombre de Garand tuvo el efecto deseado: el malhumor del apóstol se calmó…, pero sólo un poco.

—Tancred, aquí está ocurriendo algo que no sabemos —dijo con un siseo—. Garand nos mueve como piezas de regicida en un tablero tapado y apenas nos

proporciona información, ¡pero Iskavan el Odiado no es el peón de nadie!

—Pero ¿qué elección tenemos, siniestro apóstol?

—¿Elección? —contestó Iskavan con un bufido—. Lo que… —De repente, el señor de la guerra del Caos se quedó callado en mitad de la frase y sacó la lengua para degustar el aire. Cuando habló de nuevo, su malhumor había desaparecido—. ¿Lo has captado, Tancred?

—¿El qué, mi señor?

El apóstol oscuro se bajó de un salto del pedestal improvisado donde le habían colocado el trono y llamó a un guerrero.

—¡Tú! ¿Cómo te llamas?

El portador de la palabra le hizo una reverencia a su señor.

—Me llamo Xanger Ojo Cruel, para servir al gran Iskavan.

—Huelo a hombres en los alrededores. Reúne a tus guerreros más fanáticos y recorre el perímetro.

El marine del Caos se dio la vuelta sin decir nada y corrió a cumplir la tarea encomendada. Tancred observó cómo se marchaba.

—Mi señor, seguramente no serán más que algunas de las bestias humanas, que siguen con vida. Nuestras marionetas mortales se encargaron de ellas.

La horrible boca de Iskavan dibujó una sonrisa repugnante y demasiado amplia cuando recordó el momento en que los ángeles sangrientos heridos empezaron a matarse entre ellos.

—Sí. Si Garand nos hubiera concedido más grupos de esos valiosos ilotas psíquicos, este mundo habría caído en una hora, no en un día. —Hizo a un lado aquella imagen con un parpadeo de sus ojos amarillentos—. No importa cuántos queden; sólo que todavía quedan. —Iskavan se irguió por completo—. Tancred, cuando amanezca en Cybele erigiré el primer gran obelisco a la gloria del Caos Absoluto, y fíjate lo que te digo: lo levantaré a partir de los huesos recién pulidos de los Adeptus Astartes.



El borde del extendido campamento de los Portadores de la Palabra estaba lo bastante cerca como para tocarlo a través de la mira telescópica del arma.

—Sargento, tengo un blanco.

Turcio lo dijo murmurando y los sensores de la garganta transmitieron las palabras con tanta claridad como si estuviera gritando. El marine mantuvo apuntada el arma hacia el portador de la palabra que estaba de guardia. Todavía empuñaba la pistola láser que le había entregado Rafen ese mismo día, aunque parecía que hacía ya una eternidad.

—No dispares —le contestó el veterano—. Atacaremos en cuanto lo diga el

sacerdote.

Lo que quedaba de la unidad se había desplegado a su espalda; quedaban ocultos detrás del borde superior de una colina. Todos estaban ansiosos por vengarse.

Turcio contempló cómo el marine traidor se paraba delante de la puerta del edificio en ruinas. Si apretaba el gatillo, la cabeza del enemigo reventaría como una fruta demasiado madura.

—Espera la orden —le repitió Koris, como si le hubiera leído el pensamiento—. Pronto llegará.



Ojo Cruel se dio cuenta de que estaba distraído cuando se acercó a los límites de la zona de aterrizaje. En otras circunstancias habría considerado una bendición que el apóstol oscuro lo hubiera elegido en persona para llevar a cabo una misión; pero lo que había ocurrido en aquel maldito planeta lleno de cadáveres lo había dejado inquieto, al igual que a muchos camaradas. Por supuesto, habían hecho huir a los Ángeles Sangrientos —Xanger no había dudado en ningún momento de que eso ocurriría—, pero las confusas órdenes que Iskavan había dado durante el primer ataque habían provocado que los hombres tuvieran dudas. Y de repente, aquello: la súbita orden de que se buscara a los supervivientes. Ojo Cruel se sentía dividido entre el deseo de continuar participando en las ruidosas celebraciones por la victoria y el deber hacia su señor. Entre las legiones de la novena hueste se murmuraba desde hacía mucho tiempo que Iskavan había perdido capacidades mentales, y muchos de los guerreros culpaban al apóstol oscuro de las pocas e inconsecuentes victorias que habían logrado. Sin embargo, no había sido hasta ese día cuando el veterano portador de la palabra les había dado crédito.

Olisqueó el aire. El apóstol oscuro le había dicho que había olido carne humana en los alrededores, y Xanger también lo hacía. Todo el maldito planeta era un depósito de cadáveres en descomposición y la tierra había sido removida hasta convertirse en barro, donde los relucientes ríos de sangre enemiga se habían estancado. Ojo Cruel procuró no pensar en ello. No era el lugar para empezar a cuestionar las órdenes del apóstol oscuro. Todavía no, al menos.

Uno de sus hombres gruñó a través de los colmillos.

—Detecto movimiento.

El otro marine traidor señaló a una rejilla de metal que había en el suelo de ferrocemento.

—¡Ábrela! —le ordenó Xanger mientras indicaba con la palma de la mano al resto de la patrulla que se detuviera.

El marine con colmillos inclinó la cabeza a modo de saludo y abrió la rejilla. Las oxidadas bisagras emitieron un chirrido. Se agachó para ver con mayor claridad el

suelo del canal de desagüe.

La espada sierra de Sachiel entró en el cuerpo del portador de la palabra por encima del esternón y se clavó a fondo antes de que tirara de ella hacia arriba; la herida le llegó hasta el cráneo, que reventó desde dentro. El traidor cayó a un lado al mismo tiempo que los Ángeles Sangrientos salían como una marea roja de su escondite.

Xanger disparó de forma alocada. Los proyectiles del bólter con bocacha en forma de cráneo cruzaron el espacio que lo separaba de la masa de enemigos que surgían en tromba. El resto de la patrulla de Portadores de la Palabra reaccionaron una fracción de segundo más tarde que él. Los sorprendió la aparición del enemigo en mitad de su campamento. Pagaron su relajación con la vida. Los disparos de Ojo Cruel acribillaron a una de las figuras, y un ángel sangriento cayó de espaldas al agujero. De repente, todas las armas de los marines espaciales apuntaron contra él, y los miles de años de servicio al Caos de Xanger acabaron con un espeluznante chillido de agonía. El cuerpo corrompido del traidor se deshizo en pedazos de carne podrida y de ceramita.

—Ha llegado la orden —dijo Koris con un murmullo mientras los otros guerreros acababan con el resto de la patrulla—. ¡Al ataque!



—Por favor, señor —dijo Tancred con un tono de preocupación en la voz—. Temo que la mente le esté jugando una mala pasada…

—¡Silencio! —chilló Iskavan a la par que le soltaba un simple revés de muñeca que derribó a Tancred al suelo—. ¡Reagrupa a los hombres! ¿Es que no oyes nada? ¡Son disparos!

Tancred se esforzó por recuperar la dignidad, aunque interiormente estaba furioso.

—Quizá estéis equivocado, grandioso apóstol. Lo único que oigo es el chasquido de los huesos humanos al partirse en las piras, la diversión de nuestros guerreros.

En ese momento, mientras hablaba, el torturador oyó el sonido característico de un disparo láser. Se puso en pie y miró hacia la zona occidental del espaciopuerto. Vio descargas de disparos y las bolas de fuego de las granadas de mano.

—¡Perdonadme, mi señor! ¡Tenéis razón!

Empezó a gritarles órdenes a los guerreros que lo rodeaban y empuñó la pistola de plasma con los tentáculos. No se dio cuenta de que Iskavan estaba mirando en dirección contraria.

—¿Dónde están? —se preguntó el apóstol oscuro. Se giró hacia el lejano resplandor producido por el ataque del sargento Koris. Iskavan entrecerró los ojos—. Ha debido de ser el eco —se dijo a sí mismo, desestimando de ese modo sus

sospechas iniciales.

Tancred le alargó el crozius con el cuerpo algo encogido por si lo golpeaba otra vez.

—Su arma, mi señor…

Iskavan empuñó el artefacto sin decir ni una sola palabra más y se dirigió hacia el extremo occidental, deseoso de entrar en combate de nuevo.



—Están sufriendo un fuego intenso —comentó Lucion con gesto impasible mientras escuchaba las señales de Koris y de los marines que formaban el grupo de distracción.

—Entonces, aprovechemos cada segundo que ganan para nosotros —le soltó Sachiel.

El sacerdote alzó la mirada. Tal como lo habían planeado, Alactus los había llevado hasta los cuatro grandes cañones que se alzaban por encima del espaciopuerto en sus rechonchos zigurats. De cada uno de los edificios salía un grueso tubo en un ángulo inclinado hacia el cielo. En el interior de aquellas imponentes construcciones había mecanismos y cintas transportadoras que llevaban proyectiles tan grandes como Thunderhawks a las enormes recámaras de los cañones.

—Tenemos que franquear la entrada —comentó Rafen mientras estudiaba las puertas que separaban el búnker del mundo exterior.

Arkio sonrió.

—Se me ha ocurrido una idea.

Un vehículo, que estaba lo bastante lejos como para no haberlos visto mientras se dirigía hacia el ataque del perímetro, pasó rugiendo entre la neblina. Arkio llenó los pulmones de aire y gritó con todas sus fuerzas.

—¡Hail!

Alactus lo agarró por el brazo un instante demasiado tarde.

—Idiota, ¿qué haces?

Las luces de los faros del vehículo giraron y aumentaron de tamaño cuando el vehículo cambió de rumbo. Vieron la silueta de un portador de la palabra, con armadura táctica de marine, que salía a medias de la escotilla superior. Los saludó con un golpe de puño en el pecho cuando el vehículo fue deteniéndose a trompicones frente a ellos.

—Un Rhino —susurró Rafen—. Uno de los nuestros… Era cierto.

El transporte había pertenecido a los Ángeles Sangrientos, pero cuando se acercaron vieron que un impacto superficial de un rifle de fusión había arrancado casi por completo el blindaje del costado izquierdo. Los antiguos emblemas imperiales o de los Ángeles Sangrientos habían quedado cubiertos con símbolos del Caos pintados

de forma apresurada. Rafen vio a otros tres portadores de la palabra a través del agujero del casco.

—¡Hail! —saludó a su vez el traidor cuando el vehículo se detuvo por completo —. ¡Hermanos de hueste! ¿Os unís a nosotros en la caza de las presas humanas?

En la oscuridad, cubiertas por completo de sangre y de basura, las armadura de los Ángeles Sangrientos tenían la misma tonalidad rojiza —el color de las entrañas— que las de los Portadores de la Palabra. Era suficiente para que el enemigo bajara la guardia.

—Creo que no —contestó Arkio antes de abrir fuego.

Rafen y los demás marines imperiales hicieron lo mismo, y mataron a todos los tripulantes del Rhino antes de que ni siquiera les diera tiempo de desenfundar una arma.

—Bien pensado —comentó Sachiel mientras se acercaba al vehículo, que seguía con el motor encendido—. Sacad a esas criaturas repugnantes del Rhino. —Llamó al tecnomarine—. ¡Lucion! Ponte a los mandos.



—¡Imbéciles! —exclamó Noro mientras miraba por la mirilla entrecerrando el ojo orgánico que le quedaba—. El Rhino regresa. —El marine del Caos miró a su camarada con gesto confundido—. ¿Qué querrán ahora?

El otro portador de la palabra se encogió de hombros. El gesto quedó decuplicado por la voluminosa armadura.

—Estate atento —siseó a través de unos dientes parecidos a los de una serpiente —. Voy a esperarlos en la puerta.

Noro observó cómo giraba la manivela que abría las puertas de hierro que daban acceso al búnker. Como siempre, había sido él a quien habían dejado atrás cuando los humanos empezaron a disparar y los demás portadores de la palabra se habían ido para unirse al combate. Noro negó con la cabeza, disgustado. Su unidad se había perdido por completo el combate, ya que había descendido del *Ogro* en la última oleada de desembarco. Además, les habían ordenado que vigilaran la batería de defensa en vez de tomar parte en la comunión por la victoria. Ni siquiera había llegado a ver a un ángel sangriento. Noro maldijo la suerte que tenía y escupió un chorro de flema ácida al suelo de piedra.

—Hay algo raro —dijo el otro portador de la palabra, que no había dejado de observar el Rhino—. Está acelerando.

El implante biónico de la cuenca del otro ojo le proporcionó a Noro una visión más cercana del transporte. Vio una gota de sangre con alas en la armadura de alguien que iba en el vehículo, y supo lo que estaba pasando.

—¡Qué la disformidad se los lleve! —gritó—. ¡Cierra las puertas!

Su camarada ni siquiera le pidió una explicación. Giró la manivela en sentido contrario y obligó a las puertas de hierro a regresar a su posición original, pero el repentino cambio de dirección hizo que la tarea fuese el doble de difícil y el doble de larga. Por ello, las puertas del búnker estaban separadas entre sí un metro cuando la parte frontal del Rhino, lanzado a toda velocidad, golpeó de lleno contra ellas.

Lucion condujo al transporte como si fuera un proyectil guiado y lo hizo impactar contra la puerta en el sitio exacto donde ofrecería menos resistencia. El choque aturdió al tecnomarine hasta el punto de dejarlo semiinconsciente, pero el resto del equipo había saltado momentos antes del impacto. Salieron de detrás del vehículo medio destrozado, que estaba incrustado entre las puertas como una cuña de color carmesí.

El camarada de Noro murió de forma inmediata cuando algunos trozos rotos de la oruga del Rhino salieron despedidos por el aire y uno le arrancó la cabeza de los hombros de un tajo limpio. Había otros portadores de la palabra en el búnker, pero ninguno se dio cuenta de lo que estaba ocurriendo hasta la llegada explosiva del Rhino. Todos echaron mano a las armas y dispararon antes de morir acribillados por los Ángeles Sangrientos.

Arkio iba a la cabeza del grupo, con el bólter convertido en un rugiente instrumento de venganza devota.

—¡Imperator excommunicatus! —gritaba mientras enviaba aullando al infierno a los marines del Caos y a sus servidores.

Noro pensó por un momento en la mala suerte que tenía antes de cruzar la mirada con el joven ángel sangriento. El portador de la palabra le disparó con la pistola bólter, pero los proyectiles ni siquiera se le acercaron. Se deslizaron a su alrededor, como si tuviera alguna clase de amuleto. Noro invocó el nombre de Lorgar con un grito y se lanzó a por él con el cuchillo de combate en la mano, dispuesto a clavarlo al menos en la cara del furioso cachorro de marine; pero se lo impidió una lluvia de proyectiles, que lo destrozaron.

Noro fue el último portador de la palabra de los que protegían el búnker en caer. Arkio alzó la mirada al cielo y aulló.

—¡Más! —gritó furioso—. ¡Más para apagar la sed!

—¡Sí! ¡Más! —Alactus estaba a su lado, con los ojos abiertos de par en par.

Rafen miró a su hermano mientras ayudaba a Lucion a salir del Rhino destrozado.

—¿Por dónde ahora? —preguntó.

—Hacia abajo —contestó el tecnomarine, señalando un ascensor con paredes de rejilla—. El control de disparo se encuentra bajo nosotros.

Sachiel se pasó una mano por la decoración roja y blanca de la armadura.

—¡Por el Grial! ¡Sanguinius nos bendice hoy! ¡Hemos cambiado el curso de la batalla!

Rafen miró otra vez a Arkio por casualidad mientras bajaban hacia el piso inferior. Por un momento, el resplandor anaranjado de las luces de emergencia hizo que su armadura pareciera de color bronce, y a Rafen le recordó de nuevo el tapiz de Riga. El momento pasó y un instante después llegaron.

Unos cuantos disparos sueltos acabaron con los ilotas escondidos entre las consolas. Lucion comenzó el ritual de activación mientras los demás marines aseguraban la zona. Por encima de ellos, en el interior de los zigurats de piedra, los cuatro tubos de los cañones gimieron al moverse, como si las propias armas notaran lo que estaba a punto de pasar.



La *Bellus* surgió de la atmósfera del gigante de gas por delante de la onda de choque de una tormenta de fuego nuclear; los elementos volátiles del planeta ardían a su alrededor. Aunque no tenía las soluciones de tiro preparadas, el capitán Ideon ordenó que todas las armas dispararan a ciegas para crear una cortina de destrucción que los rodeara. La barcaza de combate avanzó a toda velocidad, y Cybele creció con rapidez en las pantallas delanteras.

—Es un error —se quejó Ideon—. Quedaremos atrapados entre las dos naves.

El inquisidor Stele negó con la cabeza.

—Capitán, observe los monitores de popa. ¿No habríamos sido destruidos si nos hubiéramos quedado?

Las placas de visión apuntadas hacia la zona que dejaban atrás mostraban una inmensa llamarada que se extendía e iniciaba la combustión de todas las bolsas de gas que cubrían el inmenso planeta.

—Ésa escoria corrompida está dispuesta a incendiar todo el planeta con tal de acabar con nosotros.

El impasible rostro de Ideon se estremeció por un momento.

—Puede ser que sólo hayamos retrasado nuestro fin, y no por mucho tiempo.

—Contacto —informó uno de los servidores con voz monótona—. El *Ogro* nos ha detectado. Nos apunta con todas sus armas. El *Elegía Eterna* también está virando para dispararnos una andanada de costado.

—No por mucho tiempo —repitió Ideon.



Unos hilillos de óxido cayeron atravesando los haces de los lúmenes cuando los gigantescos montajes de los cañones giraron para apuntarlos contra el crucero del Caos que estaba en órbita. Varios nervios se estremecieron en la mejilla de Lucion cuando un trío de mecadendritos surgieron del cráneo y se conectaron a las ranuras

adecuadas del púlpito de disparo.

Tres de los cuatro glifos de carga ya estaban en verde, pero Sachiel se mostraba cada vez más impaciente.

—¿Por qué nos esperamos?

Arkio respondió en nombre de Lucion.

—Debemos disparar todos los cañones a la vez, como una sola arma, gran sacerdote. Es posible que no tengamos una segunda oportunidad, y los proyectiles causarán el máximo daño posible si impactan al mismo tiempo.

Un trueno resonó por la cámara, y el último glifo cambió de color.

—¡Listo! —La voz de Lucion sonaba jadeante y lejana—. Los ojos del Emperador ven al enemigo. Su ira está bajo vuestro mando.

Sachiel asintió en dirección al joven marine.

—Pues que el honor sea tuyo, Arkio.

—Gracias, mi señor. —En el rostro del hermano de Rafen apareció una sonrisa feroz. Le puso una mano en el hombro a Lucion—. Por la sangre de todos los hermanos que han muerto hoy, ¡qué comience la venganza!

—Que así sea —contestó el tecnomarine.



Los cañones dispararon tan al unísono que el estampido que salió de los tubos resonó como un único rugido. La onda de choque compactó el aire y formó unos densos anillos de vapor alrededor de la boca de los cañones. El temblor de tierra resultante hizo caer al suelo por igual tanto a los sorprendidos Portadores de la Palabra como a los desprevenidos Ángeles Sangrientos.

Cuatro proyectiles antinave de la clase Proteus, impulsados en parte por cohetes, salieron disparados y cruzaron el cielo con un sonido parecido al de la carne al ser desgarrada. El *Ogro* no los vio llegar hasta que fue demasiado tarde. La nave de combate enemiga, que todavía estaba girándose para encararse hacia la *Bellus*, había dirigido toda la potencia hacia las lanzas de energía y los escudos de vacío dorsales, lo que había dejado toda la zona ventral, que daba de lleno hacia la superficie, desprotegida por completo.

Cada uno de los proyectiles penetró en el casco metálico del *Ogro*. Las cabezas de guerra cubiertas de adamantium de los cohetes atravesaron las diferentes capas de blindaje ablativo hasta llegar al vulnerable interior de la nave. Una vez allí, los núcleos de fisión que eran el corazón envenenado de los proyectiles Proteus entraron en estado crítico y estallaron.

El *Ogro* se estremeció por dentro y se deshizo en mil pedazos.



Cinco

—¡Por los huesos de Vandire!

La maldición se le escapó al hermano capitán Ideon entre chasquidos de estática del codificador verbal. El comandante de la nave estaba conectado a los sensores que recogían la información de todos los detectores de la *Bellus*, por lo que contempló la muerte del *Ogro* con un millar de ojos. Fue testigo de la desaparición del crucero del Caos en espectros de visión más allá de la vista humana ordinaria. Ideon vio en el espectro alto de los rayos infrarrojos el aire caliente que surgía a chorros hacia el vacío negro. Con el escáner de disformidad, observó los destellos de aberrante vida demoníaca mientras desaparecían en descompresiones explosivas, y mediante las lentes de los rastreadores del campo electromagnético contempló el amplio flujo de mesones rho y de neutrinos que salió disparado cuando el reactor de fusión de la nave enemiga se resquebrajó. Varias oleadas de energía incandescente rozaron los escudos de vacío de la *Bellus* incluso desde aquella distancia.

El *Ogro* se deshizo como un gusano podrido bajo un golpe de martillo. Grandes trozos de la nave salieron disparados, impulsados por las fortísimas explosiones de los proyectiles Proteus. Las explosiones en cadena sacudieron la parte superior del crucero a medida que se doblaba y se partía, y los depósitos de municiones estallaron todos a la vez.

—Es glorioso —comentó Stele, con el rostro anguloso iluminado por los destellos de la nave en llamas—. ¿Lo ve, Ideon? El Emperador nos protege.

El capitán murmuró una plegaria de gracias y continuó observando las partes desprendidas del casco del *Ogro*, que se convertían en fragmentos al rojo vivo al atravesar la atmósfera superior de Cybele.

—Me pregunto quién habrá efectuado esos disparos desde la superficie.

—Una alma valiente, de eso estoy seguro. —Stele se tocó el adorno de pureza que llevaba clavado en la oreja—. Una empresa tan arriesgada convertirá en fuego el cielo del planeta y hará huir al archienemigo.

Ideon deseó vivir el tiempo suficiente para conocer al individuo que había corrido un riesgo tan grande. Sin embargo, quizá aquel loco atrevido moriría junto a los Portadores de la Palabra cuando los restos del *Ogro* empezaran a caer como lluvia. Por medio de la visión periférica, pudo ver cómo los astrópatas se estremecían

mientras el crucero enemigo acababa de desaparecer. Los cercanos gritos mentales de agonía de aquellos innumerables traidores corruptos destrozaban su equilibrio mental. Ideon se preguntó por un momento qué consecuencias tendría ese efecto en los elementos psíquicos sensibles que el enemigo tenía en el planeta.

Stele habló como si le hubiera leído la mente al capitán.

—Había muchos esclavos psíquicos a bordo de esa nave. Me imagino que la muerte ha sido algo liberador para ellos.

El capitán tuvo que esforzarse para apartar la atención de la nave destruida.

—Debemos actuar con rapidez para aprovechar esta oportunidad. —Miró a su ayudante—. ¿Dónde está el *Elegía Eterna*?

—Sigue virando —le contestó con presteza el ángel sangriento sin alzar la mirada de la placa pictográfica que tenía en la mano—. La destrucción de la otra nave los ha dejado confundidos. Corren el peligro de pasarse de largo de su vector de ataque.

—Perfecto. —Ideon entrecerró los ojos al mismo tiempo que ordenaba con la mente que la pantalla hololítica que tenía delante de él mostrara una nueva serie de soluciones de tiro—. Preparen los cañones de proa. Proa al *Elegía Eterna*.

—A la orden —contestó el servidor que estaba al timón—. El cañón número tres no responde.

El inquisidor alzó una ceja y chasqueó la lengua. Ideon no le hizo caso. Sintió que un odio feroz le crecía en el pecho cuando en la pantalla apareció la otra nave del Caos.

—Le dispararemos con todo lo que tenemos. Fuego a discreción.

Un servidor detector dio un grito de aviso.

—¡Nuevo objetivo en la línea de tiro!

Ideon vio en la mente la nave de la clase Idolator al mismo tiempo que el servidor ciego encadenado al púlpito de exploración. Flujos enteros de datos sin procesar le llegaron a la mente a través de las conexiones de los mecadendritos. La silueta en forma de daga del incursor imitó la misma maniobra que había destrozado a la nave similar en el combate anterior: se colocó en la trayectoria de los disparos de la *Bellus* para proteger al *Elegía Eterna*. Parte del intelecto táctico superior del capitán Ideon se preguntó qué había a bordo del *Elegía Eterna* que lo hiciera tan merecedor de protección, pero aquello era algo en lo que debía pensar después de que el segundo incursor recibiera el justo castigo por su atrevimiento.

Habló con la habitual voz sintética.

—Si tan ansiosos están por acabar destruidos, descubrirán que estarnos encantados de hacerlo. Revisión de orden: borren a ese incursor del cielo.

—A sus órdenes —contestó el ayudante, y el oficial repitió el mensaje a los servidores de los cañones.

El incursor viró para que la proa quedara frente a la *Bellus*. La nave de la clase

Idolator era reconocible con facilidad: el bauprés en forma de diente roto partía de una enorme cúpula chapada en bronce con la figura de un cráneo humano. El cráneo estaba echado hacia atrás, como si estuviera gritando, y de las fauces abiertas surgía el tubo corto de un cañón. A Ideon le habían dicho una vez que esos cráneos decorativos los fabricaban a partir del metal que encontraban en los cadáveres. Los forjaban con el hierro recuperado en las fundiciones de sangre de los mundos mataderos del Ojo del Terror. No le importaba si el rumor era cierto o no. Por lo que a él se refería, le daba igual si las naves del archienemigo estaban construidas con los huesos de los propios dioses del Caos. Morirían al igual que los demás traidores que se habían atrevido a cruzarse en el camino de los Ángeles Sangrientos.

—Parece que se dispone a embestirnos —dijo el ayudante en un tono que era mitad comentario, mitad pregunta.

—Pues les demostraremos lo equivocados que están —gruñó Stele.

La *Bellus* se dispuso a obedecer.



En la proa en forma de cabeza de martillo había montados cuatro gigantescos tubos de cañón, cada uno de la longitud de un destructor imperial de la clase Cobra. Todos ellos menos uno dispararon sus letales proyectiles contra el incursor del Caos; la descarga fue cegadora y violenta. Cada cañonazo era más que suficiente para machacar escudos de vacío o blindajes de cascos, por lo que utilizarlos contra una nave de combate ligera como aquel incursor era un desperdicio de potencia de fuego. Los disparos del primer, del segundo y del cuarto cañón —el tercero seguía sin estar operativo— destrozaron la nave y la dejaron abierta por completo al vacío. A diferencia de lo ocurrido a bordo del *Ogro*, donde los tripulantes habían tenido unos cuantos momentos de pánico para comprender lo que estaba ocurriendo, el incursor tan sólo dejó de existir.

Desapareció convertido en átomos tras una explosión letal de energía, acero y partes metálicas. Pareció que la nave había sido arrojada al corazón de una estrella. La *Bellus* cumplió las órdenes de Ideon y atravesó la onda expansiva de los restos gaseosos de la nave enemiga y se dirigió hacia el *Elegía Eterna*. Con el equilibrio de poder decantado de nuevo hacia los Ángeles Sangrientos, la nave del Caos que quedaba decidió alejarse del gigante de gas y acercarse a toda velocidad hacia la órbita de Cybele. Los cañones de menor calibre de la barcaza de combate dispararon contra el crucero mientras pasaba de largo. Lo único que pudo hacer la *Bellus*, que todavía no tenía reparados por completo los motores, fue comenzar a virar con lentitud para seguirlo.

Hasta el propio aire estaba en llamas en Cybele. Rafen y el resto del grupo salieron corriendo a trompicones del búnker de disparo de la batería de defensa. El cielo nocturno ya no era negro. Unas amplias estelas de fuego anaranjado brillante se entrecruzaban en él y tejían una red de colores refulgentes. Los restos de la nave caían con gran estruendo mientras cruzaban lo que quedaba de la capa de nubes. Planchas metálicas tan grandes como islas se precipitaban hacia el suelo, seguidas por una lluvia de gotas sucias y hierro fundido.

Arkio tenía el rostro iluminado por una furia salvaje. Se agachó para tomar del suelo una barra metálica del tamaño de una pierna que estaba en el fondo de un cráter abierto por un impacto. Era un fragmento del crucero del Caos que había caído. La barra se dobló debido a que el calor de la reentrada la había reblandecido.

—Qué seres tan miserables son estas criaturas. —Puso un mal gesto—. Malditas sean por obligarnos a ensuciarnos las manos con su sangre.

Lucion alzó una mano.

—Escuchad… ¿Oís eso?

Rafen frunció el entrecejo. El incesante griterío de los demagogos de los Portadores de la Palabra y el estampido de las armas, que habían sido una constante a lo largo del día, hacían que cualquier cambio en la cacofonía no fuera apreciable de forma inmediata; pero él también captó algo. Se esforzó por separar, gracias a los oídos lyman, los sonidos del suelo de los aullidos supersónicos de los restos que caían por doquier.

—¿Qué están haciendo los traidores?

Las blasfemias pronunciadas por los sacerdotes combatientes de los Portadores de la Palabra habían desaparecido, y en su lugar resonaban gritos angustiados y gemidos de dolor.

Sachiel miró a Rafen y sonrió.

—Hermanos, les hemos infligido un golpe terrible. Sienten la muerte de los suyos, y eso los mortifica. ¡Escuchadlos! ¡Sufren ese dolor como si fuera una herida física!

El sacerdote tenía razón. Los cánticos de los Portadores de la Palabra ya no eran monótonas letanías e himnos corruptos, sino aullidos penetrantes y cantos funerarios. Alactus se echó a reír.

—Entonces, les daremos algo más por lo que llorar. ¿De acuerdo?

Alzó el bólter y lo amartilló de forma ostentosa.

El combate entre la unidad de Koris y el grueso de la fuerza de los Portadores de la Palabra seguía hacia el oeste, pero el intercambio de disparos era esporádico y sin ferocidad alguna, ya que ambos bandos estaban retrocediendo ante la lluvia de muerte llameante que caía del cielo.

—¿Cuáles son sus órdenes, gran sacerdote? —le preguntó.

Curiosamente, ninguno de los Ángeles Sangrientos había pensado en moverse antes de que el joven entusiasta hablara.

—¡Sí, claro! —exclamó Sachiel, apartando la vista del cielo ardiente—. Deberíamos reagrupamos con el sargento Koris antes de que el enemigo se recupere de la sorpresa.

—Yo iré en cabeza —dijo Arkio, y un momento después, ya estaba corriendo por la superficie del espaciopuerto, de un lugar protegido a otro.

Rafen se mantuvo a su lado. Se detuvo un instante para ponerse bajo el resguardo de una Thunderhawk destrozada cuando el cielo se abrió de nuevo con el paso de otro trozo de nave. El gran fragmento del casco se estrelló en las colinas, a pocos kilómetros de allí, y el estallido blanco iluminó las nubes de humo. La onda expansiva del impacto reverberó por el suelo cuando el sonido de la explosión pasó a toda velocidad al lado de ellos. Los trozos del *Ogro* seguirían cayendo sobre Cybele durante días.

Rafen observó el paisaje ceniciento.

—Sangre y mártires, hermano. Quizá le hayamos hecho más daño a este planeta con un solo disparo que los propios traidores…

—¿Qué importa eso mientras los matemos a todos? —La voz de Arkio sonó fría y distante—. Soy un servidor del Emperador y por mi mano mueren sus enemigos.

El joven marine salió al descubierto de un salto cuando un grupo de Portadores de la Palabra se acercó disparando. Rafen se unió a él.



Iskavan el Odiado le propinó una tremenda patada a uno de los marines del Caos equipados con lanzallamas. El guerrero cayó de bruces sobre una pila humeante de cadáveres. El portador de la palabra herido era uno de los afortunados: el crozius del apóstol oscuro ya se había alimentado de la vida de una docena de marines que habían tardado demasiado en obedecer las órdenes de su amo.

El señor de la novena hueste estaba literalmente incandescente por la rabia. Tenía la cabeza rodeada por unos discos de una turbulenta fuerza electrotelepática, que formaban una especie de corona y brillaban sobre sus cuernos óseos como una reluciente descarga estática. El estampido de los disparos de bólter resonaba en las cercanías, indicando los lugares donde todavía combatían los Portadores de la Palabra y los Ángeles Sangrientos. Sin embargo, lo que había alrededor de la masa principal de las legiones del Caos era líneas y líneas de combates cuerpo a cuerpo. Todos los miembros de la hueste habían sentido la breve agonía de los psíquicos de combate que iban a bordo del *Ogro*. El negro manto de sus mentes aullantes había martilleado a todos los tocados por la disformidad que estaban en Cybele. Los Portadores de la Palabra lo soportaron sin problemas y aguantaron el aullido. Sus mentes disciplinadas

eran resistentes y tenaces, pero los ruidosos demonios menores y las incontables legiones de ilotas que habían llevado con ellos enloquecieron por el sonido que les rugía en el interior de la cabeza, y se lanzaron unos contra otros.

El inesperado efecto colateral del ataque por sorpresa de los Ángeles Sangrientos había trasformado la fuerza de los Portadores de la Palabra, que siendo una formación precisa y mecánica se había convertido en una horda incontrolable y rabiosa. Iskavan rugió de furia cuando una decena de servidores de armas pesadas se atrevieron, ¡se atrevieron!, a atacarlo a causa de su rabia enloquecida. Los lanzadores de proyectiles dispararon gruesos discos de metal con dientes de sierra y los escopetones vomitaron descargas de plomo. Todos los proyectiles rebotaron de un modo inofensivo contra la armadura de color rubí. Contestó al ataque con las hojas más afiladas y terribles del crozius, y destrozó la hilera de criaturas esclavas con un solo mandoble chirriante de entrañas y sangre. El apóstol oscuro no podía llegar hasta los marines espaciales porque cientos de sus propios ilotas estaban atacando a los Portadores de la Palabra, luchando entre ellos y arrancándose a sí mismos el pellejo de la cara en un vano esfuerzo por hacer que desapareciera la locura que se había apoderado de sus cabezas. El crozius de Iskavan bailaba y cantaba en el guantelete, y hacía sonar las cadenas que lo mantenían unido al brazo. El arma estaba alarmada por la fuerte presencia de la muerte mental en el aire y deseaba la sangre para apagar esa sensación. El jefe de los Portadores de la Palabra le proporcionó lo que deseaba para que se hartara: enterró la cabeza del arma llena de cuchillas en los vientres de todos los humanos que se encontró.

—¡Despedazadlos! —aulló, tanto por ganas como por ordenárselo a los guerreros —. ¡Matad por nosotros, o morid a nuestras manos, gusanos asquerosos!

Tancred apareció de repente a su lado. Quizá el torturador había estado todo el tiempo allí, pero Iskavan no había notado su presencia hasta ese momento. Eso importaba poco. Tuvo que esforzarse un momento para no clavarle el crozius en el cuello. El arma gimió al notar que le negaba la sangre.

—¡Excelencia! ¡Las formas demoníacas esclavizadas se están destrozando a sí mismas!

Señaló con la extremidad formada por tentáculos, y el apóstol oscuro vio la hilera de jaulas de hueso negro con ruedas que se encontraban detenidas entre los ilotas. Estos, enfrentados entre sí, se habían olvidado de arrastrar las jaulas hacia el enemigo. En cada una había encerrada una bestia demoníaca menor, y todas se lanzaban de cabeza una y otra vez contra los barrotes en un frenesí sangriento. No se trataba de los enormes príncipes de la disformidad que mantenían atemorizados de por vida a los seguidores de la estrella de ocho puntas. Aquéllas eran pequeñas formas de vida bestiales, algo equivalente en el empíreo a los depredadores animales. Poseían una ferocidad que nada de la dimensión mortal podía igualar, y en cualquier

combate extendían el miedo y la desorganización entre las filas del enemigo, siempre que se las pusiera en la dirección adecuada. Pero también habían enloquecido, por lo que eran inútiles en combate para otra función que no fuera la de carne de cañón. Iskavan miró a su alrededor asqueado y vio a varios encargados de las bestias luchando contra otros mientras a los demás los estaban masticando las mismas bestias de las que debían encargarse.

—¡Desperdiciadas! ¡Desperdiciadas! —exclamó lamentándose porque se habían frustrado los cuidadosos planes de batalla en los que había estado trabajando los días anteriores a la llegada a Cybele. El apóstol oscuro alzó el crozius, que tenía las cuchillas enrojecidas por completo y brillaba como una baliza, y empezó a gritar órdenes—. ¡Abridnos paso entre esos imbéciles babeantes! ¡Liberad a los demonios!

—Mi señor, las criaturas han enloquecido… ¡Destrozarán todo lo que encuentren a su paso!

—¡Por supuesto que lo harán, idiota! —le gritó Iskavan, blandiendo el arma—. ¡Pero lo único que se encontrarán en su camino serán los guerreros del dios cadáver y aquellos que se merecen la muerte! ¡Obedece la orden y suéltalos!

Los Portadores de la Palabra se separaron como una ola en retirada y se alejaron de las líneas de combate. Varios tiradores bajo las órdenes de Tancred reventaron los gruesos cerrojos de hierro de las jaulas de hueso desde una distancia segura. Los monstruos inhumanos se lanzaron de forma inmediata al combate y empezaron a luchar y a devorar la carne fresca.



El sargento Koris y sus hombres se encontraron de frente a la monstruosidad de mayor tamaño cuando se dirigió hacia ellos lamiéndose la sangre y las entrañas que tenía en la boca. El veterano pensó por un momento que el demonio tenía dos cabezas, ya que una de ellas remataba uno de los brazos, pero un momento después se llevó un cráneo a la boca y lo masticó antes de limpiarse la sangre de uno de sus hermanos impíos con un gesto casi humano. Echó la cabeza hacia atrás y lanzó un aullido.

El demonio tenía demasiadas patas. Unas estaban elevadas y arqueadas en extraños giros de hueso, mientras que otras, con gruesas tiras de músculo, se veían casi pegadas al suelo. Un cúmulo de extremidades acabadas en garras chasqueaban en el aire mientras avanzaba hacia ellos. El cuello sinuoso lo remataba una amplia cabeza oscilante, de forma ovalada, que mostraba una serie aleatoria de ojos y dientes. Escupió un largo chorro de baba negra antes de lanzarse a la carga contra los Ángeles Sangrientos con un trote tambaleante.

Koris no tuvo que recordarles a los marines que mantuvieran la disciplina de fuego. Todos sabían la poca munición que les quedaba, y ni uno solo de ellos iba a

desperdiciar un proyectil si había posibilidades de fallar. Dispararon cuando la bestia de la disformidad estuvo tan cerca que el hedor los envolvió. Los proyectiles rebotaron contra las garras óseas y los sacos de huevo con un sonido hueco y sin dejar marca alguna. Otros con mayor puntería le cegaron unos cuantos ojos o le arrancaron trozos de carne peluda del pellejo. Sin embargo, fue inútil, y los Ángeles Sangrientos tuvieron que dispersarse en todas las direcciones cuando se abalanzó contra ellos. Koris vio que Alactus se escurría por debajo de la criatura, pero la suerte de Sanguinius no lo abandonó y esquivó cada una de las tremendas pisadas cuando la bestia pasó por encima de él. Corvus no tuvo tanta suerte: salió disparado dando vueltas sobre sí mismo cuando el monstruo lo golpeó con una garra. Otro marine, uno del contingente de la *Bellus* que Koris no había llegado a conocer, murió un momento después de que el bólter se quedara con el cargador vacío. El demonio lo descuartizó con furia y luego meneó la cabeza con fuerza para que sus dientes afilados como cuchillas pudieran partirle las placas de ceramita. Koris vio que se lo tragaba y ordenó que fijaran las bayonetas. Fue el primero en colocar el cuchillo de combate en la montura magnética de la parte frontal del cañón.

Un momento después, a través de la marea de ilotas aullantes y moribundos, apareció una docena más de Ángeles Sangrientos, con las armas llenas de munición y sin dejar de disparar.

—¡Koris! —le llegó la voz por el comunicador—. ¡Cubridnos!

—¿Con qué? —preguntó el sargento, exasperado, pero nadie le hizo caso.

Vio que el sacerdote sanguinario se lanzaba a la carga blandiendo la espada sierra y la pistola bólter sin dejar de disparar contra la piel moteada de la bestia.

«¡Ése idiota impaciente! ¡Lo va a matar!».

La criatura notó la silueta roja y blanca por su visión periférica, y se giró en redondo. Al hacerlo, sacudió la cola con pinchos para derribar a una decena de marines con un evidente placer cruel. El impacto envió a Koris tambaleándose contra una lápida inclinada, lo que provocó que fallara el disparo que le apuntaba a la cabeza.

Rafen adivinó la maniobra de la bestia una fracción de segundo antes que Arkio. Se dejó caer y le propinó a su hermano una patada en la parte posterior de la rodilla. Éste cayó un momento antes de que la cola rematada con pinchos pasara a pocos centímetros de sus cabezas.

—¡Cuidado! —gritó de todas maneras.

Arkio estaba mirando a otro lado.

—¡Sachiel! ¡Protéjase! —gritó a su vez.

El sacerdote había perdido el equilibrio. La bestia era más veloz de lo que había creído. Las enormes patas no hacían adivinar los ágiles movimientos del monstruo. Lanzó un mandoble con la chirriante espada sierra contra una de las extremidades

carnosas, pero tan sólo le hizo un corte superficial que aún enfureció más a la bestia demoníaca. Con la garra de una de las patas posteriores mató al marine que estaba a la derecha de Sachiel y después arrojó el cadáver contra el sacerdote. El impacto lanzó a Sachiel a un cráter poco profundo, y la cadena que mantenía unida la espada al guantelete se partió. El arma salió disparada y la empuñadura quedó enterrada en el barro, con la hoja sierra gruñendo hacia el cielo.

En los numerosos ojos de la bestia relució una malicia siniestra y dio un par de golpecitos con las patas en el suelo. Parecía un gato que jugara con un ratón y que no deseara matarlo con demasiada rapidez por no acabar con la diversión. Hizo caso omiso de los disparos de otros marines y de los proyectiles que se le clavaban en la carne. Quería jugar.

Rafen miró por el visor de puntería del bólter y vio el rostro de Sachiel detrás de la medio máscara que lo cubría. El sacerdote tenía la piel pálida y tensa por el agotamiento, la mirada desencajada y se tapaba con una mano el costado que la bestia le había cortado con un golpe y sin esfuerzo aparente. Rafen dejó el dedo en el gatillo: si al final no le quedaba más remedio, prefería otorgarle la gracia del Emperador al sacerdote antes que permitir que la bestia lo devorara.

En ese momento, Arkio salió disparado y cruzó la distancia que lo separaba de la bestia con una docena de largas zancadas. El demonio le lanzó un golpe, furioso por haberse visto interrumpido en el juego, pero el joven ángel sangriento lo esquivó con facilidad. Rodó sobre sí mismo para llegar hasta la espada sierra de Sachiel. Empuñó el arma, y con un mandoble semicircular, cortó por completo una articulación de la rodilla. La pierna, tan gruesa como dos personas, cayó acompañada de un surtidor de sangre, y la criatura aulló de forma estruendosa. Dejó atrapado a Sachiel contra el suelo con una garra extendida y atacó a Arkio con las demás, lanzando golpes de prueba y moviéndolas sin cesar.

—Va a matar al monstruo —oyó Rafen que decía Turcio por el microrreceptor de la oreja.

El marine fue incapaz de ocultar su admiración por la valentía de Arkio. Rafen empezó a disparar contra la bestia; intentaba hacer todo lo posible por cubrir a su hermano. Arkio esquivaba una y otra vez los ataques del monstruo y contestaba dando tajos en las partes blandas que se encontraban entre las secciones de quitina dura como el hierro. De las heridas salían borbotones de fluido negro y lazos de intestinos resbaladizos cubiertos de babaza.

Sachiel dejó escapar una especie de grito estrangulado, probablemente pidiendo ayuda o avisando a Arkio, y golpeó de forma débil la zarpa de la criatura. El sacerdote sanguinario intentaba clavarle a la bestia el acus placidus que llevaba en la muñeca, pero la aguja de acero no era capaz de penetrar el caparazón de duro hueso. El demonio se estremeció, y Rafen le vio por un instante una expresión de dolor en

los ojos. La agonía que debía sentir debido a las tremendas heridas se había abierto paso por fin hasta el pequeño cerebro de la bestia, pero eso la enfureció más todavía.

Antes de que pudiera reaccionar, el monstruo movió todas las extremidades al mismo tiempo en un ataque centelleante contra la irritante criatura que tenía debajo. Arkio ni siquiera gritó cuando una de las púas del monstruo le atravesó la armadura. El cartílago amarillento salió por el otro lado del hombro, acompañado por un chorro de sangre.

Rafen sintió que se le helaba el corazón. Sin duda, una herida semejante tenía que ser fatal. A su hermano le quedaban segundos de vida. Rafen lo vio todo rojo de repente por el odio que sintió y, abandonando de un salto el lugar en el que se protegía, se lanzó a la carga contra la criatura sin ni siquiera pensárselo. Algo oscuro y rabioso empezó a desplegarse por encima de su mente racional. La sombra siniestra de la maldición genética hervía en su interior, desesperada por liberarse. Aulló un incoherente grito de guerra. El cañón del bólter se puso al rojo vivo cuando lo vació de una sola ráfaga en la bestia. Rafen vio a Arkio muerto en el barro, con la chirriante espada sierra empuñada todavía en la mano. Un momento antes de que la lucidez pareciera estar a punto de abandonarlo, Rafen recordó con claridad a su padre el día en que Arkio y él partieron hacia el lugar conocido como la Caída del Ángel, el lugar del Desafío. «Cuida del chico, Rafen. Es lo único que te pido». El rostro de su padre pareció fluir como el mercurio hasta convertirse primero en la cara del primarca, y después en la de Arkio.

En ese instante, delante de sus propios ojos, ocurrió lo que era imposible: Arkio se puso en pie con un ágil movimiento y se levantó del charco de agua de lluvia y de su propia sangre. No pareció darse cuenta del chorro de fluido vital que le caía por la armadura ni del agujero negro que tenía a la altura del hombro. Dio un único mandoble y clavó los dientes chirriantes del arma de Sachiel en mitad de la garganta del depredador demoníaco, donde enterró la espada hasta la empuñadura. La hoja estridente le cortó las cuerdas vocales al monstruo e interrumpió su aullido en seco. Arkio giró el arma y la hizo bajar hasta el vientre de la bestia. La carne se abrió con un sonido parecido a la tela rasgada y sobre el césped cayeron órganos monstruosos y trozos humanos sin digerir formando montones húmedos. La bestia gimió una última vez y expiró.

La rabia de Rafen desapareció con la misma rapidez que había aparecido, y se acercó a su hermano en un momento para abrazarlo. Arkio le contestó con una sonrisa dolorida y se limpió la cara de sangre negra.

—¿Cómo es posible…? —empezó a decir Rafen, pero le faltaron las palabras—. Ésa herida…

El rostro de Arkio mostraba una gran palidez, pero los ojos le brillaban como diamantes.

—La fe es mi armadura, hermano. Sanguinius me protege.

—¡Por el Grial, dice la verdad! —proclamó Sachiel mientras se acercaba masajeándose el costado herido—. ¿Lo viste, Rafen? ¡El Gran Primogenitor en persona se habría sentido orgulloso de ser testigo de semejante acto de valor!

Rafen no contestó y se limitó a asentir. Era incapaz de apartar la mirada de la herida de su hermano. El corte era profundo y sangraba mucho, pero donde deberían haberse visto arterias seccionadas y carne abierta hasta el hueso había músculo palpitante, lleno de vida, como si se estuviese curando mientras lo miraban.

—¡Arkio, estás bendecido! —añadió Sachiel con una alegría evidente en la voz, pero Rafen sintió que en el corazón le anidaba una sensación de inquietud.



La llanura artificial del espaciopuerto, antes lisa y sin característica alguna, estaba manchada con miles de litros de sangre en todos los tonos del color rojo, desde el marrón oxidado de los humanos hasta el escarlata brillante que corría por las venas de los Adeptus Astartes, pasando por el negro noche del icor derramado por los corruptos y sus seguidores. La tierra herbosa de Cybele, que durante tanto tiempo había consumido la carne y los huesos de los muertos en combate del Imperio, estaba teñida por los restos de aquellos que habían luchado sobre ella.

Iskavan el Odiado, que estaba rodeado por los restos de su horda guerrera, alzó al cielo la boca, demasiado ancha, y aulló con rabia hacia las sucias nubes. El sonido de esa furia acobardó a sus hombres y ahogó el estruendo de los constantes impactos de los restos que caían del cielo. Estaban a punto de perder el combate frente a los imperiales, y el apóstol se encontraba al borde de la apoplejía.

Por fin, se recuperó lo suficiente como para hablar con coherencia en vez de simplemente gritar y echar espumarajos.

—¿Qué clase de destino malhadado es éste? —le preguntó a la noche—. ¡Por los ocho, se nos prometió la victoria esta noche! —El apóstol se giró hacia Tancred casi en el mismo instante en que las palabras le salieron de la boca. El crozius dejó escapar un fuerte zumbido—. Tú.

El jefe de los Portadores de la Palabra cargó la palabra con todo el desprecio y la ira de que fue capaz.

El torturador se obligó a sí mismo a permanecer inmóvil, aterrorizado por la posibilidad de que el más mínimo gesto revelara el engaño de su anterior augurio.

—Me dijiste que viste el éxito, Tancred. —Iskavan mantuvo la voz en un tono peligrosamente bajo—. ¿Dónde está? —le preguntó con un gruñido—. ¿Dónde está mi victoria? —insistió a gritos.

—El empíreo no siempre se puede… —empezó a decir el torturador a modo de excusa, pero el apóstol le dio una bofetada con el dorso de la mano.

—¡Silencio, idiota pestilente! —Apartó de un empujón a Tancred y se acercó a sus hombres—. ¡Qué el ojo se lleve a esa escoria semihumana! ¡Somos los hijos de Lorgar, los Portadores de la Palabra! —La rabia en estado puro le distorsionaba los rasgos al crear una luz psíquica impía a su alrededor—. ¡Hemos perdido las naves, las bestias y los ilotas, pero todavía nos queda el odio! —Iskavan los señaló con el crozius—. ¡Nos queda odio más que suficiente como para acabar con los malditos cachorros mestizos del dios carroñero!

Iskavan esperaba que los Portadores de la Palabra rugieran con una expectación impaciente, pero le respondieron con el silencio. El apóstol estaba a punto de matar al marine traidor más cercano por su falta de entusiasmo cuando de repente se dio cuenta del verdadero motivo: una forma encapuchada estaba atravesando las filas desordenadas. Relucía cargada con un fuego brujo negro.

—Iskavan, mi servidor. Escúchame bien. —La voz que habló pareció salir de una tumba llena de podredumbre.

—Mi señor Garand…

El rostro del apóstol mostró por un brevísimo instante una mueca de desprecio, pero luego cayó sobre una rodilla e hizo el signo de la estrella de ocho puntas.

Sin dudarlo ni un momento, los demás Portadores de la Palabra se apresuraron a imitarlo. El único sonido que se oía era el agudo zumbido del crozius. El arma estaba nerviosa y temerosa por la enorme descarga de energía psíquica negra que palpitaba alrededor de la figura encapuchada.

—Sé lo que piensas; conozco tus intenciones.

Las palabras llegaban desordenadas y flojas, como si procedieran del propio aire difuso.

Iskavan apenas pudo contenerse y a punto estuvo de escupir.

—¡Sólo pretendo abalanzarme contra las presas humanas con la maldición de Lorgar en los labios! ¡Matar, matar, y no retroceder!

—No. —La sorpresa por la negativa fue tan grande que Iskavan se atrevió a alzar la vista y a mirar a la negra profundidad de la capucha. Un escudo anulador de vacío le devolvió la mirada—. Te marcharás de aquí. Te lo ordeno.

Una vena empezó a palpitar en el rostro del apóstol oscuro.

—Mi señor…, yo… ¡No puede ordenarme eso! ¡Somos los Portadores de la Palabra! ¡No nos retiramos! ¡Otra vez no!

El aire se cargó de maldad entre ellos.

—Debo de haberme equivocado, porque por un momento me ha parecido que te atrevías a cuestionar mi orden, apóstol.

Iskavan se obligó a sí mismo a calmarse.

—No, mi señor. Yo me he equivocado.

—Así es. —La figura encapuchada titiló y se hizo fantasmal y etérea—. En estos

momentos, tu crucero de combate se escapa de los mestizos para llegar a distancia de transporte de este planeta. —Señaló el horizonte con un dedo nudoso—. Recupera la baliza de teleportación y prepárate para la evacuación.

—Mi señor… —empezó a decir el apóstol en una última súplica.

—Marchaos ahora mismo —añadió la voz como si no le hubiera oído.

Después, de forma tan repentina como había aparecido, la figura se disolvió en la oscuridad y dejó en su lugar un ilota psíquico tembloroso. El esclavo tan sólo había albergado un fragmento de la esencia del señor de la guerra y durante un tiempo muy breve, pero ese contacto pasajero había bastado para mutarlo y convertirlo en una masa informe de carne quemada.

Iskavan explotó hecho una furia y rugió mientras destrozaba al ilota. Le arrancó grandes trozos del cuerpo con las cuchillas del crozius.

—¡Tancred! —gritó con una mirada enfurecida—. ¡Reúne a los hombres! Tal como ordena el señor de la guerra… —Se detuvo para recalcar con rabia venenosa el rango de Garand—. ¡Nos vamos de este maldito lugar!



Así fue como al amanecer, cuando el sol apareció por encima del bosque de lápidas y monumentos rotos, Cybele ya era de nuevo un dominio en manos del Imperio. Sin embargo, la plaga de la infame presencia de los Portadores de la Palabra estaba por todos lados, desde la misma tierra hasta las cicatrices que cruzaban el cielo de color púrpura anaranjado. Rafen regresó con Alactus del barrido de exploración del espaciopuerto y se encontró con que Sachiel estaba atendiendo a Arkio. En esos momentos, estaba bendiciendo el trabajo de Lucion mientras el tecnomarine fijaba una solución de ceramita de reparación en los agujeros de la armadura.

El sacerdote acabó la letanía susurrando el nombre del primarca y se giró como si se hubiese dado cuenta por primera vez de la presencia de Rafen.

—Hermano —le dijo—. ¿Qué sabemos del enemigo?

Rafen se quedó sin palabras por un momento. Luego, extendió los brazos para señalar el silencioso campo de batalla que los rodeaba.

—Se ha ido —logró decir por fin.

Arkio sonrió, y sus perfectos dientes blancos relucieron en la cara cubierta de suciedad.

—¡Sabía que sería así! ¡Mi corazón lo sabía!

—No quedan más que los muertos y los moribundos…, y nosotros —comentó Alactus—. Hemos encontrado unos cuantos ilotas, pero hemos acabado con ellos sin más incidentes. Por lo que parece, nos han hecho el trabajo sucio, porque se han estado matando entre ellos.

Sachiel asintió.

—Me han llegado noticias desde la *Bellus*. El inquisidor Stele llegará a la órbita en cuestión de horas.

—¿Están vivos? ¡Alabado sea el Emperador!

—¡Alabado sea! —contestó Sachiel antes de continuar—. El camarada inquisidor me ha informado de que sus sensores de largo alcance han detectado al *Elegía Eterna* en rumbo de partida del sistema. ¡Les hemos dado una buena paliza a los hijos de Lorgar y los hemos hecho salir corriendo de vuelta al Ojo del Terror!

Rafen negó con la cabeza.

—Eso… no es posible. Los Portadores de la Palabra jamás se retiran. No se comportan así… —Apretó la mandíbula—. Quizá se trata de un truco, honorable sacerdote. Puede ser que hayan dejado Cybele sembrado de explosivos o hayan abandonado alguna clase de artefacto de acción retardada…

Sachiel frunció los labios.

—Rafen el Preparado, siempre dispuesto a encontrar un fallo, ¿verdad? —Dio un paso y se le acercó—. ¿Es que no puedes aceptar que quizá la fuerza de nuestras armas ha sido suficiente para hacerlos huir? ¿Es que tienes que despreciar nuestra victoria incluso cuando está recién lograda?

—¿Fuerza de las armas? —Rafen no pudo ocultar el tono de incredulidad de su voz—. Dígame, Sachiel, ¿es que ha librado algún otro combate esta noche distinto del que estábamos rodeados y superados en una proporción de cuatro a uno por los traidores? ¡Nos tenían en sus manos y nos han dejado vivir! ¿No se pregunta por qué?

El sacerdote sanguinario negó con la cabeza.

—No, no me lo pregunto, porque la fe ya me contesta esas preguntas. ¿Por qué vencimos? —Colocó una mano en el hombro de Arkio—. Conseguimos la victoria porque el espíritu del mismísimo Sanguinius está entre nosotros. —Le dio la espalda sin hacerle más caso y se dirigió al grupo de Ángeles Sangrientos—. ¡Escuchadme, guerreros de Baal, hijos de la sangre! ¡Hoy podemos mirar el amanecer con orgullo y honor mientras bebemos y recordamos a los caídos! —Se calló un momento mientras sacaba la réplica del Grial del saquillo que tenía en la cintura—. Por el credo vitae, Sanguinius nos observa y nos guía…

Arkio se había puesto en pie mientras Sachiel hablaba, y le dirigió una breve mirada de preocupación a su hermano antes de arrodillarse como los demás marines.

—El primarca camina entre nosotros —rezó sin dejar de mirar a Arkio—. Se manifiesta a través de nuestros actos.

Rafen miró a Arkio largamente. Era algo sutil y casi invisible, pero el marine vio que algo había cambiado en el comportamiento y el aspecto de su hermano. No era la confianza o la fuerza que le habían llegado con la madurez, sino una expresión desconocida en los ojos. Había cierta lejanía, una preocupación por alguna clase de conflicto interno que sólo podía intuir.

Más estelas de vapor provocadas por la caída de restos cruzaron el cielo. Los bordes se difuminaban en vaporosos contornos blancos.



Seis

El *Elegía Eterna* no hacía más que gemir. La tripulación esclava y los Portadores de la Palabra que iban a bordo sintieron los lamentos de la nave por todas las cubiertas. El humor del crucero era el reflejo del estado de las mentes que transportaba. Habían estado repletas de un salvajismo alegre en el viaje de ida a Cybele, pero en esos momentos exudaban desesperación y melancolía mientras dejaban atrás el planeta. La misión había sido un fracaso absoluto, y no había ni un solo marine traidor a bordo del *Elegía Eterna* que no sintiera vergüenza y una rabia impotente.

Había habido un momento en que la posibilidad de una rebelión había sido patente. Iskavan había reaparecido en el disco del aparato de teleportación y había apartado de una patada el cuerpo tembloroso de un marine de asalto que había quedado deformado en el proceso de teleportación. Luego, había dado la orden de retirarse con un tono de voz tan ominoso que no admitía discusión alguna. Los Portadores de la Palabra se habían quedado pasmados de que aquellas palabras salieran de su boca, y sólo el terrorífico aspecto de su rostro les había impedido enfrentarse a él.

Retirada. A la nave le ponía enferma que alguien diera esa orden estando a bordo de ella.

En las cubiertas inferiores, donde los corruptos llevaban a cabo las consagraciones impías de su equipo o rezaban en busca de la guía de los dioses siniestros, se había extendido la noticia de lo ocurrido en Cybele. La tripulación del *Elegía Eterna* había visto el fin del *Ogro* en primera fila, pero ninguno había creído que eso fuera a costarles la batalla. Algunos de los más atrevidos entre los que disentían se cuestionaban en voz alta si Iskavan no habría mentido sobre las órdenes que había recibido del señor de la guerra Garand. Expresaron la opinión de que el apóstol oscuro se había vuelto un cobarde y que había huido del combate. Esos marines ya habían muerto: los agentes de confianza de Tancred se habían asegurado de que cada uno de ellos fuera aislado y que muriera con el máximo de agonía. El torturador había mantenido dos con vida para aplacar a su señor. Había llevado a cabo unos cuantos intrincados ritos dolorosos para entretener a Iskavan, pero ni siquiera aquello lo había animado. El apóstol sólo había querido quedarse en sus aposentos y rumiar su ira.

Tancred había pensado en la posibilidad de huir en un par de ocasiones a lo largo de las horas anteriores, o en alguna otra clase de plan para evitarse el final que había visto en el ritual augural que había practicado en el planeta; pero cada idea que se le ocurría le parecía inútil frente a la inexorable certidumbre de que iba a ocurrir de todas maneras. Tal vez retrasara o evitara ese destino, pero Tancred sabía que la sangre derramada jamás le había mentido. No se trataba de que el torturador fuera un fatalista: simplemente se había dado cuenta de que no tenía adónde ir.

El crucero ya estaba más allá del campo de acción de la fuerza de gravedad del gigante de gas y se encontraba en el espacio intermedio entre la zona interior de órbita y el cinturón de asteroides del sistema. Al igual que todos los que iban a bordo, incluida la propia nave, Tancred se sentía vacío, como si vagara sin rumbo. Caminó por las cubiertas y de vez en cuando rozaba con los tentáculos los mamparos siseantes entre las vigas de hueso y canturreaba para tranquilizar a la nave. Como Iskavan, sentía aprecio por la nave, un aprecio que duraba ya varias décadas. Ambos portadores de la palabra habían sido simples guerreros en las primeras cruzadas negras, e Iskavan había acabado considerando que la suerte acompañaba siempre al crucero, por lo que cuando había ascendido al rango de apóstol, había pedido que fuera su nave insignia. Otros comandantes de hueste preferían naves más pesadas y de mayor tamaño, como los pecios de la clase Executor o incluso los enormes acorazados de la clase Despoiler; pero Iskavan escogió el ágil y veloz crucero. Tanto Tancred como él comprendían su estado de ánimo. Sentían cómo la voluntad de la nave se filtraba a través de los mamparos de las cubiertas y de los deflectores. Pero en un día como aquél, hasta los servidores ciegos, sordos e impedidos psíquicos que trabajaban en las sentinas sabían que el *Elegía Eterna* había perdido el ánimo.

El torturador se había dedicado a caminar sin rumbo fijo, por lo que se quedó un poco sorprendido cuando descubrió que había llegado hasta la balconada que daba a la zona de entrenamiento del sector de popa. Era un lugar en forma de diamante, donde las estrellas eran visibles a través de una claraboya de cristalcero en la que había talladas runas y largas líneas de texto que se movían como gusanos. Bajo ella, una figura solitaria combatía contra una decena de servidores de combate. Dos pistolas de plasma chillaban al rojo vivo al disparar contra los artefactos medio humanos. Reconoció en un instante el estilo de combate del apóstol: a Iskavan le gustaba mantenerse cerca de sus oponentes, incluso aunque utilizara armas de alcance medio. La rabia feroz de su señor convertía sus movimientos en un borrón frenético, que ni el guerrero más avezado lograría igualar. Las bobinas de disparo de la parte superior de las pistolas de plasma relucían con un resplandor blanco azulado por la sobrecarga de radiación y siseaban al disparar contra los desafortunados servidores con cada movimiento de Iskavan. Cuando sólo quedaron dos, el apóstol arrojó de repente a un lado las pistolas, aunque todavía tenían carga útil, y se abalanzó sobre

ellos. Se les echó encima antes de que los voluminosos artefactos pudiesen reaccionar. Agarró a cada uno con un guantelete cubierto de pinchos y, aplastándolos el uno contra el otro, les machacó la carne. Rugió mientras estrujaba los cuerpos y les unía los huesos, la piel y los órganos. Una masa indistinguible cubría los guanteletes.

Iskavan dio un paso atrás y escupió. El combate de prácticas más que calmarlo lo había irritado.

—Tancred —dijo con un gruñido—. Sé que estás ahí arriba. Baja.

El torturador obedeció la orden. A cada peldaño que bajaba aumentaba el miedo que sentía. Si el apóstol iba a acabar con su vida por fallarle en Cybele, sería en ese momento y en ese lugar.

Vio mientras se acercaba que Iskavan estaba en cuclillas al lado de uno de los servidores de combate y rebuscaba en su cuerpo. El comandante de los Portadores de la Palabra sacó algo grueso y gris de allí y se lo llevó a la boca. Lo masticó con una mirada vidriosa en los ojos oscuros. El servidor seguía gimiendo débilmente, manteniendo apenas aquella imitación de vida.

—Mi victoria sigue en ese planeta —le dijo en voz baja—. La habría tenido si me hubiera quedado. —Iskavan se giró para mirar a Tancred—. ¿No es así?

El torturador asintió.

—Es como vos decís, apóstol.

Iskavan se puso en pie y señaló al servidor de combate que tenía a los pies.

—Hazme un favor, Tancred. Realiza de nuevo la predicción. Aquí, ahora. Con esto.

La petición lo sorprendió y lo dejó sin palabras durante un largo instante.

—Mi señor… Eso sería… inapropiado.

Tancred se esforzó por buscar una excusa.

—¿Inapropiado? —La voz del apóstol resonó llena de amenaza—. No pongas a prueba la poca paciencia que me queda, viejo amigo.

El torturador se arrodilló, resignado, al lado del servidor y comenzó a trazar los signos sagrados sobre la carne, al mismo tiempo que desenvainaba el cuchillo vibratorio que llevaba en la funda de la cadera.

—Es posible que la lectura no sea exacta —dijo con la boca seca—. El cuerpo no ha sido preparado del modo apropiado.

—Hazlo ya —le ordenó Iskavan con un gruñido.

Tancred pronunció una palabra de poder antes de destripar al servidor y esparcir las entrañas sobre la superficie arañada de metal del lugar de entrenamiento. Vio de forma casi inmediata los mismos augurios que ya había contemplado en el campo de Cybele, pero eran más apremiantes. La luz y la sombra le gritaban una advertencia. La muerte estaba muy cerca. Era posible que incluso se encontrara en esa misma estancia.

—¿Qué ves?

Iskavan le hablaba pegado al oído, y el aliento era caliente y cargado del hedor de la carne de cadáver.

—Veo muerte —logró contestar Tancred al cabo de un momento—. Muerte, muerte y muerte.

—¿La de los Ángeles Sangrientos? ¿Sí? —exigió saber Iskavan acercándose más todavía.

«No. La tuya y la mía».

—No estoy seguro…

Una fuerte patada lanzó por los aires a Tancred y lo hizo caer sobre los restos carbonizados de otro cadáver.

—¡Pues procura estarlo! —le rugió Iskavan con los ojos llameantes de furia—. ¡Porque si no, no me sirves de nada!

Una silueta centellante apareció en la superficie de la gran claraboya cubierta de escritura y Tancred se distrajo de forma momentánea.

—¡Contéstame! —le gritó Iskavan.

—¡Mi señor oscuro!, a vuestra espalda…

El apóstol dio media vuelta al mismo tiempo que una sensación fría y densa penetraba en la zona de entrenamiento. Las palabras que había en el cristal se estremecieron y fluyeron hasta formar un rostro carnoso recortado con un tejido infernal.

—*Iskavan, y tú, pequeño embaucador, escuchadme*.

El señor de Tancred se arrodilló sobre una pierna de un modo inmediato.

—Mi señor de la guerra, esperaba que os comunicaseis conmigo mediante mi astrópata…

El rostro a medio esbozar en el cristal de Garand se convirtió en una máscara de muerte con una sonrisa malvada.

—*Ésta forma de comunicación me divierte. Es mucho más imponente que una simple manifestación en un ser poseído, ¿verdad?*

—Como deseéis —contestó Iskavan—. Entrego mi cuerpo y mi alma al Caos, mi señor. ¿Qué ordenáis que hagamos?

Se oyó una carcajada hueca debido a la distancia que recorrió por el Immaterium.

—*Se puede sentir tu furia desde aquí, Iskavan. Apenas contienes la ira por la indignidad que te he forzado a realizar*.

El autocontrol de Iskavan saltó por los aires, como si las palabras del señor del Caos le hubieran dado permiso para ello.

—¡Sí, por la sangre, sí! ¡Todas las almas malvadas de esta nave sienten rabia ante este insulto contra nuestra doctrina de combate! Mi señor, os pido que me expliquéis con qué motivo nos habéis hecho faltar a las enseñanzas de Lorgar.

El siniestro humor de la silueta desapareció en un instante.

—*¡Insecto! ¿Te atreves a cuestionarme, a intentar descubrir las intenciones de mis planes? ¡Tienes una mente adecuada para dirigir y dar órdenes, no la inteligencia de los bendecidos por el Caos!* —El rostro de Garand se cernió sobre ellos. El cristalcero se abombó y deformó con la fuerza de cada palabra—. *Iskavan, no intentes comprender todo el alcance de mis propósitos. Existe un plan mucho mayor, y tú no eres más que una pequeña parte de él. Apóstol, no eres más que una herramienta, tú y tu hueste. Da gracias de que te permito tener mente propia, a menos que desees convertirte en un simple depositario de mi voluntad*…

Tancred pensó por un momento que Iskavan explotaría por fin y que insultaría sin freno a su superior, pero en vez de eso, el señor de la novena hueste cerró los ojos.

—Se hará como decís, mi señor, pero os lo pregunto de nuevo, ¿qué ordenáis que hagamos?

La voz del señor de la guerra comenzó a perder fuerza, como si la conversación ya no le interesara.

—*Regresa a nuestra base de Shenlong. Allí te esperan refuerzos. Toma el mando de la fortaleza Ikari de la capital y resiste en ese puesto*.

—¿Qué ocurre con los humanos que no matamos en Cybele?

La sombra de una sonrisa siniestra se dibujó en el cristal antes de borrarse del todo.

—*Los Ángeles Sangrientos irán en tu búsqueda, Iskavan. De eso, puedes estar seguro*.



El transporte se posó sobre varias columnas de fuego blanco. Los retrocohetes dispersaron la leve capa de humo que cubría la zona de aterrizaje principal del espaciopuerto. Sachiel ordenó que los marines se colocaran en posición de firmes cuando la rampa de salida comenzó a bajar. Tres cibercráneos salieron al aire libre con los impulsores que anulaban la gravedad zumbando a toda potencia.

El inquisidor fue el primero en desembarcar; avanzó sin temor a la cabeza de la guardia de honor de cascos dorados que lo acompañaba. Stele llevaba puestas ropas de combate. Había dejado atrás la capa formal que vestía en el primer aterrizaje, y la segunda vez había elegido algo más práctico. Observó de un modo muy evidente el estado en que se encontraba el espaciopuerto en ruinas. Con una mano tenía agarrado el símbolo sagrado de su orden, que colgaba de un collar, y la otra la tenía sobre la empuñadura de una pistola láser hecha a medida y muy decorada. Asintió al mismo tiempo que en el rostro le apareció una sonrisa.

—Ángeles Sangrientos, habéis cumplido la voluntad del Emperador.

—Como es nuestro deber —contestó Sachiel—. Camarada inquisidor, ¿en qué

estado se encuentra la *Bellus*? Temimos que hubierais caído ante el enemigo.

Stele les hizo un gesto a un grupo de servidores que esperaban a bordo del transporte personal, y éstos bajaron con su peculiar paso titubeante y sosteniendo en los brazos los contenedores de carga.

—El hermano capitán Ideon es un oficial magnífico, pero ni siquiera su gran capacidad ha impedido que sufriera algunos daños. La nave tardará algún tiempo en volver a estar en un estado operativo completo. —Sonrió un poco—. Destruimos dos naves del archienemigo y obligamos a otra a retirarse. —Stele le palmeó un hombro —. Pero vos, sacerdote, vuestras acciones han sido propias de un héroe. La destrucción de un crucero de combate desde la superficie es algo magnífico.

El ángel sangriento le hizo una reverencia.

—No soy yo quien debe recibir los elogios, mi señor. Fue uno de mis hombres quien concibió el plan para acabar con la nave del Caos. —Señaló a Arkio—. Feroz, atrevido y decidido, como son los mejores entre nosotros.

Stele aceptó la indicación.

—El hermano Arkio, ¿no es cierto? Sí, le recuerdo. He observado sus acciones de combate. Le espera un brillante porvenir. —Miró de soslayo a Rafen, que estaba cerca de ellos—. ¿Y quién es él?

—El hermano Rafen, para servir al inquisidor —contestó—. Pertenece a la compañía del fallecido capitán Simeon.

—¡Ah!, un miembro de las tropas del sargento Koris. —Se giró para mirar de frente a Rafen con sus ojos de color gris pizarra. Lo examinó como si estuviera buscando un fallo en una piedra preciosa—. Veo ciertas similitudes entre el valiente hermano Arkio y tú. ¿Sois hermanos de nacimiento?

—Compartimos los mismos padres en Baal Secundus, señor.

Stele asintió.

—Una rareza. Es muy poco común que dos hermanos de la misma generación sean apropiados para el reclutamiento en los Adeptus Astartes. Estoy seguro de que nadie aquí entiende como vosotros dos la fuerza de la sangre.

El comentario quedó en el aire por un momento. Rafen entrecerró los ojos: no estaba muy seguro de lo que había querido decir el inquisidor.

—Todos nosotros somos hermanos bajo las alas de Sanguinius —dijo tras una pausa, repitiendo las mismas palabras que Sachiel le había dicho el día anterior.

Stele pareció quedarse contento con la respuesta y volvió a centrar la atención en el sacerdote sanguinario mientras los servidores continuaban descargando la nave.

—He traído suministros de la *Bellus* y narthecium s para los heridos. ¿Habéis asegurado la zona del espaciopuerto, Sachiel?

—Si quiere decirlo así —contestó el sacerdote dejando traslucir por primera vez el cansancio que sentía—. Nuestro contraataque provocó la confusión entre sus filas,

hasta tal punto que abandonaron el campo de batalla. El hermano Lucion detectó las emisiones de energía de una serie de teleportaciones múltiples poco después del amanecer. Si, tal como usted dice, la nave superviviente de los Portadores de la Palabra ha abandonado la órbita del planeta, yo diría que los hemos derrotado de forma absoluta.

Rafen no pudo evitar un movimiento del músculo de la mejilla, pero se quedó callado. Stele lo miró.

—¿Tienes algo que añadir, hermano Rafen?

Sachiel miró fijamente al ángel sangriento mientras éste contestaba.

—Inquisidor, esa clase de comportamiento es muy poco común entre los Portadores de la Palabra. Deberíamos recelar de una victoria que hemos conseguido con tanta facilidad.

Stele miró a su alrededor, a los montones de cadáveres.

—Esto no es lo que yo llamaría una escaramuza de fácil victoria, Rafen…, pero comprendo tu punto de vista. Sería poco inteligente… —El inquisidor se calló.

Un lexmecánico que estaba en la rampa se quedó completamente quieto.

Sachiel frunció el entrecejo en un gesto de preocupación.

—¿Camarada inquisidor? ¿Ocurre algo?

—Prestad atención a las palabras de Rafen —contestó Stele—. Siento cerca de aquí la presencia del archienemigo.



El Land Raider había quedado destrozado en la primera oleada de los bombardeos de los Portadores de la Palabra. Al igual que le había ocurrido a Simeon y sus hombres, pillados por sorpresa en la distante Necropolita, las demás barreras de rayos láser y potentes proyectiles habían despedazado las unidades de Ángeles Sangrientos destinadas a defender el espacio-puerto. La tripulación del vehículo había sido una de ellas. Mientras machacaba la superficie de la carretera en un intento por escapar de la destrucción, el aire ionizado del borde de la onda expansiva lo había aplastado. La mitad delantera había quedado arrancada por una tormenta de gas con la fuerza de una erupción volcánica. El resto había acabado dando vueltas, hasta detenerse en el ferrocemento, al rojo vivo y humeando. Lo que quedaba del vehículo se había ido enfriando y contrayendo a lo largo del ciclo nocturno de Cybele, lo que había provocado que el metal chasqueara y crujiera. Tanto los Portadores de la Palabra como los Ángeles Sangrientos lo habían utilizado como cobijo durante los combates, pero en esos momentos yacía solo y olvidado bajo la sombra provocada por las columnas de humo. Estaba a menos de seiscientos metros de donde había aterrizado la nave del inquisidor.

En el interior desgarrado del Land Raider había muchos muertos y trozos de otros

muchos más. Era una amalgama roja de ceramita retorcida y plastiacero doblado. La masa de cadáveres estaba tan desfigurada que habría sido difícil distinguir al camarada del enemigo a primera vista. Sin embargo, entre la pila de carne ya fría había algo que todavía estaba vivo, aunque la vida se le escapaba por un puñado de heridas lívidas que tenía en el torso.

A Noro la respiración se le atascaba en la garganta. Intentaba no moverse con cada inspiración y espiración jadeante. La flexión de cualquier músculo le producía oleadas de dolor en el vientre, donde albergaba el peso frío y muerto de una decena de proyectiles de bólter. Noro había recibido una ráfaga a corta distancia durante el tiroteo en el asalto a la batería de defensa. En realidad, debería haber muerto, pero su tremenda mala suerte y la capa de grasa que tenía en su corrompido cuerpo habían impedido que la muerte se lo llevara con facilidad. Y de ese modo, con una tremenda agonía en el interior, Noro había recuperado por fin la conciencia y había salido arrastrándose del búnker.

Nadie lo había visto avanzar metro a metro por el suelo. Por encima de él habían resonado y pasado los cañonazos mientras impulsaba el maltrecho cuerpo de escondrijo en escondrijo. La mente de Noro había llegado con pasos lentos y fatigosos hasta el punto de plantearse qué iba a hacer a continuación. El portador de la palabra no había encontrado suministros médicos, ni siquiera un ilota con algunos conocimientos rutinarios de cirugía de combate. Con cada hora que pasaba se había ido enfureciendo más y más, y se había negado a entrar en coma por pura fuerza de odio. Cuando llegó al Land Raider, dejando atrás un reguero de sangre, encontró un bólter intacto y con el cargador lleno, todavía en las manos amputadas de un ángel sangriento. Noro se apoderó del arma y se escondió en el interior del vehículo destrozado. Esperó mientras soportaba en silencio el dolor.

Stele cerró los ojos, y el aire pareció espesarse y tornarse gris. Un momento después los abrió y la sensación desapareció.

—¡Allí! —exclamó antes de echarse hacia la derecha.

Rafen vio el disparo del bólter antes de oírlo. El proyectil cruzó el aire en el punto donde el inquisidor se encontraba un momento antes y se hundió en el pecho de un desgraciado servidor que se hallaba detrás de él. Estaba a punto de darse la vuelta cuando le llegó al oído el chasquido de otro disparo, lo que le hizo alzar el arma.

—¡El Land Raider!

El ángel sangriento disparó una ráfaga contra el vehículo destrozado, a lo que le contestó otra ráfaga. Los proyectiles pasaron muy altos y lejos de él.

Stele apareció de la nada y le obligó a bajar el arma.

—No, nada de matarlo. Lo quiero vivo.

El inquisidor, completamente erguido, se ofreció como objetivo y abrió los brazos de par en par.

—¡Mi señor, poneos a cubierto! —le gritó Sachiel.

Arkio ya se dirigía hacia el vehículo con Alactus pegado a él. Rafen, entretanto, vio el reflejo de la luz en la mira telescópica del arma mientras corregía la puntería.

Stele miró directamente a la lente del sistema de puntería, y Rafen sintió de nuevo aquel espesamiento particular del aire. Era como estar en el exterior de una tormenta, que se canalizaba a lo largo de la línea de visión del inquisidor. El ángel sangriento notó que se le encogía el estómago ante la presencia de las emanaciones de un psíquico.



Noro ni siquiera podía parpadear. Los músculos del ojo se habían quedado inmóviles como piedras, y la gelatina óptica del globo ocular retemblaba de forma impotente. Tampoco podía, por mucho que lo intentara, flexionar el dedo del gatillo. El portador de la palabra estaba inmovilizado, incapaz de hacer nada aparte de mirar a la cara del humano calvo que estaba al otro lado de la mira telescópica. El individuo no se movió, aunque pareció crecer hasta ocupar toda la capacidad de percepción del marine traidor. No habló en ningún momento, pero le impuso su voluntad hasta el punto de ahogar cualquier pensamiento. Noro hubiera huido o hubiera luchado, pero lo que más deseaba hacer era gritar, chillar y morir por fin, dejar que las heridas acabasen con su vida de una vez.

Stele le contestó mientras se le ocurría aquello.

—Tus súplicas no tendrán respuesta, corrupto.

Noro intentó maldecirlo, pero lo rodearon siluetas protegidas por armaduras rojas que le quitaron el arma y lo sacaron a rastras.



Rafen contempló cómo Arkio y Alactus arrastraban al portador de la palabra herido para sacarlo del vehículo destruido. Por un momento, pensó que el traidor había muerto, porque no se movía y estaba rígido.

—Un superviviente. Quizá haya otros.

—Quizá —meditó Stele—. En cualquier caso, éste nos servirá. —Asintió en dirección a su lexmecánico—. Localiza un lugar seguro y levanta un crucifijo provisional. Comunícale al capitán Ideon que retrasaré el regreso a la *Bellus*. —El inquisidor miró a Rafen y a Sachiel—. Vuestra experiencia en situaciones tácticas puede serme muy útil. Quiero que vengáis… Puede ser que necesite que me ayudéis a acelerar la investigación.

—¿La investigación? —preguntó Rafen.

Stele asintió.

—Hemos tenido una fortuna inesperada, hermano Rafen. Dentro de poco regresaremos a la *Bellus* y celebraremos de un modo formal la victoria, pero ahora mismo debo interrogar a esta monstruosidad.

Se alejó en pos del lexmecánico sin decir nada más. Los cibercráneos se apresuraron a seguirlo.

Sachiel miró fijamente a Rafen.

—Que uno de los servidores traiga un estuche de instrumentos de cirugía —le dijo—. El inquisidor necesitará ayuda.



Cuando todo acabó, Rafen se sintió sucio. No albergaba piedad alguna por el portador de la palabra, ninguna en absoluto por una bestia perversa como aquélla. Después de todo, conocía de sobra lo que implicaban sus actos desde el momento en que su capítulo se había unido a la Herejía de Horus. Sin embargo, le parecía que los residuos de la abrasadora brujería mental de Stele se le habían quedado pegados al cuerpo. Rafen ignoraba por completo los métodos de la Inquisición, por lo que se esperaba que Stele acosaría al traidor con cuchillas y tenazas, pero la técnica había sido más inquietante que directa. El lexmecánico le indicó a un tecnomarine que levantará un extractor a partir de las piezas de un cargador de energía. Una vez el crucifijo en forma de X quedó erigido en uno de los hangares quemados, Stele puso manos a la obra.

Arkio y Alactus despojaron al marine traidor de todo el equipo de combate y lo quemaron con descargas de plasma. A diferencia de las armaduras de ceramita endurecida de los Ángeles Sangrientos, la del portador de la palabra era una curiosa amalgama de metal y carne gomosa y endurecida. Sangró de forma abundante cuando tuvieron que hacerle cortes para quitársela, incluso arrancaron fibras nerviosas y venas, que tiraron al suelo de piedra. Cuando lo quemaron todo, aquello chilló y se convirtió en cenizas.

El cuerpo desnudo del enemigo corrupto era un destrozo de cicatrices y de heridas abiertas. Stele escogió unas cuantas al azar y en ellas colocó finas agujas trepanadoras o tijeras despellejadoras. Aquello sólo fue el comienzo. El inquisidor se aseguró de que el traidor no muriese y empezó una conversación en susurros. De vez en cuando, el soldado enemigo gritaba o los maldecía a todos en voz alta mientras se estremecía con fuerza. Rafen se esforzó por escuchar, pero no pudo distinguir las palabras que pronunciaba el inquisidor. Sólo estaba a unos metros, pero era como si Stele estuviera al otro lado del planeta.

Hubo un momento en que señaló a Arkio para que el portador de la palabra

supiera de quién estaba hablando. Una leve sonrisa apareció en los labios de Stele y el traidor empezó a gemir. Lentamente, el marine del Caos se fue hundiendo más y más, hasta que en aquel ambiente cargado de olor a ozono y a desechos humanos cedió por completo y se convirtió en poco más que un saco de carne.

El inquisidor se separó del traidor, y Rafen vio que se lamía los labios como alguien que hubiera acabado un festín especialmente sabroso.

—Shenlong. Ése es el mundo de donde partieron para atacarnos.

Sachiel se giró con el rostro pálido hacia Rafen.

—Tu compañía está más familiarizada con este sector que la tripulación de la *Bellus*. ¿Qué sabes de ese planeta?

Rafen no pudo ocultar el sentimiento de inquietud que le invadía por lo que había visto. Rafen pensó un momento antes de contestar.

—Es un mundo forja, gran sacerdote. Hasta hace muy poco, uno de los nuestros.

Stele alzó una ceja.

—Explícate.

—Shenlong es…, era uno de los planetas manufactoría de munición del Segmentum Ultima. El mundo quedó aislado por una tormenta de disformidad hace unos cuantos meses, y el archienemigo aprovechó la turbulencia para invadir el planeta. Shenlong y todos los humanos que lo habitaban han sido declarados perdidos por la luz del Emperador.

—¿Ah, sí? —comentó Stele con voz ausente mientras tamborileaba con los dedos en los labios—. ¿Dónde está ese lugar condenado?

—Hacia el núcleo galáctico, más o menos a una semana de viaje por el empíreo.

El inquisidor absorbió la información con un leve gesto de asentimiento, y luego se giró hacia Sachiel.

—Sacerdote, reúne a los hombres y preparaos para ser transportados a la *Bellus*. Debo repasar la información que le he sacado a este individuo.

—Mi señor —le indicó Rafen—, si está pensando en que nos vayamos de Cybele, debe saber que nuestras órdenes proceden directamente del comandante Dante en persona. Debemos permanecer en este puesto hasta que vengan a relevamos…

Stele lo calló con un gesto.

—Ya veremos qué órdenes se dan, Rafen. Ya veremos.

El lexmecánico habló por primera vez. Las palabras siseaban y chirriaban.

—Amo Stele, el espécimen todavía vive. ¿Acabo con él?

—No —le contestó el inquisidor por encima del hombro mientras se alejaba—. Mantened al traidor con vida de momento. Llevadlo a la nave. Es posible que su disección nos proporcione más datos de interés.



Cuando llegó la noche, Cybele sólo albergaba muertos. Las Thunderhawks y las naves de transporte de la *Bellus* bajaron y subieron entre la astronave y la superficie, y la barcaza de combate cargó con todos los marines que quedaban y con el material que tuviera alguna posibilidad de ser reparado. Los tecnomarines se encargaron de dirigir a cientos de servidores para reparar los motores de disformidad de la nave mientras los apotecarios atendían las jarras de fluido amniótico que tenían en la enfermería. Cada envase contenía las glándulas progenoides recogidas de los Ángeles Sangrientos que habían muerto en los combates del planeta. Bancos enteros de unos órganos esferoides flotaban en los líquidos verdosos sustentadores de vida, y cada uno encerraba un valioso almacén de material genético.

Aquellos sencillos sacos de carne en forma de huevo eran los objetos más importantes y delicados que había a bordo de la nave. Eran más valiosos incluso que el artefacto sagrado que había sido el objetivo de la misión de la *Bellus*. Sin la semilla genética que se encontraba en el interior de las glándulas progenoides, el futuro del capítulo era incierto. Cada una de ellas estaba repleta de la materia prima que conformaba a los Ángeles Sangrientos, zigotos preparados que podrían sacarse e implantarse en una nueva generación de reclutas novicios en la Sala de los Sarcófagos de la fortaleza-monasterio de Baal. Mediante esos elaborados enmarañamientos de complejidad genética, los muertos daban vida a más Adeptus Astartes, y de ese modo comenzaba otra vez el ciclo de muerte y renacimiento.

Rafen contempló el trabajo de sus hermanos apotecarios a través de las paredes de cristal del medicae sanctum. Se perdió en aquel baile de precisión que eran sus actos. Rafen era un marine táctico desde el mismo comienzo de su vida entre los Ángeles Sangrientos, pero siempre había admirado el trabajo de los hombres que servían al capítulo como cirujanos de campaña y biólogos. Semejantes habilidades relacionadas con el funcionamiento del cuerpo estaban más allá de su comprensión.

—Rafen.

La voz sonó enronquecida por el agotamiento. Se giró para mirar a su mentor.

—Hermano sargento.

—Te marchaste pronto de la comida. Me has sorprendido —le dijo Koris—. La mayoría de nosotros teníamos tanta hambre como para acabar con un buey de las arenas.

—Ya había tenido bastante —contestó, quizá con demasiada rapidez.

Los vasallos de cocina de la *Bellus* habían preparado una amplia variedad de carne y estofados ricos en proteínas para los supervivientes de la batalla por Cybele, pero Rafen no tenía apetito. Había comido unas cuantas tiras de carne curada de escorpión de fuego, pero el sabor de la comida natal de su planeta no le había hecho sentirse mejor.

Koris se lo quedó mirando.

—Ha sido un destino bastante agotador —comentó, quedándose como siempre corto en la apreciación—. Además de algo complicado. No pensé que saliéramos con vida de ese mundo cementerio.

—Yo tampoco —contestó Rafen, mostrándose de acuerdo—. Pero quizá Sachiel tenía razón. El primarca nos protege.

El sargento soltó una carcajada bronca pero sin humor.

—Nuestro señor primarca tiene mejores cosas que hacer que tener vigilados a los marines espaciales. Somos el borde afilado de su espada, nada más. Servimos y morimos, y ésa es nuestra única gloria.

Rafen puso una mano en el cristal de separación.

—Espero que haya sido gloria más que suficiente para ellos —añadió antes de inclinar la cabeza hacia las vasijas con glándulas progenoides.

—Sí, si alguna vez regresamos a Baal… —dijo Koris, apartando la vista.

El marine miró con intención al veterano.

—Anciano, no me sueltes comentarios crípticos como ésos como si fueras alguna clase de vidente. Háblame con claridad, mentor. Nos conocemos lo bastante bien para eso al menos.

Koris asintió con firmeza.

—Sí, es cierto. —Bajó la voz—. Según se cree, la *Bellus* se dispone a regresar a nuestro planeta para devolver la lanza…, pero he oído rumores de que Stele no piensa hacerlo.

—¿Llevamos a bordo menos de un día y ya sabes eso?

—Chaval, no es asunto tuyo cómo consigo la información. Si vives tanto tiempo como yo, a lo mejor le pillas el truco —le contestó Koris con una sonrisa—. Hazme caso: el inquisidor quiere que la *Bellus* tome un nuevo rumbo.

Rafen lo negó con la cabeza.

—Eso no puede pasar. Las órdenes del capitán Simeon eran mantener una guarnición en Cybele, y si Stele toma una decisión, será la de mantener un destacamento ahí. —Señaló a los contenedores de zigotos—. Los muertos que llevamos con nosotros demuestran que el planeta es valioso para los traidores… No puede abandonarlo por las buenas.

Koris le contestó con una leve irritación en la voz.

—Chico, ¿cómo puedes estar tan ciego pese a lo que está ocurriendo delante de tus mismas narices? No importan todas las deudas de honor que Stele tenga con el capítulo. En el fondo, ¿qué es él? ¡Un servidor de la Ordo Hereticus, no un ángel sangriento! Buscará el modo de conseguir la gloria, ¡cómo todos los de su clase!

—Sargento, muchos verían indicios de herejía en esas palabras.

—Pues que se los lleve la disformidad —contestó el veterano con un bufido—. No tengo tiempo para atender las opiniones de personas semejantes. ¿Es que no lo

ves, Rafen? El combate en Cybele ha despertado las ansias de lucha de nuestros hermanos, y Stele sólo necesita aprovecharse de eso si quiere utilizarlo en beneficio propio.

—¿Cómo podría hacerlo? —Rafen hizo ademán de marcharse y dejar allí al veterano marine, pero Koris lo agarró con fuerza del brazo—. Hermano sargento…

—Algunos de los hombres ya han empezado a hablar de Arkio —le dijo Koris con un murmullo siniestro—. Su valentía al enfrentarse al demonio, el plan que acabó con el *Ogro*… Le conceden todo el mérito de la victoria.

—Es normal —contestó, pero de un modo dubitativo—. Mi hermano demostró un coraje poco común.

—Poco común, así es. Hasta el punto de que algunos consideran que Sanguinius lo ha bendecido.

—A lo mejor es cierto.

Ni al propio Rafen le gustó esa respuesta.

—¿Y quién saldría ganando aprovechándose de algo así? Piénsalo.

Rafen se libró del agarrón del veterano de un fuerte tirón del brazo.

—Koris, siempre has sido mi maestro, pero permites que esa desconfianza por todo te ciegue.

El sargento aceptó el comentario con un leve gesto de asentimiento.

—Es posible, Rafen, pero si dejas de cuestionarte lo que otros individuos aceptan por pura fe, entonces serás tú el ciego.

Dicho aquello, el ángel sangriento veterano se marchó, y su pupilo se quedó pensando en lo que le había dicho.



SIETE

La cámara principal de la *Bellus* dejaba pequeñas las catedrales de algunos mundos colonizados. Era un claustro para gigantes. Las enormes columnas, más bien torres se alzaban hasta el techo abovedado, repleto de arcos y contrafuertes. En el extremo más alejado, más allá de las apretadas filas de marines que rezaban, una enorme lente circular de vidrio coloreado y metales repujados dominaba la pared que se encontraba a proa de la barcaza de combate. Era una imagen de lord Sanguinius en su aspecto más feroz. El resplandor dorado como el sol de la sagrada armadura estaba manchado por el rojo de la sangre de sus enemigos y tenía la cabeza levantada hacia el cielo, como en un rugido de victoria. Cuando el hermano Rafen entró en la enorme estancia, lo primero que le llamó la atención fue la boca abierta del primarca y los relucientes colmillos blancos que albergaba. Se percató de que él tenía los mismos dientes afilados en su propia boca. Al igual que el perfil noble y bello que compartía con sus hermanos, aquello no era más que otro aspecto del linaje genético que los relacionaba con la figura de apariencia divina que había en el cristal.

Rafen jamás había estado a bordo de la *Bellus*, por lo que la majestuosidad de la cámara era algo nuevo para él. Mientras caminaba entre las solemnes filas de hermanos de batalla le costó trabajo no quedarse extasiado con los centenares de obras de arte devocional y estelas de piedra con caligrafía que había en las paredes. Había capítulos enteros del *Libro de Lemartes* y páginas de los testamentos de los señores de Baal, todos tallados en obsidiana, que relucía como la oscura sangre arterial.

A pesar de ello, los ojos se le iban de un modo constante hacia la vidriera. Cuanto más cerca estaba del altar situado en la cabecera de la estancia, más detalles parecía tener la imagen. Vio la difusa figura del Emperador arriba y a la derecha de Sanguinius. Lo miraba con tranquilo orgullo. Alrededor de los bordes del disco ovalado había versiones de distintos momentos de la vida del ángel bendito: cuando era un niño, caído sobre la superficie de Baal; un chico que mataba a un escorpión de fuego con sus propias manos; volando por el cielo con sus alas angelicales y con los ojos en llamas, y enfrentado en combate singular contra el architraidor, Horus, momentos antes de su muerte. Rafen se sintió transportado por aquella visión, como si estuviera de nuevo en su hogar de Baal Secundus. Toda la confusión y la emoción

de los días anteriores desaparecieron… Pero un momento después divisó la enorme silueta del gigante de gas que estaba al otro lado de la vidriera y el bienestar se esfumó.

Llegaron al lugar de honor, cerca del altar, y tanto Rafen como los demás supervivientes de la batalla de Cybele se inclinaron sobre una rodilla al mismo tiempo. El fuerte olor a incienso de sacrificio que desprendían los quemadores flotantes llegó hasta ellos.

La voz de Sachiel era una oleada de sonidos en el silencio de la estancia, gracias a los captadores de audio que llevaba en la armadura y que retransmitían las palabras a los altoparlantes ocultos en las columnas situadas a lo largo del lugar.

—Sí, por el Emperador y por Sanguinius, luchamos y servimos.

Todos los marines espaciales de la sala repitieron la frase. Las paredes se estremecieron con el coro.

Rafen vio con el rabillo del ojo a Arkio, que estaba rezando una letanía, y más allá a Lucion, a Turcio y a Corvus. El tecnomarine tenía una mano colocada sobre el símbolo del engranaje y del cráneo de los Adeptus Mechanicus que llevaba en el pecho. Corvus se acariciaba con gesto ausente la herida que le había infligido la bestia demoníaca. Turcio estaba inmóvil, con los ojos cerrados con fuerza.

El gran sacerdote sanguinario subió una escalera de madera en espiral hasta llegar al amplio púlpito. Una vez allí se inclinó sobre un parpadeante hololito del hermano capitán Ideon. Al principio, era tradición que el comandante de la nave estuviera presente durante aquella ceremonia, pero la guerra había evolucionado a lo largo de los milenios, hasta el punto de que los capitanes formaban parte física del puente de mando, por lo que nos les era posible trasladarse. Ideon no estaba presente en carne y hueso, pero sí en espíritu. Estaba solo en el puente de mando, con todos los sentidos conectados al espíritu máquina de la *Bellus*. Observaría la ceremonia con los ojos y los oídos de los innumerables monitores instalados por toda la gran sala.

Rafen alzó la cabeza con lentitud y notó por primera vez la presencia del inquisidor Stele en las sombras de la plataforma. Observaba a Sachiel con la misma atención que el Emperador observaba a Sanguinius en la imagen de la vidriera.

Sachiel se colocó detrás del atril y puso las manos en la gota de sangre alada que lo remataba.

—Hoy damos gracias a nuestro señor y al Señor de la Humanidad por la gloria de la batalla. Juramos entregar nuestras vidas y nuestra sangre a Sanguinius, nuestra fe y nuestro honor hasta la muerte.

—Hasta la muerte —repitió el coro.

El sacerdote inclinó la cabeza en un gesto piadoso.

—Veneramos a los hermanos que cayeron en Cybele. Algunos de ellos eran guerreros orgullosos que habían jurado cumplir la misión de la *Bellus*. Por desgracia,

jamás la verán finalizada. —Abrió un gran libro con las tapas fabricadas con el pellejo color pardo de un tiburón de arena de Baal y recorrió una hilera de nombres recién escritos con sangre—. Ahora diremos sus nombres y entregaremos sus vidas al recuerdo del sepulcro de los héroes. Conoced su sacrificio y honradlo.

Rafen oyó un levísimo suspiro a su espalda. Era Koris, allí arrodillado. Rafen se preguntó por cuántas ceremonias parecidas a aquélla había tenido que pasar el veterano. Estaba seguro de que eran demasiadas.

Sachiel empezó a leer la lista de los nombres de los muertos.

—Hermano capitán Simeon. Hermano sargento Israfel. Hermano Bennek. Hermano Hirundus. Hermano Veho…

Los Ángeles Sangrientos hacían un gesto de saludo al oír cada nombre: se tocaban con el puño el lugar del pecho donde se encontraba el corazón primario y el secundario. Eran miles de dedos golpeando al unísono las placas pectorales, lo que quería indicar que los muertos vivirían en los corazones de sus hermanos.

Después de la lista de nombres, de hazañas y de honores, la letanía del sacerdote acabó, y Sachiel cerró el libro con un gesto sombrío. El marine espacial recordó mientras lo miraba lo que había pensado cuando estaba en uno de los cementerios del planeta. Se preguntó cuándo leerían su nombre en voz alta ante una reunión semejante. Procuró hacer a un lado aquel pensamiento en el preciso instante en que se oyó una nueva voz que perturbó el silencio de la estancia.

—Hermano camarada Sachiel, quiero dirigirme a estos valientes guerreros.

Stele surgió de las sombras y contempló a los hombres allí reunidos. La luz de la lámpara se reflejó en el intrincado bordado que llevaba grabado en la capa. El complejo diseño de palabras encadenadas era similar al del tejido de la tienda que Rafen había visto en Cybele. Sin duda, se trataba de alguna clase de protección psiónica o algo arcano similar para defenderse de los brujos enemigos.

Sachiel se inclinó levemente ante el inquisidor y le permitió colocarse en el púlpito.

—Ángeles Sangrientos, escuchadme —dijo con voz potente y profunda—. Habéis de saber que el Señor de la Humanidad ha actuado por medio de nosotros en esta feroz batalla contra el archienemigo. Ha sido por su voluntad por lo que los tripulantes de la *Bellus* captamos la llamada de auxilio de la *Celaeno* y llegamos a Cybele. Ha sido por su voluntad que hemos logrado expulsar a las hordas de los odiados Portadores de la Palabra, tanto en el planeta como en el espacio. Ante sus ojos y los del guerrero en quien más confiaba, Sanguinius, estamos bendecidos. —En su rostro apareció una expresión pesarosa—. Puede ser que aquí, tan lejos de su planeta natal, los hermanos que lucharon y murieron no sean recordados por los que permanecen en Baal, pero nosotros jamás los olvidaremos.

Rafen entrecerró los ojos al oír el rumor de asentimiento que resonó por la

estancia. El inquisidor no estaba eligiendo bien las palabras. Algunos podían pensar al oír una afirmación semejante que ponía en duda la dedicación del capítulo a las misiones lejanas y menos importantes, como la de la guarnición de Cybele.

Stele continuó hablando.

—Y ahora tenemos ante nosotros una elección, guerreros. ¿Permanecemos aquí y enterramos a los muertos sin vengarnos, o llevamos la ira del Imperio y de los Ángeles Sangrientos a la escoria del Caos que hay en Shenlong? —Los ojos le brillaron—. ¡Los que habéis servido y combatido a mi lado a lo largo de estos diez años ya sabréis mi opinión al respecto!

Muchos de los presentes gruñeron y escupieron al oír el nombre del enemigo. La estancia se sumió en un murmullo de voces. Rafen oyó cómo Koris soltaba un gruñido de escepticismo. La predicción del veterano parecía estar a punto de cumplirse.

—Señor inquisidor —dijo Sachiel en un tono de voz bajo, que apenas se oyó más allá del púlpito—, por supuesto, yo apoyaría esa misión, pero es un asunto complicado. Si abandonamos Cybele sin órdenes expresas de lord Dante…

Stele sonrió.

—El comandante verá el valor de esta orden, Sachiel. Sabes que es así. —El inquisidor alzó ambas manos pidiendo silencio antes de que el sacerdote pudiera contestar—. ¡Ángeles Sangrientos! ¡No hay duda alguna de que vuestro primarca nos mira con benevolencia! ¡Somos los soldados de la *Bellus*, y llevamos con nosotros el arma que el propio Dios Emperador le entregó a Sanguinius!

Se oyó un movimiento detrás del púlpito y un puñado de servidores encapuchados del séquito de Stele salió de las sombras. Llevaban un gran estuche alargado de titanio sólido. En la superficie se habían tallado de forma intrincada diferentes símbolos del capítulo, del Imperio y de la Ordo Hereticus. Rafen sintió un impacto físico cuando se dio cuenta de para qué se había construido aquello.

«¡Por el Trono! ¡Es la lanza!».

—La victoria en Cybele fue nuestro sagrado deber. —El inquisidor miró a los marines reunidos ante sus ojos—. Sin embargo, ha habido uno entre vuestras filas que ha destacado, que ha mostrado el verdadero poder de la sangre que corre por vuestras venas, ¡incluso cuando la derrota parecía inminente! —Stele fijó la mirada en el hermano de Rafen—. ¡Hermano Arkio! Acércate.

Arkio hizo lo que se le ordenaba y se puso en pie para subirse al púlpito. Los servidores de Stele se detuvieron ante el joven ángel sangriento y le ofrecieron el estuche alargado.

—¡Ábrelo! —le ordenó Stele—. En reconocimiento a tu valentía, tuyo será el honor de presentar la *Lanza de Telesto*.

Arkio alargó los brazos y, con manos temblorosas, abrió los pestillos que

mantenían sellado el estuche. Sachiel, a su espalda, empuñó la réplica del Grial y murmuró las palabras del *litergus integritas*.

Una sensación de agradable tibieza recorrió el metal cuando Arkio le colocó las manos encima. Cuando abrió la tapa del estuche, vio en el interior un objeto que relucía tanto como un rayo de sol.

El resplandor del arma iluminó toda la estancia con una suave luz dorada. Rafen, que estaba debajo del púlpito, contuvo una exclamación cuando el brillo le acarició el rostro. Vio de reojo que Turcio apartaba la vista, sobrecogido por la emoción. Sin embargo, Rafen no fue capaz de apartar la mirada. Allí mismo, delante de él, se encontraba la *Lanza de Telesto* en toda su gloria. Los tapices de Riga no acertaban ni de lejos al describir la majestad de aquella lanza sagrada.

La hoja, con forma de lágrima alargada y con un canal en el centro, representaba la gota de sangre que Sanguinius vertió cuando le juró lealtad al Emperador. Brillaba con una luz interior, y el cubo de la moharra estaba encajado en el asta con una montura esculpida que representaba el ángel de sangre vestido con los hábitos monacales de un gran sacerdote sanguinario. El rostro perfecto quedaba oculto por una capucha voluminosa y las poderosas alas angélicas estaban desplegadas en el aire. Debajo se veía un sello de pureza que mostraba la marca personal del Emperador. Era el objeto más increíble que Rafen había visto jamás, y sintió que la emoción le embargaba el corazón.

Una vez más, unas palabras interrumpieron el silencio del lugar, pero en esa ocasión fueron las de Arkio.

—¡Por el Emperador y por Sanguinius!

El hermano de Rafen sintió que los nervios de los brazos le cosquilleaban a medida que la descarga de adrenalina le recorría las venas. La plantilla genética de la arcana tecnología de la lanza no sólo sentía la cercanía de Arkio, sino también los elementos fragmentados de la sangre de Sanguinius en la sangre del marine espacial. De repente, Arkio rompió el protocolo de la ceremonia y tocó la lanza.

—¡No! —barboteó Sachiel, y se dispuso a agarrar del brazo a Arkio.

Apenas había dado medio paso cuando Stele le lanzó un gruñido de advertencia que hizo que se detuviera. El inquisidor negó con la cabeza y lo miró fijamente con una expresión de fría advertencia en los ojos. El sacerdote se sintió acobardado de repente.

Pareció que los brazos de Arkio se movían de un modo mecánico, y sacó el arma del estuche con la mano izquierda. La sostuvo en una postura idéntica a la de la imagen del último tapiz de Riga: Sanguinius victorioso sobre el cadáver de Morroga. La lanza le vibró en la mano como si fuera algo vivo, como si se tratara de un rayo de luz ámbar que se hubiera solidificado. Una energía sobrenatural iluminó la hoja con forma de lágrima desde el interior y un destello de luz blanca relumbró como una

supernova.

Rafen contempló cómo la luz invadía el cuerpo de su hermano y cómo la piel parecía fundirse hasta tener los rasgos del primarca. El color rojo de la armadura de combate se transformó en dorado y le aparecieron unas alas blancas por encima de los hombros. Después, y con la misma rapidez, la lanza se aquietó, y la visión desapareció.

El silencio que siguió a aquello fue tan profundo que Rafen temió por un segundo que se había quedado sordo, pero al momento siguiente, los marines de los Ángeles Sangrientos comenzaron a gritar el nombre del primarca, hasta que las paredes parecieron temblar con el sonido.

«¡Por la sangre! ¿De verdad he visto lo que he visto? ¿Es posible que mi hermano haya sido bendecido por el soberano angélico en persona?».

A Rafen las preguntas se le agolpaban en la cabeza y hacían que en lo más profundo de su ser se estremeciera.

En el púlpito, donde Sachiel estaba arrobado por la visión y Arkio tenía las mejillas húmedas por lágrimas de alegría, el inquisidor Stele observaba con satisfacción al joven ángel sangriento. No pudo evitar sonreír con un gesto frío y calculador.



El rumor sobre el milagro en la cámara de ceremonias se extendió con rapidez por todas las cubiertas de la *Bellus*, hasta que llegó a cada marine espacial y a cada servidor del capítulo de los Ángeles Sangrientos. Los instantes que Arkio había estado en el púlpito se habían repetido una y otra vez en las pantallas devocionales que se encontraban por toda la barcaza de combate. El efecto fue electrizante. El estado de ánimo de los marines a bordo de la *Bellus* había bajado bastante al creer que la misión había terminado y que estaban de regreso a su planeta. Todos ellos se sentían orgullosos de haber cumplido la misión encomendada, y estaban deseosos de ver Baal de nuevo; no obstante, la nave se había visto invadida en los últimos tiempos por una sutil melancolía. La tripulación de la *Bellus* sabía que su tarea estaba a punto de acabar, y eso la entristecía.

Pero se había acabado. La exposición de la lanza por parte de Arkio había hecho renacer la furia de los Ángeles Sangrientos, y para los supervivientes de Cybele había sido un momento de inspiración. Los hombres que habían estado al lado de Rafen y que habían aceptado la muerte con los brazos abiertos cambiaron de la noche a la mañana. De repente, estaban ansiosos por entrar en combate, y de un modo feroz. Durante los ritos de disparo y las tareas de mantenimiento, incluso en mitad de las prácticas de combate diarias, todas las conversaciones acababan centrándose en el hermano de batalla al que todos llamaban el Bendecido y en el ardiente y

generalizado deseo de venganza contra los conquistadores de Shenlong.

La *Bellus* permaneció en la órbita del planeta mausoleo bastantes días, mientras se acababa la reparación de los motores, y a Rafen no le sorprendió que Sachiel ordenara el aumento de los entrenamientos en las tácticas de asaltos terrestres. Intentó encontrarse con el sargento Koris, pero el veterano se había vuelto esquivo. El cambio se sentía a bordo de la barcaza de combate y la necesidad del combate resonaba en los corazones de todos los marines espaciales. Pensó que si no derramaban sangre en poco tiempo, los hombres se volverían salvajes.

Rafen se sentía muy confuso. No había visto a su hermano desde el final de la ceremonia por los caídos, pero se acordaba de Arkio de un modo constante. Por mucho que lo intentaba, no lograba olvidar la imagen de su hermano menor emulando la de Sanguinius. La visión de lo ocurrido en la gran sala era un eco de los breves momentos de dislocación sensorial que había sufrido en Cybele durante el ataque de los Portadores de la Palabra. Entonces, había creído que el cansancio lo había distraído debido a los acontecimientos, pero aquellos incidentes habían tomado una perspectiva nueva y más preocupante.

Rafen no era un psíquico, ni por supuesto poseía una mente embrujada y maldita por alguna especie de aberrante capacidad de predicción, pero a pesar de todo, aquellas visiones habían sido tan claras como el mismo día. En otras circunstancias habría sospechado que la imperfección propia del capítulo estaba ejerciendo una influencia insidiosa en su mente, pero la maldición de la rabia negra era una fuerza enloquecedora y brutal, jamás resultaba tan sutil. Turcio, Lucion y Corvus hablaron al igual de la luz palpitante y del silencio que la siguió. Su voz se volvía reverente y temerosa cuando mencionaban a Arkio. Rafen se cansó pronto de todos los ángeles sangrientos que se le acercaron a bombardearlo con preguntas sin trascendencia sobre su hermano. No dijo nada en voz alta, pero lo cierto era que Rafen no sabía qué pensar respecto a la llamada «bendición» de Arkio. Quería profundamente a su hermano, tanto como sólo podían saberlo los que tenían familia, pero algo le inquietaba, algo que acechaba, oculto y amenazante, en los rincones de la mente, influyendo cada momento del día. Buscó de nuevo a Koris con todas esas dudas en el alma.



El inquisidor Stele había utilizado bastantes veces las cámaras de interrogación de la *Bellus* a lo largo del tiempo que había durado la misión para recuperar la *Lanza de Telesto*. Habían sido muchas las víctimas que habían cruzado la compuerta de cierre de bronce en forma de iris para mirar lo último que verían en la vida: las máquinas de interrogatorio, las mesas con abanicos de siniestras cuchillas y la silla atornillada a la cubierta. A lo largo de los años, mientras la *Bellus* iba de planeta en planeta, Stele les

había ordenado a los miembros de su grupo que cambiaran los mecanismos básicos que los marines espaciales utilizaban para retener a los prisioneros. Habían creado, poco a poco, un lugar inquisitorial que se parecía a la gran cámara de la schola hereticus donde había estudiado. Stele paseó la mirada por la estancia cuando entró, y se fijó en los postes de metal oscuro, las vaharadas de incienso y la sombra que se abría más allá de la luz de los globos luminosos flotantes. Era un escenario perfecto para un actor como él.

Se quitó la capa y se limpió un poco de polvo que tenía en los dedos antes de acercarse a la silla de tortura. El portador de la palabra, el hereje que se hacía llamar a sí mismo Noro, estaba atado a ella, ensangrentado y pálido, pero vivo todavía. Stele contempló con una mirada calculadora los agujeros de bala que tenía en el torso. Le habían limpiado las costras de sustancia negra, pero continuaban rezumando pus y fluidos. Tardaría todavía un tiempo en morir.

—Eminencia —le dijo el lexmecánico después de anunciar su llegada con un chirrido de las piernas metálicas—, he continuado con la transcripción de todo lo que dice el traidor. Ha hecho poco más que bombardearme con insultos y maldiciones.

El inquisidor asintió mientras alzaba la mirada hacia los servocráneos que flotaban en lentas órbitas a su alrededor.

—Cumple penitencia en cuanto hayas acabado con tus tareas —le ordenó—. Purifícate de la exposición a semejante apostasía.

—Lo que mandéis —le contestó el servidor con una reverencia.

Stele se acercó al portador de la palabra, y el soldado enemigo alzó la cabeza con gran esfuerzo. Tuvo que reprimir un gesto de placer cuando vio un destello de miedo en la mirada de Noro. Nada emocionaba más a Stele que la certidumbre de que provocaba terror en otros. En el rostro apareció un gesto burlón.

—¿Te duele, traidor de pacotilla?

De algún modo, el portador de la palabra consiguió reunir fuerzas y le sonrió con ferocidad.

—¡Qué la muerte os lleve a vosotros y a ese dios cadáver, basura!

En el rostro del inquisidor apareció una sonrisa.

—Bien. Todavía te quedan ganas de pelea. No hay desafío alguno en vaciar una mente que ya está rota. Una tarea tan fácil embota las habilidades.

—¡Largo! —le espetó Noro con voz ronca—. ¡Déjame en paz y vete a jugar con los animales, escoria humana!

El lexmecánico se estremeció como si aquellos insultos fueran golpes físicos.

—Mi señor, ¿para qué sirve mantener a este espécimen con vida? Intuyo que es un hereje de poca importancia y que no posee ninguna información más valiosa de la que usted ya le ha conseguido sacar.

—Me temo que no estoy de acuerdo —contestó Stele, mirando de reojo al

servidor. Luego, apartó la mirada y dijo con una voz totalmente diferente una sola palabra—. *Somnus*.

El sonido se quedó colgando en el aire como una voluta de humo. El lexmecánico se estremeció. De repente, sin previo aviso, el servidor puso los ojos en blanco e inclinó el torso: quedó convertido en un mueble más. Los tres servocráneos que tenía a la espalda se posaron con suavidad en el suelo, y allí permanecieron inmóviles. La palabra había provocado la activación de una sugestión posthipnótica que Stele había colocado hacía ya mucho tiempo en la mente del lexmecánico y en los cerebros de los servidores muertos siglos atrás y cuyos cráneos había convertido en sus guardianes mecánicos. Hasta que el inquisidor dijera lo contrario, su víctima y él estarían a solas en aquel lugar. Todos los monitores y sensores que abarrotaban el resto de la barcaza de combate de los Ángeles Sangrientos estaban ausentes en aquella estancia. Había sido una de las primeras cosas que había hecho después de subir a bordo de la *Bellus* diez años antes.

Noro se había dado perfecta cuenta de lo que sucedía a su alrededor, y puso gesto de extrañeza. Stele lo miró y después se le acercó mucho. Noro se esforzó por evitar el contacto con el inquisidor, pero tenía el cuerpo inmovilizado en la silla con abrazaderas de hierro, por lo que poco pudo hacer por impedirlo. Stele agarró la cabeza del traidor, tomándola por debajo con las manos, y por un instante aterrador, Noro pensó que iba a besarle.

—¿Qué…, qué haces? —le preguntó.

—Vas a decirme todo lo que sepas sobre las defensas de Shenlong, monstruo —le susurró.

—No te diré más. Me has sacado el nombre del planeta, y sólo por eso he roto mi juramento. —Respiró, jadeante—. Ve a Shenlong, humano. ¡Ve allí y enfréntate a mis hermanos! ¡Te comerán crudo!

El inquisidor le cerró la mandíbula con fuerza.

—Iré pronto, pero antes ni y yo charlaremos un rato.

—No… —logró barbotear el portador de la palabra—. Antes moriré.

—A su debido tiempo —contestó Stele, mostrándose de acuerdo. El electrotatuaje del águila imperial que llevaba en la frente empezó a brillar—. Pero antes de hacerlo, me lo enseñarás todo.

La cara se le quedó fría a Noro cuando todo el calor febril de la piel fue absorbido por la punta helada de los dedos de Stele. Sintió que la carne curtida y encallecida del rostro comenzaba a moverse y a derretirse. Los dedos de Stele penetraron en la epidermis y luego atravesaron el hueso como si fuera arcilla blanda hasta llegar a la masa cerebral. El portador de la palabra se esforzó con todas sus fuerzas en gritar, pero Stele le cerró la garganta con un simple apretón de los dedos.

Al igual que había ocurrido en la superficie de Cybele, el inquisidor llenó todo el

campo de visión del marine traidor, pero esa vez fue creciendo y creciendo, y se introdujo como un líquido para llenar el recipiente vacío que era la percepción de Noro. Con él llegó un sudario de silencio de color negro absoluto que ahogó al hereje. Era un color inmutable, el color del terror. El portador de la palabra había servido a los señores del Caos toda su vida y disfrutaba de los métodos siniestros de las hordas de la estrella de ocho puntas, pero lo que vio en esos momentos surgiendo de la mente de aquel individuo lo sorprendió como la pureza absoluta del mal. Noro jamás se había atrevido, ni siquiera en los momentos más salvajes y asesinos, a creer que algo tan increíblemente hostil a la vida pudiera existir. Aquello no era el espíritu de un psíquico humano: era la esencia pura del odio, enganchada al hombre como un parásito. Mientras Noro perdía la cordura por completo, el inquisidor Ramius Stele empezó la lenta y deliberada violación de la mente del traidor.

El lexmecánico estaba en lo cierto: el portador de la palabra no era más que un soldado de línea, un marine del Caos cuya cabeza sólo poseía la voluntad de luchar y morir por la palabra de Lorgar. Un veterano de mayor rango habría tenido información sobre las concentraciones de tropas y la disposición de las defensas, pero Noro tan sólo podía ofrecer recuerdos fragmentarios de la invasión de Shenlong, destellos de atrocidades y matanzas alojados en la mente del asesino.

—Nada… —Nora logró escupir la palabra a través de los labios.

Stele entrecerró los ojos y, reuniendo la oscuridad a su alrededor, la solidificó para formar trazos afilados de sustancia psíquica. Luego, con una precisión abominable, separó una por una todas las capas de recuerdos del hereje. Noro empezó a estremecerse y a tener convulsiones a medida que las compuertas de la memoria se abrían de par en par. De repente, recordó absolutamente todo lo que le había ocurrido, pero de golpe, y su mente se encogió ante semejante peso. Stele atravesó aquel mar de recuerdos en busca, incluso, de los incidentes más nimios, los reunió y los colocó sobre el tapiz negro. Tomó miradas de reojo, fragmentos de conversaciones captadas y recuerdos pasivos. Stele descubrió un millar de visiones momentáneas que ni siquiera el portador de la palabra sabía que existían y las unió todas. Allí, como las piezas de un rompecabezas, estaban los accesos a Shenlong, los caminos que había que recorrer por los pasillos siempre cambiantes de los campos de minas que rodeaban el mundo forja.

Se apresuró a retirarse del cuerpo y de la mente del hereje, y dio un paso atrás. Tenía la frente cubierta por una leve capa de sudor.

—¡Ah! —dijo Stele con voz áspera por la garganta reseca—. Gracias.

Noro sufrió una tremenda arcada y vomitó a chorros sangre y bilis.

—¿Qué…? —La voz del traidor era un chillido siseante—. Por el odio, ¿qué eres?

El inquisidor rodeó el cuerpo inerte del lexmecánico y sacó un objeto metálico de

brillo apagado de un bolsillo secreto de su capa. Ni siquiera se dignó contestar al portador de la palabra.

El prisionero se había orinado encima a causa del miedo. En los ojos enrojecidos brillaba un temor enloquecido.

—Ningún humano podría…

Stele se acercó de nuevo a la silla de tortura y ocultó el objeto que llevaba en la mano.

—¿Qué andas balbuceando, criatura? —le preguntó con desinterés.

Noro señaló al lexmecánico, a la compuerta y al mundo exterior con movimientos exagerados de la cabeza.

—Ellos no pueden verlo… —El portador de la palabra se echó de repente a reír de un modo histérico—. ¡Pero yo sí puedo!

—Cállate.

Stele lanzó la mano hacia la garganta de Noro. El arma que empuñaba cortó la gruesa carne del cuello como si pasara a través del aire. La espesa sangre saltó como un surtidor carmesí y ahogó al portador de la palabra hasta que se quedó inmóvil. Después de un momento, el inquisidor se puso a limpiar con cuidado el estilete que había utilizado para matarlo. La hoja fractal era tan afilada que la tarea de quitarle la sangre tuvo que hacerla de forma muy lenta y cuidadosa.

Cuando acabó, Stele pronunció otra palabra de mando. El lexmecánico y los servocráneos volvieron a ponerse en funcionamiento sin que se dieran cuenta del tiempo que había pasado. Estaba a medio camino de la puerta cuando el servidor habló.

—El espécimen… Parece ser que se ha quitado la vida.

—Sí —confirmó Stele con voz ausente—. Tú lo viste.

El lexmecánico parpadeó con lentitud, como si le costase que aquella idea avanzara por la mente.

—Lo vi —contestó después de un largo silencio.

—Que lo diseccionen —ordenó el inquisidor. Y luego, como si se le hubiera ocurrido de repente, añadió—: Que lleven el corazón y el cráneo a mis aposentos.



Rafen encontró al veterano discutiendo de forma acalorada con Sachiel al entrar en el tacticarium. Normalmente, un marine espacial de su humilde rango no podía haber accedido allí sin el permiso de un oficial superior, pero su parentesco con Arkio hizo que, de repente, aquello no importase a los ojos de los guardias que custodiaban la entrada.

—¿Para qué me pregunta mi opinión si no me hace caso? —decía Koris—. ¿O es que quiere que le diga sólo lo que quiere oír?

La expresión del rostro de Sachiel se endureció.

—Sus palabras siempre son valiosas, hermano Koris, pero eso no garantiza que debamos seguirlas. ¡No olvide su rango, sargento!

Rafen se dio cuenta de que Arkio estaba a un lado, con la silueta recortada por el brillo de una pantalla hologramática. Su hermano reparó en él y lo saludó con la cabeza. Rafen vio su propia cara en la de su hermano, tensa por el agotamiento. Quizá el «milagro» le había costado a Arkio más de lo que pensaba.

—He hablado con el inquisidor y estoy de acuerdo con sus recomendaciones. La *Bellus* saldrá de órbita y se dirigirá hacia Shenlong con la mayor rapidez posible —le dijo el sacerdote—. Lo más apropiado es que castiguemos cuanto antes a los Portadores de la Palabra del modo que se merecen.

Koris soltó un bufido.

—¿Qué es lo que sabe un señor de torturadores e interrogatorios sobre las tácticas de los marines espaciales? Piense, Sachiel. ¡Shenlong se encuentra en mitad de un campo de minas nucleares que hasta una flota de combate tendría dificultades para destruir! Jamás negaré que esa escoria del Caos merece morir ahogada en su propia sangre, pero la *Bellus* está sólo… ¿Cómo vamos a penetrar en sus defensas?

El sacerdote miró de reojo a Arkio.

—Sanguinius nos proporcionará el modo —le contestó.

—¿De verdad? —respondió Koris, alzando una ceja antes de mirar al joven marine—. Dime, ¿es que va asomar la mano y nos va a quitar las minas de en medio? —Lanzó un bufido—. He sido un hijo de Sanguinius el doble de tiempo que tú, Sachiel, y sé que ayuda a los que se ayudan a sí mismos… ¡Y sin ayuda no podremos tomar Shenlong!

—El inquisidor ha descubierto las rutas secretas de aproximación al planeta —comentó Arkio en voz baja—. Conoce el modo de pasar a través de las minas.

Sachiel sonrió.

—¿Ves, Koris? Tu preocupación es infundada.

—¿Ah, sí? Supongamos que llegamos a distancia de ataque del planeta. Con las pérdidas que hemos tenido en Cybele, esta compañía está muy por debajo de sus efectivos completos.

Rafen habló por primera vez.

—Las fuerzas de los Portadores de la Palabra en Shenlong serán superiores en número a nosotros —dijo, anunciando así su presencia.

El sacerdote lo miró.

—¡Un solo ángel sangriento inspirado por el justo poder del Emperador vale tanto como diez traidores! ¡No les tenemos miedo! —Se acercó a Rafen—. Careces de fe en las decisiones de tus superiores; lo veo en tus ojos. Debernos atacar cuando todavía disponemos del factor sorpresa. ¡Con cada día que nos retrasamos, los

corruptos se atrincheran más y más en un planeta que le arrebataron al Imperio!

—Si no le importa que se lo diga, sugiero que solicitemos refuerzos a Baal —le replicó Rafen—. Deberíamos permanecer en Cybele hasta que el comandante Dante pueda enviarnos más naves. Podremos dejar una guarnición aquí y atacar Shenlong en condiciones…

Sachiel lo hizo callar con un grito.

—¡No! ¡Tenemos de nuestro lado la bendición del Gran Primogenitor, y la victoria está asegurada! ¡Mira a tu alrededor, Rafen! —Abrió los brazos de par en par para indicar a los demás ángeles sangrientos que había allí—. ¡Tus hermanos están ansiosos por derramar sangre! ¡No desean esperar a que lleguen refuerzos! ¡Quieren que los Portadores de la Palabra paguen por lo que han hecho! ¡Qué paguen con sus vidas por cada alma arrancada y por cada centímetro de tierra mancillada!

Rafen sintió que alguien le ponía la mano en el hombro, y se giró para encontrarse con los ojos de Arkio.

—Hermano, confía en mí. Te prometo que podernos vencer.

Sachiel le dio la espalda a Koris y llamó al servidor que le a tendía.

—Ponte en comunicación con el capitán. ¡Doy la orden! ¡Zarpamos y nos dirigimos a Shenlong!

Koris salió de la estancia sin decir ni una sola palabra más. Rafen se quedó mirando cómo se marchaba su mentor.



OCHO

El espacio disforme burbujeaba en los límites de la mente del inquisidor Ramius Stele. El contacto ardiente con la energía pura le rozaba el alma con unas caricias abrasadoras y ultraterrenales, y eso con los vestigios más leves del verdadero poder del empíreo, refractado a través de la omnipresente barrera del campo Geller de la nave. El inquisidor disfrutaba con aquello. Estaba a solas en sus aposentos privados a bordo de la *Bellus*. Allí disponía de la libertad necesaria para entrar en el estado de trance, en el que su fuerza mental tenía rienda libre. Stele relajó de forma voluntaria los complejos escudos psiónicos que le protegían la mente mientras la barcaza de combate atravesaba el espacio insondable del empíreo, y se dispuso a oír los aullidos balbuceantes y la cháchara de los seres que vivían en el espacio no físico. Mareado por la experiencia, se dejó llevar hasta el borde del abismo psíquico, estimulado por el peligro y por la adrenalina como un escalador al llegar a la cima de la montaña más alta. Tan sólo él tenía la fuerza de voluntad para mantenerse en los límites de la locura, donde otros habrían fallado. Sólo Ramius Stele poseía el poder mental necesario para resistir esa inexorable llamada.

Había vida allí fuera, pero no los cuerpos de sustancias orgánicas que conformaban la población del universo material, sino entes de razón pura y emociones desenfrenadas. Los oyó mientras pasaban invisibles al lado de la *Bellus* y quedaban atrás, donde devoraban los diminutos bocados de alimento mental que abandonaban sus pasajeros. Aquél era el vicio más secreto de Stele, el pecado que ocultaba en el alma, lejos de las exploraciones superficiales de los pocos bibliotecarios de los Ángeles Sangrientos que todavía había a bordo de la *Bellus*, y por eso, era más sabroso. Cada vez le costaba un poco más regresar al universo material, en cada ocasión se quedaba más tiempo, pero disfrutaba con ello, aunque sabía que podía acabar destruyéndolo.

Stele soltó un suspiro y regresó cuando la *Bellus* realizó el tránsito del Immaterium al vacío espacial cerca del sistema Shenlong. El inquisidor contempló un pequeño combate desde el ojo de buey de sus aposentos. La *Bellus* había sorprendido a un destructor de la clase Iconoclast mientras hacía tareas de vigilancia. El comandante de la nave del Caos no prestaba atención en absoluto a lo que pasaba, por lo que apenas tenía la mitad de los escudos de vacío alzados cuando las armas

principales de la barcaza de combate habían machacado el ahusado casco de la nave enemiga. El destructor destrozado se alejó hacia el espacio ardiendo como un trapo empapado en aceite. Stele asintió en un gesto de aprobación. La rápida destrucción de la nave del Caos que vigilaba el punto de salto a la disformidad permitiría que se aproximaran a Shenlong sin ser detectados. Si todos sus planes salían bien, los Ángeles Sangrientos estarían ya a distancia de ataque del planeta forja para cuando los Portadores de la Palabra se dieran cuenta de que se habían infiltrado unos intrusos.

Murmuró una breve plegaria petitoria a la pantalla hololítica que tenía en la estancia, y el artefacto obedeció. Proyectó una imagen de Shenlong tomada desde los sensores de detección de larga distancia de la nave. El planeta, sin ninguna característica llamativa, era visible como una bola nebulosa rodeada de amplias franjas de pequeñas esferas que orbitaban a su alrededor. Stele tocó el holograma en uno de los puntitos flotantes. Cada uno era una carga termonuclear compacta, con una cabeza de guerra capaz de eliminar una ciudad entera, a la que había acoplado un reactor y una máquina lógica sencilla para dirigirla. Mientras el planeta giraba se comunicaban entre sí para moverse y seguir formando una red protectora impenetrable alrededor del mundo manufactoría. El inquisidor llevó a la superficie de la mente un fragmento de memoria de los almacenes de datos que había aprendido mediante hipnosis cuando era un novicio de la Ordo Hereticus. Shenlong había sido una fábrica de armas desde la Era Siniestra de la Tecnología, y allí, en sus plantas de producción del tamaño de continentes, se fabricaban proyectiles y bombas como para un millar de millares de pequeñas guerras. El secreto de aquel campo de minas era desconocido, como buena parte de la tecnología de la era imperial, para los tecnomagos de Terra. Stele soltó un leve bufido en señal de desprecio. La pantalla de muerte atómica no había impedido que el archienemigo pervirtiera a los individuos que tenían el poder para que le proporcionaran información sobre los corredores secretos que atravesaban el siempre cambiante campo de minas. Él había hecho casi lo mismo y le había arrancado de la mente a aquella bestia de Noro el camino de entrada. De todas maneras, sería un acercamiento lento y peligroso. Tendrían que esquivar las demás naves de patrulla del Caos y mantener un rumbo que era tan fiable como la mente de un asesino enloquecido.

El inquisidor se giró cuando percibió con los sentidos telepáticos el débil olor de un psíquico. Ocultó su desdén y le indicó con un gesto a un servidor mecánico que abriera la compuerta sellada de entrada a la cámara. La abertura de la compuerta se dilató y dejó a la vista un par de ángeles sangrientos y una figura encapuchada que llevaba unos cuantos mecadendritos a la espalda.

El anciano maese Horin. Stele sabía que se trataba del astrópata antes incluso de verlo. Después de todo aquel tiempo, era capaz de diferenciar el olor mental de cada

psíquico que había a bordo de la *Bellus* con una precisión absoluta. Aquél, en concreto, le molestaba. El viejo huesudo era una criatura testaruda, y muy poco susceptible a una coerción sutil.

—Señor inquisidor —empezó diciendo el astrópata—, tal como me ordenasteis, os traigo un comunicado de la máxima urgencia. Ha llegado un mensaje después de salir del espacio disforme.

Stele contempló con atención al pequeño hombre objeto. Los tubos vitales y conectores que mantenían unido a Horin a su púlpito mecánico serpenteaban por el suelo a la espalda, y de ellos surgían regueros de fluidos alimenticios. El astrópata había preferido salirse de su puesto y caminar hasta los aposentos de Stele antes que dictar el mensaje a la cohorte de servidores escritores.

¿Se detectaba una leve irritación en la voz sibilante de Horin? ¿Un posible resentimiento por verse obligado a llevarle el mensaje, no al capitán Ideon, sino a Stele para que lo aprobara? El inquisidor sonrió un poco. Era difícil leer el estado emocional de cualquier astrópata…, si es que tenían algo así.

—Guerreros, pueden retirarse —dijo—. Esperen afuera.

El astrópata miró brevemente de reojo a los marines espaciales mientras lo dejaban solo. Era muy irregular que un mensaje a nivel de comandante se leyera sin que estuviera presente un oficial superior de los Ángeles Sangrientos. Stele lo observó con mucha atención. Los invisibles tentáculos mentales del inquisidor se movieron invisibles por el aire tratando de captar la esencia del momento.

—Han llegado noticias desde Baal —le dijo Stele, y la sonrisa desapareció poco a poco—. ¿No se lo ha dicho a nadie más?

—Es lo que indicaban vuestras órdenes —contestó el astrópata—. No he informado a nadie de la llegada del comunicado.

El inquisidor se acercó un poco, con un movimiento engañosamente inofensivo.

—Hable.

Los armónicos del interior de la garganta modificada del astrópata resonaron por un momento antes de pronunciar una serie de números.

—Cifrado, omnis secunda. Dirigido a Ideon, hermano capitán al mando de la nave de combate *Bellus*. Conducto telepático, astrópata Horin. Enviado por el comandante supremo de los Ángeles Sangriento, lord Dante.

Tele frunció el entrecejo al oír mencionar el nombre de Dante, y empezó a organizar las medidas que se vería obligado a llevar.

El timbre de voz del astrópata se hizo más ronco, y las palabras salieron a trompicones. Horin reconstruyó con cuidado el mensaje, procurando enunciarlo en el orden que había sido escrito. Las palabras eran las mismas que las de Dante, y habían recorrido el vacío.

—Honorable capitán Ideon, y el señor inquisidor Stele, os saludo… La llamada

de socorro de la *Celaeno* ha llegado hasta nosotros y nos alegra que la *Bellus* haya acudido en ayuda de nuestros hermanos. —Horin se mojó con la lengua los labios secos—. Ordeno que la *Bellus* permanezca en órbita alrededor de Cybele y colabore en mantener esa posición. Aseguren el planeta y comuniquen la situación lo antes posible. Enviaremos una fuerza de apoyo en cuanto recibamos la contestación a este mensaje. —Se produjo una breve pausa, y Stele se preguntó si el astrópata le estaba mirando—. Ésas son mis órdenes, para mayor gloria del Emperador y de Sanguinius. Dante, señor del capítulo de los Ángeles Sangrientos.

El psíquico se estremeció un momento y señaló el final del mensaje con una leve tos.

Stele ya estaba muy cerca de él.

—Gracias, Horin —le dijo, utilizando por primera vez en diez años el nombre de pila del astrópata.

Horin asintió.

—Con su permiso pues, informaré al capitán Ideon de que debemos regresar a Cybele.

—No, eso no va a ocurrir —le dijo con voz tranquila—. No va a ser así.

Los mecadendritos de Horin se tensaron.

—El mensaje decía que…

Stele negó con la cabeza.

—No ha habido mensaje alguno. Has venido a matarme. La capucha del astrópata se estremeció, como si aquella frase hubiera sido una bofetada en toda la cara.

—¿Qué quiere decir eso?

El inquisidor inclinó a un lado la cabeza para mirar el rostro oculto de Orín, y de la nada aparecieron unas grandes chispas de color que se le enroscaron alrededor de los dedos. Los ojos de Stele relucieron por la energía psíquica.

—Baila para mí —susurró.

El astrópata se quedó inmóvil: le había concedido un terrible momento para que se diera cuenta de cuáles eran las intenciones del inquisidor. Después, todos los músculos de su cuerpo se rebelaron contra sus pensamientos conscientes y todas las barreras psíquicas del anciano astrópata quedaron destrozadas. Incapaz de impedirlo, se abalanzó contra el inquisidor con las manos engarfiadas.

—Nuuuu…

Stele metió un taladro de energía mental en mitad de la mente de Horin y allí lo retorció. El astrópata siseó y lanzo baba como un animal. En sus ojos se veía que había descubierto que no tenía ninguna clase de control sobre su cuerpo.

—¡Guardias! —gritó Stele con toda la fuerza de los pulmones—. ¡Ayudadme!

Los dos ángeles sangrientos se apresuraron a entrar a la carrera y vieron al inquisidor forcejeando con Horin.

—¡El astrópata está corrompido! ¡La disformidad lo ha contaminado con la locura!

Stele dio un fuerte empujón al anciano y retrocedió unos cuantos pasos.

A los marines no les hizo falta nada más. Acribillaron a Horin con ráfagas de los bólters. Los proyectiles arrancaron fragmentos de metales extraños, de implantes de la piel manchada por la edad y de los frágiles huesos.

Stele se dejó caer en el suelo embaldosado y uno de los ángeles sangrientos se le acercó.

—Señor, ¿está herido?

El inquisidor fingió estar aturdido.

—No, alabada sea Terra. Si no hubierais actuado con tanta rapidez, el traidor podría haberme matado…

El otro marine movió el cuerpo de Horin con la pierna.

—Está muerto —declaró de un modo algo redundante—. Otro brujo de la disformidad demasiado débil para resistir.

—Sí —dijo Stele, mostrándose de acuerdo mientras se ponía en pie—. La atracción del empíreo es lo bastante fuerte como para aprovecharse del menor defecto de los servidores del Emperador.



La gran sala se encontraba a oscuras. Todos los braseros y lúmenes que habían relucido durante la ceremonia de recuerdo estaban apagados. La única iluminación procedía de los escasos grupos de velas que había en las pequeñas capillas devocionales de hierro forjado abiertas aquí y allá en las paredes. Rafen saboreó el olor de la cera caliente a medida que pasaba junto a ellas. El aroma del sebo de Kolla le traía recuerdos de los valles de Baal.

Todo aquello desapareció mientras se acercaba a la cabecera de la sala y las botas resonaban en el suelo de piedra. Un grupo de silenciosos marines se apartó para dejarlo pasar y vio al pie del altar a su hermano, arrodillado. Arkio pronunció las últimas frases de la plegaria del Grial Rojo y después lo miró. Rafen se quedó sorprendido al ver cierta sensación de alejamiento en los ojos de Arkio.

—Hermano —le dijo—, sigues preocupado.

Rafen se arrodilló a su lado e hizo el signo del aquila.

—Por muchas cosas.

—¿Y yo soy una de ellas? —Al ver que Rafen dudaba, Arkio siguió hablando—. No te preocupes, hermano. Yo no tengo miedo, y tú tampoco deberías tenerlo.

—Vi…, vi algo, una luz cuando tocaste la lanza sagrada.

Arkio asintió y alzó la mirada hacia la imagen de Sanguinius que había en la vidriera.

—Fue su bendición, Rafen. Me bendijo a mí… y a todos nosotros. ¿Recuerdas las lecciones en las que Koris nos hablaba de las divinas armas del Emperador? ¿Te atreviste alguna vez a soñar que un día verías algo parecido?

Rafen se limitó a asentir. De las armas legendarias del comienzo del Imperio se hablaba con un respeto reverencial. Armas como la *Lanza de Telesto*, como el *Colmillo de Hielo Mjalnar*, la *Lanza Espíritu*, la *Gran Espada Encamine* y la *Espada Negra de los Templarios*, todas ellas forjadas en los fuegos de la justa furia del Emperador. Cualquiera de esas armas llevaría a un individuo a la gloria, si tenía la fuerza de voluntad necesaria para empuñarlas.

El hermano mayor de Arkio se esforzó por encontrar las palabras adecuadas, pero cada frase que se le ocurrió le pareció torpe. Rafen se sentía atormentado, atrapado entre la lógica y la emoción. ¿Dónde estaba el joven, atrevido y brillante novicio que recordaba de los días de entrenamiento en Baal? ¿Cómo era posible que su hermano se hubiera transformado en ese individuo taciturno e introspectivo, que tenía la cabeza repleta de dogmas?

—Éste milagro… —dijo por fin y con gran cuidado— te ha cambiado.

Arkio sonrió, algo ya poco común en él.

—¿Cómo podría no hacerlo, Rafen? Sentí su contacto, hermano. Sentí la mano del primarca en la frente y el legado de su herencia. —Arkio apartó la mirada—. He cambiado, de eso no hay duda. El chico que fue contigo a la Caída del Ángel ya no existe.

Rafen se sintió, de repente, muy solo.

—Y sin embargo, lo recuerdo como si fuera ayer mismo.



El día de su llegada, el sol de color rojo sangre se encontraba en su cenit sobre el suelo de piedra del anfiteatro construido en la Caída del Ángel. El gigante mojo enviaba un calor sofocante por todo el lugar y asfixiaba a la multitud de aspirantes que se habían reunido allí. Al igual que las demás pruebas a las que deberían enfrentarse, era una forma más de eliminar a los débiles de corazón y a los impuros de alma. Eran un grupo de individuos curtidos y endurecidos, con los músculos perfilados por la vida tan dura que los mundos de Baal obligaban a llevar a sus habitantes. Ninguno tenía más de catorce veranos, pero llamarlos inmaduros habría sido un grave error. Entre ellos ya no había niños. Fuera de aquel estadio natural, todos habrían mostrado los estandartes y colores tribales propios de cada uno, y algunos se hubieran peleado entre ellos inmediatamente al verlos, pero dentro de aquel terreno de pruebas ya no eran hijos de las tribus de la Sangre: eran aspirantes que clamaban por una oportunidad para ascender al rango casi divino de los Adeptus Astartes. Varias figuras encapuchadas los vigilaban desde las crestas de piedra que los

rodeaban. Todos iban armados con lanzadores de proyectiles y con largas espadas. Eran los no elegidos, los guerreros que habían jurado proteger el lugar de la prueba hasta su muerte. Observaban con atención el cielo y esperaban. Los hijos de Sanguinius no tardarían en llegar.

Rafen y Arkio habían partido de las tierras del clan de la meseta rota junto a tres jóvenes más semanas antes de la celebración de las pruebas. Eran lo mejor que la tribu podía ofrecer. Cada uno de los cinco era un luchador letal, curtido desde una edad muy temprana al vivir en una de las regiones más hostiles del planeta. Eran candidatos ideales para la elección, o eso decían los señores del clan. Rafen no pensaba lo mismo. En aquel entonces era un joven impulsivo y problemático, indisciplinado y salvaje, bastante distinto al hombre en que se convertiría. Algunos de la tribu decían que lo habían enviado a las pruebas no porque fuera capaz de superarlas, sino con la esperanza de que muriera. Corría el rumor de que querían librarse de los problemas que causaba.

Rafen estaba decidido a demostrarles que andaban equivocados, aun a pesar de estar obligado por honor a proteger a su hermano pequeño, Arkio. Por su parte, Arkio era fuerte y abierto. Estaba deseoso de ver las maravillas de la galaxia con cada nueva experiencia, pero era demasiado confiado e ingenuo para el futuro brutal que les esperaba como marines espaciales. Los otros tres aspirantes murieron en el viaje: uno quedó convertido en un cadáver reseco por un ávido embebedor del desierto, otro se estrelló contra las rocas cuando sus alas de ángel —los primitivos planeadores que los miembros de la tribu de la Sangre utilizaban para volar por los cañones desérticos— quedaron destrozadas por una tormenta de arena, y Rafen se vio obligado a partirle el cuello al tercero cuando sucumbió al incurable veneno de una serpiente de concha.

Y por fin, empezaron las pruebas. Los carros del cielo llegaron por el aire. Los artefactos que más tarde llamaría Thunderhawks aterrizaron entre aullantes chorros de fuego. De su interior salieron hombres con grebas y avambrazos de un color rojo reluciente, y con cascos adornados con el sagrado símbolo de aquel más puro. Los Ángeles Sangrientos caminaron entre ellos como personajes salidos de alguna clase de sueño fantástico, señalando a los aspirantes que tenían el estigma de alguna mutación para apartarlos, o haciendo salir a los que no consideraban aptos. Uno de los marines se acercó con el casco bajo el brazo a Rafen y a Arkio.

—Vosotros, cachorros, ¿tenéis la temeridad de creer que podéis servir a mi amado capítulo?

Tenía el rostro tremendamente curtido y mostraba una expresión ceñuda.

La contestación de Arkio fue adecuadamente respetuosa, pero no así la de Rafen.

—Ponme a prueba, y ya veremos quién tiene valor, viejo.

El marine hizo lo último que Rafen se esperaba: sonrió.

—Puedes estar seguro de que lo haremos. Soy Koris, hermano sargento de la

quinta compañía de los Ángeles Sangrientos. Impresióname si puedes, chaval.

Les habían hecho combatir con lanzas y palos, con cuchillos y espadas cortas, con varas largas y con unas armas hechas con cadenas y pesos en los extremos. Koris los hizo pasar por laberintos que tenían paredes de donde salían cuchillas y rayos eléctricos. Los hizo correr con cargas pesadas a la espalda mientras los Ángeles Sangrientos les disparaban. Se entrenaron, combatieron y muchos de ellos murieron. Rafen veía a su hermano de pasada cuando ambos se cruzaban de camino a los combates o de vuelta de ellos, con armas de lucha cuerpo a cuerpo. Se saludaban con un asentimiento de cabeza o con un gesto de una mano ensangrentada. Cada vez quedaban menos, y cuando las pruebas se alargaron varios días más, el número de aspirantes disminuyó de un modo alarmante. Entre los supervivientes estarían los cincuenta que subirían a bordo de los carros del cielo que viajarían hasta Baal, el mundo madre de la segunda luna que colgaba del cielo nocturno como un ojo maléfico. Rafen se superó a sí mismo de un modo arrogante y derrotó a todos los rivales, hasta que se encontró de nuevo bajo la supervisión de Koris. El sargento veterano era el arbitrador de los desafíos, y los que él eligiera se unirían a los marines espaciales.

Koris no lo perdió de vista mientras derrotaba a su oponente, Toph, un chico de la gente chatarrera de la gran zona marchita. No se dio cuenta de que el sargento consideraba su insolencia la base de su caída.

—¿Crees que puedes vencer a todos tus enemigos tú solo? —le preguntó Koris.

Rafen soltó un bufido de desprecio. La pregunta era ridícula.

—Por supuesto.

—Pues ningún ángel sangriento combate solo —le contestó el sargento—. Todo el capítulo de Ángeles Sangrientos combate como un solo hombre, como una hermandad en nombre del Emperador. Si no eres capaz de entender eso, ya nos has fallado.

Quizá Koris creía que Rafen podía ser entrenado, que se le podía educar para que perdiera ese exceso de confianza en sí mismo. En cualquier caso, permitió que el chico siguiera con las pruebas. En la siguiente, se enfrentó a un joven llamado Sachiel.

—¿Estás preparado para enfrentarte a la derrota? —le preguntó Koris.

—¡Jamás estaré preparado para eso! —le replicó, furibundo.

Sachiel era todo lo contrario que Rafen: hablaba mucho, parecía blando, casi bonito, comparado con los demás aspirantes, pero era un individuo frío y muy capaz en el terreno de combate. Sachiel derrotó a Rafen y se burló de él.

—¿No estabas preparado para eso? —se mofó—. ¿Rafen el Preparado, preparado para perder?

Arkio le ayudó a vendarse las heridas lo mejor que pudo, y el hermano menor

aprovechó un momento entre dos fanfarronadas de Rafen para suplicarle que se moderara.

—Rafen, tú y yo podemos sobrevivir a las pruebas si somos fuertes y nos apoyamos el uno en el otro. Nuestra unión refleja la de los Ángeles Sangrientos. Juntos somos invencibles.

Rafen hizo un gesto de desprecio con la mano.

—Eres demasiado crédulo. Un hombre lucha solo y muere solo. Así son las cosas.

Arkio no le dijo nada más. La feroz determinación de Rafen por convertirse en un novicio de los Ángeles Sangrientos le consumía. Aquel fanatismo nacía del deseo abrumador de demostrarle su valía a Axan, su padre y el jefe guerrero del clan de la meseta rota. Que Arkio regresara por haber fracasado era algo que se esperaba y que se aceptaba, ya que era el segundo hijo, pero Rafen era el hermano mayor, por lo que sería una desgracia que sufriría durante el resto de su vida.

Al día siguiente, corrieron por el laberinto en una carrera de relevos, con un bastón electrificado como testigo. Rafen, el arrogante Rafen, corrió solo y dejó atrás a sus compañeros de equipo; venció, y Sachiel se quedó en segundo lugar. Entonces, resonó su grito desafiante.

—¡A cualquiera! —gritó—. ¡Puedo vencer a cualquiera!

—¿De verdad?

Koris se acercó hasta ellos y se quitó todas las piezas de la armadura hasta quedar vestido sólo con una túnica.

—Ha llegado el momento de dar una lección a ese orgullo que tienes, chaval. —Le tiró su pistola bólter a Rafen—. No tengo armadura que me proteja, nada que me aumente la fuerza. Aciértame con un disparo, sólo uno, y declararé que has superado todas las pruebas…, pero si te toco, habrás fracasado.

Rafen hizo caso omiso de las súplicas de Arkio y recogió la pistola del suelo. Empezó a disparar, y los proyectiles cruzaron el aire en dirección al ángel sangriento; pero Koris ya no estaba allí. Se movió como un halcón, a una velocidad increíble. A Rafen apenas le había dado tiempo a acostumbrarse al retroceso de los primeros disparos del arma cuando el sargento ya le estaba pateando las piernas para hacerle caer de bruces al polvo.

—Para convertirse en un ángel sangriento, todo hombre debe conocer el orgullo del gran Sanguinius, pero también su humildad —le dijo Koris—. Tienes demasiado de lo primero, y nada de lo segundo. Ya puedes marcharte.

El sargento lo había dejado tirado en la arena, y había visto de rodillas cómo Koris anunciaba en voz alta la aceptación de Sachiel y de Arkio en las filas de los novicios de los Ángeles Sangrientos. Incapaz de soportar las miradas de los demás, Rafen se puso en pie con las pocas fuerzas que le quedaban y se marchó de la Caída del Ángel. Desmoralizado y hundido, vagabundeó por el desierto sin rumbo alguno, y

una tremenda tormenta de arena se abatió sobre él. Rafen esperó la muerte azotado por el viento afilado: había comprendido demasiado tarde lo que le había costado su insolencia.

Lo habían encontrado deficiente para los Ángeles Sangrientos, y mediante aquella dura lección, Rafen se percató de que había perdido la oportunidad de ser alguien grande. En cierto modo, se consoló ligeramente con la idea de que Arkio se uniría a los Astartes, pero para él, la vida se había terminado. En mitad de la tormenta, Rafen se perdió en el territorio de los escorpiones de fuego, los depredadores más feroces de Baal. Pasó poco tiempo antes de que un macho joven se dispusiera a atacarlo; el veneno ácido inflamable goteaba de la punta de la cola por la impaciencia. La bestia era tan grande como un hombre adulto y, enfurecida por la violación de sus dominios, atacó a Rafen. El se encontraba tan dominado por la desesperación que casi estaba dispuesto a permitir que el animal acabara con su vida, pero en ese momento divisó entre las nubes de tormenta una visión de algo increíblemente brillante y poderoso. Quizá se trató de alguna clase de alucinación provocada por la melancolía y el agotamiento, pero lo que Rafen vio fue el rostro de Sanguinius contemplándolo. El que era puro estaba juzgando al muchacho, y Rafen comprendió que aquélla era la verdadera prueba de su valía: si moría allí, solo y perdido en tierra salvaje, entonces sí que habría incumplido todos los principios por los que vivían las tribus de la Sangre y los Ángeles Sangrientos.

Impulsado por aquella revelación, sintió que recuperaba toda su determinación. Rafen, con la misma ferocidad que había demostrado en las pruebas, le atravesó el caparazón a la criatura con un cuchillo de piedra y la mató, al igual que había hecho Sanguinius, según se contaba en las leyendas sobre la infancia del primarca angélico.

Sólo entonces se percató de que las luces que había visto en el cielo eran las de una Thunderhawk averiada que se dirigía en picado a tierra. Había quedado dañada por un tremendo relámpago cuando se dirigía hacia la órbita del planeta. La nave de los Ángeles Sangrientos efectuó un aterrizaje de emergencia a pocos kilómetros de donde se encontraba él, precisamente en mitad de los terrenos de caza de los escorpiones. Rafen echó a correr para ayudar a los supervivientes, y allí se encontró con un puñado de aspirantes, entre ellos Arkio, Toph y Sachiel. El veterano guerrero llamado Koris estaba herido e inconsciente. Los otros marines de los Ángeles Sangrientos habían muerto. Sachiel se dispuso a tomar el mando y le exigió a Rafen que se marchara: un fracasado no tenía lugar entre los verdaderos hijos de Sanguinius.

Poco antes, semejante insulto hubiera sido suficiente para que a Rafen le hirviera la sangre, pero había aprendido a conciencia la lección que le había enseñado el sargento, y se mantuvo firme. Había cazado en aquellas tierras desde que había tenido edad para empuñar una lanza y conocía las costumbres de los escorpiones de fuego.

Ante semejante invasión de su territorio, las feromonas de caza de esas bestias se dispararían y empezarían a atacar en masa. Rafen resistió el impulso de luchar él solo y agrupó a los novicios supervivientes para que combatieran de forma coordinada. Repelieron a los escorpiones de fuego, hasta que apareció la propia reina gigante entre los demás miembros del enjambre. Los jóvenes lucharon como leones, y en el preciso instante en que Toph moría en las pinzas de la reina, Rafen la mató a ella y provocó que los demás escorpiones huyesen. Cuando la tormenta amainó y llegó una nave de rescate, se encontró a Koris todavía con vida y a una docena de jóvenes rodeados de un mar de enemigos muertos.

Cuando el veterano se recuperó, Arkio le contó cómo Rafen había tomado el mando. Discutió con el sargento, hasta el punto de negarse al ingreso en los Ángeles Sangrientos si no se reconocía el mérito de la victoria de su hermano. De todas maneras, Rafen se dispuso a marcharse y le deseó de corazón mucha suerte a Arkio, convencido de que no lo volvería a ver; pero Koris cambió de idea.

—Ha desaparecido el velo que te cubría los ojos —dijo el viejo guerrero—. Has entendido, por fin, la sabiduría que habías esquivado durante tanto tiempo.

—Sí —admitió Rafen—. El que lucha solo muere solo; pero el que lucha con hermanos al lado vivirá para siempre.

El veterano sonrió de nuevo.

—Te has redimido, Rafen de la meseta rota, y debido a la muerte del aspirante Toph, necesito alguien de alma valerosa que lo sustituya. —Alargó una mano hacia el joven—. ¿Me seguirás, Rafen? ¿Recorrerás el camino del primarca y te unirás a la hermandad de los Ángeles Sangrientos?

Las palabras salieron solas de los labios.

—Lo haré. ¡Desde hoy juro que me convertiré en un ángel sangriento merecedor de seguir al propio lord Sanguinius en persona!



Y así, por primera vez, los hijos de Axan abandonaron su lugar de nacimiento y cruzaron el espacio que separaba Baal Secundus del mundo principal, Baal. Si Rafen y Arkio creían haber tenido una vida dura, descubrieron lo equivocados que estaban cuando atravesaron los áridos desiertos del enorme planeta. Allí contemplaron los restos de lo que antaño habían sido ciudades espléndidas. En medio de unas montañas cuyas cimas afiladas cortaban el cielo, se encontraba la fortaleza-monasterio de los Ángeles Sangrientos. Ninguno de los aspirantes había visto una estructura tan enorme; ni siquiera el rostro esculpido de Sanguinius tallado en la roca viva del monte Serpa se le podía comparar. Aquello los emocionó y los aterrorizó por igual.

Koris los llevó a las criptas del torreón de la abadía. Por el camino, pasaron al lado de unos cuantos ángeles sangrientos. Se quedaron boquiabiertos ante la nobleza

y la belleza sobrehumanas de los guerreros. Al igual que el primarca, los marines ya transformados llevaban la marca genética de Sanguinius y lucían la sombra de su magnífico semblante en todos los aspectos físicos. En comparación, los jóvenes desnutridos y medio salvajes de los satélites de Baal eran poco menos que pobres animales abandonados. Aparecieron los sacerdotes sanguinarios, con sus armaduras carmesíes y blancas, para llevarse a los cincuenta aspirantes a la gran capilla, donde los encerraron durante tres días y tres noches. Se mantuvieron en vigilia, sin dormir, ni comer ni beber. Rafen no habría sido capaz de conseguirlo si hubiera estado solo, y a medida que pasaban las horas vio cómo algunos caían presas del agotamiento. Los sacerdotes se los llevaron y nunca se habló de lo que les había ocurrido, pero los hermanos se apoyaron mutuamente. Al amanecer del cuarto día, todavía estaban despiertos para encontrarse cara a cara con los portadores del Grial cuando éstos abrieron el sagrado sello de la puerta de la capilla.

El puñado de jóvenes que quedaba bebieron de la copa sagrada, y la mente agotada de Rafen se despertó cuando el fluido pasó a su cuerpo. El líquido, denso y de un sabor cobrizo, procedía de las venas de los sacerdotes sanguinarios de mayor rango, y por sus cuerpos circulaba una mínima parte de la sangre del propio señor angélico. Una energía y unos pensamientos, extraños y a la vez familiares, recorrieron el cuerpo de Rafen. El contacto con el fluido dejó totalmente al descubierto su alma, para que los hermanos del capítulo la escrutaran. Rafen se entregó por completo y dejó atrás cualquier lazo con una vida anterior. El joven guerrero de la meseta rota había desaparecido, y en su lugar se encontraba un hombre que tenía ante sí un futuro que se extendía sobre un camino dorado de gloria y aventura. La oscuridad, cálida y tranquilizadora, envolvió a todos los aspirantes y les llegó el sueño del cambio.



Rafen recordaba con total claridad el momento en que abrieron el sarcófago y sus ojos modificados vieron el exterior por primera vez. Y lo primero que había visto, quizá apropiadamente, había sido a su hermano. Arkio estaba de pie, estudiando con asombro los cambios que había sufrido su cuerpo. Se miraba los dedos y las manos como si fueran los de otra persona. Rafen contempló el rostro del marine espacial que tenía enfrente, porque ya no era un simple hombre, y supo que se trataba de su hermano, aunque aquel nuevo Arkio era dos veces más alto, estaba repleto de músculos abultados y su rostro parecía a ratos el suyo propio, el de su padre y el de Sanguinius. Las miradas de los dos hermanos se cruzaron mientras los servidores retiraban los tubos y las vías intravenosas de sus cuerpos, y ambos se echaron a reír a la vez, asombrados, aliviados y sorprendidos por lo que el destino les había deparado.

Rafen no estaba muy seguro de cuánto tiempo había pasado. Más tarde se enteró

de que se los habían llevado de la capilla después de la vigilia y los habían trasladado a la Sala de los Sarcófagos mientras se entonaban los cánticos del credo vitae. Allí se habían quedado dormidos durante un año mientras les inyectaban una potente mezcla de nutrientes, pociones modificadoras y sangre del Grial Rojo en las venas. En aquellos meses, los servidores habían implantado la bendita semilla genética del capítulo y la habían observado mientras rehacía sus cuerpos.

Al igual que Rafen, Arkio y los demás aspirantes habían tenido sueños sangrientos provocados por la memoria genética del primarca mientras sus cuerpos aceptaban los poderosos órganos nuevos que los convertirían en marines espaciales: el corazón secundario; el nodo catalepsiano, que regulaba la capacidad de sueño; el pulmón múltiple; el ocuglobo; el omofágea; el osmodula, y otros más. Salieron a la luz como avatares vivientes de los dioses que habían adorado, pero aquello no era más que el primero de muchos pasos más. Ningún humano hubiera sido capaz de soportar el entrenamiento al que ellos se enfrentaron, las penalidades increíbles y las pruebas físicas extremas que los instructores les obligaron a llevar a cabo. Koris estaba cerca todo el tiempo y los forzaba a superar sus límites para llegar más lejos, para conseguir más, para pelear más. Rafen y Arkio se apoyaron mutuamente a lo largo de todo aquello; siendo hermanos de sangre y hermanos de batalla, sacaron fuerzas de flaqueza de su unión inquebrantable. Por mucho que ellos cambiaran, sus corazones seguían siendo los mismos. La tremenda fortaleza y el valor incesante de Rafen se multiplicaron por diez, mientras que Arkio conservó su bravura y su increíble espíritu de aventura.

Hasta ese momento.



El ensoñamiento de Rafen desapareció con la misma rapidez con que había llegado. Su hermano lo miraba fijamente y con tranquilidad bajo el suave resplandor de las velas de la gran estancia. Vio los ojos de Arkio con tanta claridad como si estuvieran tallados, al igual que las escrituras de las paredes de piedra. El humilde soldado que su hermano había sido antaño había desaparecido y su lugar había sido ocupado por el individuo que tenía delante, lo mismo que el nervudo joven del clan se había transformado en la Sala de los Sarcófagos.

Rafen tuvo que esforzarse para hacerle una pregunta.

—No me puedo creer que te…, que te compares con el primarca. Nadie podría atreverse a asumir semejante…

Le temblaban los labios mientras hablaba.

Arkio sonrió, y el gesto hizo que a Rafen se le parara el corazón.

—Pero yo no soy un hombre común, hermano. Soy un ángel sangriento.

Rafen fue incapaz de contestar. Un momento después, una silueta de armadura

negra adornada con cráneos blancos y sellos de pureza apareció junto a ellos.

—Hermano Arkio —dijo el capellán—, acompáñeme, por favor. Hay ciertas preguntas…

El marine asintió y se puso en pie.

—No temas, Rafen —le susurró—. Confía en mí.

Rafen tampoco contestó en esa ocasión. Se sentía prisionero de una espiral de temor por el posible significado de las palabras de su hermano.

«Está perdido. —La idea lo sorprendió—. He perdido a mi hermano y estoy atrapado entre los lazos de sangre de mi familia y mi deber hacia el capítulo…».



Nueve

El campo de millas de Shenlong era una zona letal. El hermano capitán Ideon captó las formas de varios cascos metálicos rotos y de grandes fragmentos de roca a medida que se acercaban a la parte exterior del cinturón de cabezas nucleares. Las minas eran unos artefactos complejos e intrincados, o eso le habían dicho los tecnomarines. Poseían un cerebro lógico capaz de determinar la diferencia entre una forma inerte, como la de un asteroide, y un aparato activo, como una nave tripulada. Alrededor de la barcaza de combate se encontraban los restos de aquellos que no habían poseído esa información y se habían lanzado de cabeza y a ciegas con la esperanza de atravesar el bloqueo del mundo forja. Detectó trozos de un piedro orko y los restos de lo que podían ser naves incursoras, o incluso una nave de guerra imperial destruida cuando los Portadores de la Palabra tomaron el planeta. Shenlong se había convertido en territorio enemigo, una gigantesca trampa para los incautos.

La *Bellus* se encontraba bajo su responsabilidad exclusiva en aquellos momentos, por lo que extendió su conciencia a todos los sistemas de la nave. Abarcó con la mente los espíritus de las máquinas de la barcaza de combate como un camarada de armas de confianza. El espíritu principal de la *Bellus* conocía de sobra a Ideon y le dio la bienvenida para luego dejar entrar al ángel sangriento en su conciencia general desde la forma corpórea conectada al trono de mando en las profundidades de los enlaces de gobierno de la nave. La mente de Ideon envió impulsos que normalmente habrían hecho que los dedos de los pies o de las manos se doblaran con suavidad, pero que en vez de eso hacían que los timones espaciales se inclinaran o que los retrocohetes se encendieran y apagaran.

Oyó cómo en la lejanía su propia voz sintética daba una orden con el codificador verbal.

—Establecer condición uno en toda la nave; estado de alerta especial. Todas las luces exteriores apagadas. Todas las compuertas selladas. Todos los sistemas que no sean críticos deben desconectarse.

—Confirmado. —Ideon era consciente de la presencia de su ayudante, el sargento veterano Solus. El marine leía el estado de la nave en una placa pictográfica—. Avance silencioso.

Las palabras de Solus evidenciaban una leve irritación, e Ideon le comprendió.

Como todos los ángeles sangrientos que iban a bordo, el corazón de Ideon se aceleraba ante la perspectiva del combate, y aquella lenta maniobra de aproximación que se veían obligados a realizar lo desesperaba. Todos se sentían imbuidos por el ansia de combate, pero no por la lucha a distancia con armas de largo o medio alcance, sino por el fragor del combate cuerpo a cuerpo. Los Ángeles Sangrientos vivían para captar el olor de las venas abiertas del enemigo, para oír el grito de los contendientes moribundos y la sensación de poder que llegaba cuando se les veía perecer mientras dejaban escapar el último aliento. Ideon sabía que algunos de sus hermanos sentían pena por él Veían al viejo combatiente atrapado en una silla de mando, incapaz de levantarse de nuevo o de destrozar al oponente con las manos desnudas.

Pero allí, en aquella simbiosis sagrada con la *Bellus*, Ideon todavía disfrutaba de la embriagadora furia del combate sangriento; sólo que sus manos eran las lanzas de energía, y sus colmillos, los torpedos de fusión, ansiosos por salir de los tubos lanzadores. Cuando la *Bellus* destruía una nave enemiga, Ideon sabía que era como si él mismo hubiera partido el casco con las manos y hubiera desparramado las entrañas del adversario por el vacío.

El espíritu máquina de la barcaza sintió aquellos pensamientos y gruñó con suavidad en los bordes de la conciencia del capitán. También se sentía impaciente ante un avance tan lento. Ideon lo calmó, al igual que hizo con su propia rabia, ahogando esa necesidad. Contempló con los centenares de ojos de los servidores de la *Bellus* el fuselaje destrozado de una fragata mientras pasaban a su lado y lo dejaban atrás. Había quedado así cuando algún oficial imprudente había permitido que la pasión venciera al intelecto. Lo mismo podía acabar pasándoles a todos ellos si a Ideon le fallaba el autocontrol, aunque sólo fuera por un instante.

Las minas no se quedaban quietas en ningún momento. Todas las esferas se movían al unísono y rotaban con Shenlong a lo largo de sus ciclos nocturnos y diurnos, orbitando sin cesar para mantenerse equidistantes. Un complejo motor cognitivo situado en el planeta controlaba las armas de un modo constante, según le había dicho Stele, y generaba pasillos de espacio abierto de un modo aleatorio dentro del campo de minas para permitir el paso seguro de las naves desde la superficie hasta la órbita, de manera que la contribución de Shenlong al esfuerzo bélico del Imperio se mantuviera. Sin embargo, las naves de carga que transportaban las toneladas de misiles perforantes, cargas de fusión y las gigantescas cabezas de guerra de la clase Atlas y Proteus estaban posadas en el suelo o destruidas. Las poderosas máquinas de fabricación de las manufactorías también habían sido silenciadas. Quizá los traidores habían planeado saquear Shenlong y llevarse cada bomba y cada bala que había en el planeta, o quizá deseaban quedarse con el mundo forja. Eso a Ideon le daba igual. En aquellos momentos, tenía la mente concentrada en llevar a la *Bellus* a

una distancia operacional de la superficie del planeta. Que aquel mundo hubiera sido antaño una joya en la corona industrial del Imperio no le importaba. Shenlong pertenecía a los Portadores de la Palabra y lo habían mancillado con su presencia profana.

Fue consciente de la entrada de alguien en el sanctum de mando, y la *Bellus* le mostró obedientemente una imagen de la cubierta superior. Vio su propio cuerpo, sentado de un modo reposado, como si estuviera dormitando, con Solus a la derecha. El inquisidor Stele apareció en la imagen, acompañado por el lexmecánico y los siempre presentes servocráneos.

—Hermano capitán, tengo noticias graves —empezó diciendo Stele con el rostro muy serio—. El astrópata Horin ha muerto. Abandonó la luz del Emperador y me obligó a matarlo.

—¿Horin? —siseó Solus—. ¡Llevaba trescientos años sirviendo en esta nave!

—¿Cómo ha ocurrido?

No movió ni un músculo del rostro, pero mentalmente frunció el entrecejo. Aquél no era el tipo de asunto que quería atender mientras guiaba con suavidad a los servidores del puente de mando. Centró parte de su atención en la cubierta y la desvió de la navegación de la *Bellus*.

Stele describió la falsificación que Horin había hecho de una señal de Baal como excusa para acercarse al inquisidor. Le contó el repentino ataque y la muerte del astrópata a manos de los marines.

—Examiné el cuerpo en persona —dijo para terminar—, y encontré esto.

Stele le mostró un cilindro de cristal, en cuyo interior flotaba un grueso gusano que anidaba dentro de un órgano deformado de color negro.

—Tenía en el corazón esta variedad larval de alguna clase de demonio venenoso. Sospecho que se ha ido formando a lo largo de un largo período de tiempo.

Sostuvo en alto y cerca de su cara la jarra. Lo cierto era que aquella carne corrupta jamás había estado ni siquiera cerca de Horin. En realidad, la había sacado del cadáver del marine del Caos, Noro. Aquel pequeño montaje le permitiría a Stele justificar la muerte del astrópata.

—¡Qué destruyan ese objeto repugnante ahora mismo! —ordenó la voz mecánica de Ideon, chasqueante de estática—. ¡Soltadlo en el vacío! ¡No quiero semejante abominación a bordo de la *Bellus*!

—Como ordene, hermano capitán —contestó Stele—. Me encargaré de ello personalmente.

Apenas había acabado de decir eso el inquisidor cuando uno de los servidores comunicó una advertencia.

—Alerta de colisión. Atención, amura de babor, cubierta superior.

Ideon resistió el impulso de maldecir en voz alta y obligó a la nave a virar con un

brusco giro del timón. Los sistemas de la *Bellus* le mostraron una mina solitaria que flotaba en silencio en dirección a la proa de la barcaza de combate. La presencia del inquisidor había sido suficiente para distraerlo durante un momento crucial. La nave estaba a distancia de ataque del arma.

—¡A un lado! —gritó Solus, anticipándose a la siguiente orden del capitán.

Stele obedeció. Aunque el inquisidor estaba al mando de la misión de la *Bellus,* Ideon seguía siendo el oficial superior de la nave y, en asuntos como aquél, la autoridad indiscutible.

Al tener un tamaño tan grande, la barcaza de combate tardaría varios minutos en contrarrestar el impulso de avance y detenerse, incluso si encendía todos los retrocohetes de maniobra, algo que provocaría la activación de las demás minas. La expresión ceñuda del rostro de Ideon no cambió mientras le ordenaba al servidor del timón que modificara el rumbo y que la *Bellus* se dirigiera hacia la mina que se acercaba.

El espíritu máquina de la nave gruñó y se resistió ante semejante orden, enfrentándose a Ideon por aquella acción suicida. El artefacto explosivo ya estaba a escasos segundos de impactar contra el casco y nada se lo impediría. El capitán vio que los nudillos de Solus se ponían blancos al agarrarse con fuerza a un soporte de la pared. El servidor sin voluntad propia continuó obedeciendo las órdenes, y la *Bellus* presentó la proa en forma de martillo a la bomba. Por un momento, pareció que Stele iba a decir algo, pero en ese instante, Ideon oyó un impacto sordo en el extremo más alejado de la nave.

—Impacto —comunicó el servidor sin emoción alguna. No hubo detonación.

—¿Cómo lo ha sabido? —preguntó Stele con una sonrisa a medias.

El cuerpo de Ideon no se movió, pero la voz que salía del codificador verbal de la garganta reveló el alivio que sentía.

—Serví a bordo del crucero de ataque *Fidelis* en Armageddon. Entre otras tareas, se dedicaba a sembrar campos de minas, y mientras cumplía con mis deberes me enteré de las limitaciones de esas armas. —Activó la holosfera y mostró los planos internos de una mina—. Por lo que sé, las cabezas de combate de las minas de Shenlong tienen un mecanismo de explosión retardada. Acorté la distancia para asegurarme de que la mina no tuviera tiempo de armarse antes de impactar contra la nave, y por eso no explotó. —Se oyó un sonido parecido a un suspiro—. Pero esa táctica no funcionará dos veces. Hemos tenido suerte… Según mis cálculos, teníamos una probabilidad de uno entre diez de que funcionara.

—Sanguinius protege —dijo Stele.

El sargento Solus estudió los nuevos datos que aparecían en la pantalla de la placa, escritos en la delgada escritura del gótico alto.

—Hermano capitán, la mina… no se ha desintegrado al chocar contra nosotros. El

artefacto se ha quedado incrustado en el casco exterior.

—Envíe a un tecnoadepto para que determine el estado del arma —contestó Ideon —. Horin, esa criatura… Ya hemos tenido bastantes sorpresas desagradables por hoy. No toleraré otra más.

Solus asintió.

—Enviaré al hermano Lucion.

—Puede ser que necesite ayuda —se atrevió a comentar el inquisidor—. Quizá debería acompañarlo el hermano Rafen.

Solus miró a Ideon, y la voz del capitán siseó por el altavoz que llevaba en la garganta.

—Que así sea.



Rafen colocó con mucho cuidado el pie envuelto en metal sobre el casco exterior de la barcaza de combate. Iba paso a paso, pendiente del golpe sordo que indicaba que las piezas de sujeción magnética de la armadura funcionaban. Algo más adelantado, el tecnomarine Lucion caminaba con facilidad por el fuselaje de la nave, como si estuviera acostumbrado a hacerlo.

De hecho, lo más probable era que así fuera. Los largos años de experiencia de combate de Rafen como Ángel Sangriento lo habían llevado a decenas de entornos diferentes, desde mundos helados como Tartarus hasta los pantanos de Zaou, pero su compañía había combatido muy pocas veces en el vacío del espacio. Lucion, en cambio, llevaba a bordo de la *Bellus* desde que había dejado de ser un novicio, y conocía tan bien el exterior de la enorme barcaza de combate como los pasillos de las cubiertas. Rafen oyó el eco de su propia respiración y siguió al tecnomarine con el ánimo un poco intranquilo. Algo en el silencio letal del espacio lo ponía nervioso y le hacía sentir vulnerable. Prefería caminar por sitios donde el acercamiento del enemigo se podía oír.

Pensó que la forma de caminar del tecnomarine era la de alguien acostumbrado al espacio. Todos los tecnoadeptos que servían en los Adeptus Astartes se diferenciaban de los demás marines en muchos aspectos, no sólo en pequeños detalles como aquél. Aunque su servoarmadura no era más potente, Lucion parecía moverse con una mayor holgura, y Rafen se preguntó si los tecnomarines utilizaban sus conocimientos y habilidades para mejorar y alterar el equipo de combate.

Lo cierto era que la armadura de Lucion ya estaba muy modificada, como era lo habitual en todos los tecnomarines. A un lado de la unidad de mochila de energía que suministraba potencia a la armadura sellada, el tecnoadepto llevaba un servobrazo metálico plegado que acababa en una tenaza engañosamente grande. Estaba inactivo en esos momentos, pero el tecnomarine podía utilizar aquel miembro artificial como

si fuera una extensión más de su propio cuerpo. Rafen había visto a los tecnomarines usarlo para arrancar las tuercas de la compuerta atascada de un Land Raider o para manipular placas de circuitos del grosor de una cáscara de huevo. Pensó, y no por primera vez, en todos aquellos rumores sobre el modo de vida de los tecnoadeptos. Algunos decían que los modificaban de una manera muy sutil durante su etapa de aprendizaje con los Adeptus Mechanicus y que perdían parte de lealtad al capítulo. ¿Acaso el tranquilo y afable Lucion ocultaba alguna clase de plan propio? Rafen desechó esa idea. Los últimos acontecimientos le habían hecho ver planes dentro de planes por todos lados.

—Hermano Rafen —dijo Lucion por el comunicador—, a estribor. ¿Lo ves?

Rafen siguió la dirección que le indicaba el brazo extendido de Lucion y vio la esfera aplastada e incrustada en el fuselaje.

—¿Está activa?

—Recemos para que no sea así.

Se acercaron al arma, pero Rafen se mantuvo a una distancia prudencial del artefacto. Lucion lo miró y le indicó por señas que se acercara más.

—Hermano, no va a morderte.

Rafen no estaba tan seguro, pero se aproximó de todas maneras. El servobrazo del tecnomarine se puso en movimiento sin un solo ruido en el vacío del espacio y se extendió por completo. Lucion realizó un complicado signo con los tres miembros por encima de la cabeza, y Rafen captó el leve murmullo de una letanía secreta por el microrreceptor. El adepto se puso a quitar con movimientos hábiles y precisos los tornillos cubiertos de runas de la cubierta exterior de la mina y los fue colocando en un saquito que llevaba en la cintura para que no se alejaran flotando en la gravedad cero.

—Mantente alerta —le dijo Lucion, que tenía el casco pegado a la ennegrecida superficie exterior de la mina—. Si algún enemigo me distrae, probablemente ambos moriremos.

De hecho, era muy poco verosímil que los traidores supieran siquiera que la *Bellus* estaba allí, y aún menos que supieran lo que estaba pasando en la superficie del casco. Sin embargo, los sagrados edictos redactados sobre las ruinas de la época de la Herejía, y reunidos en el Codex Astartes, el libro que dictaba el comportamiento y las tácticas de combate de los marines espaciales, exigían que nadie saliera solo al espacio exterior. Rafen también se preguntó el motivo por el que lo habían escogido para acompañar y proteger a Lucion. No era una tarea exenta de riesgos. Si el adepto cometía un error o hacía algo que disgustase al espíritu máquina de la mina, su cercanía a la explosión resultante los convertiría a los dos en simples volutas de plasma. «Una idea tranquilizadora», reflexionó.

La tarea del tecnomarine atrajo la atención de Rafen, pero tan sólo unos instantes.

Nunca había sentido curiosidad por el intrincado funcionamiento de las máquinas que constituían el poder del Imperio. Aparte del típico entrenamiento en el mantenimiento operativo de las armas que empleaba, Rafen simplemente aceptaba que la tecnología del capítulo le servía y era útil a su propósito; estaba, como él, al servicio del Emperador. No sentía ningún deseo de adentrarse en las doctrinas del Dios Máquina, el aspecto divergente del divino gobernante al que los Adeptus Mechanicus juraban fidelidad. Oyó cómo Lucion musitaba una plegaria de agradecimiento al Omnissiah cuando el panel de acceso giró sobre las bisagras de varios siglos de antigüedad.

Rafen echó un vistazo por encima del hombro hacia el resto del casco de la *Bellus*. Oscura y en silencio, la enorme nave estelar parecía menos una máquina de guerra preparada para el combate que un paisaje agreste arrancado de la superficie de un planeta y que había acabado flotando en el vacío como una isla helada. La torre de mando angular se alzaba por encima de la llanura de las cubiertas de la zona media, tan amplia y tan amenazante como una masa de nubes negras. Los cierres de seguridad de las ventanas y las demás aberturas no dejaban escapar ni un solo rayo de luz. Nada delataba las intenciones de los tripulantes de la *Bellus* de lanzar una lluvia de muerte roja sobre los señores malditos de Shenlong.

Si se utilizaba el fuselaje dorsal de la *Bellus* como punto de referencia, Shenlong flotaba sobre él como una gigantesca luna que avanzaba a lo largo de la nave. Badelt, el verdadero satélite del mundo forja, no era visible desde aquel ángulo. La órbita de la nave la habían diseñado con mucho cuidado los navegantes de Ideon para asegurarse de que la luz de la estrella que iluminaba el sistema y que se reflejaba en el satélite no revelase la presencia de la barcaza de combate en cualquiera de los telescopios ópticos del planeta. Rafen se quedó contemplando la lenta ascensión del astro. Iba girando y cayendo en la noche mientras avanzaba, tornándose gris a medida que el día desaparecía. El ángel sangriento observó con atención la superficie cada vez más oscura y vio el resplandor de las ciudades envueltas en llamas y las grandes nubes iluminadas por abajo en los puntos donde las bombas tácticas nucleares habían rasgado la tierra dejando cicatrices radiactivas. Ni siquiera bajo la potente luz del día se podía contemplar la verdadera superficie de Shenlong. Los largos milenios de gases de combustión y de humos expulsados por catedrales-factoría tan grandes como países habían cubierto la atmósfera del mundo con una sucia capa de contaminación.

Rafen sintió aquel familiar picor en los dedos. Allí abajo había incontables Portadores de la Palabra derribando e incendiando la obra del Emperador, a la vez que se dedicaban a erigir sus propios templos impíos y a atormentar a la población. Incluso aunque la parte racional y lógica de su mente sabía que las fuerzas enemigas eran muy superiores en número, la pasión que sentía en la sangre deseaba ansiosamente una oportunidad de matar y destruir a la escoria del Caos. Cuando se dirigieron de camino hacia la compuerta estanca para salir al exterior, tanto Lucion

como él sintieron ya la impaciencia en el ambiente. A su alrededor los guerreros se preparaban mentalmente para el combate o aprestaban las armas. Algunos estaban sentados a los pies de los capellanes de combate con las cabezas inclinadas mientras rezaban las plegarias de guerra. Era algo casi palpable, como un rastro oloroso en el aire. La poderosa ansia de la sangre derramada por Sanguinius se esforzaba por liberarse en forma de un infierno carmesí contra todos los que se atrevían a oponerse al Dios Emperador de la humanidad. Los labios de Rafen dejaron al descubierto los dientes por la impaciencia, y los colmillos dibujaron una mueca depredadora en el rostro. Todo aquello casi era suficiente para distraerle de sus preocupaciones más graves. Casi.

Miró hacia el punto de la oscura superficie de Shenlong donde, según sus cálculos aproximados, se encontraba la capital del planeta, y en su centro, el edificio de ferrocemento que constituía la fortaleza Ikari. Rafen había oído decir que la fortaleza era equiparable a cualquiera de los monasterios-fortaleza de los Adeptus Astartes. Era una enorme fortificación desde la que se podía gobernar todo el planeta. Los libros de historia decían que la fortaleza Ikari la había inspeccionado en persona el propio Rogal Dorn, el primarca del capítulo de los Puños Imperiales. Al parecer, Dorn la había considerado «adecuada», todo un elogio si procedía del ecuánime señor de los mejores maestros de asedios del Imperio. Rafen sintió que su inquietud crecía al darse cuenta de lo mucho que tendrían que luchar los Ángeles Sangrientos para conquistar semejante fortaleza.

Apartó la mirada del planeta, a la vez que procuraba apartar también los temores que se le agolpaban en el fondo de la mente. Aquellas distracciones eran un cáncer para cualquier miembro de las Legiones Astartes. La menor sombra de duda podía convertirse en un titubeo que le costara la vida en el campo de batalla. La conquista de Shenlong ya sería lo bastante difícil de por sí para que además se permitiera perder la concentración en otros asuntos. Pensaba en todo aquello cuando Lucion le hizo algo a la mina y el brillo verde de los instrumentos de la cabeza de combate se apagó. El tecnomarine había completado su tarea, así que se apartó de la munición ya inactiva y, de nuevo, murmuró una breve plegaria de agradecimiento. El rezo de Lucion llegó como un murmullo al casco de Rafen, pero pudo distinguir las palabras de respeto dirigidas a Sanguinius, al Dios Máquina… y a su hermano.

«Ha mencionado el nombre de Arkio con el mismo respeto que el de nuestro primarca y el del Emperador. —Rafen apenas podía creérselo—. ¿Qué clase de locura es ésta?».

Lucion se giró para mirarlo, y algo en la postura del tecnomarine le indicó a Rafen que sabía que le había oído.

—El espíritu del arma ha quedado silenciado —dijo con cautela—. Ahora duerme.

—¿Lo dejamos ahí, sin más? —Rafen quedó sorprendido por el tono airado de su propia voz—. ¿Enganchada al casco como si fuera una pulga?

El tecnomarine negó con la cabeza.

—Ya no puede estallar, hermano. Ni siquiera un rayo de energía del Omnissiah podría despertarla.

—Muy bien. Entonces, vámonos.

Rafen sofocó la ira que sentía y comenzó el camino de regreso por el casco. Lucion se colocó a su lado sin gran esfuerzo, ya que las pisadas de Rafen eran lentas.

Después de un largo instante, Lucion habló de nuevo. Lo hizo con el tono de voz expectante de un niño.

—¿Puedo hacerte una pregunta, Rafen? ¿Cómo es tu hermano?

Rafen sonrió con disgusto detrás de la máscara respiratoria del casco.

—¿Qué cómo es? Es un ángel sangriento —le contestó con voz seca—. Es mi hermano.

—Pero su comportamiento, lo que piensa… —insistió Lucion—. Antes no le conocía. ¿Cómo era de joven?

La idolatría del tecnomarine enfureció más todavía a Rafen. Miró fijamente a Lucion, y éste se detuvo.

—¿Qué quieres que te diga, Lucion? ¿Qué partía piedras por la mitad con sólo decir una palabra? ¿Qué cayó del cielo sostenido por unas alas de fuego? —Se dio la vuelta y abrió la compuerta estanca exterior—. Arkio es un marine espacial, ni más ni menos. Pregúntaselo tú y te contestará lo mismo.

Entró en la cámara de paso sin mirar si Lucion lo seguía. Su humor era tan sombrío como el cielo de Shenlong.



Stele recorría los pasillos de la *Bellus* como una sombra, una presencia fantasmal al límite de la percepción. Vigiló la más mínima presencia de cualquier esencia mental más allá de las paredes del casco, alerta ante la menor posibilidad de que alguna clase de pensamiento se filtrase por el metal y lo captasen los psíquicos traidores que había en el planeta. No descubrió nada, así que sonrió levemente. Los actores y el escenario estaban preparados para la representación del siguiente gran acto de la obra, y Stele disfrutó más de la emoción que del riesgo de aquella estratagema.

Ramius siempre se había sentido más vivo cuando ideaba y ejecutaba sus planes, incluso desde sus comienzos en la ordo. Después de todo, se suponía que eso era lo habitual en su grupo. Consideraba el desarrollo de los programas y de los contraprogramas un mecanismo de relojería perfecto, una gran creación de engranajes y dispositivos realizados a partir de las emociones de los individuos. A Stele nunca le aburría el tenso y agradable sentimiento de anticipación que momentos semejantes a

aquél destilaban, cuando se disponía a poner en marcha todo el mecanismo. Había querido una guerra en Shenlong desde el principio, y sería sangrienta y gloriosa.

La *Bellus*, vigilante y silenciosa como una tumba, se encontraba ya en una órbita baja y a la espera. No desprendía ninguna clase de emisión de energía, y a bordo no se efectuaba acción alguna sin la deliberación y las precauciones adecuadas. Para los ojos mecánicos de la superficie, la nave de combate no parecía más que uno de los miles de restos espaciales que flotaban en el cielo nocturno antes de arder en llamas en la reentrada a la atmósfera.

El inquisidor abandonó los lugares repletos de siervos del capítulo y de guerreros que preparaban el equipo de combate, y regresó a sus aposentos. Stele necesitaba ir vestido para la ocasión, y las ropas que llevaba para recorrer la nave no eran las apropiadas. Tenía un hábito de piel de grox que sería más adecuado para las circunstancias.

La mano de Stele voló por puro reflejo hacia la cuchilla que llevaba oculta en la cintura cuando entró en sus estancias. Había intrusos, y el breve momento de autosatisfacción le había cegado sobre su presencia. Tenía los dedos al lado de la empuñadura cuando logró detenerse. En mitad de la estancia había siete marines espaciales formando una semicircunferencia. Todos alzaron las armas al mismo tiempo al ver el súbito movimiento. Stele reprimió una mueca de disgusto y convirtió el movimiento agresivo en un gesto casual, como si se fuera a limpiar algunas motas de polvo de la capa. Ocultó muy bien su irritación gracias a los largos años de práctica, a sabiendas de que los ángeles sangrientos allí presentes estaban atentos a todo lo que se refería a su persona.

En el centro del grupo estaba el hermano sargento Koris. El color carmesí de su armadura parecía completamente fuera de lugar en el ambiente oscuro del aposento de Stele, y por supuesto, así era, ya que sólo el inquisidor podía permitir la entrada de un marine espacial. La presencia de Koris y los demás en aquel momento y lugar era un mensaje muy poco sutil de parte del veterano guerrero: «No puedes dejarnos fuera».

—Mi señor inquisidor —dijo Koris en un tono de voz neutro—, desearía hablar con vos.

Stele hizo un gesto educado de asentimiento con la cabeza y entró en la estancia como si hubiera sido él quien hubiera convocado la reunión.

—Por supuesto, honorable sargento. ¿En qué puedo ayudarle?

En las sombras de un extremo del aposento, detrás de un pedestal, se escondía uno de los ilotas de Stele. El inquisidor le lanzó una mirada furibunda al servidor esclavo. Aquella criatura patética pagaría por no haberle avisado de la llegada de los marines.

—La misión que estamos a punto de comenzar nos preocupa a muchos —le dijo

Koris—. Aunque deseamos ver muertos a los traidores, nos preocupa que la superioridad numérica convierta el ataque en una matanza para nosotros.

Stele estudió con cuidado los rostros de los ángeles sangrientos que tenía delante. Al igual que Koris, todos eran veteranos curtidos con cientos de años de experiencia en combate. La mayoría de ellos eran supervivientes de la compañía de Simeon en Cybele, pero también había sargentos del contingente a bordo de la *Bellus*. Ninguno era un cobarde o alguien a quien le intimidara el combate. Eran guerreros inteligentes y despiadados, que conocían la clase de picadora de carne humana en la que se iban a meter. El inquisidor no mostró ninguno de aquellos pensamientos en el rostro.

—Su tarea no es cuestionar la palabra del Emperador. Si él ordena que se marche a la muerte, pues se marcha a la muerte.

Stele habló con voz despreocupada, como quien comenta el sabor del vino.

—Eso es lo que haríamos —contestó Koris, entrecerrando los ojos—, pero ésa no es su orden. Las habilidades del sacerdote Sachiel respecto a la Sangre de los Ángeles Sangrientos son incuestionables, mi señor, pero no es un individuo táctico. Planea emplear todas nuestras fuerzas en un asalto general…, y temo que nuestros hermanos se estrellen contra los muros mientras los Portadores de la Palabra apenas sufren bajas. Una serie de incursiones bien preparadas sería algo mucho más eficaz.

—¿Por qué me cuenta todo esto?

—Porque, si no le importa que se lo diga, todos sabemos que Sachiel le hace caso. ¿Podría interceder para que cambiara los planes?

Stele miró a Koris con expresión aburrida.

—Sin duda, ya le habrá comentado todas estas preocupaciones, pero él ha preferido ignorar sus consejos.

El sargento asintió con fiereza.

—Sugirió que quizá le falta fe. —Stele dio un paso para acercarse a Koris—. ¿Es así?

La furia iluminó la mirada del veterano guerrero.

—Soy un hijo de Sanguinius —contestó con un siseo—. ¡Mi fe es tan fuerte como la roca!

«Qué fácil es provocar la furia de un guerrero». El marine estaba siguiendo el sendero que Stele iba abriendo para él. No era más que otra pieza de la maquinaria que marchaba haciendo tictac por la ruta que le habían marcado.

—No lo dudo, pero entonces, ¿por qué no comparte nuestra certidumbre en la victoria? Sachiel cree, al igual que yo, que el primarca nos ha bendecido. ¿Duda de ello?

La duda se asomó por primera vez al rostro del sargento.

—Nosotros… Yo…, no estoy seguro. —Se lamió los labios por el nerviosismo—. Ése joven, Arkio…, Es difícil aceptar…

«La simplicidad —se dijo Stele—. Es tan fácil manipular a personas como Koris. Fingen poner en tela de juicio su dogma, pero en realidad son los defensores más inflexibles de la fe».

—Koris, ¿cree que a mí me fue fácil aceptarlo? ¿A mí, que he viajado a miles de mundos y he visto cosas que hielan la sangre y elevan el ánimo? Podrá regresar a su planeta natal después de que el ataque contra Shenlong haya acabado para recibir honores de héroe, ¡pero para eso deberá librarse de su escepticismo!

—Pero ¿no fue el propio comandante Dante quien dijo que un ángel sangriento que no se hace preguntas no es más que un servidor sin mente? ¡No puedo aceptar que venceremos en Shenlong basándome en la fe!

Koris apartó la mirada, sorprendido por su propio arranque verbal.

El inquisidor soltó un suspiro ya preparado y cambió de estrategia sin transición alguna. Como ocurría con todos los planes que diseñaba, Stele lo mantenía bajo una capa protectora de mentiras. El asesinato de Horin, el corazón ennegrecido sacado del cadáver del portador de la palabra…, todo no era más que una maniobra de distracción para ocultar el verdadero plan del inquisidor. En ese momento se dispuso a preparar otra falsedad, una afilada y dirigida como un proyectil contra el punto débil de los Ángeles Sangrientos: su sentido del deber.

—Muy bien, sargento, pues no me deja otra elección. Lo que voy a contarle no debe salir de este lugar.

Stele se acercó al proyector hololítico y cargó un plano de la fortaleza Ikari. Al igual que la mayoría de planos sobre la fortaleza pétrea, era vago y simple, pero aquél era diferente de los que había en el librarium de la *Bellus*. Bajo la construcción se veía un profundo pasadizo.

—Quiero que me lo jure, Koris —dijo Stele con voz decidida—. Todos.

Cada ángel sangriento miró al veterano, que asintió.

—Lo juramos.

Stele señaló al plano falseado, que hacía perfecto el engaño.

—Sachiel es un buen sacerdote, pero no es, como ha indicado, un guerrero como nosotros, y por eso le he mantenido oculta esta información. —Miró a los marines, que estaban pendientes de cada palabra que decía. Se introdujo en sus mentes con suavidad y los hizo un poco más receptivos a esas palabras—. Sólo un pequeño grupo de personas saben que la fortaleza Ikari oculta un antiguo laboratorio del Adeptus Mechanicus, y que en su interior se encuentra un artefacto de un poder increíble. —El holograma mostró la imagen borrosa de un portal a la telaraña eldar—. Nuestro objetivo en Shenlong no es derrotar a los Portadores de la Palabra, como cree Sachiel, sino recuperar o destruir ese artefacto, bajo pena de muerte. —Stele asintió en dirección a Koris con un gesto de camaradería—. ¿Comprende ahora la importancia de esta misión?

El sargento examinó con cuidado los planos. Stele se mantuvo impasible: la falsificación era impecable, y sin duda alguna, lo bastante buena como para engañar a un marine espacial normal. En realidad, los pisos inferiores de la fortaleza Ikari no ocultaban otra cosa que un sistema de reciclado de desechos y una serie de pasillos de celdas de tortura. Aquella mentira le serviría para acallar a Koris y obligarlo a cumplir su deber. A lo largo de los diez años de servicio que había pasado a bordo de la *Bellus*, el inquisidor se había dado cuenta de que todas las personas necesitaban algo en lo que creer, y la propia naturaleza de los marines espaciales los impelía al deseo de tener una causa. Si Koris y los demás disidentes no estaban dispuestos a seguir a Arkio, entonces tan sólo sería cuestión de inventarse una razón por la que estuvieran dispuestos a morir.

Cuando el veterano habló, Stele supo que lo había embaucado.

—¿Por qué no lo ha contado antes? ¿Por qué lo ha mantenido oculto, inquisidor?

—Ya conoce el modo de actuar de la Ordo Hereticus —le contestó Stele con un tono de voz confidencial—. Ordenarían que me ejecutaran si supieran que les he contado todo esto, pero siempre he confiado en la palabra de un ángel sangriento.

Koris se quedó pensativo durante un momento.

—Pues entonces, cumpliremos la misión tal como lo ordena Sachiel. Nos costará, pero no podemos permitir que esa escoria del Caos posea semejante amenaza contra el Imperio.

Stele estaba riéndose a carcajadas de ellos en su interior.

—¿Incluso si les cuesta la vida?

El sargento se limitó a asentir, y el inquisidor se dio la vuelta para llamar a un servidor.

—Entonces, hermanos camaradas, antes de que partan para prepararse para el asalto, debo pedirles un pequeño favor.

—¿Qué es? —le preguntó Koris con voz cautelosa.

El servidor regresó con una bandeja. En ella llevaba una réplica del Grial Rojo y ocho copas de metal repujado.

—Quisiera compartir un brindis con todos ustedes. —Sirvió un chorro de espeso líquido carmesí en cada copa, y todos cogieron una—. ¡Por la victoria en Shenlong! —dijo Stele—. ¡Por la gloria del Emperador y de Sanguinius!

—Por la gloria del Emperador y de Sanguinius.

Los siete marines repitieron las palabras al unísono y bebieron de las copas. Todos se quedaron callados por largo tiempo antes de que el sargento veterano hablara de nuevo.

—Quizá… haya sido un poco precipitado a la hora de juzgarlo, mi señor inquisidor.

—Forma parte de mi trabajo —le comentó Stele. El sargento no dijo nada más y

tras despedirse de un modo circunspecto, los marines salieron de la estancia.

Stele pronunció una palabra de poder y lanzó un conjuro mental que selló la compuerta de iris en cuanto hubieron pasado. Luego, se bebió el resto del fluido del cáliz y soltó una carcajada odiosa. El líquido le bajó borboteando por la barbilla y cayó goteando al suelo. Era sangre sagrada, en cierto modo, pero no el fluido vital de Sanguinius.

Miró al acobardado servidor y se detuvo un momento antes derribarlo al suelo a golpes. Luego, con deliberación y lentitud, le aplastó la garganta con la pesada bota.

Satisfecho, tomó impulso con el brazo y lanzó la copa contra la pared de la estancia, donde se partió en mil pedazos con un chasquido húmedo.

«Esos idiotas aprenderán demasiado tarde que nadie me estropea los planes —se dijo a sí mismo—. ¡El cielo de Shenlong se llenará de sangre!».

—¡Yo lo ordeno! —gritó, y la voz resonó en el aposento vacío.



DIEZ

Rafen inclinó la cabeza cuando el Himno Barbarroja llegó a su punto culminante. Mil voces elevaban las palabras sagradas al techo de la cubierta de lanzamiento. Los Ángeles Sangrientos le rezaban al primarca y al Dios Emperador por todos lados. Cuando acabó el himno pasó la mano desnuda por la superficie del bólter para tocar las inscripciones que había grabado con esfuerzo y paciencia a lo largo de las largas décadas de servicio. No había dos armas iguales en funcionamiento en todo el capítulo. Cada marine transformaba la suya en una combinación de objeto letal y objeto de rezo. El bólter de Rafen llevaba escrita una lista con cada batalla que había librado, además de incluir pasajes de sus capítulos favoritos del Libro de los Señores. Se lo sabía todo de memoria, pero la reconfortante presencia de aquellas palabras reforzaba su ánimo. Apuntó el arma lejos de su cuerpo, abrió la recámara según el ritual y esperó la bendición de combate del capellán.

Paseó la mirada por la cubierta. Las columnas de vehículos iban entrando poco a poco en las naves de desembarco Thunderhawk. Los tanques Predator de la clase Baal pasaban rugientes al lado de los transportes Rhino y Razorback. Tanto él como la mayoría de los marines de los Ángeles Sangrientos tomarían una ruta diferente para bajar a la superficie de Shenlong; las alargadas formas de las cápsulas de desembarco del tipo Deathwind ya estaban abiertas delante de las tropas allí reunidas. A Rafen se le ocurrió que parecían las semillas de alguna extraña clase de planta metálica gigante. En cierto modo, así era. Cuando cayeran sobre los Portadores de la Palabra sembrarían el germen de la venganza del Emperador sobre el mundo forja robado.

Un tumulto repentino le llamó la atención. Varios marines hablaban con voces apresuradas en la parte delantera. Todos rompieron filas para rodear a otro marine. Rafen se levantó de la posición arrodillada en la que se encontraba y se acercó también. Vio a Turcio entre ellos, y el hermano de batalla se giró para hablarle.

—Rafen, sería mejor que no te acercaras más…

Lo echó a un lado de un empujón y vio al sargento Koris arrodillado a su vez, concentrado en lo que parecía una reverente e intensa oración. De repente, el cuerpo del veterano guerrero se estremeció y de sus labios se escapó un gruñido profundo. Rafen sintió frío en el estómago: había reconocido los síntomas de inmediato.

—¿Cuándo…?

—Estaba de un humor sombrío cuando llegó —susurró Turcio—. A medida que avanzaba el himno, parecía más y más distraído. —El ángel sangriento se mojó los labios resecos—. Me temo que ya es asunto del capellán.

Rafen no le hizo caso y se puso en cuclillas para mirar a Koris cara a cara.

—¿Hermano sargento? ¿Me oye?

Koris alzó la cabeza, y a Rafen se le hizo un nudo en la garganta. El rostro del veterano estaba enrojecido por una rabia apenas contenida. Los ojos se habían convertido en dos pozos negros de odio animal. Dejó los colmillos al descubierto y soltó un espumarajo al hacerlo.

—¡Rafen! —exclamó—. ¿Oyes las alas, las oyes? ¡El sonido del enemigo al llegar y los aullidos del maldito Horus! —Los músculos del cuello del sargento se pusieron tensos como cables cuando intentó contener la furia que sentía—. ¡Han entrado en el palacio del Emperador! —Soltó un siseo entre dientes—. ¿Está pasando de verdad? Lo veo y a la vez no lo veo… ¡La copa! ¿Será veneno?

Turcio asintió con un gesto seco.

—Es la rabia negra.

La maldición genética. Hablar de ella era un asunto casi tabú entre los Ángeles Sangrientos, y sin embargo, la rabia negra, la imperfección, la sed roja, fuese cual fuese el nombre que recibiese, era lo que definía el carácter del capítulo. Los eruditos sobre los marines espaciales y los historiadores de Baal hablaban a menudo con gran reverencia acerca del legado genético del gran Sanguinius. Era tal la potencia de la semilla genética del más puro que, incluso diez mil años después de su muerte a manos del traidor señor de la guerra Horus, el eco psíquico de aquel terrible enfrentamiento estaba impreso de forma indeleble en las células de todos los Ángeles Sangrientos. El poder de aquel trauma se reactivaba en ellos en momentos de gran tensión, como le había ocurrido a Koris. Todos conocían la tremenda atracción de la rabia cuando los llamaba desde los límites de su frenesí de combate, pero resistirse a la locura era la prueba constante de su carácter. Ésa fuerza que acechaba en la memoria colectiva de los guerreros de Baal salía a veces a flote, y era en momentos como ése, en vísperas de una batalla, cuando un ángel sangriento se veía consumido por los recuerdos impresos en los genes. Veían el mundo tal como lo había visto Sanguinius, y llegaban a creerse el propio primarca, enfrentado en un combate a muerte con Horus mientras Terra ardía. Para los hombres a los que les pasaba eso, las puertas de la locura se abrían de par en par.

Rafen le puso las manos en los hombros al sargento.

—Koris, escúchame. Soy Rafen, tu amigo y discípulo. Me conoces.

—Sí… —logró articular Koris—. Debes tener cuidado… ¡Ésa sangre fétida! El cáliz corrupto…

—Son visiones que tienes. No debes permitir que te superen, ¡o la rabia se apoderará de tu razón!

La mirada de Koris pareció aclararse por un momento, pero fue demasiado breve.

—¡Siento el dolor de su muerte como si fuera la mía propia! Me corre por las venas… Pero hay algo… raro.

Rafen se percató de que se acercaba una figura de armadura negra.

—Hermano, hazte a un lado —le dijo Turcio—. ¡No debes interferir!

—¿Qué ocurre aquí?

El marine apartó la vista del veterano y miró la monstruosa máscara en forma de cráneo del capellán. Rafen lo reconoció: era el hermano Delos, el mismo que se había acercado a hablar con Arkio en la gran sala de celebraciones.

—Eminencia —lo saludó Turcio—, me temo que el honorable sargento Koris se encuentra al borde de la imperfección.

—¡Basta! ¡No quiero oír nada de eso! ¡Koris se ha enfrentado cara a cara a la rabia mil veces y siempre ha mantenido a salvo su alma! ¡Hoy no será diferente!

Rafen supo que eso no era cierto nada más decirlo.

Delos se abrió la visera del casco y le puso una mano en el brazo a Rafen.

—Hermano, no puedes mantenerlo entre nosotros con palabras —le dijo con voz suave—. La sed se lleva a los mejores…, Lestrallio, Tycho en Tempestora, hasta Mephiston…

—¡Mephiston no se rindió! —gritó Rafen.

El capellán estudió a Koris con ojo experto.

—Mephiston ha sido el único. Tu mentor no podrá resistir mucho más. Hermano, ¿vas a dejar que enloquezca por el dolor? ¿O me permitirás concederle la oportunidad de encontrar la paz?

Rafen sintió que no podía seguir. Delos tenía razón.

—¿Por qué ahora? ¡La rabia no aparece así porque sí! He luchado junto a Koris una y otra vez, ¡y jamás lo había visto de ese modo!

—Nadie puede saber los misterios del gran ángel —contestó Delos con solemnidad mientras ayudaba a Koris a ponerse en pie.

El veterano tenía ya la mirada vidriosa, y todos supieron que lo que estaba viendo en esos momentos no era la cubierta de la *Bellus*, sino un combate que había tenido lugar diez mil años antes.

Rafen sintió unos terribles remordimientos cuando Delos llamó con un gesto a otra figura de armadura negra para que se llevara a Koris. El sargento se puso tenso y gruñó por encima del hombro.

—¡Rafen! ¡Ten cuidado…! ¡Traidores!

Turcio negó con la cabeza con gesto triste.

—Ya confunde este momento con el duelo contra Horus.

—¿Estás seguro? —le respondió Rafen con amargura.

Delos sopesó el crozius arcanum que empuñaba. Las alas rojas del emblema en forma de calavera reflejaban la leve luz.

—Koris no es el primero en sucumbir hoy a la sed, y me temo que no será el último. Es otro augurio de que Sanguinius está cerca de nosotros; algunos perecerán consumidos por su resplandor.

El jefe de capellanes efectuó una leve señal y los demás sacerdotes de los Ángeles Sangrientos iniciaron el cántico sombrío de la misa de la muerte.

—El moripatris —murmuró Turcio—. Se ha abierto el camino a la Compañía de la Muerte.

—¡Algo no va bien!

La voz de Rafen era un gruñido furioso. El veterano guerrero había sido su mentor desde que podía recordar, un sucesor de su padre, convertido mucho tiempo atrás en polvo en las tierras de la meseta rota. Le parecía inconcebible dejar que se fuera sin más después de librar tantas batallas encarnizadas.

—¡Ya lo habéis oído! ¡Aquí pasa algo raro!

Rafen se dio cuenta demasiado tarde de que había llamado la atención de quien no quería. Vio cómo el inquisidor Stele lo miraba fijamente desde una pasarela de la parte superior de la cubierta. El inquisidor llegó abajo poco después, seguido muy de cerca por Sachiel, y se acercó hasta él.

—¿Qué es lo que ha dicho Koris? —preguntó sin más preámbulo.

—Habló de traidores —contestó Rafen—. Habló de cálices envenenados.

Stele no dijo nada mientras Sachiel asentía de forma pensativa.

—Era de esperar. Con la rabia se confunden muchas cosas. Koris, sin duda, se refería a los traidores de Horus.

—Traidores que servían al Caos mientras fingían servir al Imperio.

Rafen dijo aquello antes de que pudiera contenerse.

—Al principio. —Stele tensó la mandíbula—. Pero Horus se había vuelto contra el Emperador mucho antes de enfrentarse contra Sanguinius. —El inquisidor miró a Sachiel al ver que Rafen no contestaba—. Sacerdote, será su autoridad la que se verá afectada por la pérdida del sargento Koris.

—Servirá al capítulo en las puertas de la sed como lo haría en cualquier otro caso —dijo Sachiel, haciendo caso omiso de la mirada apenada de Rafen—. Se unirá a la Compañía de la Muerte, lo mismo que harán todos los que sucumban. —Dio un paso adelante y le señaló—. Hermano Rafen, tomarás el mando de la escuadra del sargento durante el ataque a Shenlong.

Rafen inclinó levemente la cabeza tal como indicaba el protocolo en señal de obediencia.

—A sus órdenes.

—¡A las armas! —dijo Sachiel en alta voz para que todos le oyeran.

Los sonidos de los cánticos y de los gemidos que retumbaban fuera de las murallas de la fortaleza Ikari convertían el cielo lleno de humo de Shenlong en un infernal concierto discordante. Iskavan se apartó de la ventana para contemplar el interior de la capilla dañado por los incendios. Pasó la mirada por encima de Falkir, el comandante de los Portadores de la Palabra al mando de las fuerzas de ocupación en el planeta.

—Deseo preguntarle al apóstol oscuro en qué puedo servirlo —dijo el marine traidor.

Su voz ronca resonó por todo el lugar.

Iskavan contempló de manera apreciativa la forma voluptuosa de una diablilla de Slaanesh, y luego se volvió hacia Falkir.

—Es lo que debes hacer, castellano. —Soltó una breve risa al mencionar el cargo honorífico, como si le hiciera gracia—. Que las tropas vuelvan a sus puestos y se preparen para el combate. Abre las jaulas de las bestias. Que tengan listas las armas.

Falkir hizo una mueca y miró a Tancred. El torturador le devolvió la mirada con una expresión neutral al comandante de la guarnición de Shenlong. No estaba dispuesto a implicarse lo más mínimo en la discusión.

—Eminencia, ¡este patético mundo no se merece nuestra atención! Admito que parte del ganado humano todavía se resiste a la verdad que Lorgar les ha traído, pero nos encargaremos de que…

—¡Idiota! —le soltó Iskavan, interrumpiéndolo—. ¡No me importa nada esa carne de la que eres señor en esta bola de metal oxidado! ¡Ellos no son la amenaza! ¡Te ordeno que te prepares para un enemigo exterior!

El comportamiento educado y obsequioso de Falkir desapareció de inmediato.

—¿Lo he entendido bien? ¿Habéis venido a mi valioso planeta con el enemigo pegado a los talones?

—¿Cómo te atreves? —El apóstol cerró la mano, que se convirtió en una bola de pinchos—. ¡Te he dado unas órdenes! ¡Cúmplelas!

Falkir escupió al suelo.

—El cielo de Shenlong está repleto de artefactos letales. Ningún humano puede penetrar el campo de minas.

—Ya vienen. —Iskavan apartó la mirada y contempló el cielo nocturno—. El propio Garand lo ha dicho. Vendrán y nosotros los aplastaremos en el yunque de nuestro odio.

—¿Qué clase de profecía es ésa? —quiso saber Falkir—. Habéis venido con una tarea inútil…

Un fuerte destello en el horizonte convirtió la noche en día. El estruendo llegó poco después a los muros de la fortaleza. Iskavan miró cara a cara a Falkir con una fría sonrisa en el rostro.

—¿Lo ves?

Otro gran fogonazo ilumino el cielo de nuevo, pero más cerca. Se oyó uno más, y el siguiente estremeció a la fortaleza como si hubiera un terremoto.



No era cierto que los marines espaciales no conocieran el miedo. Todos los guerreros conocen el poder de esa emoción primaria, pero a diferencia de los hombres comunes que servían en otros ejércitos, los Adeptus Astartes dominaban su miedo. Lo cogían, lo moldeaban y lo utilizaban contra sus enemigos. Asumían su misión y se convertían en la encarnación del miedo. Para ellos era un camarada apreciado, que se unía a ellos en cada combate y que les ayudaba a agudizar su ansia por una lucha feroz. El capellán Delos lo asumió cuando el Thunderhawk de la Compañía de la Muerte atravesó la capa de nubes que cubría Shenlong y se dirigió en línea recta hacia la fortaleza Ikari.

Una decena de cañoneras de color carmesí siguieron a la aeronave negra en formación delta, iluminadas por los incendios que azotaban la capital. Las grandes bolas de fuego de los disparos antiaéreos acribillaban el aire. Las alas de las aeronaves se balanceaban cuando pasaban por las repentinas corrientes ascendentes y las zonas de turbulencia. A la cabeza de la invasión de los Ángeles Sangrientos, en la punta de la lanza, se encontraba la aullante Thunderhawk de color ébano lanzada a toda velocidad contra las murallas de la fortaleza y que disparaba con todas sus armas hacia allí. La nave era tan oscura como la noche, con tan sólo algunos detalles pintados de rojo carmesí sobre el fuselaje. Dentro de la nave se repetía el mismo esquema de color, al igual que en las armaduras de los hombres que se removían inquietos y gruñían a enemigos invisibles. Cada guerrero llevaba cambiado de forma ritual el color del equipo de combate. El carmesí de la armadura había desaparecido bajo una capa de pintura negra, salvo en lugares donde se veían aspas rojas. Negro como la muerte y rojo como la destrucción. Todos aullaban por la aniquilación.

Delos vigilaba a todos los guerreros que tenía delante. Sólo él mantenía la cordura al ser el capellán de la Compañía de la Muerte. Todos los demás marines estaban sometidos al terrible poder de la rabia negra. Algunos guardaban silencio, sumidos en sus propios pensamientos, mientras que otros aullaban formando un coro enloquecido contra enemigos muertos mucho tiempo atrás. Ésa era la tarea de Delos: llevar a los que habían caído de la gracia hasta las fauces del combate. Lucharían con la seguridad de guerreros que no temían a la muerte, pues sus miedos habían sido arrastrados por la marea de sangre. Delos no era más que el pastor, un guía que servía

tan sólo para dirigir y después soltar aquellas pobres almas en el torbellino siniestro del combate.

—¡La barrera ha caído! —gritó una voz, y Delos vio que Koris se revolvía contra los arneses a la vez que llevaba una mano a la empuñadura de la espada de energía de color bronce—. ¡Horus ha quedado al descubierto, Dorn! ¡Llama a Guilliman y lancémonos al ataque!

El capellán no pudo impedir fruncir el entrecejo al oír aquello. «Está inmerso en los recuerdos del primarca y nos ve como si fuéramos personajes del pasado».

—Por supuesto, hermano —le contestó—. Así se hará.

—¡Grabaré mi nombre en el corazón de ese architraidor! —dijo Koris—. ¡Allí! ¡Allí está el nido de los enemigos!

Delos vio una silueta surgir de las nubes de contaminación: la fortaleza Ikari. Era un volcán que sobresalía en mitad de la ciudad. La gigantesca construcción cónica se alzaba rematada por una meseta repleta de torres artilladas que apuntaban hacia el cielo. En la zona media de la fortaleza se veían los montajes de cohetes, entre las balconadas y los restos de decoraciones destrozadas.

Las armas giraron para apuntar contra las Thunderhawks, y el vuelo se hizo más violento. El capellán estudió con detenimiento los puntos donde los rayos disparados desde la órbita habían acertado… Allí, al oeste: una amplia grieta en la muralla pedía a gritos que la ampliaran más todavía.

Koris se echó hacia atrás y soltó un gemido.

—¡La sangre! —dijo con los dientes apretados—. ¡La copa de sangre estaba envenenada! ¡Maldito sea!

Delos alargó una mano para tranquilizarlo sin dejar de vigilar su comportamiento. El capellán había conducido a muchos marines de los Ángeles Sangrientos a su último combate en la Compañía de la Muerte, y cada uno de ellos tomaba un camino diferente hacia el abismo.

—¡Maldito sea! ¡Quiere destruirnos a todos!

Delos asintió con lentitud.

—Horus morirá, hermano. Acabaremos con él.

—¡Horus ya está muerto! —gritó Koris, y su mirada pareció aclararse por un momento—. El traidor… ¡Stele!

El dolor se apoderó del veterano, y el cuerpo se le puso rígido.

El capellán asintió de nuevo malinterpretando las palabras.

—No temas, Koris. Lord Stele sabrá de tu valentía…

Delos no pudo terminar la frase, ya que un láser arrancó un trozo del tren de aterrizaje.

—¡Informe! —le ordenó a gritos al piloto.

—¡Nos han averiado y no podremos aterrizar! —fue la respuesta.

—¡Pues entonces no aterrizaremos! —contestó Delos—. Toda la energía a los cohetes. Llévanos hasta esa brecha. ¡Suelta todas las armas y la munición, abre los sellos del alma de la máquina!

El capellán tiró de una palanca sin esperar a ver si se cumplían las órdenes, y a lo largo del casco estallaron una serie de pernos. Varias placas de acero volaron por los aires cuando las escotillas de la Thunderhawk salieron despedidas, al mismo tiempo que los arneses de sujeción de los guerreros de armadura negra se partieron. El abrasador viento de Shenlong entró a raudales en la cabina abierta, y la Compañía de la Muerte respondió al estímulo.

—¡Hermanos, colocaos las alas!

Delos empujó con fuerza, y el resplandor azul le iluminó el rostro.

Koris soltó un grito de venganza inarticulado y desenvainó la espada. La rabia negra lo había consumido de nuevo y sin pausa alguna saltó al aire. Delos lo siguió, acompañado del resto de los hombres. Las llamas de color amarillo de los retrocohetes los alejaron de la nave de desembarco, que descendía en picado.

Los disparos antiaéreos se centraron en la Thunderhawk y la hicieron estallar en llamas, pero siguió cayendo en línea recta como una flecha encendida en dirección a la brecha que había en la muralla de la ciudadela. Delos vio cómo la aeronave impactaba en el blanco antes de que el metal negro desapareciera convertido en una bola de llamas blancas e hiciera estremecerse la fortaleza Ikari. La Compañía de la Muerte cayó hacia las llamas disparando con todas las armas, y los marines traidores murieron pronunciando impíos lamentos.



Las Thunderhawks bajaron casi pegadas al bombardeo orbital de la *Bellus*; a las cañoneras las siguieron de cerca las cápsulas de desembarco repletas de marines espaciales ansiosos por combatir. Rafen murmuraba el *litergius sanguinius* mientras la fuerza de gravedad de Shenlong tiraba de la cápsula hacia la superficie. Por encima de él, en mitad del conjunto de retrocohetes, se encontraba la sencilla máquina lógica que iba cambiando el rumbo de descenso para que se dirigiera hacia el centro de la fortaleza enemiga. Sintió el cambio de dirección y empuñó el bólter con más fuerza a causa de la impaciencia.

Rafen miró a su alrededor, a los otros hombres que abarrotaban la cápsula junto a él: Alactus, Turcio, Lucion y los demás. Se dio cuenta de que todos le devolvían la mirada con lealtad incuestionable. Estaba al mando de la escuadra, tal como había establecido Sachiel. Les había ordenado que le mostraran la misma deferencia que habían mostrado hacia Koris. Rafen apartó la mirada. No se sentía merecedor de un honor ganado de forma tan injusta. Esperaba ascender, por supuesto, a su debido tiempo, pero que le concedieran el mando a la vez que se llevaban a su mentor debido

a la imperfección… Sentía un torbellino en la mente y comenzó a murmurar de nuevo el *litergius* con la esperanza de que les sirviera de guía.

Un glifo se iluminó en la pared interior de la cápsula.

—¡Preparados para el despliegue! —ordenó.

La escuadra aseguró las armas y recitó la oración del enfrentamiento. Rafen hizo el signo del aquila cuando los cohetes de aterrizaje se encendieron. Una densa espuma química llenó el interior de la cápsula y formó un colchón protector alrededor de ellos. Iba a ser un aterrizaje duro.

La cápsula de Rafen provocó oleadas de llamas en la reentrada y se unió a las demás cuando se estrellaron contra las murallas de la fortaleza. Algunas de las cápsulas cayeron en mitad de la gran plaza y destrozaron profanadores y decenas de tanques. Otras utilizaron la velocidad de caída para atravesar los baluartes de la fortaleza y horadaron la roca como los puños de un dios enfurecido.

Rafen se desmayó por un momento cuando al aterrizar se estrellaron. El gel de protección que los rodeaba absorbió la mayor parte de la fuerza del impacto, pero de todas maneras, el golpe hizo que la cápsula resonara como la campana de un claustro. La espuma empezó a desaparecer un instante después, y varios siseos fuertes indicaron que las escotillas estaban abiertas. Se espabiló en seguida, pues la increíble fisiología modificada de los Adeptus Astartes ya se había sobrepuesto a los efectos de la conmoción.

—¡Por el Emperador y por Sanguinius!

El grito le surgió sólo de los labios, y aunque lo había soltado en un millar de ocasiones, la exclamación exultante no había perdido nada de fuerza. Rafen se bajó de un salto de la cápsula. El artefacto había destrozado una portilla de armas y había gastado toda la energía cinética del impacto en abrir un túnel a través de dos pisos de la fortaleza. Había acabado deteniéndose en una capilla que antes utilizaban las dotaciones de artillería imperiales. Lo primero que vio Rafen fue una estatua del Dios Emperador, pero decapitada y achicharrada por disparos de plasma. Sintió que lo inundaba una oleada de odio y miró a su alrededor en busca de alguien a quien matar en venganza por aquel sacrilegio.

Había una decena más o menos de Portadores de la Palabra diseminados por el lugar. Era difícil determinar cuántos, ya que la explosiva llegada de la cápsula los había convertido en un puñado de torsos y miembros destrozados. Aun así, algo gemía en mitad de aquella matanza, y un cuerpo se alzó para apuntarle con un bólter. Rafen se movió como si estuviera hecho de mercurio: veloz, intocable. Esquivó los torpes disparos del marine traidor herido y lo acribilló.

Una figura encapuchada y encorvada que estaba en la entrada de la capilla gimoteó suplicando a Rafen; tenía las manos llenas de cicatrices en actitud implorante. Supuso que se trataba de un hombre, quizá un sirviente que había

sobrevivido todo aquel tiempo en mitad del ejército ocupante. Rafen se le acercó y le cortó la cabeza, capucha incluida, con un solo tajo del cuchillo de combate. No tenían tiempo de liberar prisioneros, y era posible que el individuo fuera un apóstata arrepentido. Se quedó mirando un momento el cuerpo decapitado mientras caía manchándolo todo de sangre. Si había sido un súbdito leal todo el tiempo, en esos momentos ya estaría al lado del Trono Dorado.

Lucion se acercó con el arcano artefacto conocido como signum en la mano.

—Tenemos confirmación de nuestra posición —le dijo el tecnomarine, leyendo los datos—. Estamos a poca distancia de la brecha.

Señaló un pasillo. Las máquinas de cálculo de la cápsula habían funcionado bien: habían caído cerca de la punta del ataque principal. Los Ángeles Sangrientos, siguiendo las órdenes de Sachiel, debían converger y tomar el pozo de acceso central de la fortaleza. En cuanto lo hubieran tomado, podrían llegar a todos los niveles de la ciudadela.

Rafen se detuvo un momento y pensó en Koris. Si hubiera estado allí en estos momentos, habría luchado y matado en nombre del Emperador, y cada golpe de la espada lo habría acercado más a su propio fin.

—¡De prisa! —gritó en el momento de ponerse a correr—. ¡Veloces y letales, Ángeles Sangrientos!



La fortaleza Ikari imitaba en la forma exterior el cono de un volcán, pero esa imitación se extendía también a la estructura interior de la construcción. La fortaleza estaba atravesada en cada nivel por un entramado de túneles horizontales, por los que viajaban vagones capaces de transportar tropas y equipo a cualquier punto del edificio. Cada uno de esos túneles partía de un pozo central que iba desde el extremo superior de la fortaleza hasta los subniveles más profundos. En vez de magma, lo que corría por el interior era poder militar, algo que bajo el dominio imperial había florecido. Los Portadores de la Palabra habían tomado la fortaleza en un solo día, gracias a la perfidia de un puñado de adoradores de Nurgle que se habían infiltrado en el torreón. Aquellos seguidores de la muerte habían propagado una plaga de acción rápida que había acabado con todos los defensores de forma indiscriminada y había abierto el camino a la invasión.

Falkir había calculado que el lugar más lógico para convertirse en el objetivo de un intento de reconquista sería la entrada superior, por lo que había reforzado el techo con más armas y hombres. En ningún momento se había imaginado que, en vez de eso, los Ángeles Sangrientos se abrirían paso a través de la roca viva. La escuadra de Rafen se dirigió hacia la abertura realizada por las cañoneras. Cuando llegaron, descubrieron una matanza como las que hacían historia en el capítulo.

Delos hacía todo lo que podía por mantener el ritmo de la Compañía de la Muerte, cuyos miembros se lanzaban como espectros aullantes en mitad del grueso de las fuerzas de los Portadores de la Palabra. El capellán hundió el extremo siseante del crozius en el pecho de un marine traidor, y luego bajó el arma para destriparlo. De la víctima saltó un chorro de sangre y vísceras. Se limpió la sangre de la máscara con la mano libre y divisó a Koris en el borde de la cámara central. La espada del veterano era un borrón de movimiento que partía en dos a los Portadores de la Palabra mientras con el bólter acribillaba a la masa de furias. Eran un tipo de bestias demoníacas primitivas y depredadoras que parecían gárgolas mutantes con la cabeza llena de ojos y dientes; las garras les salían de todos los miembros y estaban poseídas por una ansia imparable de matar. Los aulladores demonios le atacaban sin cesar, y él contestaba partiendo por la mitad a uno tras otro. Le metió el cañón del bólter en la boca a una nueva criatura antes de apretar el gatillo.

El enemigo no estaba dispuesto a rendirse y los refuerzos llegaban por los túneles laterales. Las masas de traidores chocaron contra los hombres de Rafen y los de una decena de escuadras más de Ángeles Sangrientos como dos olas enfrentadas. La ira y los disparos sacudieron el chirriante suelo de metal y las armaduras de color rojo carmesí y rojo entrañas se toparon con ferocidad, como lo habían hecho en Cybele.

Las furias llegaron como una ola de escamas verdes y dientes amarillentos, subiendo por las paredes que daban a los niveles inferiores. Se lanzaron con frenesí contra la masa de marines espaciales, y Rafen cayó al suelo. Por un momento quedó boca abajo, y a través del suelo de rejilla vio que el montacargas principal estaba subiendo. Enfocó la vista y se dio cuenta de que la amplia plataforma oval estaba repleta de seres cornudos, armados con enormes hachas.

—¡Desangradores! —gritó mientras se ponía en pie—. ¡Por abajo!

Quedaban pocos segundos antes de que el montacargas llegara hasta ese nivel. Cuando lo hiciera, la balanza se inclinaría a favor del Caos. El brutal plan de ataque de Sachiel se vería abortado a las puertas de la torre dañada. Rafen atravesó el corazón de una furia aullante y echó el cadáver a un lado para intentar llegar al extremo del nivel, pero estaba atrapado por la marea del combate, así que no lograría alcanzar ese sitio a tiempo antes de que llegara el montacargas.

Al otro lado vio a Koris, negro y rojo a causa de la rabia. El veterano se subió de un salto al pasamanos que separaba el piso del abismo. Desde allí decapitó a tres traidores de un solo mandoble y se puso a gritar.

—¡Ya le veo! ¡Protege el reducto, Guilliman! ¡Voy a enfrentarme a Horus!

—¡Koris, no!

Rafen lanzó el grito un momento antes de que el sargento saltara del pasamanos y cayera en mitad de la masa de criaturas de Khorne. Una rabia feroz se apoderó de Rafen, que chilló antes de ponerse a matar para saciar esa rabia.

Los desangradores atacaron la armadura de Koris con sus hachas infernales y le arrancaron trozos de ceramita del torso y de los hombros. El sargento no necesitaba apuntar: dondequiera que cayera la espada de energía se oía el grito de una bestia demoníaca moribunda. Su objetivo estaba en mitad de aquella muchedumbre, así que hacia allí se dirigió dando mandobles a diestro y siniestro.

—¡Horus! —aulló—. ¡Enfréntate a mí! ¡Enfréntate a Sanguinius!

Su enemigo se giró. Koris, enloquecido por la rabia, vio el rostro y la figura del architraidor, del demonio que había matado a su primarca. Lo que el delirio le ocultaba era que, en realidad, se trataba de un dreadnought, una masa traqueteante de metal deformado, armada con un conjunto de cañones automáticos y un puño sierra chirriante. La odiosa máquina disparó contra él y acribilló la multitud de demonios. Mató unos cuantos más mientras se dirigía hacia Koris. El sargento dio un salto tremendo gracias a que la fuerza del primarca le corría por las venas. Tiró a un lado el bólter sin munición, empuñó la espada con dos manos y le cortó el brazo derecho a la máquina infernal con la hoja transformada en un arco de acero llameante. El dreadnought soltó un bramido electrónico por la sobrecarga neuronal y le golpeó con el brazo del cañón, que todavía humeaba; lo derribó al suelo y luego lo aplastó con una pata rematada en garras que le colocó en pleno pecho.

Los huesos se partieron y los órganos reventaron en el interior del cuerpo del veterano. Ya estaba definitivamente con Sanguinius, en el bendito seno de la agonía y con la sensación de unas alas rotas a la espalda. A Koris le pareció que lo veía todo con visión doble. Por un lado, contemplaba lo que estaba ocurriendo en Shenlong, y por otro, veía el combate a bordo de la barcaza de combate del señor de la guerra Horus. Era Koris, sargento veterano de los Ángeles Sangrientos, elegido de Dante, guerrero de la Compañía de la Muerte…, pero a la vez también era Sanguinius, señor de Baal, el soberano angélico y el amo del Grial Rojo.

—¡Escoria del Caos! —exclamó, y al toser expulsó tejidos y sangre coagulada—. ¡Eres un traidor! ¡Enfréntate a mí y muere!

El dreadnought se inclinó un poco sobre él y se rió al mismo tiempo que el montacargas llegaba a ese piso. El veterano oyó a sus camaradas de los Ángeles Sangrientos luchar y morir en aquel lugar. Koris tensó los músculos una última vez y chilló por el intenso dolor. Logró incorporarse y sacar parte del cuerpo de debajo del pie de acero. Cerró con fuerza las manos sobre la empuñadura y clavó la espada en el vientre del monstruo. Luego, empujó hasta que le llegó al pecho, hasta el centro podrido donde un portador de la palabra se encontraba alojado como un feto abortado.

Lo golpeó por puro reflejo, y el marine salió despedido al otro lado de la pasarela

antes de que el artefacto cayera doblado sobre sus rodillas oxidadas. Tan sólo disponía de un puñado de cañones automáticos en vez de mano, por lo que no podía sacarse la hoja de la espada que le estaba atravesando el núcleo de energía. Los desangradores que rodeaban a la máquina quedaron confusos y se desorganizaron presas de la rabia y de la frustración.

El dreadnought de los Portadores de la Palabra había servido a su legión desde hacía incontables años. Había estado al servicio del Emperador cuando era de carne y hueso, antes del Gran Despertar, que era como llamaban él y los suyos a la Herejía. Había participado en la purga de Fortrea Quintus, y había seguido de forma voluntaria a su primarca, Lorgar, al Ojo del Torbellino. No conocía su propio nombre. Lo había olvidado en un combate librado contra los Ultramarines en Calth, donde casi perdió la vida. Entonces fue cuando introdujeron su cuerpo en aquel ataúd ambulante, donde podría servir mejor a los apóstoles oscuros en su lucha contra el dios cadáver. De tal modo, sin nombre y sin epitafio, murió el dreadnought cuando el reactor que llevaba dentro se sobrecargó.

La explosión lanzó a todo el mundo al suelo, tanto a los enemigos como a los aliados. La onda expansiva buscó la trayectoria de menor resistencia y se dirigió al pozo central, donde destrozó a unas cuantas furias que había allí y redujo a cenizas a los desangradores. Luego, con un gemido de metal retorcido, el montacargas se deshizo al fundirse varias piezas. Algunos trozos de suelo de rejilla se desprendieron y cayeron envueltos en llamas hacia los pisos inferiores, lo que provocó una lluvia de chispas al chocar con las paredes de piedra.

Rafen se puso en pie de nuevo y se quitó a manotazos los restos de sustancia que hasta un momento antes habían formado cuerpos demoníacos. Divisó a un portador de la palabra, que se movió una fracción de segundo demasiado tarde, y le disparó el último proyectil del cargador del bólter. El traidor no murió al instante, por lo que Rafen lo remató a golpes con el cañón caliente del arma. Le machacó el feo rostro una y otra vez, hasta que aquello se convirtió en una masa de carne sin forma. La explosión lo había ensordecido y sólo era capaz de oír un campanilleo constante. Sin comunicación con sus hermanos, Rafen recargó y disparó contra todo ser viviente que mostrara la marca del Caos Absoluto. No dejó de maldecirlos de todas las maneras posibles. Dedicó sus muertes al Emperador, mientras acababa con ellos. El suelo se volvió resbaladizo debido a la sangre y a los demás fluidos que se derramaban sobre él, y que a su vez caían hacia la oscuridad de los niveles inferiores. Poco a poco, se hizo el silencio en el lugar, a medida que los Ángeles Sangrientos hacían valer su superioridad. De vez en cuando, se oía alguna ráfaga de disparos que indicaba que Alactus o cualquier otro estaba rematando a alguien que seguía con vida.

Rafen mató por la sed roja. Sintió cómo iba creciendo en su interior. Deseaba dejar que tomara el mando, o sentir al menos algo parecido a la locura que se había

apoderado de su antiguo mentor. Pero avanzaba y retrocedía cada vez que intentaba encontrarla. Tal vez le llegara el momento algún día en que se hundiría en el seno del ángel bendito, pero no sería en aquel lugar. Se encontró con Delos. La armadura negra del capellán relucía por la sangre y tenía el casco con la máscara en forma de calavera sonriente cubierto de restos corporales. Aquel horroroso aspecto contrastaba con la delicadeza que mostraba al recitar las palabras de la paz del Emperador sobre uno de los miembros muertos de la Compañía de la Muerte. Rafen conocía al muerto: era un marine veterano, un amigo de Koris procedente de la plana de mando del capitán Simeon.

—Demasiados veteranos han tomado hoy el sendero escarlata —comentó Delos como si le hubiera leído el pensamiento—. Hermanos nobles, curtidos, que han caído de repente víctimas de la imperfección. —Negó con la cabeza—. Esto puede ser un buen augurio o uno malo.

—Hemos…, hemos tomado el pozo central —contestó con voz apagada—. El plan de Sachiel progresa según lo previsto.

—¡Rafen! —El grito de Turcio pareció quedarse colgando en el aire cargado de olor a sangre—. ¡Ven, de prisa!

—¿Qué pasa?

—¡Koris! ¡Está vivo, pero no por mucho tiempo! ¡Pregunta por ti!

Rafen cruzó a la carrera el suelo deformado por el calor hasta llegar a un rincón oscuro del lugar. Turcio retrocedió un par de pasos con una expresión temerosa en la mirada.

—Deberías…, deberías hablar con él.

Lo dijo con mucho cuidado, procurando no mirar directamente el cuerpo destrozado del veterano. Algunos de los Ángeles Sangrientos consideraban a la rabia negra como una especie de virus, y procuraban mantenerse alejados de aquellos que mostraban los síntomas. Rafen le indicó con un gesto furibundo que se marchara y se arrodilló al lado de su mentor.

Las heridas de Koris eran terribles, y su voz sonó débil y lejana.

—Rafen, muchacho. Puedo verte.

—Estoy aquí, viejo amigo.

Rafen sintió que se le hacía un nudo en la garganta. El veterano había recuperado parte de la lucidez en sus últimos momentos de agonía.

—El más puro me llama ya, pero antes debo… advertirte…

—¿Advertirme? ¿De qué?

—¡Stele! —exclamó—. ¡No te fíes de ese malnacido! ¡Él me ha hecho caer en esto! —Koris lo agarró por la muñeca sin apenas fuerza. Arkio… Vigila a tu hermano, muchacho—. ¡Ha sido maldecido con el poder para destruir a los Ángeles Sangrientos! ¡Lo veo! ¡Lo…!

Los ojos del veterano perdieron el brillo, y al fin Koris murió.



Once

La *Bellus* despertó de su letargo con una violencia terrible y feroz. Los cierres que cubrían la zona de proa se alzaron y dejaron al descubierto las bocas de las baterías de armas de energía y de los tubos lanzatorpedos. La barcaza de combate disparó proyectiles repletos de cabezas de combate y otros objetos llenos de guerreros en vez de explosivos. El capitán Ideon planeó cada lanzamiento al milisegundo. Las bombas y las cápsulas de desembarco descendieron hacia Shenlong con una sincronización perfecta. A Ideon no le preocupó la idea de que hubiera ciudadanos o soldados leales allí abajo. Los Portadores de la Palabra se habían apoderado del mundo forja hacía poco tiempo, y era bastante probable que unos cuantos patriotas imperiales, quizá soldados de la Fuerza de Defensa Planetaria, o incluso algunos guardias imperiales, todavía estuvieran luchando contra los invasores del Caos. Todos esos hombres y mujeres morirían aquella noche. Quedarían aplastados por los mismos puños de fuego que destrozaban a las fuerzas de los marines traidores. Sin embargo, esa clase de bajas colaterales era lo habitual en los bombardeos orbitales, y los que se reunieran con el Emperador allí abajo serían recibidos como héroes.

La mente del capitán, a pesar de que él estaba inmóvil en el trono de mando, miraba en todas direcciones a la vez. Se encontraba a la espera de la señal que le indicaría el comienzo de la siguiente fase de su plan de batalla, y como si hubiera acudido a su llamada, una nave apareció por encima de la curva del horizonte de Shenlong, flotando en una órbita muy baja.

—Nuevo contacto —dijo uno de los servidores de alerta—. Crucero de la clase Murder en vector de interceptación. Se acerca a gran velocidad.

El pálido rostro de Ideon se movía en muy raras ocasiones. Ya tenía la musculatura fláccida por la falta de uso. A pesar de todo, logró separar los labios en una sonrisa predatoria.

—Bienvenido, *Elegía Eterna* —le dijo el capitán a la nave del Caos—. Ésta vez no te escaparás.

Sachiel, situado en la portilla de observación de la parte delantera del puente de mando, miró a Arkio, que estaba a su lado, y le sonrió.

—La habilidad de nuestro capitán es increíble, ¿verdad? Predijo que la nave traidora estaría en esa órbita y que nos dejaría un breve espacio de tiempo para atacar

la capital.

Stele también estaba a su lado y fue quien contestó.

—Ideon conoce el comportamiento de esta escoria del Caos. Su paranoia no les permite jamás quedarse en posición geoestacionaria. Temen que los ataquen por cualquier lado en cualquier momento, así que dan vueltas alrededor del planeta como si fueran un carroñero que protege un cadáver.

Arkio, que se agarraba al pasamanos de bronce con ambas manos, estaba pensando en otra cosa.

—Perdonadme, gran sacerdote, pero ¿cuánto tiempo debo permanecer a bordo de la nave? Las últimas unidades que van a participar en la invasión están partiendo y deseo unirme a ellas.

Sachiel sonrió, a sabiendas de que Stele los estaba mirando a los dos.

—Pronto, Arkio, muy pronto. El inquisidor tiene planeado algo especial para los traidores, y tú serás el glorioso encargado de llevarlo hasta ellos.

Los ojos del joven ángel sangriento brillaron por la impaciencia mientras miraba a Sachiel. El sacerdote sanguinario quedó sorprendido por el modo como la luz de los disparos láser se reflejaba en el rostro aquilino de Arkio y resaltaba la angulosidad y la forma de la barbilla y los pómulos.

«Por el grial, podría ser el propio Sanguinius».

—Entramos en distancia de disparo —dijo el servidor de tiro.

Stele se giró para mirar a Ideon.

—Capitán, cuando quiera.

A Ideon no le hacía falta el permiso del inquisidor para disparar, y el comentario le molestó un poco. Un momento después, el *Elegía Eterna* apareció en el punto de mira de las armas y el capitán sintió una oleada de impaciencia.

—No disparen las armas de proa. Toda la potencia a los escudos de vacío.

—Hecho —contestó Solus. Levantó la mirada del pozo de consolas que estaba debajo del trono de bronce del capitán—. Los ingenieros informan de que los motores de impulsión espacial están satisfechos y preparados para encenderse a toda potencia.

—A toda potencia —fue la respuesta inmediata de Ideon—. Vamos a por ese cabrón.

El oficial de mando de la *Bellus* transmitió las órdenes a un micrófono que tenía a la altura del cuello, que a su vez las extendió por toda la barcaza de combate. Al instante, el grupo de cohetes se encendió y obligó a avanzar a la nave con un fuerte tirón.

Arkio vio desde su puesto de observación privilegiado cómo se alejaba el borde interior del campo de minas. El sistema de combate tridimensional entre naves no era precisamente su especialidad, pero comprendía el plan que seguía Ideon. Aunque entre la *Bellus* y el *Elegía Eterna* se abrían centenares de kilómetros de vacío, tenían

muy poco espacio para maniobrar. Estaban atrapados entre el campo de minas que se encontraba en la órbita alta de Shenlong y la atmósfera del propio planeta. El pasillo orbital en el que se iban a enfrentar apenas tenía espacio para que una nave como la *Bellus* pudiese maniobrar a plena potencia. El plan de Ideon para enfrentarse contra el crucero del Caos era peligroso. El menor retraso o error en la ejecución de las órdenes enviaría a la barcaza a la ionosfera, donde ardería de proa a popa. La situación era semejante a la de dos personas que se peleasen con cuchillos dentro de un ataúd.

—El traidor ha empezado a dispararnos —comunicó Solus—. Intenta empujarnos contra las minas.

—No hagan caso. Que las tripulaciones de proa recarguen con la munición especial. ¿Cuál es la situación de las baterías de babor y estribor?

El hermano Solus transmitió los datos. Los primeros disparos de láser impactaron con fuerza contra la *Bellus* mientras la información fluía directamente por los mecadendritos de Ideon. La vieja nave soportó bien los disparos y terminó de virar para ofrecer el menor blanco posible al *Elegía Eterna*.

—Todas las armas en paralelo contestan que están preparadas.

—Pues por el Trono, fuego a discreción.

Arkio observó la maniobra. En cierto modo, odiaba la idea de no hacer nada más que observar, pero por otro lado se sentía fascinado por el tranquilo y constante ritmo del combate. Se pasó una mano por la cara con gesto ausente. Era extraño, pero aquel combate le parecía familiar, como sí hubiera contemplado otras batallas como aquélla desde puestos de observación similares. Parpadeó, y por un momento no vio Shenlong y el *Elegía Eterna*, sino un planeta diferente de color verde azulado y una gigantesca barcaza del Caos, armada hasta los dientes por todos lados y de una geometría arcana y blasfema. Luego, toda aquella imagen desapareció.

La nave de la clase Murder presentó el costado de babor a la *Bellus* cuando las dos naves se cruzaron en un mortífero paso de justa. Se trataba de una táctica que se remontaba al nacimiento de las guerras navales, y ambas naves dispararon una brutal descarga que por un segundo llenó el espacio que los separaba con rayos de luz incandescente y la estela de las salvas de cohetes. La *Bellus* se estremeció bajo los impactos y perdió presión en una decena de cubiertas. En el costado se abrieron unos enormes pétalos de metal junto a fuentes de gas y agua congelada. Los siguieron los cuerpos hinchados por la exposición al vacío.

Ideon no pidió el informe de daños. Había sentido cada una de las heridas de la *Bellus* como si fuera propia. Impartió nuevas órdenes en cuanto las dos naves comenzaron a alejarse la una de la otra después del intercambio de disparos.

—¡A mi orden, viraje de emergencia, máximo desplazamiento!

Solus parpadeó.

—Los ingenieros informan de que se dispone de la potencia óptima, señor. El espíritu de la máquina se muestra reticente…

—¡Maldita sea! —bramó Ideon—. ¡He dado una orden! ¡Qué la nave vire!

El ayudante de Ideon asintió de nuevo y transmitió la orden antes de agarrarse a la viga de soporte más cercana con todas sus fuerzas. Arkio notó un cambio en el centro de gravedad de su estómago, y la inclinación de la cubierta lo lanzó contra el pasamanos.

La *Bellus* gimió como un animal herido cuando frenó la fuerza de aceleración de una decena de gravedades. Los enormes cohetes de maniobra de babor se encendieron todos a la vez para hacer virar de golpe a la nave. La barcaza se doblegó ante las fuerzas a las que fue sometida, pero perdió más aire y hombres. Una de las pantallas hololíticas del puente lanzó una lluvia de chispas antes de explotar. El accidente mató a un servidor e hirió a un oficial de los Ángeles Sangrientos.

—¡Estamos virando! —gritó Solus—. ¡La silueta del objetivo cambia!

Ideon hizo caso omiso del dolor que sentía y el codificador verbal chasqueó cuando habló con un tono feroz.

—¡Demasiado lento, *Elegía Eterna*! ¡Ya te tengo!

La nave de los Portadores de la Palabra también estaba virando, pero sin el esfuerzo y el riesgo que Ideon le había pedido a su propia nave. De forma lenta pero inexorable, la proa de la *Bellus* giró hasta que estuvo apuntando al crucero enemigo. Habían cambiado las tornas, y la que estaba atrapada entre el campo de minas y su contrincante era el *Elegía Eterna*.

—¡Torpedos de proa! —ordenó Ideon.

—No… responden —admitió Solus—. Quizá las dotaciones han resultado heridas y…

A Ideon aquello no le importaba.

—Que disparen todos los tubos en modo automático.

Solus transmitió la orden una vez más. Si los hombres de los tubos de armas de proa habían sido demasiado lentos en el cumplimiento de sus tareas debido a la fuerza del viraje, la orden de disparo los lanzaría al espacio cuando se abriesen los gigantescos tubos lanzatorpedos.

Una salva de proyectiles oscuros salió disparada de la proa carmesí de la *Bellus* y se dirigió a toda velocidad hacia la nave enemiga. Arkio los contempló y sintió una opresión en el pecho cuando, de repente, se dio cuenta de que pasarían lejos de su objetivo. Se quedó mirando, incrédulo, y sin que pudiera hacer nada más cuando pasaron de largo por encima del *Elegía Eterna* y estallaron en bolas de llamas y metal centelleante.

—¡Hemos fallado! —gritó.

—No —le replicó Ideon—. Observa.

Las cabezas de combate normales llevaban una carga explosiva, pero los torpedos que había disparado la *Bellus* estaban repletos de restos metálicos y bengalas caloríficas…, y para los sensores de las silenciosas minas que había detrás del crucero, los colores de aquellas explosiones se registraron como la erupción de una decena de soles. El examen que el tecnomarine Lucion había efectuado de los mecanismos de la mina que había impactado contra la *Bellus* había revelado cómo funcionaban aquellos artefactos, y los tecnoadeptos de Ideon habían sabido cómo sacarle partido a ese nuevo conocimiento. Las tranquilas minas que estaban más cerca del *Elegía Eterna* encendieron los cohetes y se abalanzaron de repente contra el crucero como si fueran un enjambre de avispas enfurecidas. Cada explosión atraía a otra y a otra, hasta que la nave del Caos quedó envuelta en destellos de estallidos nucleares.

—Subamos a una órbita estable. —La voz del capitán delataba cierta dosis de orgullo—. Los destacamentos de control de daños a sus puestos.

Sachiel dejó escapar un suspiro.

—Y ahora los Portadores de la Palabra están atrapados en Shenlong.

Arkio apartó la mirada de la nave envuelta en llamas con una expresión de impaciencia en los ojos.

—Convertiremos el planeta en su cementerio.



Los Portadores de la Palabra los estaban esperando en la planta baja de la fortaleza. Era la parte más ancha de toda la torre, y la enorme sala se extendía a partir del pozo central como un desierto de suelo metálico. El atrio era tan grande que entre los huecos de las grúas y la demás maquinaria habrían cabido edificios enteros. Los huecos de las puertas abiertas que llevaban hasta los almacenes de las manufactorías eran tan grandes como la *Bellus*. Por encima de sus cabezas colgaban trenes de vagones de carga monorraíl y los brazos de las grúas portacontenedores, que eran mudos testigos de la matanza que tenía lugar a sus pies. No había ni un momento de paz allí, sino el desorden constante de la guerra sin cuartel.

Los marines del Caos avanzaron en filas de un modo metódico e inexorable, fluyendo alrededor de los obstáculos que se encontraban en el camino. El incesante griterío de sus demagogos rebotaba en las paredes metálicas y se convertía en una cacofonía incesante de gritos impíos y monstruosos. Los Ángeles Sangrientos se enfrentaron a ellos con igual ferocidad y salieron del pozo central para inundar el lugar como una marea de color carmesí. Rafen y Alactus lucharon codo con codo, unidos por la casualidad, y dispararon con fuego de bólter y de plasma contra el enemigo.

Ninguno de los Ángeles Sangrientos lo hubiera dicho en voz alta en mitad de

aquel frenesí de matanza, pero los Portadores de la Palabra los estaban obligando a retirarse centímetro a centímetro. A pesar de los reveses sufridos, a pesar del tiempo que el sacrificio enloquecido de Koris les había proporcionado a sus camaradas, el hecho era que había más traidores que marines espaciales. La guerra de desgaste diría quién sería el vencedor, pero lo cierto era que con cada oleada de Ángeles Sangrientos que se lanzaba enfervorizada al combate cuerpo a cuerpo contra el enemigo de armaduras de color magenta quedaban menos y menos guerreros del Adeptus Astartes para mantener la línea. Al final, la presión de la carne corrompida y del acero los aplastaría contra las paredes. No tenían otro sitio al que ir. Si no podían atravesar las líneas del enemigo, la otra ruta de escape era un puro suicidio, ya que llevaba a los pisos inferiores, donde se encontraban las celdas de la prisión de la fortaleza Ikari. Los Portadores de la Palabra podrían acorralarlos en aquellas profundidades oscuras, abarrotadas de civiles torturados, y matarlos a todos. Al menos, en aquel piso abierto, tenían la oportunidad de luchar y de morir con honor. Con toda aquella rabia acumulada, la retirada no era una opción.

Rafen era una furiosa máquina destructiva, un torbellino de tajos y cuchilladas que se lanzó a la carga contra un grupo de marines del Caos. Mientras Alactus se dedicaba a matar enemigos con descargas de fuego de plasma, Rafen atravesaba a los monstruos con el cuchillo de combate y los proyectiles del bólter. Cortó cabezas y extremidades con tajos limpios con la ayuda de la brillante furia carmesí que sentía, y cuando se presentaba la oportunidad, el ángel sangriento le clavaba los colmillos a los insensatos que se atrevían a acercarse demasiado con la carne al descubierto. El brillo reluciente de su armadura estaba manchado de restos sanguinolentos, y se detuvo un momento para escupir un chorro de bilis espesa. Torció el gesto. La sangre de aquellos mutantes era débil, llena de imperfecciones y apta sólo para ser derramada.

—¿Le ves? —gritó Alactus por encima del fuerte siseo del cañón de su arma—. ¡Allí! ¡Es el maldito tipo cornudo de Cybele!

Rafen miró en la dirección que le indicaba, y allí, a media distancia, se encontraba la gran silueta del apóstol oscuro llamado Iskavan, que estaba lanzando alguna clase de grito impío a la vez que alzaba el crozius goteante por encima de la cabeza.

—¡Maldita sea esa criatura del Caos! —contestó—. ¡No hemos tenido la suerte de encontrárnoslo ya muerto!

Alactus respondió al mismo tiempo que efectuaba unos cuantos disparos en dirección a Iskavan.

—¡No importa! ¡Lo destriparemos como estamos haciendo con el resto de los de su calaña!

Rafen respondió, a su vez, con nuevas ráfagas de bólter, pero la parte racional y táctica de su mente sabía que cada vez tenían menos posibilidades de éxito. El ángel sangriento vio más allá de la guardia personal de Iskavan más y más filas de

Portadores de la Palabra caminando a paso de desfile cuando salían de las puertas de las factorías de proyectiles que estaban al otro lado de la propia fortaleza. En un momento de distracción se preguntó si las plantas fabricadoras estarían estampando nuevos Portadores de la Palabra a partir de planchas de acero, lo mismo que hacían con los acribilladores, las granadas y las cabezas de combate. Un instante después, un chorro de promethium ardiente disparado por un lanzallamas del Caos casi lo mató, por lo que disparó a ciegas. Sin duda, el Emperador apuntó el arma, porque por suerte un proyectil penetró en el depósito de combustible que llevaba el marine traidor y lo hizo estallar. El portador del lanzallamas se convirtió en una antorcha con una explosión y murió aullando.



Las palabras de Iskavan quedaron ahogadas por el rugido de aprobación de sus hombres cuando pronunció la última línea de la gran invocación de Lorgar. Sintió la emoción de sus guerreros recorrerle el cuerpo como una oleada placentera. Falkir, que estaba a su lado, empezó a gritarle órdenes a los subordinados, y luego se giró para mirar al apóstol con una sonrisa desagradable en aquella boca llena de dientes de tiburón. Se fijó en que Tancred estaba en la retaguardia y observaba todo el combate con una expresión sombría en el rostro.

—¡Mi señor, os traigo mis mejores guerreros! —Falkir hizo un gesto teatral con la garra—. ¡Contemplad los *vox baiulus arrasati*!

Iskavan alzó una pálida ceja. Le divirtió la presentación melodramática del castellano de la fortaleza y le hizo un gesto favorable al chasquear una de sus lenguas. Del centro de las fuerzas de los Portadores de la Palabra comunes salió una legión de marines del Caos diferente a cualquier otra que hubiera en Shenlong. Aquéllos ya no eran seres a los que se pudiera llamar humanos o demonios, sino que se habían transformado en una unión sacrílega de ambas condiciones. Avanzaban con pasos lentos y deliberados. Las amplias extremidades inferiores eran anchas como troncos de árbol. Resultaba difícil determinar dónde acababa la carne de color cadavérico de las cabezas y de los brazos, y dónde empezaban los metales de colores apagados de las servoarmaduras. De la espalda les sobresalían, ondulantes, unos grandes cuernos o trozos huecos de cartílago, y unos manojos gruesos de tendón tan anchos como cables de conducción les rodeaban los brazos. Quizá antes tenían manos y dedos tal como los conocía Iskavan, pero lo que les salía entonces de los grandes tubos de carne que eran sus antebrazos eran cuchillas aserradas y una profusión de cañones de armas.

—¡Arrasadores! —exclamó Tancred—. ¡Por el Ojo, son magníficos!

Iskavan le lanzó al torturador una mirada atravesada.

—¿De verdad lo crees? Entonces, puedes ponerte a la cabeza del grupo.

Tancred ocultó su sorpresa. Siempre había procurado mantenerse cerca de su señor, y así había sido desde hacía siglos. El apóstol lo miró fijamente y le sonrió, mostrándole una boca llena de tremendos colmillos.

—No tardes, Tancred —le gruñó—. Marcha contra el enemigo y muéstrame tu valor. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que probaste sangre en primera línea de combate.

El torturador se dio cuenta de que Falkir también lo estaba mirando fijamente. Se le veía preparado para matarlo si se atrevía a desobedecer. El tentáculo de Tancred reveló su estado de ánimo y se estremeció mientras intentaba buscar una excusa…

—Señor oscuro, yo…

—Te he concedido un favor —le cortó Iskavan—. ¿No has predicho nuestra victoria? —Señaló con el crozius el contingente principal de los Ángeles Sangrientos —. Ve y tráemela.

La visión de la muerte del sacerdote de los Portadores de la Palabra le brilló por un momento en la cabeza, pero se obligó a sí mismo a echarla a un lado. Admitir algo semejante, después de haberlo mantenido oculto durante tanto tiempo, significaría una ejecución inmediata. Asintió y se unió a la horda de arrasadores.

—Tengo el honor de servir —dijo, incapaz de ocultar en la voz la amargura que sentía.

—Sí, sí que lo tienes —contestó Iskavan.

Las grotescas moles de carne y metal volvieron a avanzar con pasos lentos. Las tropas de línea se apresuraron a abrirles paso. Tancred vio que los brazos de los que le rodeaban comenzaban a transformarse en bocas de cañones láser, empuñaduras de mazas de energía o tubos de disparo de rifles de fusión. Dio la orden, y comenzaron a disparar sin cesar contra los Ángeles Sangrientos, que cayeron a decenas, muertos por los proyectiles o por los rayos de energía.



Rafen disparó una ráfaga tras otra contra el torso del arrasador que tenía más cerca y dejó escapar un gruñido de frustración. La cabeza de aquella criatura se hundió dentro de la amalgama de carne y metal que tenía entre los hombros y le aulló. El ángel sangriento dio una orden, y Turcio contestó disparando el lanzamisiles. Los cohetes cruzaron el espacio que los separaba e impactaron contra la marioneta del Caos con brillantes explosiones de color naranja. El portador de la palabra cayó y fue aplastado por sus implacables hermanos.

—¿Es que las blasfemias del enemigo nunca se acaban? —preguntó Alactus—. ¿Qué clase de criaturas execrables son éstas?

—Híbridos —contestó Rafen—. Una mezcla sacrílega de carne humana, demonio y armadura. ¡Cada vez que respiran es una ofensa para la verdadera vida!

Alactus disparó varias veces el rifle de plasma contra las fuerzas de Tancred.

—¡Pues entonces acabaremos con ellos!

—¡Así sea!

Rafen siguió disparando, y otro arrasador cayó de rodillas. De repente, en todos los comunicadores de los Ángeles Sangrientos se oyó un mensaje, fuerte y claro, procedente de la *Bellus*.

—¡Hijos de Sanguinius! ¡Resistid y mantened la línea!

Rafen reconoció la voz de Sachiel y sonrió con disgusto.

—¿Y qué se cree que estamos haciendo? —dijo, enfurecido, en voz bien alta.

—¡La derrota del enemigo comienza ahora mismo! —siguió diciendo el sacerdote sanguinario con un tono de voz mayestático—. ¡Al igual que hizo nuestro señor primarca, nuestra venganza caerá del cielo sobre ellos con alas de fuego!

Un brillo actínico surgió del propio aire en lo más profundo de las fuerzas del Caos, más allá de las filas de arrasadores que seguían avanzando y de los demás marines del Caos que estaban a la espera. Varios rayos provocados por la tormenta electromagnética artificial saltaron de allí y mataron a los traidores allá donde se los encontraron a su paso. El aire se calentó y se cargó de olor a ozono y de los chillidos de la energía torturada. Rafen supo de un modo instintivo qué ocurría. El picor que sintió en la piel y el vuelco que le dio el estómago por reacción natural le indicaron la inminente llegada de una teleportación. El punto de luz se expandió y se estremeció a medida que las leyes del tiempo y del espacio eran anuladas de forma momentánea en el interior de la fortaleza Ikari. Se oyó el eco del chasquido provocado por un repentino desplazamiento de la atmósfera, que lanzó una onda de choque por todo el lugar. Derribó a los Portadores de la Palabra y formó un círculo perfecto, y allí, en el centro, sobre los cuerpos retorcidos de una decena de traidores, se alzaron diez individuos.

Siete de ellos eran Ángeles Sangrientos, y todos menos uno llevaban puestos los retrorreactores y los cascos dorados relucientes de la guardia de honor. Rafen vio que Stele estaba en el grupo. Empuñaba una hacha de energía en la mano derecha y su llamativa pistola láser de decoración recargada. Dos servidores artillados, no muy diferentes a los arrasadores del Caos, lo flanqueaban a cada lado, y empezaron a disparar contra cualquier individuo de armadura de color rojo oscuro. Sachiel comenzó a entonar un himno a voz en grito mientras derramaba sangre caliente a su alrededor con el grial de bronce. Todos los marines espaciales se quedaron pasmados al ver al guerrero que empuñaba la *Lanza de Telesto*. El brillo que desprendía parecía envolver a la moharra del arma como un estandarte etéreo.

—¡Arkio!

Quizá fue Rafen quien pronunció el nombre, o quizá fue Alactus. No importaba. La visión de la lanza y del joven con el casco dorado tuvo un efecto parecido al del

encendido de una bengala de señales en mitad de los Ángeles Sangrientos, y todos a una comenzaron a disparar de nuevo contra el ataque de los Portadores de la Palabra.

Rafen se puso en pie y saltó por encima del parapeto donde se había protegido antes siquiera de empezar a darse cuenta de lo que estaba haciendo. Alactus ya iba unos cuantos pasos por delante de él, y los anillos del generador del arma brillaban con cada descarga. Hostigados y heridos, los marines sacaron fuerzas de flaqueza y cargaron contra los traidores con una ferocidad infernal. Turcio le colocó la bocacha del lanzamisiles a uno de los arrasadores de mayor tamaño y lo destrozó de un disparo; Rafen y Alactus quedaron salpicados por glóbulos calientes de carne demoníaca. Dondequiera que Rafen mirara, veía el brillo divino de la sagrada lanza cayendo sobre las armaduras manchadas de sangre de sus hermanos de batalla; los iluminaba tal furia que hasta el propio Emperador se hubiera sentido orgulloso. Una parte del marine espacial quería reprimir esos excesos y mantener el control, pero estaba disfrutando demasiado de la gloria de aquel sangriento combate. No era la rabia negra lo que lo dominaba, sino el deseo de venganza: por Simeon, por Koris, por todos los seres humanos, hombres, mujeres y niños, fieles al Trono y que habían muerto a manos del Caos. Rafen deseaba empuñar él mismo la lanza y cortar al enemigo en pedazos.

Stele estaba perdido en mitad de la confusión, rodeado de manadas de furias rugientes y de mastines de Khorne. Dejó que los servidores artillados acabaran con ellos con rapidez mientras él canalizaba su esencia mental hacia el hacha de energía. Nada quedaba en pie después de enfrentarse al inquisidor, y mientras mataba y mataba, extendía la mente por todo el campo de batalla, acechando como un halcón. Sachiel, con la guardia de honor protegiéndole de cerca, condujo a los recién llegados al grueso del combate, donde empezaron a destrozar a los Portadores de la Palabra.

Rafen se sorprendió al descubrir que, sin haberlo decidido de forma consciente, se había colocado en vanguardia de la carga que cruzaba el suelo metálico. En aquel momento de inconsciencia, algo había decidido situarlo a la cabeza del ataque. Sin detenerse ni un instante, apuntó con el bólter e impactó en un arrasador en el punto donde el brazo con forma de cañón láser estaba perdiendo refrigerante y otro fluido espeso. La criatura giró sobre sí misma y lanzó un grito débil e inquietantemente infantil para algo de un tamaño tan enorme. Aceleró la carrera y saltó por encima del cadáver con un grito de guerra en los labios… para encontrarse frente a frente con el torturador que había visto en Cybele.

Tancred empuñaba el cuchillo vibratorio con el puñado de tentáculos, y en las garras casi humanas de la otra mano tenía una pistola láser. Un disparo apresurado y aterrorizado le abrió un agujero de un dedo de ancho en el avambrazo, pero eso no detuvo al ángel sangriento. Rafen trazó un arco en el aire, y el cuchillo de combate le cortó la mano al torturador a la altura de la muñeca. La extremidad y el arma cayeron

envueltas en chorros de sangre contaminada. Tancred intentó clavarle el cuchillo a Rafen en el costado, pero la punta rebotó en la armadura con una lluvia de chispas. La mente del marine estaba poseída por una extraña claridad de pura furia, como si lo viera todo a través de alguna clase de perfecta lente de odio. Atrapó el cuchillo de Tancred con la mano libre y lo empujó de forma instintiva contra la cara del torturador. El portador de la palabra vio entonces el instrumento de su propia muerte: la silueta fantasmal de un augurio de sangre resolviéndose en aquella arma, empuñada por la mano de un asesino carmesí. Rafen le clavó a Tancred el cuchillo vibratorio en la mandíbula, y la punta salió por el otro extremo del cráneo deforme.



Iskavan notó la muerte de Tancred y soltó una maldición. De algún modo, sintió algo de pena, pero fue sólo un momento. Lanzó un rugido hacia Falkir y el resto de las tropas y señaló a la guardia de honor de Sachiel.

—¿Ésos son sus refuerzos? ¿Diez hombres? ¡Por Skaros, fabricaré flautas con sus huesos! —Su crozius diabolicum chasqueó enfurecido—. ¡Destruidlos!



La *Lanza de Telesto* estaba funcionando, y Arkio se sentía como si no fuera más que un instrumento del arma, el artefacto iniciador de un poder explosivo muy superior a él. Sin embargo, a cada segundo que el arma permanecía en la mano, mientras la hoja de la lanza acababa con la vida de centenares de marines traidores, notaba que cambiaba. Un poder como el que nunca se hubiera atrevido a imaginar le recorría el cuerpo, y su mente se esforzaba por comprenderlo. Lo más parecido con lo que podía compararlo era con el momento en que había salido por primera vez renacido del sarcófago en Baal, pero incluso aquello era una sombra pálida en comparación con la fuerza majestuosa que le corría por las venas. Sentía que medía decenas de metros de alto. Vio el paso de los proyectiles y de los rayos de energía como si estuvieran suspendidos en el aire. Era invencible. Por los altos señores, era una sensación de divinidad.

Arkio contó a los Portadores de la Palabra con un simple parpadeo. La lanza le dijo que eran demasiados. Debían reducir el número, pero no al lento paso del bólter y de la espada sierra. El ángel sangriento lo vio con claridad: la acción y la reacción le aparecieron en la mente como si siempre hubiera sabido utilizar con total precisión el arma. Arkio blandió la lanza e invocó una energía que no había sido empleada desde la Herejía. La reunió sin esfuerzo alrededor de la punta de la hoja en forma de lágrima. Sintió que los huesos de la cara se le transformaban mientras la luz dorada aumentaba de potencia, y que la cara se convertía en una máscara que representaba a

otra persona, alguien muchísimo mayor y sabio.

«¡Ahora!».

Una llamarada de color ámbar salió disparada de la punta de la lanza sagrada y se extendió por todo el campo de batalla como una inundación. Todos los Portadores de la Palabra a los que tocó estallaron en llamas y se quemaron vivos; por delante de la tormenta de fuego avanzaba una tormenta psíquica de puro terror. Los marines del Caos que no se incendiaron huyeron gritando de miedo. El propio Iskavan empujó a sus hombres en el camino del fuego y salió corriendo; cualquier señal de su anterior voluntad inquebrantable había quedado desvanecida ante el poder de la lanza.

La tormenta de fuego pasó por encima de los cadáveres y llegó hasta los Ángeles Sangrientos. Rafen la vio acercarse. El cuerpo se le quedó inmóvil ante aquella visión. Ni siquiera fue capaz de alzar los brazos para cubrirse la cara. Se imaginó muriendo junto al resto de los marines cuando la energía de la lanza que su hermano había invocado de forma incontrolada acabara tanto con amigos como con enemigos. Sin embargo, las llamas doradas también pasaron por encima de él y tan sólo dejaron una descarga de adrenalina cuando aquel legado del primarca lo rozó. La sobrenatural sofisticación del arma de Telesto distinguió los indicadores de la propia sangre de Sanguinius en las venas de todos los Ángeles Sangrientos y no los atacó con su poder.

El silencio se apoderó de la fortaleza Ikari cuando las últimas lenguas de fuego desaparecieron alrededor de la lanza. Arkio se quitó con lentitud el casco dorado para contemplar la destrucción que había provocado. Su mirada se encontró con la de Rafen, que estaba al otro lado de la matanza. La sonrisa en el rostro del joven era una imagen deformada de la del propio Sanguinius: en vez de nobleza y pureza, lo que Rafen vio fue una expresión tan cruel como el borde de un cuchillo, y sintió que se le helaba el corazón.



El viento cargado de ceniza soplaba en la plaza que se abría delante de la fortaleza y creaba grandes espirales en el suelo. Los restos atomizados de los Portadores de la Palabra, los residuos de sus cuerpos, se amontonaban en pequeñas pilas de nieve gris y se acumulaban contra las bases de las murallas y las torres. Rafen dejó pisadas sobre los restos mortales del enemigo cuando cruzó la plaza destrozada serpenteando entre los vehículos quemados, Razorbacks de los Ángeles Sangrientos y transportes de los Profanadores del Caos. Estos últimos estaban rodeados de protecciones confeccionadas con hojas de pergamino en las que habían escrito textos sagrados para que su maligna influencia quedara contenida, aunque ya estuviesen destruidos. Rafen encontró al otro extremo de la plaza al hermano Delos, que estaba supervisando la tarea de los siervos del capítulo, que ya reunían a los muertos.

El capellán le miró y le saludó con un gesto respetuoso de la cabeza. Tenía la cara

manchada de hollín. No le hizo falta preguntar lo que quería Rafen.

—Por allí.

Señaló una fila de bolsas de tela recia, cada una con un sello de pureza y varios pergaminos con plegarias escritas en gótico alto. Delos se dio la vuelta para permitir que Rafen dispusiera de la intimidad que necesitaba. Aunque los cuerpos de los muertos de un modo honorable recibirían el trato reverenciado adecuado en una ceremonia llevada a cabo a bordo de la *Bellus*, sabía por propia experiencia que algunos individuos necesitaban un momento de soledad para despedirse de sus camaradas.

Rafen abrió el saco cuando estuvo seguro de que nadie lo miraba y dejó al descubierto el rostro del cadáver de Koris. El dolor que había presenciado en el rostro en el momento de la muerte afortunadamente había desaparecido. El ángel sangriento se sintió reconfortado por el hecho de que su viejo mentor descansara ya en paz, sentado a la derecha del Emperador.

—Descansa, amigo mío —susurró.

Sin embargo, sentía el corazón vacío. Las últimas palabras de Koris se le habían grabado en la mente como un tizón ardiente. Recordaba con claridad el rostro del sargento al hacerle la súplica: «Vigila a tu hermano, muchacho. ¡Ha sido maldecido con el poder para destruir a los Ángeles Sangrientos!». ¿Iba a cumplir semejante petición? ¿Qué clase de verdad había visto Koris en su alma antes de unirse por completo a la de Sanguinius?

Estaba claro desde el principio que Koris no se fiaba del inquisidor, pero con su último aliento había maldecido al agente de la ordo y lo había culpado de su caída en la rabia negra. Quizá se había tratado de un último resquicio de la sed de sangre que había enloquecido al veterano momentos antes de morir. Sin embargo, Rafen no podía quitarse de encima la sensación de que allí algo andaba mal. El sargento había caído víctima de la imperfección con demasiada rapidez, con demasiada facilidad. Para Stele había sido muy conveniente que uno de los guerreros veteranos más respetados, y más sinceros, de la compañía hubiera muerto y le hubiera dejado el camino libre para que él siguiera influyendo a su manera.

Rafen estaba asombrado por su propia disensión y por las ideas que se le ocurrían, ideas que algunos considerarían una herejía de primera clase. Todo aquello, el cambio de comportamiento de Arkio, las órdenes implacables de Sachiel, las manipulaciones de Stele…, estaba más allá de la experiencia de Rafen, tanto como guerrero como servidor del Trono.

Puso una mano en el pecho de Koris, en un lugar donde un disparo láser había arrancado la capa de pintura negra de la Compañía de la Muerte que cubría una gota carmesí de la armadura.

—Ayúdame, maestro. Muéstrame el camino una última vez.

En ese preciso instante, Rafen vio el transmisor de comunicaciones del sargento, que había quedado arrancado de la montura en la pieza del cuello. Se agachó y sacó el aparato, que era delgado como un cable. Se trataba de un transmisor de nivel de mando, capaz de enviar mensajes directamente a los oficiales superiores y a las naves en órbita. A diferencia del aparato que Rafen tenía en la armadura, el equipo de Koris estaba encriptado con códigos y claves mecánicas que le proporcionaban acceso a todos los aspectos de la estructura de mando de los Ángeles Sangrientos…, y en caso de emergencia, al propio planeta natal del capítulo.

Una fría calma se apoderó de Rafen cuando se dio cuenta de lo que por honor estaba obligado a hacer. «Éste asunto sólo lo puede resolver una persona», se dijo a sí mismo. El marine habló por el transmisor.

—*Bellus*, responda. Necesito un protocolo de transmisión telepática. Salida inmediata.

El aparato le tintineó en los dedos mientras tomaba nota de su impronta genética e intentaba verificar su identidad como ángel sangriento. Se trataba de un riesgo calculado: era muy probable que la tripulación de la *Bellus* no hubiera recibido todavía la lista completa de los caídos en combate, por lo que las autorizaciones de cifrado de Koris todavía no habrían sido canceladas.

Oyó el repiqueteo sordo de la voz de un servidor resonar en el casco del veterano.

—Confirmado, sargento Koris. ¿Cuáles son sus órdenes?

—Protocolo de encriptado omnis maximus. Destino, aposentos del comandante lord Dante, fortaleza Baal.

Se produjo una pausa, y Rafen temió por unos instantes que lo hubieran descubierto. Lo que estaba haciendo era motivo más que suficiente para el castigo máximo.

—Transmisión preparada, Koris —dijo la voz—. Empiece cuando quiera.

Rafen esperó un momento para asegurarse de que nadie le estaba mirando ni oyendo y respiró profundamente. Notó el sabor y el olor de las cenizas de los muertos.

—Mi señor Dante, debo informarle de los acontecimientos que han tenido lugar en los planetas Cybele y Shenlong, y a bordo de vuestra nave *Bellus*.

En cuclillas, al lado del cadáver de su mentor, Rafen empezó a contar en voz baja y apresurada todo lo que había ocurrido y que le había llevado a dudar de su propia fe.

Quizá el astrópata encargado de enviar el mensaje ciertamente no se había dado cuenta del engaño de Rafen, o quizá decidió enviarlo como un pequeño acto de desafío por la muerte de Horin. Fuese cual fuese el motivo, el mensaje del marine se envió sin problemas y cruzó el vacío en las invisibles líneas de comunicación telepáticas, pasando de una baliza mental a un psíquico de repetición, y atravesó la

galaxia hasta el monasterio-fortaleza de los Ángeles Sangrientos en Baal.



Doce

Surgieron de todas partes: de escondrijos en almacenes, del interior de hornos de fundición apagados y de los sótanos de un millar de edificios. La gente de Shenlong salió a la luz del amanecer, parpadeando por las lágrimas y con las manos unidas en gesto de súplica. Se habían librado del suplicio de los demagogos del Caos que acechaban en las calles prometiendo que sólo los matarían. El Emperador había visto sus sufrimientos y había respondido a sus plegarias, que recitaban murmurando en las ruinas de los templos devastados. Había enviado a los Ángeles Sangrientos para que acabaran con la invasión de los Portadores de la Palabra mediante el pío fuego purificador.

Otros no se alegraron tanto. Fueron los que se habían apresurado a aceptar la palabra de Lorgar, los que habían derribado los iconos del Imperio y se habían dedicado con rapidez a construir templos de los Portadores de la Palabra en su lugar. A esos habitantes de Shenlong los arrancaron de sus lechos y los colgaron de los monorraíles, o fueron lanzados al interior de hornos repletos de llamas alimentadas por las hojas de la propaganda del Caos. La sangre siguió corriendo en las zonas de la ciudad enmohecidas y cubiertas de ceniza. Resurgieron viejas rivalidades bajo el amparo de la excusa de la liberación.

Stele observó buena parte de aquello desde la ventajosa posición que ocupaba en un lado de la plaza. El segmento de planeta que podía ver era un microcosmos representativo de todo el resto. Se había extendido con rapidez el rumor sobre la hazaña de Arkio, y desde primera hora de la mañana habían empezado a llegar ciudadanos en grupos desorganizados para ver a los Ángeles Sangrientos con sus propios ojos, pero sobre todo, al guerrero que empuñaba la lanza dorada. El inquisidor se dio media vuelta cuando el marine se acercó a él. Había sentido el poder que emanaba de la lanza sagrada antes incluso de oír los pasos del guerrero. La mirada de Stele, lo mismo que la de todo el mundo, se vio atraída en primer lugar por el arma, y luego la dirigió al hombre que la empuñaba. El inquisidor había sido el primer humano en tocar la *Lanza de Telesto* desde hacía siglos. Se la había quitado de las garras a un caudillo orko, que la había robado. La bestia descerebrada ni siquiera había tenido la más remota idea de lo que el arma era capaz de hacer, tan sólo que tenía algún valor. Quizá si aquel animal bárbaro hubiera tenido una pizca de

verdadero intelecto jamás se habría atrevido a apoderarse de ella, pero lo había hecho, y con aquella acción, los intrincados planes de Stele se habían puesto en marcha.

Sin embargo, el artefacto arcanotecnológico jamás se le había manifestado como lo había hecho con el marine. Stele sofocó un ataque de envidia. Era posible que la lanza le ocultara algunos secretos, pero aun así, sería útil. De hecho, le serviría todavía mejor como herramienta en las manos de Arkio que en las suyas propias.

La gente que se había acercado en peregrinación a ver al bendecido por Sanguinius se apartó como espigas en el campo para dejar paso a Arkio. Estaban deslumbrados por el brillo de la lanza, aunque no estuviese activada.

«Qué típico de los ciudadanos imperiales —pensó Stele—. Están tan desesperados por las vidas que llevan que aceptan cualquier rayo de divinidad que les llega».

Haría buen uso de aquello cuando llegara el momento adecuado.

—Señor —dijo Arkio a modo de saludo, y lo acompañó de una inclinación de cabeza.

No apartó la mirada de los ojos del inquisidor. El poder del arma ya se estaba manifestando de un modo sutil y arrogante.

«Elegí bien», se dijo Stele.

—Hermano camarada Arkio. Lo has hecho sin fallo alguno. Sin duda, eres depositario del poder de Sanguinius.

Arkio parecía cansado.

—En su nombre y en el del Emperador. Sólo espero que sea suficiente…

Miró atentamente a los peregrinos, que se acobardaron ante semejante escrutinio. Como miembro de los Adeptus Astartes, Arkio estaba acostumbrado a que los humanos normales lo temieran como uno de los elegidos del Emperador que era, pero la veneración que aquellas gentes mostraban era algo distinto, algo más profundo y primitivo.

—¿Por qué me miran así?

Stele observó a Sachiel mientras éste se acercaba.

—Creo que no han visto en Shenlong nada tan magnífico como esa lanza. La gente común ve la luz del Trono Dorado en el brillo de la lanza. ¿Es de extrañar que se humillen de ese modo?

Arkio contempló con atención la lanza. Se encontraba en estado latente, pero todavía emitía un brillo ámbar apagado. La colocó de nuevo con cuidado en el estuche que le acercaron los servidores de Stele, y luego cerró la tapa. Del aire desapareció una extraña sensación de calidez cuando el arma quedó encerrada, y Arkio frunció el entrecejo.

Sachiel estaba muy animado. El sacerdote sanguinario parecía repleto de energía contenida. La expresión que mostraba en el rostro era de continua satisfacción.

—Jamás en toda mi vida soñé que sería testigo de algo semejante. ¡Arkio, demostraste la bendición delante de todos!

—Sí —contestó el ángel sangriento, con un gesto entre abatido y malhumorado.

Sachiel no pareció notarlo.

—El casco dorado de la guardia de honor te sienta a la perfección. Pareces haber nacido para ello.

Arkio sostuvo en alto el casco y lo miró con atención, como si fuera la primera vez que lo veía.

—Quizá —contestó con una voz que sonaba lejana—. A mí me parece poco apropiado.

—¿En qué sentido? —preguntó Stele con suavidad.

Arkio vio el reflejo distorsionado de su propia cara en la superficie ámbar del casco y negó con la cabeza.

—He…, he crecido más allá de la armadura carmesí de mi servicio. Creo que debería aparecer ante el mundo con todo el equipo dorado.

Miró a Stele como buscando alguna clase de confirmación, como si la idea que se le había ocurrido procediera de algún otro lado.

—¿Deseas llevar una armadura como la que tiene nuestro señor Dante? —La duda se apoderó de la voz de Sachiel—. Pero…

—Pero ¿qué?, Sachiel —le cortó Stele—. Tú mismo has hablado de la bendición que Arkio ha recibido. ¿No debería tener el aspecto apropiado si está tocado por la gracia?

El momento de duda desapareció del rostro de Sachiel. La idea de que aquello podía ser un sacrilegio duró menos de un latido de corazón. Sachiel sonrió y se dirigió a los demás Ángeles Sangrientos y a los ciudadanos que estaban lo bastante cerca como para oírlo.

—¡Podréis decir que estabais en Shenlong cuando Arkio el Bendito liberó la fortaleza Ikari! ¡Hoy estamos haciendo historia!

—¿Historia? —En la voz de Arkio había un tono de burla—. Hoy estamos sobre las cenizas de los muertos, sobre los cadáveres de los herejes que hemos matado. —Miró a Stele—. ¡Hoy no he liberado nada!

—Has obtenido una victoria —le dijo el inquisidor—. Tú y tus hermanos.

La cara de Arkio reflejó, de repente, una ira brutal.

—¡No hay victoria sobre los Portadores de la Palabra a no ser que desaparezcan todos! Su apóstol oscuro huyó del campo de batalla. ¡Lo vi con mis propios ojos! ¿Cómo podemos declarar nuestro este mundo si esa alimaña sigue en sus calles? ¡Contésteme a eso!

Stele jugueteó con el adorno pureza que llevaba en la oreja.

—Iskavan el Odiado todavía vive, y Arkio está en lo cierto. Shenlong no

conocerá la paz hasta que nos unamos bajo el estandarte de Sanguinius y matemos a todos y cada uno de los traidores.

—Así es como actúan —añadió el ángel sangriento—. Convierten a los mundos a su siniestra causa y envenenan las mentes de sus habitantes. Si no acabamos con ellos ahora, es posible que nunca tengamos otra oportunidad…, a menos que lo solucionemos arrasando el planeta.

Sachiel soltó un jadeo al oír aquella sugerencia.

—Hemos venido para devolver Shenlong al seno del Imperio, no a destruirlo.

—Entonces, ¿qué propone, gran sacerdote? —le preguntó Arkio, y todo rastro de duda desapareció del marine espacial—. ¿Qué esperemos y así les demos tiempo para que se reagrupen? No debemos olvidar lo que aprendimos en Cybele.

El sacerdote sangriento se acarició con gesto ausente un panel de la armadura roja y blanca. Las secciones de color hueso estaban manchadas por los restos sanguinolentos de sus enemigos.

—Sí… Sí, tienes razón.

—Debemos seguir el camino que se abre ante nosotros —dijo Stele.

El inquisidor estaba a punto de seguir hablando cuando una brisa fría aquietó el aire a su alrededor. Su astrópata personal, Ulan, le había enviado un aviso psíquico de urgencia y preocupación desde la órbita del planeta. Mostró una sonrisa forzada.

—Hermanos, me temo que debo regresar a la *Bellus* de inmediato. Un asunto de cierta importancia requiere toda mi atención.

Les indicó con un gesto a los servidores que lo acompañaran con el estuche de la lanza.

—No —dijo Arkio, y ni siquiera se dio la vuelta para comprobar si habían obedecido la orden—. La lanza sagrada debe permanecer cerca de mí.

El gesto de furia de Stele le pasó desapercibido a todo el mundo.

—Es cierto. He sido descuidado al sugerir lo contrario.

El inquisidor revisó la anterior estimación que había hecho de Arkio. Había esperado que aparecieran ese tipo de desafíos, pero no tan pronto. Sin embargo, a sus planes no les vendría nada bien que le llevara la contraria al marine espacial delante de sus hermanos de batalla. Era mejor que creyeran que Arkio tenía el control y la autoridad sobre el arma. Stele pasó al lado de Sachiel y miró con gesto apremiante al sacerdote.

—Volveré lo antes posible.

Uno de los sargentos veteranos se acercó a Sachiel e hizo una reverencia mientras la figura del inquisidor se desvanecía entre los torbellinos de ceniza.

—Eminencia, ¿cuáles son sus órdenes?

Sachiel le devolvió el saludo con un gesto de la cabeza, y luego señaló la fortaleza.

—Registrad la torre y encontrad una estancia adecuada para ser el centro de operaciones…

—Quizá también sería conveniente buscar una capilla —comentó Arkio con voz despreocupada.

—Y una capilla también —acabó de decir Sachiel.



Los Portadores de la Palabra caminaban en silencio por la red de túneles y cámaras de desagüe decrépitas. Avanzaban en filas apretadas a través de las charcas de agua estancada y contaminada por cadmio, y entre el goteo constante del aceite que se escapaba de las máquinas que estaban al otro lado del suelo. Entre los grupos de marines había algunas pequeñas jaurías de depredadores demoníacos, furias y mastines de Khorne. Sus intelectos animales no les permitían comprender lo que había ocurrido. Falkir seguía de cerca a Iskavan. La única compañía que tenía era la espalda del apóstol oscuro mientras se adentraban más y más en el entramado de túneles. Parecía que el señor de la guerra no seguía una dirección concreta y doblaba las esquinas al azar. Los únicos sonidos que se oían eran las pisadas de las botas sobre el líquido espeso y el murmullo inquieto del crozius de Iskavan.

Falkir quería hacerle preguntas al apóstol, quería encontrarle algún sentido a su plan, pero el primer portador de la palabra que se había atrevido a hablarle se había encontrado con ocho cuchillas clavadas en la garganta que se dedicaron a chuparle la sangre negra. El castellano de Ikari contuvo la ira que sentía. Se había enorgullecido de la captura de Shenlong, y el mundo forja estaba bien encaminado en la tarea de convertirse en toda una fortaleza del Caos antes de que llegara el *Elegía Eterna*. Se habían levantado por todo el planeta templos y monumentos impíos, se estaban llevando a cabo adoctrinamientos forzados por todos lados también, y Falkir se había permitido un momento de orgullo. Sin embargo, apenas había pasado un día desde la llegada de Iskavan el Odiado al mundo que Falkir había reclamado cuando los Portadores de la Palabra fueron derrotados y obligados a huir a los túneles por los Ángeles Sangrientos y esa arma. Cerró la mano alrededor de la empuñadura del hacha sierra que llevaba y pensó en la posibilidad de enterrar la hoja en la parte de atrás de la cabeza del apóstol.

Iskavan se detuvo y dio media vuelta. Falkir se sobresaltó. ¿Habría oído el apóstol sus pensamientos desleales?

—Éste lugar servirá.

El apóstol señaló con un gesto del crozius una gran cámara de contención, enmohecida y llena de suciedad. Era lo bastante grande como para que cupieran mil personas, aunque Falkir dudaba mucho de que quedara con vida ni una fracción de ese número de Portadores de la Palabra.

—Nos quedaremos aquí. Envía exploradores para localizar a más supervivientes y reagruparlos en este lugar.

—Como ordenéis —contestó Falkir con voz seca. Iskavan lo miró.

—¿Tienes algo que decirme?

Falkir estuvo a punto de rebelarse, y sólo gracias a un supremo esfuerzo de voluntad consiguió contenerse y no llamar idiota al apóstol.

—No, grandeza. Solo estoy… cansado.

El jefe de los Portadores de la Palabra soltó un bufido.

—Mientes muy mal —sopesó el crozius—. Busca a nueve humanos. Reúnelos y tráemelos aquí sin que sufran ningún daño.

—¿Para qué servirá eso?

Iskavan contestó, pero parecía más estar hablando consigo mismo que respondiendo a Falkir.

—Mi permisividad con Tancred me ha costado cara, y ahora he de pagar el precio. Su visión era mentira… —El apóstol acarició el crozius—. Llevaré a cabo mis propias predicciones. El juicio de Lorgar caerá sobre esa escoria imperial. Invocaré un devorador de almas y les haré pagar lo que me han hecho.



Ulan estaba esperándolo cuando su nave se enganchó a la escotilla de seguridad de la *Bellus*. La discreta escotilla era una característica obligatoria en todas las naves imperiales superiores a cierto tonelaje, sin importar el astillero o quién la empleara. Tales escotillas tenían la entrada codificada y respondían únicamente a unas cadenas proteínicas especiales implantadas a los inquisidores y a sus agentes, por lo que sólo las podían abrir aquellos con permiso de las diferentes ordos…, o los que tuvieran un soplete de plasma y varios días libres. Ésa escotilla de seguridad les permitía a individuos como Stele entrar y salir a voluntad sin tener que esperar a que se lo permitieran desde el púlpito de atraque principal de la nave. Sin embargo, el inquisidor apenas había utilizado la de la *Bellus*. Prefería mezclarse con los Ángeles Sangrientos para ganarse su confianza y respeto. Un inquisidor que siempre está oculto en sus aposentos a bordo de una nave acaba por hacer sospechar incluso a los más tontos.

Sin embargo, la premura en este caso obligaba a dejar a un lado la apariencia de congenialidad que se había esforzado tanto en construir. Su astrópata se puso en pie y la capucha que llevaba puesta cayó un poco hacia atrás y dejó al descubierto un cráneo tan rapado como el suyo y rematado por una intrincada diadema de bronce. Ulan era un experimento fallido que Stele había recuperado de un laboratorio de la ordo. Era una herramienta psíquica potente, aunque poco fiable. El Adorno que llevaba en la cabeza contenía su poder hasta que Stele lo necesitaba.

—Habla —le ordenó.

La amalgama de indicadores emocionales que le había enviado antes dejaban bien claro que tendría que transmitir la información mediante el torpe método del empleo de palabras, no con los brillantes colores de la conversación mental.

El astrópata mantuvo el paso a su lado mientras caminaban por el pasillo que llevaba directamente a sus aposentos.

—Honorable señor, a la novena hora sentí una impureza, un reflejo, un movimiento en el empíreo. El eco de un mensaje.

Stele entrecerró los ojos.

—¿Otra señal desde Baal tan pronto?

—No desde Baal, hacia Baal. La envió esta nave.

—¿Qué? —El rostro de Stele se puso tenso por la repentina furia que sintió—. ¿Quién lo envió? ¿Qué decía el mensaje?

—No lo sé. El coro telepático de la nave me detesta y no me permite participar en comunión con ellos en el paisaje mental del espacio disforme. Lo único que me alertó de lo ocurrido fue la casualidad al captar el eco.

Stele frunció la nariz como si hubiera olido algo desagradable.

—¡Tráeme a los astrópatas de Ideon! ¡A todos ellos!

Ulan alargó la mano hacia los mandos de apertura de la compuerta y en su rostro muerto apareció una mueca que era su versión de una sonrisa.

—Me he anticipado a la orden para complacer a mi señor inquisidor.

Una mano parecida a una araña de patas largas pulsó los mandos adecuados, y Stele entró en sus aposentos. Ante él se encontraban los tres adeptos astrópatas supervivientes que hasta hacía poco habían servido en la *Bellus* bajo las órdenes de maese Horin.

El inquisidor no tuvo que decirle a Ulan que cerrara la compuerta a su paso. Alargó una mano y le bajó la capucha, lo que dejó por completo al descubierto sus ojos muertos cortados a partir de cristal negro. Stele tocó una serie de controles enjoyados en la diadema mecánica que el astrópata llevaba puesta en el cráneo y permitió que su poder de anulación se activara. Ulan cerró los ojos y abrió el lugar del interior de su mente donde albergaba el manto psíquico antes de caer hecho un guiñapo al suelo. Allí se quedó retorciéndose y gimoteando, mientras su aberrante poder se extendía poco a poco por toda la estancia. Moriría si Stele lo obligaba a utilizar ese poder durante mucho tiempo, pero él ya lo había llevado al borde de la muerte en otras ocasiones y había sobrevivido.

Los tres astrópatas reaccionaron del mismo modo: completamente asombrados. La capacidad de Ulan era crear una burbuja de vacío psíquico en la estancia que ahogaba la aplicación de todo fenómeno metafísico. La duración del efecto era el tiempo que Ulan pudiera aguantar, pero Stele sabía por experiencia que la mayoría de

los psíquicos se derrumbaban como un castillo de cartas del tarot a los pocos instantes de haber quedado cegados psíquicamente por su astrópata.

El inquisidor desenfundó la pistola láser y no desperdició el tiempo. Se dirigió al primer astrópata.

—La señal a Baal, ¿la enviaron desde la nave? ¿Quién la envió? —El psíquico se llevó las manos a la cara, como si con eso pudiera recuperar de algún modo sus poderes psíquicos—. Sabéis que maté a Horin. ¿Queréis reuniros con él?

El astrópata se lamió los labios de color gris cadáver.

—Yo estaba en el ciclo de sueño. No sé nada de…

Stele frunció el entrecejo y disparó a quemarropa. El cuerpo del astrópata se desplomó y se unió al de Ulan. El inquisidor se quitó el abrigo de combate y con él cualquier pretensión de que iba a comportarse de un modo civilizado.

—¡Habla, bruja!

Apretó el cañón caliente de la pistola en la carne del cuello de la siguiente telépata y disfrutó del olor a carne quemándose.

La astrópata intentó pedir ayuda mentalmente, pero no funcionó. Cuando le quedó claro que no iba a recibirla, empezó a gemir. La psíquica señaló con un gesto de la cabeza al último de los adeptos.

—Él fue el conducto. Lo oí.

—Bien —dijo Stele, y apretó el gatillo de nuevo.

El último adepto era el protegido de Horin. Intentó ocultar el horror que sentía con una máscara de fría indiferencia. Stele le puso el cañón de la pistola en la frente.

—¿Quién envió el mensaje? —Se acercó más, y le preguntó lo que sospechaba—. ¿Alguien de la superficie? —Un leve temblor en un ojo le contestó con tanta certeza como una confesión—. ¿Qué decía?

Uno de los gemidos de Ulan resonó con fuerza en el aire, y aquello envalentonó al astrópata.

—Sean cuales sean tus planes, inquisidor, lord Dante ya sabe lo que ha quedado en evidencia. Tus maquinaciones acabarán siendo descubiertas.

El gesto desafiante del rostro del astrópata fue más que suficiente. Stele le disparó. Dejó que el cuerpo cayera, y después, en un repentino ataque de furia, le disparó una decena de veces más, a la vez que escupía y maldecía a los tres psíquicos.

Después de un momento se calmó, y sacó a Ulan de su trance activando el mecanismo de la diadema. Estaba débil y le salía sangre por todos los orificios de la cara. Stele sacó un vial de medicina alienígena de un bolsillo oculto y se lo inyectó en uno de los agujeros artificiales del cráneo. Ulan empezó a recuperarse tras unos instantes.

El astrópata sonrió de nuevo con aquella mueca muerta al ver los cadáveres de los tres psíquicos.

—Vivo para serviros —dijo con un siseo.

—Sí, así es —le contestó el inquisidor, mostrándose de acuerdo—. Te presentarás ante el capitán Ideon y le informarás de que únicamente tú cumplirás las funciones del coro a partir de ahora.

Ulan respondió con un asentimiento dubitativo.

—Eres más que capaz de hacerlo —añadió Stele—. Sin embargo, lo primero que harás será hablar por mí. —Lo puso en píe y lo mantuvo erguido con firmeza. Sus gruesos dedos encontraron los contactos metálicos ocultos que había debajo de la capa de plasticarne de su cara—. Abre un contacto. Tengo que enviar un mensaje.

El cuerpo encorvado del astrópata se tensó cuando su mente se expandió más allá de la prisión de hueso que era su cráneo y salió por el casco de la nave hacia más allá del velo del espacio exterior para dirigirse hacia los torrentes del Immaterium. Stele lo guió como un jinete y apuntó la telepatía de Ulan hacia un núcleo de negro espacio nulo que acechaba por encima de ellos.

Una forma oscura e inhumana que se encontraba allí vio a Stele acercarse y se alegró de darle la bienvenida.



El hedor a combustible quemado de los lanzallamas todavía flotaba en el lugar donde los Ángeles Sangrientos habían achicharrado los estandartes y los pendones blasfemos de los Portadores de la Palabra, pero aparte de unos montones de cenizas en algunas esquinas, el tabernáculo estaba como cuando Falkir decidió tomarlo como su salón del trono. Arkio recorrió el perímetro de la estancia y miró en las antecámaras que partían de ella, como si se esperara ver aparecer a algún lacayo del Caos que se mantuviera oculto en las sombras. Rafen se dio cuenta de su decepción al comprender que no era así.

—Creo que la lanza debería quedarse aquí —dijo al fin—. Ésta estancia es adecuada para la defensa. Estará segura.

—Bien elegido, Bendito —le contestó el sacerdote.

Arkio torció el gesto.

—¿Por qué me llama así, Sachiel? No me acabo de acostumbrar.

—No puedo negar la verdad que veo con mis propios ojos, hermano Arkio. Nadie que haya visto lo que has hecho hoy puede negar que has sido bendecido por el primarca.

—¿No? —Arkio lo miró fijamente—. Sachiel, tengo ojos y oídos. Vi cómo mis hermanos cambiaban de actitud hacia mí cuando toqué la lanza durante la ceremonia de recuerdo. Algunos me miraron asombrados, otros…

La sonrisa de Sachiel se le heló en el rostro.

—No hay disensión entre nosotros, Arkio.

El joven se rió sin alegría.

—Te garantizo que Koris hubiera afirmado otra cosa.

—El honorable sargento ya no dirá nada más —aclaró Sachiel, frunciendo el entrecejo—. Sanguinius en su infinita sabiduría decidió llevarse a Koris consigo y entregarle el poder de la rabia negra. A él y a otros. —Arkio no dijo nada, y el sacerdote siguió hablando—. Sin duda, se trata de un presagio. A aquellos que le dan la bienvenida a tu santificación el más puro los refuerza, y a los que no… les espera el camino escarlata.

Arkio siguió mirando fijamente a Sachiel, y de repente volvió a ser el joven marine, inmaduro y sin experiencia.

—¿Qué pasaría si no quisiera semejante honor, sacerdote? ¿Qué pasaría si quisiese reunirme con mis hermanos de nuevo, con Rafen y los demás, y enfrentarme al enemigo con espada y bólter?

El sacerdote sanguinario le puso una mano en el hombro y lo llevó con suavidad hasta la puerta del balcón que había al otro lado.

—Ya has dejado esos días atrás. Sanguinius ha escogido una nueva vida para ti, y no podemos dudar de la sabiduría de la elección.

Los dos salieron a la débil luz del día en Shenlong y quedaron a la vista de millares de personas. Había Ángeles Sangrientos al lado mismo de soldados mugrientos de la Fuerza de Defensa Planetaria y de civiles harapientos, y todos rugieron al unísono su aprobación.



Rafen apartó las manos de un niño que estaba tocándole las grebas con toda la reverencia debida a un icono sagrado. Alactus y Turcio, que estaban a su lado, sacudían al aire sus bólters y se unieron al grito de guerra de su capítulo: «¡Por el Emperador y por Sanguinius!».

—¡Hijos de la Sangre! ¡Leales servidores del Imperio! —Sachiel, que tenía en la mano la réplica del Grial Rojo, hizo llegar su voz por toda la plaza desde el balcón donde se encontraba—. ¡Escuchadme! ¡Éste planeta contempla de nuevo la luz del Trono Dorado, y el señor de Baal nos mira con ojos benevolentes! ¡Contemplad al héroe del mundo forja, al liberador de Shenlong…, Arkio el Bendito!

Rafen ya había estado en otros planetas y había visto a las masas de ciudadanos imperiales embelesados por la figura del Dios Emperador, pero siempre había sido a distancia. En aquella ocasión, rodeado de ellos, se sintió sacudido por el torbellino de emociones que afectaba con la misma facilidad tanto a sus hermanos de batalla como a los ciudadanos comunes.

—¡Arkio empuñó la *Lanza de Telesto*! —siguió diciendo Sachiel—. ¡Los Portadores de la Palabra fueron destruidos por su mano! ¡Vuestra victoria es suya!

La multitud empezó a corear el nombre de su hermano, pero Rafen frunció el entrecejo. Sachiel hablaba como si sólo Arkio se hubiera enfrentado a los traidores, pero entonces, ¿qué pasaba con los centenares de Ángeles Sangrientos que habían muerto en esa misma batalla? ¿Qué había de Koris y de la Compañía de la Muerte?

—Está escrito en el *Libro de los Señores* que sólo los bendecidos por el Emperador pueden tocar la lanza y seguir vivos, ¡pero que únicamente aquellos por cuyas venas corre la esencia del gran ángel pueden dominar su poder! —Sachiel alzó la réplica del Grial Rojo y se giró para ungir a Arkio con el líquido carmesí que contenía—. Hermanos, todos somos hijos de la Sangre, ¡pero hoy el más puro camina de nuevo entre nosotros! ¡Aquí tenéis a Arkio el Bendito, Sanguinius renacido!

La fuerza de las palabras del sacerdote fue tal que la congregación entera, pues en eso se había convertido la multitud, cayó de rodillas en actitud implorante. Rafen se dio cuenta de que también él se había inclinado de forma inconsciente, junto a Turcio y a Alactus.

—Es algo glorioso —murmuró uno de ellos—. Estamos santificados…

Una parte de la mente de Rafen gritaba ante lo discordante del momento. «¡Esto es una locura! Mi hermano, ¿una reencarnación de nuestro primarca?». ¡Imposible! Y sin embargo, estaba sometido al poder divino de aquel momento.

Un momento después, Arkio habló, y la plaza se quedó en silencio.

—Gentes de Shenlong, nuestra lucha no ha terminado todavía. Los corruptos aún se ocultan en vuestras ciudades y no seremos libres hasta que encontremos al último seguidor del Caos. Esto os pido: decidme dónde se encuentran los Portadores de la Palabra.

La multitud se vio agitada por una oleada de confusión. Poco a poco, se alzaron algunas voces que admitían que no conocían el paradero de los traidores. Rafen vio que Sachiel le murmuraba algo al oído a su hermano, y Arkio asintió con reticencia.

—Si no me contestáis, será necesario tomar algunas medidas. —En el oído de Rafen restalló el chasquido de una transmisión de mando, y un puñado de miembros de la guardia de honor de los Ángeles Sangrientos se puso de pie al mismo tiempo—. Aquellos que oculten a los impuros serán castigados —dijo Arkio.

Sin previo aviso, una decena de habitantes de Shenlong se pusieron también en pie. Varias figuras echaron a correr como si una extraña locura recorriera la multitud.

—¡Sí, sí! —gritaron unas cuantas voces—. ¡Mostradnos el camino!

—¡Somos infieles!

—¡Castigadnos! ¡Nosotros seremos la lección!

Los marines empezaron a disparar por puro acto reflejo contra la multitud y abatieron a la gente que se dirigía corriendo hacia ellos. Para horror de Rafen, los habitantes de Shenlong recibieron los proyectiles de bólter con los brazos abiertos y una sonrisa beatífica en la cara.

El comandante Dante se alzó en el silencio absoluto del reclusium cuando acabó formalmente su meditación con las últimas palabras del catecismo carmesí. Se arrodilló ante los dos iconos que tenía delante. Hizo el signo del aquila en dirección al de mayor tamaño de los dos, que representaba al Dios Emperador en su trono, y luego se llevó las manos al corazón, el gesto de obediencia a la estatua de Sanguinius. El primarca de los Ángeles Sangrientos estaba tallado en la piedra rojiza de los paisajes desiertos de Baal. La estatua lo representaba en actitud contemplativa, con la capucha echada y las poderosas alas en posición de descanso, al mismo tiempo que sostenía la sagrada copa carmesí en una mano. Dame imitó la postura de su señor espiritual e hizo una última reverencia.

—Hoy, como todos los demás días, gran Sanguinius, te pido la sabiduría y la fuerza necesarias para guiar a nuestro capítulo a una gloria aún mayor.

Satisfecho por haber completado la ceremonia, Dante se alejó del altar y se puso la larga túnica blanca representativa de su cargo. La cámara se encontraba en la parte superior del tejado más alto de toda la fortaleza-monasterio, entre dos grandes minaretes. Una de las paredes era una enorme ventana de cristalcero invulnerable. Dante se acercó a ella y contempló los alrededores de la abadía, muy por debajo de donde él se encontraba. Allí, en el terreno de desfile, centenares de guerreros de armadura carmesí practicaban un entrenamiento incesante, y ni uno solo de ellos fallaba o hacía movimientos innecesarios.

El comandante recordó la época en la que también él se entrenaba allí abajo. Entonces, de vez en cuando, se atrevía a echar un vistazo hacia arriba, hacia las lejanas torres, y se preguntaba cómo sería caminar por sus estancias. Eso había sido más de diez siglos antes, y todos los hombres a los que había llamado camaradas ya no eran más que polvo; sus nombres estaban tallados en el cristal de obsidiana del sepulcro de los héroes. Dante vio el reflejo de su propio rostro en la ventana, la forma agresiva de su semblante desfigurada por el momento de introspección. La mandíbula y la nariz aquilinas eran el marco de unos ojos que lo veían todo. Tenía el aspecto de una rapaz en descanso…, pero no por mucho tiempo. Frunció el entrecejo. Estaba de humor sombrío, pero no lograba descubrir el motivo. Dante no tenía poderes psíquicos, pero los cientos de años de vida entre los Ángeles Sangrientos y el haber mandado en su orgullosa trayectoria como capítulo le habían proporcionado un sentido del momento acerca de su estado. Oyó el sonido de unas botas que se acercaban resonando por el pasillo que estaba al otro lado de la estancia y supo de un modo instintivo que algo malo ocurría.

Unos servidores ocultos abrieron las puertas del reclusium, y Dante se dio media vuelta para ver llegar al hombre que actuaba como su fuerte brazo derecho. El jefe

bibliotecario hizo una profunda reverencia, y la filigrana de cráneos del reborde de su capa roja se arremolinó a sus pies.

—Mi señor, disculpad esta intrusión.

Dante le indicó que se levantara.

—Mephiston, viejo amigo, para ti no hay puertas cerradas.

El comandante decía la verdad, ya que los poderes psiónicos del bibliotecario eran formidables, y de haberlo deseado, poco habría en el interior de la fortaleza que fuese capaz de impedirle el paso. Mephiston lo miró sin temor. Dante no exigía, como hacían los señores de otros capítulos, que los guerreros lo trataran como si fuese un avatar viviente de la divinidad del primarca y que mantuvieran la mirada baja. El señor de los Ángeles Sangrientos observó con atención al psíquico guerrero, al que los demás marines espaciales llamaban el Señor de la Muerte. Mientras que la cara de Dante reflejaba la noble sabiduría de Sanguinius, la de Mephiston traslucía la maldad controlada que hervía bajo su comportamiento civilizado. Los eruditos hablaban de la capacidad del bibliotecario para inmovilizar al enemigo con el poder de la mirada, e incluso Dante era capaz de sentir la intensidad de aquellos ojos ardientes.

—Se ha producido un asunto de la mayor delicadeza e importancia, y debemos resolverlo con la máxima rapidez, comandante.

Dante le indicó con un gesto a Mephiston que se sentara a su lado en un banco ante el altar, pero el bibliotecario rehusó. Fuese cual fuese el asunto, lo había puesto muy tenso. El malhumor del comandante se hizo evidente, y Mephiston asintió al notar las ideas sin formar que Dante tenía en mente.

—Nos ha llegado una señal procedente del segmentum donde se encuentra el sistema estelar Shenlong. Los astrópatas han confirmado que el mensaje original se envió desde la barcaza de combate *Bellus*.

—Bajo el mando del hermano capitán Ideon —comentó Dante—. ¿No se le había ordenado que permaneciera protegiendo los cementerios de guerra de Cybele?

Mephiston asintió de nuevo.

—No se trata de una simple desobediencia, mi señor. El mensaje es algo confuso, y creo que lo enviaron de forma apresurada, pero habla de ciertos incidentes en el campo de batalla de Cybele y también durante un ataque contra Shenlong. —E1 bibliotecario inspiró profundamente—. Habla de un hermano que blande la *Lanza de Telesto* como lo hizo el propio Sanguinius y de un paulatino incremento en la creencia de que la bendición de nuestro soberano angélico se manifiesta en él.

Dante se sintió falto de palabras durante un largo momento. Luego, alzó la mirada hacia la estatua de Sanguinius un instante, en busca de una guía inspirada en su rostro encapuchado.

—Repítemelo por entero —ordenó.

Mephiston repitió palabra por palabra el contenido del apresurado mensaje de

Rafen gracias a su memoria fotográfica.

Dante frunció el entrecejo en un gesto de concentración mientras oía el relato del marine sobre el ataque de los Portadores de la Palabra a Cybele, sobre la llegada de la *Bellus* y las órdenes posteriores del sacerdote Sachiel y del inquisidor Stele. Cuando el bibliotecario dejó de hablar, el comandante se quedó en silencio durante un rato.

—Ése tal Sachiel ve la bendición del más puro en ese guerrero, Arkio. —Dante le dio vueltas a la idea—. Una convicción semejante está llena de portentos y de exigencias, y buena parte de ella tiene malos augurios. ¿Qué confirmación tenemos de que todo eso es cierto?

—El mensaje lleva el código identificador de un veterano de confianza, el hermano sargento Koris, de la compañía del capitán Simeon. Me he tomado la libertad de revisar su crónica. Señor, es un marine de valor excepcional. Aunque suele tender a mostrar cierto escepticismo, yo no dudaría de la veracidad de lo que cuenta… No obstante, se han detectado ciertas anomalías preocupantes en la impronta de voz.

Dante asintió.

—¿Cuántas veces ha ocurrido, Mephiston? ¿Cuántos ángeles sangrientos se han creído tocados por el espíritu de nuestro señor y han proclamado ser portadores de su poder?

—Demasiados, mi comandante. Sin embargo, ¿no somos todos recipientes de la grandeza de Sanguinius en cierto modo?

—Así es —respondió Dante, mostrándose de acuerdo—, pero honramos al primarca por encima de todo y no pretendemos usurpar su puesto. —Entrecerró los ojos—. Todo este asunto de la lanza…, que la reliquia se utilice de un modo tan descarado y sin mi permiso…, es preocupante. Confiamos en Stele y honramos la deuda de sangre que teníamos con él, pero si nos equivocamos…

—Andar con semejantes suposiciones es una pérdida de tiempo, mi señor —le dijo Mephiston con energía—. Está claro lo que debemos hacer: aislar a ese tal Arkio y traerlo tanto a él como a la lanza a Baal sin demora.

—Que así se haga. Le encargarás la misión al capitán Gallio. Ha cumplido muy bien durante su servicio en mi guardia de honor y su lealtad al Primogenitor es inquebrantable. Que tome el mando del crucero *Amareo* y que él mismo escoja los hombres que quiere.

—Si os parece bien, comandante, también enviaré al hermano Vode. Es uno de mis mejores acólitos, y su segunda visión no tiene rival a la hora de encontrar la mácula de la corrupción.

Dante lo miró fijamente.

—¿Eso es lo que esperas encontrar, hermano?

El pétreo rostro del bibliotecario no mostró emoción alguna.

—No podemos permitirnos ir a ciegas en semejante asunto.

—Es cierto —admitió el comandante—. Respecto a ese mensaje…, no sería nada bueno que el contenido de la señal llegara a oídos del resto del capítulo. Como mínimo, se produciría una gran confusión. En el peor de los casos, podría convenirse en la semilla de un cisma.

—Ya me he ocupado de eso, mi señor. El conducto astropático que aceptó la transmisión está aislado por orden mía. Me encargaré personalmente de supervisar el borrado de sus engramas de memoria.

Dante se puso en pie y se acercó de nuevo a la ventana.

—Envía la nave, y así veremos por nosotros mismos la verdad que esconde esa «bendición».

Mephiston se detuvo en el umbral de la entrada al reclusium, con las puertas abiertas ante él.

—Mi señor…

Dante captó algo en la voz del bibliotecario que raras veces había oído antes: era un tono de duda, extraño por completo al tremendo carácter reservado del Señor de la Muerte.

—¿Qué te preocupa, viejo amigo?

—Actuamos y hablamos de ese tal Arkio como si ya hubiéramos demostrado que en realidad es una falsedad, pero… ¿qué haremos si ese joven ha sido bendecido de verdad por el Deus Encarmine?

Para su consternación, el comandante de los Ángeles Sangrientos descubrió que no tenía respuesta para la pregunta de su camarada de confianza.



Trece

Los pasillos de la fortaleza estaban repletos de penitentes harapientos con ropajes destrozados y vendajes manchados de sangre. Aquellos individuos patéticos eran los supervivientes de la ocupación, los que todavía tenían fuerzas para caminar y acercarse a pedir ayuda a los Ángeles Sangrientos. Rafen había pasado de largo al lado de los grupos de siervos del capítulo que bajo la supervisión del sacerdote sanguinario se dedicaban a dividir el saqueo de los almacenes que se encontraban en los subterráneos de la fortaleza. Las cajas de medicinas y de víveres iban directamente a los ciudadanos enfermos y hambrientos. Había poco que repartir, ya que los batallones de Falkir se habían dedicado a incendiar buena parte de los suministros. Al igual que los que abarrotaban la plaza, la gente con la que Rafen se cruzaba parecían sobrevivir sólo gracias a la fe.

El ángel sangriento estaba preocupado. Le venía una y otra vez el recuerdo de la guardia de honor asesinando a sangre fría a los ciudadanos. Era algo que le asqueaba profundamente. A Rafen no le importaba tomar medidas extremas cuando era necesario, pero aquella muestra de tranquila insensibilidad hacía que se le revolviera el estómago. Habían liberado a la gente de Shenlong, y matar a unos cuantos para reforzar una idea iba contra toda la fibra moral de un marine espacial. Sin embargo, algo peor que el propio acto en sí había sido la aceptación gustosa por parte de los ciudadanos, el modo como se habían mostrado casi jubilosos de aceptar los ardientes proyectiles de bólter, como si su sacrificio voluntario mereciese la pena.

Alguien tocó a Rafen, y su ira estalló por fin.

—¡Fuera de mi camino! —exclamó, girándose para mirar de un modo furibundo al individuo que lo había tocado.

—Perdóneme, señor, pero sólo quería darle las gracias…

Estaba cubierto de mugre y de una leve capa de polvo de ladrillo, pero Rafen consiguió distinguir el uniforme andrajoso que había debajo. Era de un miembro de la Fuerza de Defensa Planetaria, y por las insignias visibles en la manga se trataba de un oficial.

—¿Por qué? No te conozco.

—¡Oh, no!, no las doy por mí, sino por mi hermana. Vuestro capítulo no sólo nos libró de la opresión del Caos. Vuestros camaradas nos han traído el don de la muerte.

—Inclinó la cabeza mientras hablaba.

—¿El don de la muerte? —La extraña expresión le dejó un mal sabor de boca—. ¿Me agradeces que la guardia de honor matara a tu hermana? No, no…

—¡Por favor! —El soldado de la Fuerza de Defensa Planetaria se acercó más a él —. ¡Debe comprender lo cerca que estábamos de caer! Si hubiera pasado un día más sin una respuesta a nuestras plegarias, muchos de nosotros habríamos estado seguros de que el Emperador le había dado la espalda a Shenlong… —Bajó la voz hasta convertirla en un murmullo confesional—. Algunos de nosotros… estábamos a punto de admitir la palabra de Lorgar… —Sonrió a Rafen—. ¡Pero ustedes nos salvaron de eso! Mi hermana entregó encantada su vida en justo pago.

—¡Esto es una locura! —Rafen apartó de un empujón el brazo del individuo y desenvainó el cuchillo de combate, trazando un brillante arco en el aire con su filo reluciente—. Dime, si yo te ordenara que te clavaras esto en el corazón, ¿lo harías?

El oficial se abrió de un tirón la pechera de la camisa sin dudarlo ni un instante y dejó al descubierto el torso pálido y consumido.

—¡Mi vida vale sólo lo que usted quiera, mi señor!

Parecía extasiado ante la posibilidad de que Rafen lo matara en ese preciso instante y lugar.

El rostro del ángel sangriento se contrajo en una mueca de desdén y golpeó al individuo con la empuñadura del cuchillo.

—¡Largo, idiota enloquecido!

Rafen cruzó el pasillo, sintiéndose furioso. ¿Así estaba la gente a la que había jurado proteger? ¿Los hombres y las mujeres del Imperio eran tan débiles de mente que acatarían cualquier clase de edicto, sin importar lo despreciable que fuese, y además proclamarían que se trataba de la divina palabra del Emperador?

Llegó a las enormes puertas cobrizas que daban a la capilla desde la que Arkio había efectuado su discurso. Los hermanos de batalla veteranos entraban de uno en uno ante los ojos sin expresión alguna de dos guardias de honor. Éstos iban armados con hachas de energía y pistolas lanzallamas, con las llamas piloto encendidas al extremo de las bocachas de disparo. Uno de ellos le impidió el paso a Rafen.

—Debes quedarte fuera —le dijo con una voz que no admitía discusión.

—¿Con qué autoridad? —exigió saber el marine espacial—. Soy el hermano Rafen, el hermano natural de Arkio…

—Sabemos quién eres —le interrumpió el otro guardia—. En este cónclave sólo se admiten veteranos del capítulo, y tú no eres uno de ellos.

Rafen se pegó al pecho del primer guardia desafiándolo a que lo empujara.

—Hablaré con mi hermano, ¡y ningún hombre, con casco dorado o sin él, me lo va a impedir!

Rafen vio con el rabillo del ojo cómo el segundo marine se llevaba una mano a la

empuñadura del hacha, y tensó el cuerpo, pero una fuerte mano tiró de él.

—¡Nada de peleas aquí! —exclamó Delos, y Rafen se giró para mirar cara a cara la máscara en forma de cráneo del capellán—. Rafen, habla conmigo —le dijo mientras lo llevaba a un rincón tranquilo—. ¿Qué ocurre?

Rafen apartó la mirada.

—Clérigo, ya no puedo callarme más. Lo que ha ocurrido estos últimos días, los cambios que se han producido… Mi mente se agita sacudida por contradicciones, ¡y temo que me estén llevando a la locura!

Delos asintió lentamente.

—Te entiendo, hermano. Ha sido un momento de examen personal para todos nosotros, y nuestra fe también se ha visto puesta a prueba.

—¡Sí! ¡Sí! —contestó Rafen—. Lo entiendes, Delos. Esto…, esto que se está extendiendo entre los nuestros es algo inconcebible. No puedo explicarme lo que le ha pasado a mi hermano Arkio…, y lo que ocurrió en la plaza, jamás había visto algo parecido en toda mi vida…

El capellán asintió de nuevo, y cuando habló, sus palabras estaban cargadas de una alegría que contrastaba con la boca de un cráneo de acero.

—Rafen, estás confuso, y es normal. Han ocurrido muchas cosas desde la llegada de la *Bellus* a Cybele, y todos sentimos la tensión que han provocado. Han muerto muchos hermanos, tu mentor entre ellos, y eso te reconcome. —Colocó una mano cubierta por un guantelete negro en el pectoral de la armadura de Rafen—. No serías un hijo de Sanguinius sí no sintieras cada muerte como si fuera la de nuestro señor progenitor, pero él nos ha tendido una mano desde el pasado, amigo mío, y Arkio es su receptor.

Rafen se quedó helado. No podía verle la cara al capellán, pero supo que había caído bajo la misma influencia que se había extendido entre sus hermanos de batalla.

—Claro, por supuesto —contestó él con un tono de voz neutral—. Gracias por tu sabiduría.

Delos le indicó con un gesto que lo siguiera.

—Ven, Rafen. Es justo que también estés presente para oír las palabras de tu hermano. Acompáñame.

El capellán hizo un gesto con la mano para que los guardias se apartaran, y Rafen lo siguió con el estómago primario en un puño.

Había decenas de marines de los Ángeles Sangrientos agrupados en un par de semicírculos en un extremo de la estancia. Al otro lado de la capilla, donde estaban la ventana y el balcón, Rafen vio a unos cuantos marines con cascos dorados y con las armas enfundadas, pero vigilantes a pesar de todo. Un poco más allá, distinguió unos reflejos blancos y rojos reveladores. Sachiel estaba allí, conversando con alguien que llevaba puesta una armadura de marine táctico regular. Arkio se encontraba de

espaldas al grupo, y si no hubiera sido por su postura, cualquiera habría pensado que no se trataba más que de otro marine normal. Todos los miembros de los Adeptus Astartes eran creados genéticamente para ser superiores tanto en mente como en cuerpo, y el legado de esa alteración se extendía hasta las cosas más básicas, incluidas la estatura y la apostura personal. Todos los marines espaciales caminaban como si fueran los dueños del mundo. Eran puros guerreros de más de dos metros de alto, que destacaban entre los demás humanos como figuras de leyenda hechas realidad. Aun así, Arkio parecía sobresalir más todavía que los demás. Era algo innegable. Alguna especie de aura, intangible e imponente, emanaba de su hermano por la pura fuerza de su presencia.

—¿En qué se ha convertido mi hermano? —murmuró Rafen para sí mismo.

—Es un momento de orgullo para todo el capítulo de los Ángeles Sangrientos —proclamó Delos, y a Rafen no le quedó claro si el capellán había oído su comentario o no—. Estoy seguro de que hasta Dante en persona se sentaría un rato aquí para ver qué pasaba.

Rafen recorrió con la mirada la estancia y contempló los rostros de los que no llevaban puesto el casco, y el lenguaje corporal de aquellos que sí. Todos estaban tensos por la impaciencia, deseosos de hacerles preguntas al Bendito. El frío que Rafen sentía en el pecho le agarrotó los dos corazones. «Todos lo miran con reverencia. Por el Grial, ¿y si soy yo el único que tiene dudas? ¿Es posible que, con Koris muerto, yo sea el único que pone en cuestión todo esto?». Un momento después se le ocurrió una idea más preocupante: ¿qué iba a hacer si estaba equivocado? Si Arkio estaba realmente bendecido por mano del gran ángel, expresar cualquier duda sobre su semidivinidad sería prácticamente una herejía. «Sin embargo…, no puedo evitar sentir que aquí pasa algo malo, muy malo…».

Rafen seguía dándole vueltas a todo aquello cuando vio salir al inquisidor Stele de una antecámara adyacente, con el lexmecánico pegado a él y arrastrando los pies. El agente de la ordo habló con rapidez con Sachiel antes de colocarse detrás del atril de la capilla.

—Hermanos camaradas —dijo Stele con voz firme—, la situación ha llegado a un punto donde debemos elegir qué camino tomar, por lo que os propongo lo siguiente.

Se detuvo un momento para contemplar los rostros de los allí reunidos y tantear el estado de ánimo de los veteranos marines. Stele posó la mirada un momento más en Rafen al verlo al lado de Delos, y casi pareció que estaba a punto de fruncir el entrecejo. El inquisidor se inclinó hacia adelante, y el electrotatuaje del aquila que llevaba en la frente reflejó la luz de las velas de fotones.

—El archienemigo de Shenlong está derrotado pero no acabado, y han cambiado sus puntos fuertes por otros nuevos. Antes éramos la fuerza móvil que atacaba un objetivo estacionario, pero ahora los Portadores de la Palabra se han transformado en

un enemigo móvil y disperso, mientras que los Ángeles Sangrientos son los que se ven obligados a defender la fortaleza Ikari. Todos conocemos la doctrina de combate de los Portadores de la Palabra. Luchan hasta la muerte, así que aunque el bendito Arkio los haya derrotado, se reagruparán y regresarán para acosarnos.

—Entonces, ¿nos acuartelaremos aquí? —preguntó un sargento veterano de la compañía de asalto—. ¿Buscaremos a esa escoria y acabaremos con ella antes de que puedan atacarnos y ocultarse?

El rostro de Stele mostró su aprobación ante la idea.

—Éste mundo forja le debe su nueva existencia a los Ángeles Sangrientos, y no lo abandonaremos con facilidad. —Miró hacia donde estaba sentado Arkio, como si buscara su permiso para continuar—. Al gobernador planetario de Shenlong lo mataron la primera mañana de la ocupación del Caos, y no hemos encontrado con vida a ninguno de los miembros de su personal. —El inquisidor lo sabía a ciencia cierta. Él mismo se había asegurado de ello al acabar de un modo discreto con tres funcionarios del ministorum que se encontraban en una celda de las profundidades de la fortaleza—. Por tanto, yo asumiré los deberes y obligaciones de gobernador interino, y elijo este edificio para que sea mi sede. En esta función, mi primer edicto es pedirles a los Ángeles Sangrientos que erradiquen la contaminación del Caos de este planeta.

—¡Así se hará! —gritó Sachiel con voz llena de voluntad.

—De eso no tengo ninguna duda —contestó el inquisidor con voz amable—. Ahora le cedo la palabra al hermano Arkio.

Rafen notó la oleada de escrutinio a la que fue sometido su hermano por parte de los demás Ángeles Sangrientos mientras se acercaba al atril. Arkio miró a los reunidos con una sonrisa en el rostro. Quedaba extraña en la cara de su hermano. No era una expresión que Rafen recordara haber visto antes en él. Era a la vez imperiosa y común, infinitamente vieja e innegablemente joven. Si su padre estuviera en aquel momento allí, ¿reconocería el viejo jefe de clan a su segundo hijo? La cara de Arkio se parecía cada vez menos a su antiguo yo a cada día que pasaba, y recordaba más y más a los rasgos nobles e idealizados del gran ángel de la sangre.

Delos murmuró una plegaria y Rafen le oyó decir «Arkio el Bendito», la misma clase de rezo que le había oído a Lucion a bordo de la *Bellus*. Las legendarias hazañas de Arkio estaban creando ya su propio mito al afianzarse los fieles en sus propias creencias. Rafen se dio cuenta de que no podía sostener la mirada de su hermano por temor a que el joven viera las dudas que albergaba sobre él. En cierto modo, deseaba poder unirse a la declaración de divinidad que había proclamado Sachiel. Envidiaba un poco a los demás guerreros por su devoción inquebrantable, pero los corazones y el alma de Rafen estaban unidos de forma irrevocable a los edictos del capítulo y a la palabra del Dios Emperador, y en nada de ello se mencionaba la llegada de un nuevo

Sanguinius.

—Hermanos, vuestro apoyo me alegra y me siento honrado de aceptarlo. —Arkio señaló la ventana de la capilla—. Purgaremos juntos a Shenlong de su mancha y haremos que este mundo sea un faro resplandeciente de rectitud. —Se oyó un murmullo de asentimiento entre los presentes—. He sido… Hemos sido puestos a prueba, hermanos míos. Puestos a prueba y considerados preparados para los grandes retos que nos esperan. Shenlong no es más que el primer planeta que liberaremos. En los años venideros, miraremos atrás y diremos… —En ese instante dio un golpe con la mano en el atril y sonrió con ferocidad—. ¡Aquí es donde comenzó nuestra Cruzada de Sangre! He aceptado el consejo de lord Stele y de su eminencia Sachiel, y os presentaré un plan que dará comienzo a una nueva era en la crónica de los hijos de Sanguinius.

Se calló un momento, y el aire se llenó de tensión.

Rafen contempló todo aquello con pasmo. Arkio había logrado con unas cuantas palabras mantener hechizados a guerreros con diez veces su edad y su experiencia, como si fueran simples novicios.

—Nos enfrentaremos a los Portadores de la Palabra y los destruiremos como ellos quisieron destruir este mundo. Haremos un llamamiento a la gente de Shenlong para que se una a nuestra causa. Organizaremos en nombre de Sanguinius una fuerza con estas almas marchitas y regresaremos a Baal llenos de gloria, ¡con la cabeza de Iskavan clavada en nuestro estandarte! ¡Una vez allí, reuniremos al capítulo para lanzarnos a una campaña que ni siquiera el propio Dios Emperador ha visto jamás!

—¿Organizar un ejército? —preguntó el sargento de asalto—. Bendito, somos los Adeptus Astartes. Cada uno de nosotros es un ejército por sí mismo. No tenemos por costumbre reclutar soldados comunes.

Sachiel le contestó con un gesto de asentimiento.

—Tienes razón. No seguiremos las viejas costumbres. El nuevo camino nos lleva más allá de los credos inmutables establecidos por el Codex Astartes. —Sonrió—. Nuestra lealtad al antiguo tratado de Guilliman no siempre ha sido la más firme; en eso estamos todos de acuerdo. Somos Ángeles Sangrientos, y lo que a nosotros nos parece bien es un anatema para los impasibles Ultramarines y su estirpe…

Bastantes guerreros veteranos murmuraron mostrándose de acuerdo. El libro de tácticas de los marines espaciales, que contenía las sagradas doctrinas de combate, había sido escrito por el autoritario primarca del capítulo de los Ultramarines, Roboute Guilliman, pero la suspicacia que sentía hacia los Ángeles Sangrientos estaba bien documentada, y aunque habían pasado diez mil años desde la muerte del primarca, los guerreros de Macragge seguían sintiendo cierto antagonismo hacia ellos.

—¡Escribiremos nuestros propios principios, un codex carmesí que estará mejor

adaptado a los guerreros que conocen la sangre y que han sido ensangrentados!

Las muestras de asentimiento fueron más agresivas y visibles esa vez.

—¿Y qué haremos con esos reclutas? —se atrevió a preguntar Delos.

—¡Nos llevaremos a los mil mejores que pueda ofrecer este mundo acosado por la guerra y los convertiremos en una legión de soldados leales al estandarte del Bendito! ¡Serán los primeros guerreros del renacido, para mayor gloria de Sanguinius!

Stele había permanecido en silencio hasta ese momento, pero tomó las palabras del sacerdote como pie para intervenir.

—El camino que se abre ante nosotros está muy claro, pero también es muy peligroso. —Abrió los brazos de par en par—. Todos hemos visto el poder desencadenado del gran ángel, a bordo de la *Bellus* y de nuevo con su furia divina en esta misma fortaleza. No podemos poner en cuestión lo que han visto nuestros propios ojos, y sin embargo… Todavía existe la duda entre nosotros. —El inquisidor no miró en dirección a Rafen, pero no le hacía falta—. Me he enterado de que una persona, un escéptico, consideró adecuado ponerse en contacto con sus camaradas de dudas en vuestro planeta natal, Baal. No sé lo que se decía en el mensaje, pero he intuido su contenido básico.

Un silencio sombrío se apoderó de la estancia, y Rafen se obligó a sí mismo a quedarse impávido ante el velado interrogatorio del inquisidor. Si había algún otro individuo que no estuviera convencido por completo de la santificación de Arkio, su duda estaría en esos momentos fundiéndose bajo la mirada abrasadora de Stele.

—Hay algunos que no aceptan el cambio —continuó diciendo el inquisidor mientras caminaba por un lateral de la estancia—. No pueden desprenderse de su adhesión a un dogma decrépito y antiguo, ni siquiera cuando se les demuestra de manera palpable lo inadecuado que es. Esos individuos mantienen a nuestro amado Imperio atrapado en un estado de ignorancia y estancamiento. No aceptarán nada que modifique el statu quo actual, y están dispuestos a acabar con planetas enteros para que así sea. —Agachó la cabeza—. Lo he visto en mi propia fraternidad de la Ordo Hereticus, y la existencia de ese mensaje hace que me preocupe por la posible existencia de conspiraciones semejantes en el seno de los Ángeles Sangrientos.

Delos negó con la cabeza.

—Con el debido respeto, lord. Stele, debe de estar equivocado. ¡Ningún hijo de Baal aceptaría jamás una duplicidad semejante!

El inquisidor se dio unos cuantos golpecitos en la barbilla.

—Espero que esté en lo cierto, capellán, pero al igual que Arkio aceptó mi consejo, les pido que ustedes hagan lo mismo. Estén atentos, hermanos camaradas, ya que es posible que los Portadores de la Palabra no sean el único enemigo al que debamos enfrentarnos aquí.

Aquella tremenda advertencia quedó flotando en el aire mientras Sachiel repartía las placas de datos con cadenas simples de código para que se pudieran leer antes de autoborrarse. Despidió a los veteranos y los vio salir en fila de la capilla comentando las órdenes que habían recibido. Cuando salió el último, el capellán Delos, Sachiel se dio cuenta de que todavía quedaba un marine en la estancia.

—Rafen.

—Gran sacerdote. Querría hablar con mi hermano.

—¿Ah, sí? —Sachiel alzó una ceja—. Quizá emplearías mejor tu tiempo preparando a tu escuadra para el combate. Ya he pasado por alto que entraras a escondidas en una reunión a la que no tenías permiso para asistir, pero te sugiero que te vayas ahora mismo. El poco favor del que dispones se te está acabando, Rafen.

—¿Tienes miedo de que le haga recuperar algo de sentido común? —se burló—. Hazte a un lado, Sachiel.

El rostro de su interlocutor enrojeció de ira, hasta el punto de equipararse al color carmesí del equipo de combate.

—¡Te dirigirás a mí como «sacerdote sanguinario»!

—¿Qué ocurre? —preguntó Arkio, cortando la conversación que mantenía con Stele.

El inquisidor echó un vistazo a la estancia con aire falsamente despreocupado antes de marcharse seguido por el traqueteante lexmecánico.

—¿Algún tipo de desacuerdo? —preguntó el joven ángel sangriento. La poderosa claridad de su voz silenció la discusión antes de que pudiera seguir.

—Existe un punto de doctrina en el que no acabamos de estar de acuerdo —comentó Rafen.

El rostro de Sachiel seguía enrojecido, pero se obligó a sí mismo a hablar con voz calmada.

—Tu hermano desea hablar contigo, Bendito.

—Solo —añadió Rafen.

El sacerdote se despidió de Arkio con una rígida medio reverencia.

—¿Permiso para retirarme?

Arkio asintió, y Sachiel se alejó en pos de Stele. El hermano de Rafen inclinó la cabeza a un lado y lo miró con atención.

—Ya te lo he preguntado antes, y ahora te lo digo de nuevo: pareces preocupado.

Rafen contempló la espalda de Sachiel mientras se alejaba, hasta que estuvo seguro de que había salido de la estancia y no podía oírlo.

—Arkio, haces que un gran sacerdote se vaya sin ni siquiera pronunciar una palabra; tú, un marine táctico con poco más de cien años de servicio. ¿Cómo hemos llegado a esto?

Arkio apartó la mirada.

—Yo no pedí este don, hermano. Vino porque así debía ser.

—¿Es eso un don? —le preguntó Rafen con inquietud—. Desde donde yo estoy parece una maldición. ¿Qué otra cosa podría hacer que se asesinara a inocentes a los que se juró proteger?

—Lamento esas muertes, pero quizá esos repudios fueron necesarios.

—¿Ya tienes un nombre para esas ejecuciones? ¡Pues los habitantes de Shenlong también! ¡Lo llaman el «don de la muerte», como si fuera alguna clase de bendición! ¿Qué clase de locura es ésta?

—No disfruto con ello. —Arkio lo miró fijamente, y Rafen sintió por un breve instante que su determinación se debilitaba—. Pero hermano, no podemos seguir obedeciendo los antiguos códigos. No podemos continuar con los métodos del pasado. Debemos ser brutales si queremos forjarnos un camino en el nuevo futuro…

Rafen cerró los puños de forma inconsciente.

—Hablas mucho, pero no dices nada. ¡Lo único que oigo son frases vacías y retórica más propia de un político que de un marine espacial! No voy a pretender que comprendo lo que te ha ocurrido, pero quiero que sepas esto: ¡tu nuevo camino se aparta del juramento sagrado que le hicimos a la sagrada Terra! ¿Es que no lo ves? ¡Si sigues, nos condenarás a todos por herejes!

El estado de ánimo de Arkio cambió por completo. La expresión del rostro se le ensombreció.

—¿Te atreves a hablar de herejía? ¿Tú, que me miras con una duda tan clara como el día? ¿Cómo puedo conquistar el corazón de mis hermanos de batalla cuando mi propia sangre cree que no soy algo verdadero?

—Jamás he dicho que…

—Creí que podría confiar en ti, que tú lo entenderías, ¡pero me equivoqué! Quizá Sachiel tenía razón cuando me dijo que tendrías celos de que yo fuera el elegido.

—¡No son celos! —gruñó Rafen en un tono de voz que llamó la atención de los guardias—. Estoy preocupado por ti.

—¿Ah, sí? —dijo Arkio—. El juramento que le hiciste a nuestro padre. Después de todo este tiempo, sigues viéndome como aquel chaval flacucho al que tenías que proteger. —Llamó a los guardias con un gesto de la cabeza—. Ya te lo he dicho, Rafen: ese Arkio ya no existe. He cambiado.

Rafen se sintió derrotado. Sus palabras habían sido torpes y ofensivas. No había logrado otra cosa que empujar más a su hermano hacia el camino que llevaba.

—Arkio, tengo un deber…

La expresión del rostro de su hermano se suavizó y en sus ojos asomó una mirada de perdón.

—Yo también, Rafen, y espero que te des cuenta de que ambos son el mismo en realidad. —Arkio miró a los guerreros de casco dorado—. Mi hermano se marcha.

Cerrad la capilla después de que salga. Debo meditar.

Rafen vio a Arkio alargar la mano hacia el estuche donde se encontraba la *Lanza de Telesto* antes de que se cerraran las puertas cobrizas.



Los hombres de Falkir usaron cadenas que habían robado de la zona de las factorías para mantener a las nueve ofrendas en su lugar. Los ataron con varias vueltas de las pesadas anillas alrededor de los tobillos. El marine del Caos los contempló con el mismo respeto con que miraría a la mugre de la alcantarilla que le manchaba las botas. Aquellos humanos eran unas criaturas frágiles, tan distintas a su propia forma monstruosa que al castellano de la fortaleza le resultaba difícil aceptar que tenía la más remota relación con su raza. Recordó el antiguo mundo natal de los Portadores de la Palabra, Colchis, y los humanos que habitaban allí. Aquella gente de Shenlong eran iguales; débiles y sin valor alguno. A pesar de la orden que le había dado Iskavan relativa a mantenerlos con vida, Falkir estuvo pensando en destripar a uno solo por diversión.

Como si le hubiera invocado con el simple hecho de pensar en él, el rumor de su crozius diabolicus anunció la llegada del apóstol oscuro. Iskavan frunció el entrecejo al ver lo que quedaba de su ejército, reunido en pequeños grupos alrededor del perímetro del lugar. El disgusto que sentía salía en emanaciones más hierres que el hedor apestoso de las alcantarillas.

—¿Empezamos? —preguntó Falkir.

Iskavan escupió y lo empujó a un lado.

—Quita.

El apóstol metió una mano en una bolsa de piel rojiza que colgaba cerca del bólter y sacó un grueso libro del interior. Las cadenas que rodeaban el libro relucían con el brillo del exótico metal llamado orihalcium. Cada eslabón era más valioso que la vida de un hombre. El comandante de los Portadores de la Palabra las enroscó alrededor de la muñeca, y el codex hechicero se abrió de forma obediente por las páginas llenas de palabras parecidas a arañas y escritas con tintas iridiscentes.

—Ése —dijo señalando al ofrendado más cercano, un individuo de piel cetrina con los ropajes de un bardo.

Falkir agarró al individuo por el cuello y lo obligó a arrodillarse. El vate había vaciado el contenido de los intestinos encima de puro miedo.

Iskavan empezó a leer en voz alta el libro. Aquellas palabras eran sonidos que no encajaban en el mundo material. Parecían aullidos ululantes inhumanos y extrañas cadencias que hacían que el propio aire se estremeciera a su paso. El apóstol giró la empuñadura del crozius en la mano mientras hablaba y utilizó la cuchilla inferior en forma de hoz para rebanarle la garganta a la ofrenda. La sangre salió a borbotones,

pero en vez de caer al suelo, giró en el aire, y cada gota se endureció hasta convertirse en un proyectil de color rubí. Los otros ocho humanos gritaron al sentir que sus muertes serían las siguientes. Tiraron de forma infructuosa de las cadenas antes de trastabillar y caer cuando la tormenta de sangre los acribilló y los dejó hechos pedazos. Los glóbulos ascendieron en el aire formando un torbellino rojo.

La carne y el fluido carmesí comenzaron a aglutinarse en medio de las víctimas sacrificadas. Los órganos y más carne salieron desgarrados de los cadáveres para unirse y formar una masa de materia de color púrpura. Iskavan esperó con paciencia a que se definiera la silueta del devorador de almas de Khorne, pero no apareció ningún demonio. Poco a poco, la burbuja protoplásmica informe se solidificó hasta formar algo parecido a una cara. El orbe húmedo de restos humanos giró sobre sí mismo en mitad de la lluvia escarlata.

—¡No es suficiente! —gritó aquello—. ¡Necesita más! ¡Más, más, más!

Iskavan estudió el ente con ceño preocupado. Aquello en teoría no debía suceder. La invocación debería estar saciada y haber permitido al elegido del trono de cráneos manifestarse, no pedirle más.

—Sigue hambriento —comentó Falkir—. ¿Qué más podemos entregarle?

—A ti —le contestó Iskavan.

El apóstol no lo dudó ni un instante y derribó a Falkir de una patada en las piernas. El portador de la palabra soltó una blasfemia un momento antes de caer de cara en la tormenta de sangre.

La lluvia de líquido envolvió a Falkir y dejó un regusto metálico en el aire antes de meterse en él y llenarlo como si fuera una vasija. Iskavan lo observó todo con atención, a la espera de ver los enormes cuernos y la cola característicos del demonio, y las alas parecidas a las de un murciélago reventando la armadura para hacerse espacio. La criatura de Khorne corrompería más todavía el cuerpo de Falkir y saldría armada con un látigo de fuego infernal, una hacha buscadora de corazones y un frenesí desesperado por matar.

Pero para su desesperación paulatina, aquello no ocurrió.

Fuese lo que fuese lo que había poseído a Falkir, se puso en pie con lentitud y se colocó cara a cara delante de él. Donde antes estaba el horrible rostro del portador de la palabra había una masa de carne deformada en constante cambio. No se estaba quieta en ningún momento y se transformaba sin cesar, pero parecía estar sonriéndole.

—¿Qué eres? —quiso saber el apóstol—. ¡Por Lorgar, he invocado a una criatura de Khorne, no a un patético cambiador de formas!

—¡Muestra respeto a un servidor de Tzeentch, bestia humana! —dijo con voz chillona—. ¡No hay devorador de almas para ti! ¡El señor de la guerra Garand lo ha prohibido!

Iskavan chasqueó las lenguas.

—¿Cómo te atreves a…?

—En vez de eso, un mensajero para el señor de la novena hueste. ¡Escucha! ¡Soy el medio de expresión del desagrado profundo y dañino de tu señor!

El rostro cambiante del demonio se transformó ante los ojos de los Portadores de la Palabra en la terrible faz del gran señor de la guerra Garand, comandante en jefe de mil hordas y el temible Príncipe Brujo de Helica. Muchos de los marines del Caos se arrodillaron para demostrar su lealtad, pero Iskavan se quedó de pie. La siniestra percepción de lo que estaba ocurriendo lo mantuvo erguido.

—¡Iskavan, estúpido incompetente! —La voz de Garand resonó en la boca del ser mutante—. ¡Por el torbellino! ¿Es que ni siquiera se puede confiar en ti para que falles?

—¿Por qué habéis interferido en mi invocación? —gruñó el apóstol sin hacer caso de los insultos.

El negro corazón de Iskavan palpitaba con tremenda fuerza contra sus deformadas costillas. Sin duda, los poderes del señor de la guerra debían ser tremendos para cruzar el Immaterium y detener la invocación demoníaca.

—¡No recibirás refuerzos de la disformidad, idiota inútil! ¡Ahora mismo deberías ser pasto de los gusanos! ¡Te envié a Shenlong para que murieras a manos de los Ángeles Sangrientos, y ahí morirás!

—¡No! —bramó Iskavan blandiendo el crozius e intentando despejar la confusión que sentía—. No puedes… No es…

La presencia psíquica de Garand actuaba como un peso muerto que aplastase a los guerreros allí reunidos.

—¡Débil! ¡Eres el ser menos importante de mi ejército, Iskavan! ¡Las victorias que has conseguido jamás han sido suficientes! ¡Las conquistas, irrelevantes! ¡Los templos que has levantado a nuestros señores, insuficientes! ¡Ahora me libraré por fin de un puñado de guerreros inútiles y muertos!

El apóstol intentó negar todas aquellas acusaciones, pero una voz interior le indicó lo ciertas que eran las palabras del señor de la guerra. La novena hueste era la menos eficaz de los Portadores de la Palabra. Siempre estaban un paso por detrás de las glorias y los honores que conseguían sus corruptos hermanos.

—¡Mis guerreros han servido a la gran causa de la palabra de Lorgar durante siglos! —contestó, enfurecido.

La voz de Garand resonó con una cruel carcajada.

—Quizá como carne de cañón. No servís para nada más. Incluso ahora sigues siendo demasiado estúpido para comprenderlo. Eres prescindible, Iskavan. ¡La novena hueste no es más que un gran sacrificio!

—¿Las retiradas que ordenasteis en Cybele? —preguntó el apóstol—. ¿Las

órdenes cambiadas de repente, sin sentido y sin propósito alguno? ¿Qué he hecho?

El ser-Falkir se acercó más.

—Quiero que sepas esto: he sacrificado tus fuerzas para atraer a Shenlong a los Ángeles Sangrientos.

Iskavan recordó las palabras de Garand a bordo del *Elegía Eterna*: «Planes dentro de planes». El demonio asintió cuando Iskavan se dio cuenta de todo y lo reflejó en su cara.

—Sí. ¿Ahora lo ves, verdad? ¡Lo que estoy planeando es nada menos que la corrupción total del capítulo de los Ángeles Sangrientos!

—¡Eso es imposible! ¡Su enfermiza lealtad al dios cadáver es incuestionable! ¡No se puede lograr!

—Tengo aliados —dijo Garand con voz desdeñosa—. Yo, en nombre del Saqueador, rivalizaré con Horus con este enorme logro… ¡y en cuanto ti, Iskavan, tu sangre lubricará los engranajes de su consumación!

—¡No! ¡No permitiré que nos destruyas…! —empezó a decir luchando contra las oleadas de dolor agónico que emanaban de la representación física del señor de la guerra.

—¿Permitir? —se burló Garand—. ¡No puedes impedirlo! Ése mentiroso de Tancred sabía la verdad. ¡Vio tu muerte en las entrañas de los muertos!

—¿Tancred? Pero si me dijo que no había visto nada…

Una vez más, la odiosa risa resonó en las paredes de piedra.

—¡Mira lo inútil que eres! ¡Hasta tus subordinados te ocultan la verdad! —El cuerpo poseído de Falkir se lanzó a por Iskavan—. ¡Eres una desgracia para la estrella de ocho puntas! ¿Iskavan el Odiado? ¡Iskavan el Burlado! ¡No pudiste vivir como un guerrero del Caos! ¡Quizá consigas morir como uno!

—¡No!

El aullido del apóstol rompió el hechizo que la voz de Garand había lanzado. Iskavan blandió el crozius y golpeó al demonio mensajero con tal fuerza que lo mandó al otro extremo de la cámara. El cuerpo se estampó contra la pared y crujió, antes de desplomarse y quedarse apoyado allí estremeciéndose. La cara del señor de la guerra empezó a desaparecer cuando la conexión psíquica se rompió. El comandante de los Portadores de la Palabra se acercó a grandes zancadas a la criatura y le rugió en pleno rostro. La ira que sentía se manifestó por medio de varios pequeños relámpagos chasqueantes.

—¡Escúchame bien, Garand! ¡Somos los hijos de Lorgar, y no unos simples peones para que juegues y elimines en tus partidas! ¡Convertiré este planeta en un montón de cenizas antes que rendirme!

Dejó caer al demonio al suelo y se giró para mirar a sus hombres. Toda la fuerza de su alma siniestra hervía con una intensidad asesina.

—¡Tomad vuestras armas! ¡Reunid a las furias y a los mastines! —La ira del apóstol hizo que el crozius aullase a su vez—. ¡El odio por el odio! —gritó—. ¡Mataremos este planeta!

El efecto de la pasión de las palabras de Iskavan fue instantáneo. Los Portadores de la Palabra respondieron con un solo grito coreado por todos.

—¡Por la sangre de la venganza traemos la palabra de Lorgar!

Sin las asfixiantes órdenes del señor de la guerra para someterlo, a la mente de Iskavan se le empezaron a ocurrir un centenar de horribles venganzas contra los Ángeles Sangrientos y el ganado humano de Shenlong. Empezaría por los heridos, las mujeres y los niños.

Algo le tocó la pierna. Bajó los ojos y allí, enroscada a sus pies, la carne deformada que había sido Falkir le devolvió una mirada parpadeante con una expresión de súplica esperanzada.

—El mensajero demoníaco todavía vive —comentó un curtido marine aniquilador, apuntándole con el cañón láser portátil que llevaba—. ¿Qué ordena?

—Traedlo —dijo al cabo de unos instantes—. Ya le encontraré alguien a quien matar.



El viento tenía el color de la sangre vieja. Traía consigo diminutas partículas de metal oxidado en torbellinos de bordes afilados. También transportaba algo más hasta la plaza, donde Rafen estaba solo, en estado de contemplación. El viento llevaba aullidos como sólo los peores miedos pueden conjurar, sonidos ante los que la propia muerte huiría. El sentido del oído mejorado de Rafen los captaba tan bien como si los hubieran transmitido por el comunicador. Recordó los vientos de los gritos de otro planeta.

Otro ángel sangriento, que estaba al lado de un Rhino con el motor en marcha, señaló hacia el sur.

—¿Oyes eso? Creo que viene del valetudinarium.

—Los heridos —murmuró Rafen. Echó a correr y se agarró a una barra del transporte—. ¿Sabes manejar esto?

—Y a toda velocidad —contestó el marine.

—Pues vámonos —ordenó Rafen.

Las orugas del Rhino mordieron el suelo de piedra con un rugido, y el vehículo saltó hacia adelante, hacia los gritos.



Catorce

El feroz transcurso de los conflictos del cuadragésimo primer milenio lo alimentaban millares de mundos. Cada uno producía y exportaba a destajo megatones de equipo militar. La especialidad de Shenlong eran los proyectiles, desde las diminutas balas adecuadas para el arma de un asesino hasta los colosales torpedos disparados por las naves de combate. La munición salía de las manufactorías del mundo forja para proveer el inacabable infierno que eran las guerras del Emperador. Cada metro de la enmohecida superficie del planeta estaba repleto de complejos industriales, ciudades de trabajadores y almacenes. No había nada que no orbitara alrededor de las necesidades de las factorías: las escuelas y las catedrales, las agricúpulas y los dispersadores de calor, las plantas de reciclamiento de agua y los canales de desagüe; todo ello estaba apretujado en los huecos que dejaban las manufactorías.

En un sitio como ése se encontraba el valetudinarium de Santa Mandé la Ámbar, un hospital fundado por la orden de la Llama Eterna después de la Rebelión Hoek. La clínica se había construido encima de una factoría cavernosa, y trataba sobre todo los brotes víricos de origen militar que afectaban de forma regular a los trabajadores. Estos enfermaban debido a las toxinas que se veían obligados a introducir en las bombas arrasadoras de planetas y otras clases de munición del tipo de «tierra quemada». Los sacerdotes atendían a los heridos que no cabían en las salas abarrotadas en los pasillos de baldosas desgastadas y con cristales sucios. Pocas de las hermanas hospitalarias de las Adepta Sororitas habían sobrevivido al ataque inicial de los Portadores de la Palabra. Las que lo habían conseguido habían rezado dando las gracias al Trono por la liberación, pero pronto descubrieron que se habían precipitado al hacerlo.

Los Portadores de la Palabra de Iskavan, impulsados por la rabia provocada por la traición de Garand, salieron de los túneles de agua situados bajo el valetudinarium en una oleada de muerte y odio. Los pisos inferiores del hospital eran los que estaban más fortificados, por lo que allí había sido donde las hermanas habían ocultado a los niños enfermos, a las mujeres embarazadas y a los ancianos. Los traidores aparecieron en mitad de ellos y les dieron forma a sus pesadillas llenas de cuchillos. Iskavan en persona asesinó a la última sororitas de Shenlong, mientras los suyos colgaban entrañas de cada pared y pintaban los pasillos con sangre inocente.

Encontraron poca resistencia en el puñado de soldados cojeantes con que se toparon cuando empezaron a subir a los pisos superiores de la clínica. Los ciegos y los inmovilizados tomaron las armas y lucharon hasta la muerte. Iskavan les permitió a sus hombres que mataran sin freno alguno mientras él buscaba una herramienta que le permitiera desencadenar todo su odio contra el planeta. Los horrores que se estaban cometiendo en el valetudinarium impregnaron el aire.

Los chorros de humo negro pasaron delante de la cara de Rafen procedentes de los tubos de escape del Rhino, que soltaban chasquidos de vez en cuando debido a que el motor sobrealimentado del vehículo rugía como un animal enjaulado. El conductor sacó chispas de la carretera cuando forzó al transporte a doblar una esquina sin bajar la velocidad. Las orugas del Rhino mordieron el suelo y se agarraron a través de la suciedad. Una barricada improvisada con muebles y bidones explotó en mil pedazos cuando la pala excavadora del Rhino la hizo reventar.

El torso de Rafen sobresalía por la escotilla superior del vehículo, donde empuñaba el bólter de asalto del Rhino. Del interior subía una cinta de proyectiles que tintineaba contra la armadura cada vez que giraba para acribillar los lugares donde aparecían enemigos que aprovechaban su paso para dispararle.

—¡Allí está! —gritó el conductor.

La carretera terminaba en el patio del hospital. Las puertas de arco que bloqueaban el paso habían quedado destruidas por lo mismo que había derribado las paredes. Rafen distinguió el destello de disparos en el interior.

—¡A toda velocidad! —le gritó Rafen—. ¡Despliegue de asalto!

—¡Recibido! —le contestó, exultante, el otro marine, y el motor aceleró más todavía.

Rafen apretó a fondo el gatillo del bólter y acribilló el pórtico del hospital. Se metió en el casco del Rhino en el último momento. El conductor frenó con la oruga derecha, y el transporte giró en redondo, con el lado derecho de frente a la entrada destrozada. El Rhino embistió con ese lado el edificio y se llevó por delante la pared, deslizándose hasta detenerse en el atrio principal con un chirrido.

Rafen sacó de la montura el bólter de asalto y salió de la escotilla disparando. Unos cristales tan viejos como el propio ángel sangriento crujieron bajo las botas de Rafen mientras corría. Las macetas destrozadas dejaban escapar materia vegetal por los agujeros que les habían hecho. Había cadáveres por todos lados. Unos eran cuerpos vestidos de blanco, funcionarios clínicos y médicos. Otros sólo llevaban puestos harapos: eran los enfermos y los heridos.

El marine espacial vio el cuerpo deformado de un portador de la palabra al que le habían disparado con un rifle de fusión. Sonrió. Al menos, el enemigo no avanzaba sin sufrir bajas.

Algo se movió en el borde de su visión y se giró con rapidez. Era un soldado que

avanzaba hacia él saltando a la pata coja y con una pistola en la mano. Tenía la cara cubierta de vendajes y, debajo de la rodilla izquierda, sólo había un muñón desigual.

—Señor. Ya temíamos que no vendría nadie…

—Hemos oído los gritos —contestó Rafen, ceñudo—. Informe.

—Cayeron sobre nosotros como un enjambre. —El soldado jadeó. Le costaba respirar, y Rafen vio que tenía la camisa manchada de sangre—. Entraron por los pisos inferiores y nos destrozaron. —Señaló con la pistola—. Lo de ahí dentro es una locura… Los traidores matan a todo lo que se mueve, sin razón alguna. Matan por el puro placer de hacerlo…

—¿Cuántos soldados más hay?

El hombre recargó mientras contestaba.

—Muy pocos para que supongan una diferencia.

Varias cargas explosivas estallaron en el piso superior, y sobre ellos cayó una lluvia de cristales rotos. Rafen siguió el sonido y vio varias figuras con armaduras de ceramita de color rojo oscuro que avanzaban por una balconada elevada.

Los dos abrieron fuego, y el bólter de asalto y la pistola entonaron un dúo de armonía asesina.

Uno de los portadores de la palabra recibió el grueso de la salva, y su cuerpo bailó mientras era destrozado. Varios disparos de cañón láser abrasaron el aire en respuesta, y Rafen se apresuró a ponerse a cubierto. El soldado saltó cojeando detrás de él. Disparó de nuevo, y la cinta de munición se agitó y chasqueó en el aire mientras iba entrando en el arma. Los disparos de Rafen arrancaron trozos de piedra de las columnas y las estatuas que el enemigo utilizaba como cobertura. El soldado herido apuntaba de forma lenta y cuidadosa, y disparaba a los portadores de la palabra que aparecían de repente o dejaban al descubierto sin darse cuenta una extremidad.

El bólter de asalto quedó en silencio, y Rafen lo tiró a un lado sin dudarlo antes de empuñar su fiable bólter, que llevaba a la espalda. Distinguió un movimiento en el piso superior y, por un momento vio la silueta del apóstol oscuro entre dos columnas retorcidas. Poco después, el odioso individuo había desaparecido.

—Sí está aquí, es que el infierno se encuentra dos pasos por detrás de él —dijo Rafen en voz alta.



El ruido de la explosión llegó a oídos de Arkio.

—¡Allí! —Utilizó la punta de la lanza para señalar y la alarma sagrada soltó un zumbido—. ¿Lo ves? ¡Del hospital sale humo!

Sachiel asintió con un gesto seco.

—Bendito, en ese cuadrante no hay nada más que nativos enfermos. Es un ataque de distracción.

Arkio se dio la vuelta para encararse con él y el sacerdote dio un salto hacia atrás.

—¡No! No va a haber ataques de distracción ni fintas… Los Portadores de la Palabra no tienen nada que perder, ¡y debemos enfrentarnos a ellos antes de que puedan utilizar eso en contra de nosotros!

—¿Y qué pueden hacernos? —se burló Sachiel—. Después de tu victoria apenas ha quedado un puñado de ellos. Podríamos acuartelamos aquí y dejar que se estrellaran contra las murallas de la fortaleza hasta morir si así lo quisieras…

Arkio tenía el rostro contraído por la furia.

—¡No lo quiero! ¡Han aparecido y debemos destruirlos! ¡Nada más será suficiente! —Se alejó del sacerdote y se subió de un salto a la barandilla del balcón —. Quédate aquí sí quieres, Sachiel. ¡Yo voy a luchar contra el enemigo!

Arkio saltó del balcón sin previo aviso y cayó a plomo hacia el suelo.

Sachiel alargó la mano para impedir que el joven ángel sangriento saltara, pero fue demasiado tarde. El sacerdote se asomó y contempló la caída de Arkio, convencido de que presenciaría la muerte del Bendito destrozado contra el suelo. La lanza brillaba mientras descendía.

La gente de la plaza lo vio caer y se apartó con la rapidez de una ola. Arkio golpeó la piedra con un impacto tal que abrió un leve agujero en el suelo. Luego, sin un arañazo o un rasguño, se puso en píe desde la posición de cuclillas en que había quedado y se dirigió hacía un escuadrón de motocicletas. Un silencio asombrado siguió a aquello, y nadie, ni los nativos de Baal ni los de Shenlong, se atrevieron a hablar.

Arkio escogió una motocicleta y la puso en marcha después de montar en ella. Luego, colocó la lanza, que no había dejado de zumbar, entre los manillares, como si fuera la lanza de un caballero a punto de justar.

—Aquellos que seguirían a Sanguinius —dijo mientras aceleraba— ¡qué me sigan!

La motocicleta salió disparada por la carretera como un cohete, y los marines espaciales y los ciudadanos por igual lo siguieron con su nombre en los labios.



La puerta de madera férrea no le dio por poco al adepto Pellis cuando saltó por los aires y se estrelló contra la pared. Varias astillas salieron despedidas y se le clavaron en la cara, lo que le hizo gemir de dolor. Se arrastró con desesperación hacia la diminuta ventana del abarrotado fasciculus, lanzando por doquier pilas de pergaminos. La ventana estaba atornillada a las paredes de piedra, pero cualquier capacidad de pensamiento racional que Pellis hubiera tenido en el pasado había desaparecido arrastrada por el miedo. Tiró de ella de un modo infructuoso, arrancándose la piel de los dedos mientras lloraba.

Pellis miró por encima del hombro y se arrepintió de haberlo hecho. Una criatura con forma humana agachó la cabeza para entrar y una vez en el interior gruñó. El techo bajo del almacén de archivos la obligaba a mantener doblado el cuello deforme.

—Tú. —La voz sonaba igual que el chasquido de los huesos al partirse—. ¿Eres el adepto biologis?

A pesar de todo lo que estaba ocurriendo, la mano ensangrentada de Pellis señaló la insignia de la túnica que indicaba su rango entre los magis biologia. El adepto jamás se había imaginado que el miedo pudiera ser tan fuerte. La cercanía de la criatura hizo que la vejiga se le aflojara.

El marine del Caos apartó la mirada para dirigirse a uno de sus compañeros.

—¿No hay otros?

—Uno, gran apóstol, pero está muy grave. El humano intentó quitarse la vida con una daga decorativa. Se está desangrando.

Pellis asintió de un modo mecánico. Ése debía ser Thelio. El anciano sacerdote del Adeptus Mechanicus siempre se había sentido muy orgulloso de su llamativo cuchillo decorativo. El portador de la palabra asintió, y luego levantó a Pellis por los aires.

—¿Conoces los virus y los gérmenes que se utilizan abajo?

El enorme monstruo señaló con el crozius cubierto de pinchos al suelo, refiriéndose a la factoría que había debajo.

Pellis movió la cabeza afirmativamente, de nuevo con precisión mecánica. Aquello pareció satisfacer a la bestia, aunque el gesto airado del rostro no cambió.

—Pues te vienes. Tengo trabajo para ti.



Rafen dejó al soldado, al que ni siquiera le había preguntado el nombre, en el atrio y siguió el sonido de las ráfagas esporádicas hasta un patio que había entre el hospital y los albergues que lo rodeaban. Del suelo salían unos grandes conductos ovalados. Eran tan altos como una persona y lanzaban al aire unas delgadas columnas de humo tibio. Varias esquinas de edificios se habían derrumbado las unas sobre las otras, y una amplia grieta en el suelo permitía que los sonidos de la manufactoría llenaran el aire. La escena podría haber tenido lugar en la superficie de cualquier ciudad habitada después de unos cuantos combates, pero la grieta en el suelo demostraba que lo que Rafen estaba pisando era el techo de un edificio mucho mayor. El verdadero suelo del planeta debía encontrarse a unos veinte pisos por debajo. Se quedó parado, dudando, detrás de uno de los conductos de ventilación cuando le llegó el eco de unos disparos a su espalda. Luego, oyó unas carcajadas feroces y un grito agónico que no podía ser más que del soldado. Soltó una maldición y se ocultó entre las sombras antes de que apareciera una fila de marines traidores. En cabeza iba el apóstol oscuro Iskavan,

quien llevaba arrastrando por la túnica a un individuo que forcejeaba.

Rafen recordó el momento de duda que tuvo en. Cybele. Había tenido al traidor en su punto de mira y no había disparado contra él por obediencia a las órdenes de un hermano que yacía muerto. Y allí estaba de nuevo por la gracia del Emperador, y esa vez no había nada que lo detuviera. Rafen alzó con suavidad el bólter y lo apuntó con cuidado hacia el cráneo cornudo del apóstol. Tendría un solo disparo: debía aprovecharlo.

Rafen relajó el cuerpo, contuvo el aliento y disparó.

Por alguna clase de ironía del destino, el proyectil que había en la recámara había sido forjado en Shenlong hacía ya más de doscientos años antes. Cruzó la distancia que lo separaba de Iskavan e impactó silbando en el blanco. El portador de la palabra cayó al suelo.

Rafen salió a la carga y disparó en fuego automático contra la guardia de honor de Iskavan. Los portadores de la palabra se separaron. Unos se pusieron a cubierto y otros respondieron a los disparos. Rafen rodó sobre un hombro y llegó hasta donde había caído el apóstol. No pensaba arriesgarse. Era posible que un solo proyectil no fuese suficiente para acabar con la vida del repugnante traidor.

Parte de una estatua rota que tenía a los pies se hizo borrosa, lo que distrajo al ángel sangriento. El querubín de piedra pasó de repente de tener color blanco a ser azul-verde-entrañas-rojo y se lanzó a por él. Se movió con tal rapidez que Rafen no fue capaz de distinguir su forma cambiante. La criatura se transformó en una masa de dientes y lo derribó, chasqueando la mandíbula y mordiendo. Le disparó a quemarropa, pero cada proyectil parecía deslizarse por un nuevo agujero en la masa.

Aquello distrajo al marine el tiempo suficiente para que unas poderosas manos empuñaran el mango de su arma caída y le golpearan en la espalda. El impacto del crozius de Iskavan lanzó a Rafen contra uno de los conductos de ventilación, en el que rebotó. Notó cómo se rompían varios huesos dentro de la armadura. Antes ni siquiera de que pudiera impedirlo, las piernas heridas de Rafen se quedaron sin fuerzas y cayó al suelo. Luego se deslizó con el bólter por la grieta que había en mitad de la calle.

Iskavan dio un paso adelante y tensó los músculos de la cara. Del negro agujero de la herida de entrada del proyectil empezó a salir humo a medida que la bala aplanada asomaba lentamente por allí. El apóstol se clavó las uñas en la piel y se acabó de sacar el proyectil del cráneo para luego tirarlo con un gruñido y con un gesto despectivo.

El demonio que había ocupado el deformado cuerpo huésped de Falkir gimió mientras miraba con demasiados ojos la fisura por la que había desaparecido el ángel sangriento. Iskavan le señaló con el crozius.

—Haz algo útil. Mata a ese idiota.

La criatura mensajera aulló de alegría y bajó deslizándose por la piedra como un gusano. La piel le iba cambiando de color para adaptarse a la roca roja de su entorno.

El apóstol oscuro levantó a Pellis del lugar donde había caído.

—Hay un tranvía funicular que lleva a los pisos inferiores. Muéstrame dónde está.

Pellis asintió, y ya no pudo parar de mover la cabeza.



A Rafen le pareció que por un momento flotaba en el humo caliente que procedía de los hornos de la parte baja. Luego, notó que caía dejando atrás manojos de cables y vigas oxidadas en dirección a las fundiciones donde las cubas de acero fundido bostezaban como bocas anaranjadas. Algo le golpeó en la pierna y lo hizo girar. Era un cable colgante. Divisó por un instante una malla de hilos metálicos antes de estrellarse contra ella y rebotar un poco. Rafen rodó y siguió subiendo y bajando como un corcho en el agua. Los cables que lo sostenían chirriaban y chasqueaban. Estaba dentro de una red de carga que se encontraba bastante por encima del suelo de la factoría. El ángel sangriento echó un vistazo a su alrededor con sus ojos de visión mejorada y distinguió más vigas, manojos de cables y grúas portacontenedores.

Por encima de uno de los cabos metálicos se acercó el aullador ser de Tzeentch, que se estaba quitando trozos podridos del portador de la palabra y habilitaba extremidades cada vez que las necesitaba. Rafen todavía empuñaba con firmeza el bólter.

El demonio se abalanzó contra él de un salto. Cayó tan cerca que ni siquiera intentó dispararle, sino que lo echó a un lado de un golpe. La criatura-Falkir gruñó y castañeteó con los dientes. Con una de las patas empuñó el hacha sierra del marine traidor y le atacó. Falló por muy poco, pero cortó una docena de cables. La red chirrió y se inclinó hacia un lado. Rafen cayó otros cinco metros y dio sobre un tren de contenedores de carga. Se esforzó por ponerse en pie mientras el demonio bajaba de un salto para perseguirlo.

El ángel sangriento echó a correr salvando de un salto la distancia que separaba los diferentes contenedores. Avanzó a lo largo del tren al mismo tiempo que las plataformas se acercaban a una grúa de carga automática, que se cernía, enorme, sobre el monorraíl como la cola alzada de un gigantesco escorpión de acero negro. Una amplia flor de pétalos metálicos se extendía por encima del tren a medida que las plataformas de carga pasaban por debajo de ella. Rafen vio su oportunidad. Hizo caso omiso del tremendo dolor que sentía en las heridas de las piernas y dio un salto hacia arriba para agarrarse a la pinza de carga. Logró encontrar asidero con la mano libre y se subió de un tirón. Cayó mal y estuvo a punto de caerse de la grúa por la grasa que recubría el metal. Debajo de él, en el otro extremo, el mensajero demoníaco escupió y

retrocedió un poco, preparándose para saltar.

Rafen disparó de nuevo y se alegró de oír un grito de dolor de la criatura cuando los proyectiles le arrancaron una extremidad quitinosa. Correteó por el tren de contenedores y saltó de uno a otro al mismo tiempo que esquivaba sus disparos. Rafen vio un módulo de carga un poco por delante de él. Estaba marcado con las llamativas runas del promethium líquido. Apuntó con cuidado, y cuando las garras del demonio se posaron en el techo del módulo, abrió fuego. El ángel sangriento acribilló el contenedor de combustible e inflamó el líquido del interior. La explosión resultante convirtió el tren en una serpiente de fuego, y la criatura desapareció en un abrir y cerrar de ojos entre las llamas. El aire se llenó de gruesos glóbulos de carne deformada, fragmentos de hueso y otros restos orgánicos retorcidos, que acompañaron el antinatural grito de muerte de aquel ser. El estallido derribó a Rafen con un puño ardiente, y el ángel sangriento apartó la cara.

Debajo de él vio el resplandor blasfemo de un crozius corrupto de ocho cuchillas. Rafen utilizó los sistemas del casco para ver más de cerca. Allí estaba el apóstol, que salía de un vagón acompañado por sus hombres y el adepto prisionero. Siguió la dirección en la que iban y vio su lugar de destino más allá del brillo de las fundiciones: un grupo de cilindros presurizados tan altos como obeliscos colocados sobre ferrocemento y adornados con símbolos de calaveras y círculos entrelazados. El almacén de armas biológicas.



A muchos de los Portadores de la Palabra les habían dejado que hicieran lo que quisiesen mientras Iskavan bajaba con Pellis. Se parecían muy poco a lo que antaño habían sido. Ya no eran las escuadras entrenadas y precisas con un poder marcial inexorable, sino feroces torbellinos de disparos de armas y violencia sin control. Hordas enteras de ellos se congregaron en el cuadrante exterior del hospital y se dedicaron a rugir exaltaciones blasfemas y a levantar repugnantes altares con los cuerpos de los muertos.

De la niebla cargada de partículas de óxido que cubría las calles de Shenlong llegó el sonido rugiente de unos motores que aceleraban, una pared de ruido que avanzó hacia los traidores y los hizo detenerse. Los guerreros cubiertos de vísceras apuntaron sus armas hacia la neblina y abrieron fuego. Les respondió una lluvia de disparos de bólter. Las armas acopladas en la parte delantera de la legión de motocicletas de ataque aullaron cuando Arkio encabezó el ataque.

Las máquinas rojas salieron disparadas de la tormenta de óxido y cayeron sobre los Portadores de la Palabra. Al frente, marchaba el Bendito. Arkio se puso de pie sobre el asiento y giró la *Lanza de Telesto* por encima de la cabeza; cortó grifos dorados en el aire al mismo tiempo que los cuerpos de sus enemigos. Los marines del

Caos, los aniquiladores y un puñado de arrasadores, todos ellos quedaron rodeados y acribillados por los Ángeles Sangrientos. Grandes fuentes de brillante fluido arterial salieron despedidas hacia el cielo, y los hijos de Sanguinius abrieron las bocas para beber el resultado de la muerte de sus enemigos. Algunos guerreros saltaron de las motocicletas lanzadas a toda velocidad sobre las que iban y les arrancaron las gargantas a sus oponentes, clavando profundamente los colmillos en la carne al descubierto. La sangre, oscura y coagulada, corrió a mares.

A las motocicletas les siguieron personas a pie. No eran Adeptus Astartes, sino ciudadanos. Algunos llevaban pistolas y rifles que habían conseguido, pero la mayoría iban armados con herramientas y con cuchillos. Muchos llevaban puestos pañuelos o fajas con un símbolo improvisado, una versión de la gota alada de los Ángeles Sangrientos, pero cruzada por una lanza dorada. Aquellas personas eran las mismas que nunca se habían atrevido a mirarle a la cara a un traidor, pero que en esos momentos se lanzaban contra ellos muriendo a centenares mientras golpeaban a los Portadores de la Palabra con martillos y rocas. Ofrecían la sangre de los caídos como ofrenda a los guerreros de armadura carmesí.

Arkio los apoyó con un fuerte grito.

—¡Sin prisioneros!

La lanza sagrada cantaba en su mano y dejaba un rastro rojo en el aire mientras destripaba a los traidores.



Iskavan arrojó a Pellis delante del púlpito de control y dejó que el crozius colgara cerca de su cara. Al adepto le pareció que era como estar demasiado cerca de una llama. La piel le humeaba.

—¿Son éstas las armas de gérmenes?

El vil apóstata señaló los depósitos.

El pequeño individuo siguió asintiendo. El monstruo le había ordenado que lo llevara hasta el almacén de productos. Había obedecido, desesperado por hacer cualquier cosa que lo mantuviera con vida unos cuantos minutos más. Pellis tenía arcadas por el miedo que sentía. Los controles de descarga que había delante de él eran los canales de desvío de emergencia que dejarían abiertos al aire los depósitos de toxinas biológicas. Estaban protegidos por centenares de custodios y con sellos de pureza pegados a ellos. Aquellos inmensos tanques contenían las formas gaseosas de cien venenos diferentes: neozyklona, putrefacción segura, agente magenta, aliento mortífero. Sus nombres eran una letanía del arte de matar. Eran armas que se guardaban para utilizarlas contra aquellos cuyos crímenes habían disgustado especialmente al Emperador.

El apóstol oscuro señaló con un gesto de la cabeza la hilera de medidores y de

válvulas.

—Ábrelos.

—¿Cuáles? —preguntó el adepto con un gemido. Iskavan hizo algo horrible: sonrió.

—Todos.

—¡Moriremos! —chilló Pellis.

—El Caos nunca muere —le contestó el portador de la palabra, y con un solo golpe de su arma convirtió los sellos en un puñado de papel ardiendo—. Pero este mundo sí lo hará.



«Están demasiado lejos —se dijo Rafen—. Son demasiados».

El ángel sangriento estaba subido a una grúa y se sentía inútil mientras el mecanismo se movía en su lento circuito por la manufactoría. Cientos de ilotas operarios y servidores se acurrucaban en las sombras de los ruidosos fabricadores. Lo miraban con una expresión de terror absoluto en la cara. Eran la casta inferior de Shenlong, los idiotas y los sin mente. No recibiría ninguna clase de ayuda de ellos. Rafen sospechaba que aquellos pobres infelices llevaban esclavizados allí desde antes de la llegada de los Portadores de la Palabra, fabricando proyectil tras proyectil, sin saber nunca si el señor al que servían obedecía al Trono Dorado o al Ojo del Terror.

Ni siquiera el poderoso sentido del oído de Rafen pudo escuchar lo que Iskavan le decía al adepto. El ruido de las máquinas a su alrededor era demasiado fuerte, pero intuía cuál era su plan. Era el acto definitivo de odio, un último golpe brutal de venganza. Iskavan se condenaría a sí mismo y a su hueste a una muerte lenta y agonizante, pero a sabiendas de que la ciudad, y al final todo Shenlong, correrían su misma suerte.

—Eso no va a ocurrir —se dijo Rafen.

Golpeó con el cuchillo de combate la polea de control de la grúa. El cabrestante estaba pasando por encima de una gran vasija de cerámica, llena hasta los bordes de acero fundido destinado a la zona de forjado. El ángel sangriento golpeó y golpeó el mecanismo, hasta que se vio recompensado por un chirrido procedente de los cables de frenado de la grúa. El pesado conjunto se estremeció, y luego comenzó a caer arrastrando a la torre cuando la gran cabeza de la grúa se desplomó sobre el suelo de la factoría; Rafen estaba agarrado todavía a ella. El marine hizo caso omiso mientras descendía de las gruesas chispas que saltaban desde los frenos y apuntó con cuidado a la gran vasija. El entrenamiento que había recibido de su viejo mentor se apoderó de él y vio el objetivo a través de los ojos de Koris.

«¡Ahí está!».

El arma de Rafen tableteó cuando empezó a disparar contra los lados de la vasija

y los pernos que la mantenían vertical. Tampoco hizo caso de la velocidad con la que se acercaba el suelo: sólo veía el espacio que separaba su arma y su objetivo. Los proyectiles destrozaron los ajustes de montaje, y la vasija cayó al suelo como la copa de la mano de un borracho gigante. El contenido de metal hirviente se esparció como una ola en la playa y en dirección a los Portadores de la Palabra, que salieron huyendo como una bandada de pájaros asustados.

Rafen no llegó a ver cómo el acero líquido los atrapaba y envolvía. El extremo de la grúa golpeó contra el suelo y lo lanzó en dirección a una maraña de tuberías. Pero sí llegó a oírlo. Gritos terribles. Fuertes chasquidos cuando el increíble calor agrietó las armaduras de ceramita y quemó los cuerpos. El adepto, que no tenía protección alguna, moriría en el acto por el asfixiante calor antes incluso de que le llegara el metal fundido. Era muy probable que los operarios también hubieran muerto, pero era un precio muy pequeño que pagar. El olor a carne quemada le llegó al olfato, y Rafen sintió, de repente, un gran apetito. El ángel sangriento se esforzó por ponerse en pie. Tenía los músculos agarrotados por el dolor. Una pequeña lengua de metal ardiente le llegó cerca de la bota, y allí se quedó siseando.

Un instante después, una enorme sombra siniestra surgió de la capa de líquido que relucía y logró salir de la espesa sustancia ardiente. Iskavan el Odiado saltó del mar de llamas y, abalanzándose sobre Rafen, dejó atrás un reguero de gotas de acero enfriándose.



Veinte pisos por encima, Arkio se estremeció cuando notó una sensación de dolor empático. Le llegó una imagen: un enorme cuerpo hecho de metal ardiente y carne quemada lo ahogaba en la oscuridad. El ángel sangriento retrocedió ante aquella imagen, y la lanza vibró por compasión.

Una voz lo llamó.

—¿Hermano? —Alactus alargó una mano para ayudarlo a mantenerse en pie, pero dudó, temeroso de tocar al portador de la lanza sagrada—. ¿Bendito? ¿Qué ocurre?

Arkio se libró de la sensación y se aclaró la mente con un grito.

—¡Abajo! —gritó blandiendo la lanza por encima de la cabeza antes de clavar la punta en el suelo. ¡La verdadera batalla está abajo!

Alactus retrocedió cuando una esfera de energía blanca apareció en la punta de la lanza. Arkio echó hacia atrás la cabeza y, aullando al cielo, dejó al descubierto los colmillos. La sagrada arma abrió un agujero en el suelo del valetudinarium, y de allí salió una fuerte ráfaga de aire caliente. El manufactorium quedó al descubierto. Se hundía hasta las profundidades, y las formas metálicas de las máquinas de forjado estaban en constante movimiento. En ese lugar, bajo los pies de Arkio, se veía el

destello de los disparos de una arma y una serie de descargas azules características del uso de poderes psíquicos.

En la Caída del Ángel, cuando Rafen no era más que un aspirante y su arrogancia había obligado al hermano Koris a vencerlo en un duelo personal, el ángel sangriento había sabido lo que era sentirse superado con creces por otro. Lo ocurrido aquel día bajo los ardientes rayos del sol de Baal estaba sucediendo de nuevo en un pozo de hierro de las factorías de armas de Shenlong. Sin embargo, el enemigo que tenía delante en esa ocasión era un apóstol oscuro repleto a rebosar del poder siniestro del Caos. La lección que Rafen aprendiera iba a pagarla con la vida.

La inmersión de Iskavan en el acero líquido lo había quemado más allá de todo posible reconocimiento. Había perdido una de sus lenguas. El dolor causado por el metal ardiente había sido tan fuerte que se la había cortado de un mordisco para soportarlo. Su armadura blasfema ya no tenía el color rojo oscuro de la legión de los Portadores de la Palabra, sino que era negra carbón, con el mismo tono que la piel quemada. Las espinas que le salían de la espalda estaban rotas o dobladas, y de ellas escapaba pus claro. Había perdido al menos dos de los cuernos óseos que tenía en la cara. Aun así, siguió caminando. La rabia que sentía era tan inmensa que le ayudaba a mantenerse en pie en mitad de una tormenta de dolor que hubiera matado a un centenar de hombres. Eran tal su furia y su agonía que las descargas de energía psiónica que emitía cruzaban todo el lugar y mataban a los operarios, demasiado lentos para esquivarlas. Ése era el enemigo al que Rafen se enfrentaba.

Los proyectiles que se estrellaron contra su cuerpo no parecieron surtir efecto alguno, y el apóstol cargó contra Rafen con el crozius. El ángel sangriento desenvainó el cuchillo de combate con un ágil movimiento y lo clavó hasta la empuñadura en el cuello al descubierto del portador de la palabra. Iskavan no pareció notarlo en absoluto y apartó de sí de una patada al marine espacial. Rafen rodó para amortiguar el impacto y disparó de nuevo.

Iskavan lanzó un grito inarticulado, quizá por el dolor, quizá no. Logró detener la mayoría de los proyectiles con el crozius. Intentó golpear a Rafen con el arma de ocho cuchillas, y el marine apenas pudo esquivarla. Los filos serrados dejaron surcos en la armadura. El apóstol echó el cuerpo hacia atrás para lanzar el golpe definitivo, y Rafen vació el cargador del bólter en la mano libre del traidor. A una distancia tan corta, la ráfaga de proyectiles arrancó todo lo que había de medio brazo para abajo, y convirtió los huesos, los músculos y la sangre en una masa gelatinosa.

—¡Cabrón!

El apóstol descargó los siglos de odio en una maldición y consiguió darle a Rafen con el crozius. El golpe no fue perfecto, ya que nacía de la furia y sin ninguna

intención de control. De otro modo, habría matado a Rafen al instante. En vez de eso, el marine espacial salió despedido treinta metros y se estrelló contra el costado de una unidad de carga. La mayor parte del torso de la armadura había desaparecido al ser arrancada toda la ceramita. Los manojos de músculos artificiales quedaron al descubierto. Sintió todo el peso del equipo de combate cuando los disipadores termales de su mochila de energía se sobrecargaron y se desconectaron. Rafen dejó caer la cabeza. Había perdido el casco en algún momento, y la sangre que brotaba de una herida que tenía encima de la ceja le había cegado el ojo derecho. Intentó moverse, pero las costillas rotas se le clavaron en los pulmones.

Iskavan se lamió la sangre que le había salpicado la cara. La cadena que mantenía unido el crozius a la mano tintineó al chocar con el guantelete.

—¡Aaah! —dijo saboreando la sangre—. Reconozco esta sangre. Sí, te conozco… de Cybele. —Alzó el arma de nuevo, listo para dar el golpe de gracia—. Te concedo la bendición del dolor —le dijo— para saciar el hambre de los dioses.

—No… —logró decir Rafen antes de que un reluciente proyectil carmesí cayera del techo oscuro y aterrizara en mitad del acero que se enfriaba.



Iskavan se giró y vio un círculo de metal líquido salir disparado del punto de caída. Lanzó un siseo al reconocer al cachorro que había llevado el arma arcanotecnológica al interior de la fortaleza. Detrás de él, vio a más Ángeles Sangrientos bajando por pasarelas y ascensores, y enfrentándose en combate con los pocos Portadores de la Palabra que había dejado protegiendo las vías de acceso.

—No le harás daño a ninguno más de mis hermanos —le dijo Arkio con voz potente.

Iskavan rugió un grito de combate y lanzó varios rayos contra el joven. Arkio los desvió todos con la *Lanza de Telesto*, y un momento después ya se había echado encima del portador de la palabra. La lanza impactó contra el crozius con un sonido de metal chirriando. El arma de Iskavan deformaba el aire a su alrededor con su tremenda maldad. Los dos guerreros avanzaron y retrocedieron por el suelo metálico de la factoría, con la sangre saltando a chorros cuando las armas conseguían herir con toques leves.

Arkio golpeó a Iskavan en el muñón sangrante con el extremo romo de la lanza. El apóstol soltó un aullido capaz de helar a cualquiera hasta la médula de los huesos y devolvió el ataque con ferocidad. Encontró un punto débil en la defensa de Arkio y lo aprovechó para golpearlo y hacer que trastabillara. Iskavan, con mucha más edad y muchísima menos compasión, no dudó en seguir el ataque, y le golpeó de nuevo. El grupo de cuchillas se trabó con los cables y correas que mantenían la mochila de energía unida a la espalda de Arkio y los cortó. El reactor de fusión compacto y la

placa dorsal cayeron y le sobrevino una cascada de dolor. Arkio se desplomó; apenas era capaz de sostenerse en pie, ni siquiera apoyándose en la lanza. Rafen contempló, horrorizado, cómo el apóstol invocaba los últimos restos de energía psiónica que le quedaban y los canalizaba hacia el crozius.

El disco de cuchillas cayó sobre Arkio como la voluntad de una deidad vengativa… y chocó con la hoja de la lanza. Se produjo un cegador destello ambarino. El arma del Caos quedó destruida por el impacto, y el apóstol oscuro retrocedió, trastabillando. El hermano de Rafen cayó de rodillas, como si aquello lo hubiera dejado sin fuerzas para luchar. Sin embargo, Iskavan seguía en pie. Agarró con la mano las cadenas rotas que habían estado unidas al arma y las enrolló alrededor del cuello de Arkio.

Rafen intentó acercarse a su hermano, pero el pecho le ardía. El traidor tiró de las cadenas para tensarlas y empezó a ahogar al ángel sangriento.

El cuerpo de Arkio se estremeció y tembló antes de que se oyera un fuerte sonido chasqueante. De repente, se flexionó por completo, y el movimiento lo liberó de Iskavan y partió la cadena. El apóstol cayó de espaldas sobre la garra de la grúa, que estaba boca arriba, y los dos garfios se le clavaron.

Pero Rafen no lo vio. Tenía la mirada fija en las brillantes alas blancas que le acababan de salir de la espalda a su hermano. Arkio se giró. Estaba radiante. El aire que le rodeaba tenía una tonalidad dorada. El rostro le brillaba. La expresión de su cara era noble y guerrera…, pero tan maligna como el propio infierno.

Las alas seráficas de Arkio lo alzaron por los aires con un solo aleteo y se quedó flotando sobre el cuerpo postrado de Iskavan. Con una increíble economía de movimientos llamó a la lanza, que voló hacia su mano. El apóstol vio cuál sería su destino e intentó ponerse en pie. Arkio le hizo un gesto de asentimiento, una especie de bendición de alguna clase, y luego dejó los colmillos al descubierto con un grito terrible. Arrojó la lanza como un rayo, y el arma atravesó el negro corazón de Iskavan. Rafen vio cómo un destello de luz dorada envolvía al señor de los Portadores de la Palabra. Cuando desapareció, no quedaba más que la lanza y un puñado de cenizas.

Pareció que el tiempo se detenía. Luego, vio a Arkio a su lado. Le había puesto una mano en la garganta para comprobar el pulso.

—¿Hermano? —lo llamó—. Vivirás. Confía en mí.

El corazón principal de Rafen latía con fuerza. El ser que tenía ante él, el rostro, las alas, la lanza… Ya no era su hermano, sino las representaciones más antiguas de Sanguinius, que habían tomado forma humana. Arkio se arrodilló a su lado, con toda la apariencia de ser el primarca renacido.

—¿Qué… eres? —logró articular mientras las lágrimas le empañaban la vista.

Arkio sonrió. La expresión benéfica que aparecía en un millón de capillas estaba

allí, en sus labios.

—Soy el Ángel Sangriento, hermano. Soy el Deus Encarmine.

Rafen intentó por todos los medios negar con la cabeza, pero el misericordioso vacío de la inconsciencia se abalanzó sobre él, que cedió de buena gana.



Epílogo

Ése día se creó un mesías entre la gente de Shenlong. Los de baja cuna se unieron a los habitantes de las ciudades superiores y a los Ángeles Sangrientos en las profundidades de la factoría y mataron a todos y cada uno de los Portadores de la Palabra que todavía se atrevían a profanar el planeta con su existencia. Acabaron con los demonios menores que Iskavan había invocado y quemaron los cuerpos en los enormes hornos de fusión que fabricaban las mayores bombas del Imperio. Las voces de los Astartes y de la gente común alabaron por toda la ciudad el nombre de Arkio. Caminó entre ellos con los restos de la armadura colgando del pecho y las grandes alas angelicales desplegadas a su espalda como unas velas blancas magníficas. El ascenso del nuevo ángel carmesí comenzó sobre las cenizas de los traidores, tal como debía ser.



Rafen se despertó y se encontró a Alactus de pie a su lado.

—Tranquilo —le dijo—. Tu trance de curación todavía no ha terminado.

—Arkio… —fue lo primero que dijo Rafen mientras se incorporaba.

La cabeza le daba vueltas y sentía tremendas punzadas de dolor por todo el cuerpo; pero se sentía completo. Conocía esa sensación vulnerable e incómoda por otros combates. Los huesos todavía estaban soldándose, y tanto la piel como los órganos alterados se esforzaban por volver a la normalidad. Supo que había pasado poco tiempo desde el combate contra Iskavan por el color de las nuevas cicatrices que tenía.

—El Bendito hablará hoy —le comunicó Alactus—. Me encargó en persona que estuviera de guardia a tu lado.

El marine apenas pudo contener el orgullo criando se lo dijo. Rafen frunció el entrecejo. ¿Dónde estaba el guerrero que se había enfrentado a Arkio en Cybele? Miró a su alrededor.

—¿Dónde está mi equipo de combate?

—Destrozado. Los tecnoadeptos han recuperado algunas piezas, pero en su mayor parte había quedado inservible. Sachiel ha ordenado que te consagren una nueva

armadura. —Se calló un momento—. Tu bólter sobrevivió intacto. Está en la armería.

Rafen se puso una túnica, y se dio cuenta de que tenía el símbolo de los Ángeles Sangrientos, pero modificado, ya que incluía un halo dorado y una lanza.

—¿Qué es esto?

—La gente lo ha creado. Lo llevan para honrarlo.

Rafen se enfureció y arrancó el símbolo.

—Me pondré la insignia de nuestro capítulo y ninguna otra —dijo con un gruñido—. Llévame hasta Arkio.

—Tal vez no sea posible. El Bendito se está preparando para hablarles a los soldados del renacido…

—¡Pues llévame a la capilla! —le gritó Rafen—. ¡Y si no, quítate de mi camino!



Stele miró a la plaza desde el balcón. Apenas había algún centímetro libre en el lugar. Lo ocupaban los Ángeles Sangrientos agrupados en filas organizadas y silenciosas, y los miembros del ejército de fieles y sus fajines rojos. Los guerreros del renacido tenían nuevos reclutas cada día, más incluso de los que podrían caber en la *Bellus*. Se dio unos cuantos golpecitos en los labios con un dedo mientras los estudiaba con detenimiento. En poco tiempo haría que Sachiel escogiera a los mil más aguerridos para acompañar a Arkio en su regreso a Baal. Estuvo a punto de sonreír cuando se preguntó qué haría el gran Dante cuando se enfrentara a una situación semejante.

Sintió que Ulan se acercaba y se giró hacia el astrópata, se inclinó con una reverencia.

—Mi señor inquisidor, os traigo noticias.

Stele alzó una ceja. Debía ser algo muy importante sí el astrópata no estaba dispuesto a transmitirlo desde la órbita del planeta.

—Dime.

—En los conductos telepáticos he encontrado restos del mensaje no autorizado que la nave envió a Baal. Me ha llevado varios días de meditación aclararlos, pero he tenido cierto éxito.

—¿Qué decía? —le preguntó Stele en voz baja.

Ulan se quedó callado un momento.

—Esos… datos no he podido recuperarlos, mi señor. Sin embargo, he conseguido descubrir la clave del código del marine que lo envió: el sargento veterano Koris.

—Imposible —le espetó Stele—. Koris estaba inmerso en la rabia negra. Yo me encargué de que así fuera.

—No hay duda posible —insistió Ulan—. Se trataba de su código.

—¿Quién se atrevería a utilizar el comunicador de un marine muerto? —se preguntó en voz alta el inquisidor—. Los Astartes no profanarían la armadura de un

caído. Es una de sus reglas más sagradas.

Se quedó callado cuando vio a dos figuras que se abrían paso entre los soldados de la plaza. Una de ellas llevaba puesta una armadura, pero la otra iba vestida con una túnica encapuchada. Stele supo de inmediato quién era.

—Rafen. —Se giró hacia Ulan—. Regresa a la *Bellus*. Te necesitaré más tarde.

El astrópata se marchó, y Stele entró de nuevo en la capilla donde Sachiel estaba al lado de Arkio, al mismo tiempo imperioso y servil. Los siervos del capítulo rodeaban al Bendito y se dedicaban a colocarle una armadura artesanal a la vez que la ungían con aceites.



—Magnífico —murmuró Sachiel con una mirada arrobada en los ojos.

Arkio no alzó la cabeza. Los ojos azul hielo estaban fijos en el suelo de la capilla, pero tenía la mirada desenfocada por el estruendo de las batallas de siglos anteriores que le resonaban en los oídos. En vez de la armadura sencilla y lisa que había llevado hasta ese momento, la nueva estaba adornada con una capa metálica dorada que brillaba como la luz de un atardecer de verano. Las piezas de los brazos y las piernas se habían moldeado de manera que sugirieran amplios huesos o músculos poderosos, tensos debajo de la ceramita, mientras que el pectoral era amplio y estaba cincelado. Unas alas de oro blanco fundido que hacían juego con las que salían de la espalda adornaban esa placa pectoral y enmarcaban una gota confeccionada a partir de un rubí gigante. El diseño se repetía en la hombrera izquierda, mientras que en la derecha se veía una imagen de la lanza sagrada. Cada centímetro de la armadura estaba cubierto por palabras grabadas de las plegarias recién compuestas en alabanza al ángel renacido. El equipo le encajaba a la perfección, como si hubiera nacido para llevarlo.

—¡Por Vandire! —La exclamación impía hizo que todos miraran a Rafen cuando entro en la capilla—. ¿La armadura dorada?

Sachiel bajó para impedirle el paso.

—Así es, Rafen.

—Pero…

—No hay peros que valgan —le cortó el sacerdote con un gruñido—. Viste el cambio. Estabas allí. ¿Dudas de lo que tú mismo has visto?

Rafen intentó encontrar las palabras para contestar, pero no pudo. Sintió la mirada penetrante de Stele y notó que las piernas le fallaban.

—Rafen, tú eres el único culpable de que hayamos llegado a esto —le dijo Sachiel mientras empuñaba el reductor en una mano y el Grial Rojo en la otra—. Sólo debido a los lazos de sangre con el Bendito te hemos permitido que cuestionaras su naturaleza divina, pero ha llegado el momento de que elijas. —Colocó la pistola en

la cara de Rafen antes de seguir hablando—. Elige ahora, hermano. Debes jurarle lealtad o enfrentarte a él. Arrodíllate.

Dudó un momento, y Sachiel le gritó con tanta fuerza como un disparo.

—¡Arrodíllate!

Rafen se dejó caer sobre una rodilla antes siquiera de darse cuenta de lo que estaba haciendo, y vio el Grial colocado cerca de sus labios. Dentro había un fluido oscuro.

—Mediante este juramento, le entregas tu vida y tu sangre a Arkio el Bendito, Sanguinius Renacido, Señor de la Lanza —recitó el sacerdote—. Por tu fe y por tu honor hasta la muerte.

Rafen alzó la vista y se encontró con la mirada de su hermano. No vio más que altivez y la sutil amenaza de una violencia a la espera.

«Si muero ahora, desaparecerá por completo toda disensión —pensó—, pero hacer este juramento…».

En el rostro de Sachiel apareció una sonrisa cruel, y tensó el dedo en el gatillo, pero Rafen le negó ese placer: alargó una mano y tomó un sorbo de la copa.

—Por este juramento le entrego mi vida a Arkio el Bendito.

La sangre estaba fría y sabía amarga como las palabras que había pronunciado. Lo había negado durante mucho tiempo, pero al final Rafen había tenido que admitir la verdad del camino que se abría ante él.

Su hermano era algo extraño y terrible. Ya no era un hijo de Baal, ya no seguiría ese código de conducta. Rafen supo con la claridad que le daba la rabia que le corría por las venas que en poco tiempo se produciría un enfrentamiento entre Arkio y él, un enfrentamiento en el que sólo uno de ellos sobreviviría.

Arkio le sonrió y fue algo asombroso de ver.

—Bienvenido, hermano —le dijo—. Bienvenido a la Nueva Sangre.